ESTEBAN PERELLÓ RENEDO

La leyenda de Seres

La más trepidante aventura de la Edad Media

LA LEYENDA DE SERES

LA MÁS TREPIDANTE AVENTURA DE LA EDAD MEDIA

ESTEBAN PERELLÓ RENEDO

Copyright © 2021 Esteban Perelló Renedo

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro modo, sin el permiso expreso por escrito del autor.

ISBN: 9798770116984

Contents

Title Page
Copyright
Pan y circo
La reunión
La empresa
El mercado
El aprendizaje
Solo es un beso
Armonio de Seleucia
El canto de una cigarra
La subasta
Kircuc
El cordero
Cesifonte, Seleucia
El regreso a Kircuc
Los cálculos
Es una putta
Samarcanda
La iglesia
Seres, Ta Peca, Zonguo
La invitación
Los wusun, los hujand
Lupus
Imperator rex
El rasurador, Paulo
Sinlao
El plan
El robo
Una espléndida luna llena

«Quien posea el conocimiento de la seda tendrá en sus manos el tesoro más grande del mundo».

Teodora de Bizancio (497-548)

Pan y circo

Teodora se asió del brazo de Justiniano y marcharon por el pasadizo que llegaba hasta el hipódromo. Las carreras estaban a punto de comenzar y el público los esperaba impaciente. El griterío de los cien mil espectadores creció en intensidad cuando salieron del túnel y saludaron desde la balaustrada. Ambos sonrieron, les encantaban esas demostraciones tan ruidosas de la plebe. Un sirviente se acercó y entregó al emperador un paño que agitó varias veces por encima de su cabeza. Después lo dejó caer hacia la arena. Esa era la señal. Mientras la pareja imperial tomaba asiento, las cuatro puertas de la pista se abrieron a la vez y los carros comenzaron la competición.

«Pan y circo. No penséis, llenas tendréis las tripas y vuestro tiempo ocioso. No imaginéis, mientras tanto el Imperio estará tranquilo. No confabuléis, los soldados seguirán luchando en las guerras. No os rebeléis, otras gentes morirán de hambre pero vosotros no os preocupareis por ello. Pan y circo».

Las cuadrigas dieron su primera vuelta y el alboroto de los asistentes no decaía. Los cuatro equipos habituales se identificaban cada uno por un color referente a las estaciones del año [verde era la primavera, el verano rojo, azul el otoño, el invierno blanco], y estaban siendo animados casi a partes iguales.

—Esposo —dijo Teodora—. Ese que está ahí cerca es el obispo Leturio. Creo que ya lo conoces.

—¡Hum! Sí que hablé con él hará más de un año. Es nestoriano recuerdo.

—Sí, es nestoriano. Sabes que yo también profeso esa creencia.

—¡Qué preciosa estás! Seas nestoriana o no mi cordura se pierde ante ti.

—¡Adulador! ¡Cómo alimentas la llama en mi corazón!

Justiniano sonrió cual pícaro mozalbete. Ese fuego del amor que decía ella siempre lo mantendría encendido.

—¿Por qué no le dices que se acerque? —continuó la emperatriz—. Podrías tratar con él muchos asuntos. Te recuerdo que desde hace años tenemos pendiente lo de la seda. Estoy segura de que gentes de su congregación han viajado hasta los confines del mundo. ¿Qué te parece? ¿Por qué no hablas con él de ese tema?

—Bueno —Se encogió de hombros—. Nada pierdo por hacerlo.

El hombre estaba a unos treinta pasos del estrado imperial. Vestía túnica marrón y de su figura enjuta sobresalía la nariz aguileña que acompañaba a una barba cenicienta. Los largos cabellos de su medio monda cabeza los llevaba anudados con un cordel rojo. Una indicación sin palabras hizo que sus siervos trajeran al religioso hasta allí.

—*Imperator* —se presentó—. Soy Leturio, seguidor de Jesucristo. Me dicen que deseas hablarme. Leturio te saluda. Consúltame lo que consideres. Soy Leturio, obispo nestoriano.

—Amigo Leturio. Tiempo hacía que no nos veíamos.

—Sí señor. Sí señor. Tiempo ya. Tiempo ya. Algo más de las diez lunas.

El emperador le dirigió una sonrisa. No comprendía por qué este hombre hablaba de esa manera tan peculiar aunque tampoco importaba. Aun así mantuvo la compostura.

—Sí. Diez lunas ya. Cómo pasa el tiempo de rápido.

—Mucho —contestó el religioso—. Mucho. Muy rápido pasa esta vida. Muy rápido pasa todo.

La emperatriz seguía seria y atenta la conversación, conteniendo como podía la risa que le provocaba escuchar hablar así al invitado.

—Te he mandado llamar por un asunto simple. Tengo entendido que tu Iglesia se encuentra extendida hacia el Naciente, más allá de la Persia.

—Así es señor. Así es. El mismo emperador Cosroes nos permite lo que tú has dicho. Podemos vivir y atravesar su imperio. Limosneamos y construimos iglesias. El convenio nos deja convertir zoroastritas a la verdadera religión. Cosroes respeta lo acordado. Así es. Cosroes nos deja limosnear. El emperador Cosroes nos lo permite.

En ese momento Teodora no pudo dominarse y una risotada surgió de sopetón de su boca. A la primera le siguieron dos o tres más de intensidad creciente que se mezclaron con un hipo que imprimía musicalidad al carcajeo.

—¡Perdón! —dijo como pudo—. ¡Perdón! Se me ha escapado. Es que…

Pero como aquello no tenía trazas de parar ni ella de dejar de hipar comenzó a señalar la pista de carreras, intentando hacer ver que se debía a algún lance gracioso del espectáculo. El emperador la secundó.

—Sí —afirmó sonriente—. ¿Ha sido el carro azul?

Ella asentía con la cabeza señalando al grupo de cuadrigas que continuaban la competición, y totalmente impedida para hablar contagió a su esposo.

—¡El azul! ¡El azul! —decían al unísono—. ¡El azul!

—Emperador —Leturio no quiso dejar pasar la ofensa—. Creo que no tenemos otra cosa de qué hablar. Nada más que hablar. Os dejo con vuestras risas.

Y dio media vuelta haciendo que las carcajadas imperiales se extendieran al resto de los aduladores cortesanos del estrado. Justo antes de salir del hipódromo recibió un mensaje de Justiniano para que se presentara ante él en el Gran Palacio ese mismo día a la *octava*. Mientras regresaba a su casa repasó lo sucedido.

«¡Qué indignación! ¿Cómo puede ser que el mismo emperador y su prostituta, ahora emperatriz, se hayan burlado de mí de esa manera? ¡Como representante de Nestorio es irritante! ¡Qué desfachatez! Encima me emplaza a la *octava*. Pero no. Esta vez no iré solo. ¡Sé de tus gustos por las hembras Justiniano! ¡Ya verás cuando me veas! Iré acompañado por tres mujeres religiosas de figura escandalosa. Desterraré de tu ánimo cualquier idea de mofa y borraré de los labios de tu meretriz esas risas lacerantes.

»Sabes valorar la hermosura femenina, y a ti emperador se te van a ir los ojos y el sentido tras mi esposa Ariadna y tras Pulqueria y Eudocia. Son mujeres cuyos cuerpos curvos semejan la belleza de las mejores estatuas griegas y sus cabellos son de fuego, oro y azabache. ¡Te tengo Justiniano! Desataré tus instintos más bajos y conseguiré que la misma que fue ramera y ahora gobierna el mundo se encele de las que me van a acompañar. Ahora me reiré yo y a ti se te pasará el hipo.

En estas andaba cuando llegó a su casa. Allí puso al corriente a su esposa Ariadna haciendo llamar a las otras dos mujeres. Tras una comida ligera se dejó llevar de manera fugaz, durante la hora *sexta,* por los placeres carnales maritales. Poco después marcharon hacia el Gran Palacio.

En la entrada un comandante de los excubitores los estaba esperando para acompañarlos hasta la misma estancia del trono. Allí los recibieron los emperadores.

—Dios os guíe y guarde *imperatorum* —habló el obispo.

—Querido Leturio. Espero que no tengas mal ánimo hacia nosotros. No era nuestra intención que te sintieras ofendido en el hipódromo.

—Quizá malinterpreté aquellas risas señor —mintió—. Pero entended que en ese momento pude darme por aludido sin haberlo sido.

El monarca desvió su vista hacia las tres féminas mirándolas con ojos demasiado golosos. Su esposa al verlo frunció los labios. Aquella presencia femenina no era más que una pueril venganza del obispo.

—Por favor, estábamos en una carrera —intervino la

emperatriz—. Uno de los equipos hizo un giro extraño y..., no eran por ti las risas. Siento, igual que mi esposo, que te afectaran de esa manera desafortunada.

Leturio hizo una reverencia dando a entender que se daba por satisfecho con las disculpas. Mientras, Justiniano estaba más atento a las mujeres a quienes parecía que estaba esculpiendo con la mirada. Ahora la posaba en la de cabellos negros, pasaba a la de los dorados, continuaba con la de los rojos volviendo al principio, pero esta vez con más detenimiento, de arriba a abajo. El monje sonrió tan ligero que solo se notó un mínimo destellos en sus ojos.

«¿Querías reírte de mí? Pues toma de tu mismo brebaje aunque ahora adornado con la furia contenida de esa cortesana que se casó contigo por poder y riquezas».

—Estimado Leturio. Vienes bien acompañado por tres mujeres de gran belleza. ¿Son de tu credo? —preguntó Teodora.

—Lo son señora. Las tres son diaconisas nestorianas. Se llaman Ariadna, Pulqueria y Eudocia. La primera está unida a mí en matrimonio. Pueden celebrar y administrar muchos ministerios sagrados y ayudar en otros. Así está escrito y así está mandado puesto que ya están bendecidas.

—Bellas mujeres tenéis en vuestra iglesia —continuó la emperatriz—. De preciosos cabellos, cada una de un color. Bellas y bien alimentadas dado su físico nada despreciable, mejor proporcionado y apetecible a ojos mundanos de hembra o varón.

—Gracias os doy ya que yo fui quien las bendijo y ordenó en sagrado. Pero qué mejor que hablen ellas por sí. Son mujeres libres para hacer, decidir, opinar y pensar.

Teodora se levantó y se acercó sonriente.

—Tiempo hace que fuisteis sacralizadas, supongo.

—Así es señora —habló Ariadna la de cabellos rojos—. Hará como cosa de un quinquenio o poco más. Justo después de aquellas terribles revueltas y horribles matanzas cuando el asunto de las carreras.

—Matanzas quizá necesarias —intervino Justiniano que seguía con cara de lelo ante la ternaria belleza femenina—. Cualquier muerte es horrible, y si es en cantidad y toda a la vez peor parece. Pero fue necesario.

—No lo creo yo —discrepó Pulqueria la de pelo dorado—. Con el diálogo se consigue siempre mejor fruto que con la fuerza.

—¿Pensáis vosotras acaso que aquellos pillajes, ese desenfreno, esa perturbación tan grande de la convivencia y de la paz se hubieran resuelto solo con hablar? ¿Acaso pensáis que lo que comenzó como una simple carrera degenerando en aquella barbaridad de atrocidades no estaba organizada? ¿Pudiera ser que detrás de todo no estuviera el

largo brazo del enemigo persa? ¿O es que esos ciudadanos alborotadores carecían de guía? Pueda ser que la mano tenebrosa de los mismos sasánidas tuviera mucho que ver. ¿O no? —preguntó la emperatriz.

—Sí, entiendo que razón pueda ser que llevéis —contestó la morena Eudocia—. Aunque yo soy del mismo pensamiento que el de mi condiscípula Pulqueria. Quizá no hubiera sido necesario el derramamiento de tanta sangre. Pueda ser que yo lo veo desde un punto de vista más cristiano que otras gentes, amén que de políticas no entiendo. Nunca he llegado a comprender qué quieren en realidad los imperios con esas guerras continuas entre ellos.

Leturio, viendo que la conversación podría tomar un cariz peligroso, optó por llevarla por otro camino.

—Pero bueno majestades imperiales, portadores de la púrpura. ¿Qué importancia puede tener lo que pasó hace cinco o seis años? Sí que murió alguna gente —Utilizó el término de «alguna gente» aun sabiendo que fueron más de treinta mil los muertos—-. Pero desde entonces, desde aquellos funestos hechos, pasados ya los dolores y fatigas de cuerpos y almas, la paz y la tranquilidad nos gobiernan y rigen nuestras vidas de manera apacible, como no podía ser de otra manera. Por aquel gran y terrible mal hemos recibido y tenemos un bien mayor que ni lo esperábamos. Pero si me permitís, todavía no sabemos a qué hemos venido. Desconocemos cual es el motivo de vuestra llamada.

Justiniano, saliendo por fin de su embobamiento, sonrió mirando al obispo.

—El motivo es que os vamos a proponer una empresa de la que, estamos seguros, lograreis salir con bien. Esta cuestión implicará a diversos miembros de vuestra orden. Ello, por supuesto, os reportará beneficios muy grandes. ¿Qué me decís?

—Señor. Estoy dispuesto a escuchar todo lo que tengas que plantearme. Y si me resulta convincente llevaremos a cabo ese encargo que puedas proponer. La iglesia nestoriana ayudará a nuestros gobernantes que a bien tuvieron admitir al mismo Nestorio. Te escucho.

—Acompáñame —contestó Justiniano levantándose—. Estas cuestiones debemos de tratarlas solos tú y yo. Nadie debe de conocer el asunto, salvo los pocos, que serán los mínimos, que se encuentren involucrados.

La reunión

Marcharon hasta una habitación, al fondo de un largo pasillo, en donde se encerraron. Mientras, la anfitriona invitó a las tres mujeres a que la acompañaran a unos aposentos privados cercanos. Allí las religiosas se fascinaron por la suntuosidad, elegancia y grandiosidad de aquellas habitaciones. Era la zona de diversión y esparcimiento de la emperatriz. En un inmenso pabellón abovedado, una gran bañera de aguas templadas estaba rodeada por palmeras, hierbas altas, flores de colores y hamacas, camillas y asientos. Muchas telas diversas de tonos vivos y alegres colgaban de las columnas que sujetaban la bóveda. La piscina era surtida de agua por una pequeña cascada, que a modo de manantial caía por una pared. Seis mujeres atendían solícitas lo que Teodora mandara. Allí no había nadie más, ni hombres ni eunucos, solo aquellas sirvientas.

—Aquí suelo venir muchas horas del día. Me entretengo con diferentes artes. Escribo, leo, escucho lo que me recitan mis ayudantes..., en fin..., hasta me sumerjo en estas cálidas aguas varias veces. Al salir, ellas me secan y nutren mi cuerpo y mis cabellos con líquidos y aromas que os van a resultar deliciosos. Ya lo veréis. Dicen que el aseo continuado y la limpieza favorecen la belleza de la mujer.

Las invitadas, impresionadas ante tanta espléndida suntuosidad, miraban todo con mucho interés. Ninguna hablaba, pero la majestuosidad en la construcción, la delicadeza en las formas y adornos, esa sutileza comedida, acaso íntima pero siempre discreta, de las mujeres que allí servían, las deslumbraba.

—Venid —indicó Teodora dirigiéndose a la piscina—. Démonos un baño, que a estas alturas de la tarde ya lo necesitamos.

Despojándose de sus ropas descendió por una escalinata en donde se dejó cubrir por el agua hasta el cuello. No tenía mucha hondura el estanque, unos cuatro pies, por lo que a cualquiera el templado líquido le llegaría a la altura del pecho. Desde fuera la superficie parecía como si fuera la del mismo mar en un día cálido. Las nestorianas aceptaron la invitación de su anfitriona y la acompañaron. Sus ropas fueron recogidas por dos de las jóvenes sirvientas que, atentas a todo, no perdían la sonrisa en ningún momento.

—¿No es cierto que ahora podemos estar más tranquilas

hablando entre mujeres sin ojos u oídos de hombres que nos cohíban? —opinó Teodora.

—Razón tienes señora. ¡Qué a gusto se está aquí dentro! —dijo Ariadna— ¡Y qué precioso! ¡Qué bonito! ¡Qué hechizo tan maravilloso desprende este lugar!

—Pues cuando terminemos el baño tendremos aceites y perfumes para dejar nuestros cuerpos suaves, con buen aroma y la piel más tersa.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó Pulqueria—. Jamás había tenido yo la oportunidad de bañarme en un lugar tan llamativo y agradable. ¡Me siento como la misma Eva en el Paraíso antes de comer la manzana prohibida!

—¡Si el Cielo es como esto —rió Eudocia—, quiero ir a él!

Por su parte, mientras las mujeres se sumergían en las aguas de la piscina, Justiniano había cerrado por dentro la puerta de la habitación en la que estaba con Leturio. Antes, el emperador había despedido a todos los sirvientes y consejeros menos a uno. Era este un hombre de piel marrón oscura. Alto, con ojos negros como el carbón al igual que su ensortijado cabello, lucía barba hirsuta y nariz recta y grande. Bajo la blanca túnica se le adivinaban carnes hercúleas. Su vestimenta era la de un soldado de la guardia imperial sin distintivo alguno.

—He mandado salir a toda esa corte para quedarnos solos —dijo el emperador al nestoriano—. Aunque me asesoran bien, en general no son más que aduladores que lo único que quieren es mi sonrisa y favor. Siempre he sentido ese pálpito desde que fui coronado, el de que en su corazón no tienen más ánimo que el de medrar a costa de los demás sin importarles para nada el bien común. Pero bueno, vayamos a lo que vamos.

—Querido emperador —habló Leturio—. Suele suceder muchas veces que el que ostenta el poder se rodea sin quererlo, de gentes cuya perfidia y egoísmo son muy grandes. Esto se ve en la adulación que le otorgan. Cuanto más grande sea peor es la persona que la da. ¡Ay! Si ellos quisieran los llevaría por la buena senda. Les otorgaría clases de catequesis en las que comprenderían la misma grandeza de Dios y la insignificancia del hombre.

—Vaya. Tampoco voy a someter a mis hombres a que decidan si quieren acudir o no a tus catequesis. Estamos en un imperio en el que la religión es la de Dios, yo así lo he impuesto, pero las otras no están prohibidas. De hecho yo no soy cristiano, aunque igual me bautice algún día. Supongo que así me encontraré mejor conmigo mismo y cumpliré los deseos de mi esposa Teodora que es cristiana. Aunque ella no tiene demasiada profesión de fe, sí que es cierto que la aplica en muchas cuestiones de la vida. Fíjate que yo he dictado leyes

siguiendo sus buenos consejos siempre favoreciendo a las gentes que pasan hambre, que padecen guerras, esclavitud y otras cosas demasiado horribles y penosas. ¡Fíjate tú! Yo Justiniano, que no soy cristiano, dicto leyes propias de un seguidor de Jesucristo.

—Te alaban esas palabras —contestó el monje—. Sí que he oído y leído dictámenes tuyos en los que la igualdad del hombre prima sobre todas las cosas. De verdad se comenta que haces honor a tu nombre, el de la justicia y la verdad. Te admiro como cristiano aunque no lo seas.

—Bueno. Vayamos a lo que nos ha traído aquí,…, si no tienes más que decir antes.

—Pues sí buen Justiniano, sí. Me ha llamado la atención que despidieras a todo el mundo de esta sala menos a ese hombre que nos mira receloso.

Cierto era que desde cerca de la puerta el alto guardia imperial marrón los observaba sin mover un músculo. Sus ojos eran lo único de su cuerpo que parecía que tenía vida. Sin duda su oficio allí era el de protector del emperador.

— Te pido perdón. Este hombre, que se llama Albdal, es mudo. Yo le rajé el pescuezo hace ya unos cuantos años cuando las revueltas del hipódromo. Cuando se abalanzó sobre mí con el interés de quitarme la vida yo me adelanté. Con mi daga le corté, de lado a lado, en el cuello. Seguro que Dios andaba ese día por ahí pendiente de su vida. El hecho fue que no murió. Quedó como que su alma andaba dispersa pero su corazón todavía galopaba. Por ello mis médicos lo cargaron en un carromato, para ver si el milagro que Jesucristo hizo con Lázaro se repetía. ¡Y válgame el Cielo, se repitió! A los tres días este hombre revivió. No resucitó, pero sí revivió. Visto entonces que ya tenía las cosas en su sitio, las del espíritu y las del cuerpo, ordené a mis sanadores que le cosieran con buen tino toda la garganta y aquí está. Él, que es hijo de gentes del Nilo, me ha jurado lealtad eterna. Entiende que yo le perdoné la vida, por lo que él a mí me debe la suya. Hará todo lo que yo le ordene hasta que su deuda quede saldada. Ahora, aparte de mi esposa, solo confío en él. Y es mudo. Ni una sola palabra sale de su boca. De vez en cuando emite algún sonido extraño pero nada más. Oye todo y lo entiende. Nos comunicamos, yo con él hablándole, él conmigo con gestos que ya tenemos más o menos entendidos los dos. Espero que no te preocupe su presencia.

Leturio miró con curiosidad a ese guardián grande, fuerte, inmutable, que permanecía cerca de la puerta.

—Lo ordenado por ti, siempre está bien ordenado.

Entonces el monje se fijó en la estancia en la que estaban. Era demasiado espaciosa tanto en longitud como en anchura y altura. En el centro una gran mesa baja, de una sola pieza de mármol rosa y

azul, tenía encima una docena de bandejas con frutas, carnes, panes, peces, entrañas y otras cosas de comer, así como jarras de vino y de agua. Colocados por allí había pinchos, cucharones, platos y copas de bronce. Las paredes se encontraban recubiertas por tapices grandes, coloridos, con imágenes de animales, flores y frutas. A un lado un enorme ventanal daba paso a una ancha y luenga balconada con suelo y balaustrada de piedra clara. En cada esquina de la enorme habitación, una columna retorcida de granito rojo con listas negras y grises llegaba hasta las arcadas del abovedado techo, dando la impresión de que eran pilares maestros. En el centro de la parte de arriba, justo donde los arcos deberían de unirse, una vidriera de colores vivos y alegres hacía las veces de clave. La luz del día atravesaba aquellos cristales dando un colorido cambiante a la gran dependencia.

—Parece que te gusta este lugar —dijo Justiniano.

—*Imperator* esto es fantástico, magnífico. Nunca he visto tanto esplendor y tan junto. Esta gran habitación es deslumbrante en su vistosidad y lujo.

—Cuando nos visita algún enviado extranjero la emperatriz y yo lo solemos recibir en la sala del trono. Si esa visita es de nuestro interés la hacemos pasar aquí, en donde le ofrecemos viandas y refrescos para su descanso. Buen lugar es una mesa con comida para tratar asuntos serios que muchas veces resultan demasiado importantes y trascendentales para la vida de las gentes de este Imperio Sacro de la Nueva Roma.

—Cierto —contestó el nestoriano—. Pero entiendo que mi visita no es de tanta dimensión como para ofrecerme un banquete.

—Yo así lo considero, ya que tu dignidad lo merece. Pero antes de comenzar espero que las mujeres que te acompañan vengan con mi esposa a participar de este agasajo.

—Lo que tú ordenes emperador. Tú eres el emperador. Lo que tú ordenes, ya que el Gran Palacio es tu morada y tú eres el *imperator*.

Leturio, sin quererlo, de nuevo había caído en esa agitación verbal que le hacía repetir las palabras, por lo que quiso explicarse.

—Lamento estas incontinencias que se me producen al hablar. No es cuestión voluntaria, aunque si cuando hablo lo hago con un poco de mesura la dialéctica me surge sin ser duplos o triples. Te ruego admitas mi disculpa.

—¡Pero amigo! —contestó jovial el anfitrión—. No creas que ese asunto me afecta de mala manera, antes bien, algo de sonrisa sí que me produce el oírte expresarte de esa forma. Parece que puedas estar nervioso, asustado,…, no sé. Pero no quiero que tú creas que sufres algún desprecio. No le des más importancia, yo ninguna le doy.

El monje asintió en silencio con una sonrisa.

—Mientras esperamos a que las mujeres vengan, te pondré al corriente de cuáles son mis planes y la proposición que quiero hacerte. Salgamos al mirador y así darles tiempo para que terminen. Seguramente están en la piscina de Teodora, refrescándose y hablando de asuntos de mujeres.

—¡Si el Cielo es como esto quiero ir a él! —reía Eudocia.

La emperatriz las miraba divertida hasta que hizo una pregunta que parecía inocente.

—He observado que las tres tenéis una cicatriz en forma de rombo. ¿Qué significa?

Las invitadas se miraron entre ellas. Ninguna se decidía a contestar.

—Cuando yo era joven me movía entre los lupanares del hipódromo —continuó—. Claro está que esas vivencias licenciosas ya pasaron para mí. Con los años viajé a Alejandría en donde un buen religioso me enseñó la verdad de Jesucristo. Pero en las épocas oscuras y terribles conocí a hombres que alardeaban de poseer mujeres como quien tiene un rebaño de cabras. Hasta alguno quiso apropiarse de mi cuerpo y de mis ganancias, pero los hados, los duendes o seguro que el mismo Jesucristo, hicieron que eso no lo consiguieran nunca. Aunque a más de una, pobres desgraciadas, conocí allí y sé que las marcaron a fuego. Ese símbolo que tenéis en el hombro yo ya lo había visto antes. Tengo la opinión de que muchos de esos siervos del demonio estarían mejor muertos que en este mundo.

—Tienes razón —contestó Pulqueria—. Hay gentes que no merecen ni la compasión de Dios.

—Yo viví esa vida de pena, dolor y desprecio —habló otra vez Teodora—. Muchas veces era la mercancía barata para esos babosos ignorantes. Fueron tiempos demasiado oscuros. Por unas pocas monedas o un plato de comida los satisfacía lo más rápido que pudiera, tal era el asco que me producían. Pero tuve la suerte de que ninguno me pudo comprar. Algunas de mis compañeras, que sí que cayeron en esas redes de esclavitud, fueron marcadas a hierro candente sin piedad alguna.

Aquella sinceridad admitiendo su propio pasado oscuro, sucio, nauseabundo, dejó perplejas a las religiosas.

—Creo que cualquiera de nosotras hemos sufrido de ese desprecio y dolor que nos han otorgado los hombres —dijo Ariadna—. El fruto de ello es esta señal repulsiva con la que nos marcaron como al ganado. Ese asco que siento en lo más profundo de mi corazón, en lo más oscuro de mi alma, todavía lo tengo yo incrustado en mis entrañas y regurgita con todo el odio que guardo cuando algún ignorante me mira como si yo fuera una mercancía.

—Un estremecimiento que te sube desde las tripas a la cabeza.

Un escalofrío que después desciende hasta los pies. ¿No es así? —preguntó Teodora.

—Un temblor terrible, una turbación inmensa —afirmó Eudocia —. Estamos diciendo lo mismo.

—Amigas mías —volvió a tomar la palabra la señora—. Las cuatro hemos sufrido demasiado. ¡Por Dios! ¡Qué repugnancia me produjeron los hombres durante muchos años! Y fuera el que fuera.

—Nosotras pertenecíamos a un ser despreciable que nos compró a unos mercaderes de caravanas y nos marcó a fuego —dijo Pulqueria—. Con él aprendimos a saber lo que es el miedo. Conocimos el auténtico miedo. Yo tenía miedo hasta de vivir. Ese infame rufián nos obligaba a vender nuestros cuerpos, nos pegaba a diario, nos...

Y no pudo más. Comenzó a llorar de tal forma que le fue imposible continuar. Eudocia se acercó y cogió su cabeza con las manos, intentando darle consuelo.

—Sí —habló Ariadna—. Las tres éramos libres hasta que unos traficantes nos raptaron. Eudocia y yo vivíamos en Sardes. Allí nos cogieron a la fuerza un atardecer cuando volvíamos de llenar cántaros en la fuente. Nos encerraron en un carro en donde ya estaba mi amiga Pulqueria, a quien traían desde las frías tierras del norte. Por eso tiene esos cabellos dorados y los ojos como el mar en un día de sol. Son verdes como la hierba fresca.

Teodora, compungida, se acercó al grupo. Allí, en el centro de la piscina, las cuatro se abrazaron en un sentido gesto.

—Amigas. Sabed que siempre me tendréis a vuestro lado. Esos tiempos de penas, dolores y penurias se acabaron para todas. Pero ahora salgamos del agua —sonrió—, que unas buenas friegas con aceites y bálsamos nos harán bien.

Se tumbaron cada una en una de las camillas, en donde las embadurnaron con aceites de olores maravillosos y tactos cálidos. En ello estaban cuando entró otra sirvienta con un recado del emperador.

—¿Cuánto tardará la señora? Ha dicho que apuren, ya que él y su convidado tienen las tripas furiosas.

—¡Las tripas furiosas! ¡Ay! ¡Cómo es este Justiniano! —se carcajeó Teodora—. Dile que vamos ahora, que nos estamos perfumando y que no tenga tanta prisa.

Retirada la emisaria ella continuó.

—Un banquete os vamos a ofrecer. Me complacería mucho que durante el convite os mostréis sinceras, sin reservas.

—Pero… —dijo Ariadna—, ¿acaso quiere alquilarnos? Antes nos miraba demasiado interesado.

—¡No, no, no! No es nada de eso —replicó la emperatriz—. Aunque a mi esposo se le vaya la vista detrás de vuestros cuerpos, que a fe mía son preciosos, no penséis eso. No tengáis esa idea ni aunque

le bailen los ojos dentro de las cuencas. Él no es de ese tipo de hombres. Desde que nos casamos jamás me ha sido infiel con hembra o macho. Aunque eso sí, él es humano y no puede dejar de admirar las cosas bonitas que Dios mismo ha puesto en este mundo. La prueba está en lo preciosas que sois.

—Pues tú dirás entonces a qué se debe esta invitación.

—No os va a proponer nada malo amigas. —Teodora ahora sonreía—. Os pondré en antecedentes.

La emperatriz envió a las sirvientas al otro lado de la sala para que no oyeran lo que iban a hablar.

—Lo que el mismo Justiniano va a proponer a Leturio —habló muy quedo—, no es más que una empresa en la que se involucrará gente de vuestra orden. Se trata de atravesar las tierras de los persas sasánidas e incluso las del mismo Seres para conseguir unos conocimientos que aquí nos son desconocidos.

—Pero…—dijo Pulqueria—, ¿hasta más allá de las fronteras persas?

—Sí, sí. Hasta conseguir información sobre qué produce una tela maravillosa, tan fina y delicada como no existe otra, que solo se elabora en el país de Seres.

—Será la tela de la seda, supongo —respondió Eudocia.

—Sí. Esa es. Así se llama y a nuestro imperio solo llega con las caravanas. Cuesta más que el oro y que la sal en los desiertos, tal es el aprecio que se le tiene por su escasez y rareza.

— Yo procedo de los montes que están más allá del imperio sasánida —habló de nuevo Pulqueria—, y allí se tiene muy poco conocimiento de esa tela. Es tan grande el interés y celo que ponen las gentes en su ocultación, que nunca he sabido si procede de una planta o de un animal. Incluso alguna vez escuché de prácticas oscuras de los alquimistas para producirla.

—Caramba. Yo tampoco tengo nada claro donde se crea esa maravilla. —Teodora hizo un gesto a las sirvientas para que continuaran—. Creo que será mejor que terminemos con estos masajes y vayamos ya a donde nos esperan, que los hombres, si no los tratas con tiento y mimo, se desesperan fácil.

Dicho esto se pusieron en pie, se vistieron y marcharon en alegre conversación, olvidando todo lo que acababan de tratar. Dentro de la suntuosa sala del banquete las esperaban los dos hombres, el mudo Albdal y una mesa repleta de viandas.

La empresa

—Y así es lo que te propongo. Si aceptas y la empresa termina con éxito, me comprometo a que tu religión sea la única oficial del Imperio.

—Bien *imperator*. Si lo he entendido bien, aprovechando que a los nestorianos Cosroes nos respeta, miembros de nuestra orden marcharán a tierras de Oriente para conseguir el secreto de la seda y lo necesario para producirla en Bizancio. Si lo consiguen, mi religión será la única oficial.

—Así es amigo Leturio, así es.

En esto la puerta se abrió y entraron varios sirvientes y las mujeres que continuaban con su animada charla.

«¡Qué buena anfitriona eres Teodora! No me equivoqué casándome contigo. Tienes un encanto que desbordas, y por el que hombres y mujeres se desviven. Seguro que las has convencido para que tomen parte en la empresa. Cuando se trata de lujos, como es esto de la seda, dejas salir tu convencimiento con tal exuberancia que nadie puede decir que no a lo que tú le propones. ¡Ay querida Teodora, cada día me tienes más enamorado! Aun a pesar de que este hombre haya venido con esas tres hembras de cuerpos perfectos y deslumbrantes yo te quiero solo ti Teodora. Te juro que no pienso ni soñar con ellas. Mis noches son y serán solo para ti querida Teodora».

Un gesto del emperador los invitó a sentarse alrededor de la mesa. Ante la vista de tanta comida y bebida, sin más miramientos comenzaron a aliviar sus tripas.

—Hemos tenido una amistosa charla, aquí el obispo y yo, sobre el asunto por el que he querido que vinierais a compartir cena con nosotros —habló Justiniano—. Y no es más que cuestión de economía. De economía pero la propia del Imperio. Vivimos ahora un momento de paz con nuestros vecinos los sasánidas de la Persia. Su rey, que se otorga a sí mismo el título de emperador, está en estos tiempos bastante calmado. Cosroes, que así se llama ese monarca de zoroastritas, controla el tránsito de las caravanas que llegan desde los países de Seres y Abascia. Las especias, el oro, la plata, las perlas, el jade, el lapislázuli y las telas, de todo ello poco tenemos en nuestro Imperio. Muchísimas cosas de las que aquí carecemos, o de las que no disfrutamos en cantidad suficiente, atraviesan sus tierras. Allí las

gravan con impuestos y peajes que hacen que todas esas mercaderías nos lleguen a unos precios tan abultados que casi nadie puede adquirirlas.

Todos asentían en silencio sin dejar de mover las mandíbulas. Él los miró sonriente y dio un mordisco a un tierno trozo de carne de cervatillo cocinado con miel. Masticó poco a poco. Quería crear expectación entre los comensales por saber en qué acabaría su interesante discurso. Cuando trasegó el pedazo que llenaba su boca, se la aclaró con un buen trago de rojo vino de las tierras del Jordán. Se rascó en una pierna, lanzó un pequeño eructo y cogió un dátil de una fuente.

—Como iba diciendo, ese mazdeíta rey adorador de Ahura Mazda impone unos pagos a los camelleros que después los debemos de asumir nosotros. Y si no decidme: ¿Es fácil comprar una perla? ¿Acaso sale barato un pequeño puñado de especias? ¿Alguno de vosotros tiene... no sé... una tela de... de... de seda? Decidme, decidme. ¿Resulta acaso sencillo? Porque... ya me diréis. Cierto es que esas caravanas atraviesan sus tierras, pero ese enano gordinflón de Cosroes solo sabe hacer bien tres cosas: comer como un animal, beber vinazo en tal cantidad que no conoce el agua y abusar de las buenas gentes. Daos cuenta que a los mercaderes les cobra por pieza de mercancía que transita por allí.

Cierto era que el emperador de Persia, Cosroes, no era hombre alto, más bien bajito que rozaba los cinco pies, pero su enorme cuerpo hacía pensar que el día menos pensado se le juntarían las mantecas y pasaría a la vida en el infierno de Zoroastro. Recostado como estaba Justiniano, con el brazo derecho apoyado en un almohadón, indicó a los sirvientes, con la mano con la que sujetaba el dátil, que los dejaran solos. Se fueron todos excepto el mudo Albdal, que permanecía quieto junto a la puerta.

—Ahora que ya estamos solos trataré de explicaros mi propuesta que mi amigo Leturio ya conoce. —Le guiño risueño un ojo —. El asunto es muy simple. El país de Seres es el único lugar en el que se cultiva la tela de la seda, aunque también se nombra como cultivador al de Ta Peca. No se sabe a ciencia cierta si es fruto de alguna planta o producto de un animal. Incluso hay quien dice que son los hilos de las alas de los dragones. La cuestión es que su jefe ha dictado normas y leyes para que el secreto de la seda no pueda salir de las fronteras de su territorio. Hasta tengo entendido que si descubren a quien sea traficando con la simiente de la seda, al momento lo condenan a muerte. A nosotros sí nos llega esa tela, pero a unos precios tan altos que al del oro o al de las perlas de ostras de los mares de Abascia.

Mientras el resto de los comensales asentía en silencio sin dejar

de masticar, él los miró vanidoso, hinchado en su propia soberbia.

«Pero que bien lo hago. Si es que no es por casualidad que sea el emperador. *Imperator rex* que diría Leturio. Cada vez que hablo dejo asombrado a quien me escucha, ¡Qué habilidad en la dialéctica! ¡Pero qué raciocinio y qué lógica! ¡Qué reflexiones tan sensatas! ¡Qué oratoria! Si hasta a la misma Teodora la noto cada día más prendada de mí. Aparte de estarlo por mis encantos físicos consigo mantenerla enamorada con esta dote de expresión tan natural que tengo, con tanto porte y elegancia como gasto. Si es que...».

Sonriendo a la concurrencia, lanzó el dátil a lo alto abriendo la boca para comérselo cuando cayera. El fruto, al caer, lo hizo con tan mal tino que se le quedó encajado en el gaznate, de forma que no le dejaba respirar. Los asistentes, que no se habían percatado de ello, continuaban mirándolo haciéndole gestos para que continuara. Veían que empezaba a boquear, síntoma, pensaron, de que estaba a punto de continuar con la charla pero ahora más animada. Seguro que los hados de la sapiencia misma campaban por su corazón inspirándolo.

Él por su parte, sofocado como se veía, intentó ponerse en pie pero debido el momento de angustia, al apoyarse en la mesa su mano resbaló, dándose un golpetazo en la boca con el borde. Como pudo, consiguió levantarse y comenzó a agitarse. Los comensales se rieron al ver que no había sangre, pero cuando al emperador se le puso la cara morada y empezó a correr dando saltitos a la par que boqueaba, se alarmaron. Ariadna, que era la que estaba más cerca, le sacudió un formidable estacazo con su puño en la espalda. Al instante, el malvado dátil salió despedido de la boca, yendo a parar al otro lado de la sala.

Se hizo el silencio en la gran habitación mientras el emperador se dejaba caer sobre un cojín. Se llevaba las manos al pecho y respiraba muy rápido. Unos tosidos fuertes, broncos e incontrolados informaron a los presentes de que poco a poco el resuello iba volviendo al cuerpo del anfitrión.

—¡*Imperator, imperator*! —Se acercó Leturio—. ¿Estás ya un poco mejor? ¿Necesitas alguna cosa? ¿Quieres unos tragos de agua? ¿O de vino?

El otro, que seguía a la suyo con las toses y demás, hacía gestos con las manos de que no, que no necesitaba nada más que aire fresco. Teodora, ya repuesta del susto, se le arrimó. Vació una bandeja de plata y comenzó a moverla de arriba abajo dándole con ella aire. Una sonrisa le agradeció el gesto y ya parecía que la incontinencia se le iba pasando, cuando el atragantado movió un poco la cara hacia adelante, de tal manera que quedó en mitad del recorrido de la fuente con la que le abanicaba su mujer. Recibió entonces un tremendo golpetazo en toda la cabeza que le hizo recuperar el habla al momento.

—¡Por el oscuro Fidus! ¡Por la misma Averna! ¡Deja la bandeja

en la mesa! ¡No necesito más por favor! ¡Si sigues igual me descalabras! ¡Válgame hasta el conocimiento del mismo Esculapio! ¡Vaya golpe que me has dado!

—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Mil veces perdón! Ha sido sin querer. Solo intentaba aliviarte. Mi querido esposo… ¡Perdón! ¡Perdón!

—¿Aliviarme? ¡Pues sí que me has aliviado! ¡Casi me haces dormir para siempre! Un poco más fuerte y me veo ante el mismo Moors. ¿Aliviarme? ¡Uf!

—¡Que no tenía intención de dañarte! Por favor. ¡Que no la tenía! ¡Déjame! Déjame verte la cabeza. —Comenzó a rebuscar con sus manos por entre el cabello imperial—. ¡Pero bueno! Si no es nada. Tú mucho te quejas me parece a mí. Ni sangre te sale. Nada, nada. Un poco colorado que se te ha puesto por debajo del pelo pero nada más. No me seas quejicoso que ya tenemos unos años…

—Bueno, bueno. —Justiniano, ya repuesto, habló con seriedad mientras se frotaba la cabeza—. Seguro que este no ha sido mi momento. Entre el dátil ese resabiado, el estacazo con el bordillo de la mesa, el puñetazo en la espalda y el revés con la bandeja en la cabeza, parece mentira que todavía me encuentre más o menos sano, aunque sí que estoy dolorido.

—A ver, esposo mío. Que no es para tanto. Tú, que en muchas luchas y batallas te has visto no te irás a quejar ahora por unos pequeños cachetes. Eres mucho más fuerte que esas menudencias.

—Bien. Bien —continuó el emperador—. Sentémonos que seguiré con lo que nos ha reunido. Decía que el comercio de la seda reporta unos beneficios enormes a quienes lo practican. Si de alguna forma conseguimos traer hasta aquí los animales o las plantas con que se elaboran y manufacturarla nosotros, el imperio llenaría sus arcas contribuyendo por lo tanto al bienestar de todo el pueblo. ¿Qué opináis?

—Yo ya conozco del asunto —dijo Leturio—. Creo que tienen que ser ahora las mujeres quienes den su parecer. Aunque entiendo que la misma Teodora se encuentra al corriente de tus intenciones.

Esta última sonrió y ofreció la palabra con un gesto a sus invitadas.

—Emperador —habló Ariadna—. Qué acertado estás en ese asunto del precio de las mercaderías que llegan de Oriente. No conozco de los tributos que pagan los conductores por su paso por el imperio vecino, aunque supongo que serán muy elevados. Y sí que es cierto que si algún día este sacro imperio es portador de los entendimientos, animales o plantas para producir la seda, los beneficios serán muchos. Si así sucede estoy segura que las gentes que todavía pasan hambre y penurias, comenzarán a vivir de una forma más tranquila para sus estómagos y sus almas.

El turno ahora era de Eudocia.

—Queridos emperadores. Pienso que si eso se consigue las riquezas no se quedarán solo aquí para gusto y disfrute de vuestras personas, sino que inundarán hasta las partes más recónditas de este país. Es buena idea conseguir fabricar aquí la seda.

Y terminó Pulqueria.

—Yo no soy mujer de buena expresión pero diré lo que siente mi corazón. Por supuesto que sería beneficioso que este imperio no dependiera para nada de los persas. Y que si se consigue lo que fuera para la elaboración de la tela sería maravilloso para muchas gentes de aquí. Pero... ¿quién lo hará?

—Los miembros de vuestra religión tienen tránsito fácil por el territorio sasánida —respondió Justiniano—. Se pueden mover con libertad. Será fácil para ellos viajar un poco más allá, hasta las tierras donde se elabora la seda, y mediante ardides, engaños o sobornos, conseguir animales, plantas y conocimientos para fabricarla. Pero antes de seguir con estas conversaciones os ruego la máxima prudencia. Debemos de mantener este asunto en secreto. Los espías abundan. Seguro que el afeminado y pusilánime de Cosroes tiene desplegado por esta ciudad un ejército completo de delatores, confidentes, informadores y soplones. Hasta puede ser que más de uno deambule por este palacio. Ahora mismo debemos jurar que nada de lo dicho, de lo que se hablará o de lo que se trate, si es que llegamos a un final esperanzador, salga de nuestros corazones, ya que nadie más que los que aquí estamos podrá conocer este asunto hasta que todo haya concluido.

Leturio se levantó.

—¡Yo lo juro por el mismo Cristo! ¡Que mis ojos queden sin luz y mis huesos sin carne si falto a este juramento! ¡Por Dios! ¡Amén! —sentenció con solemnidad.

—¡Por el mismo Jesucristo, yo juro! —Le secundó Ariadna también en pie.

Las otras dos monjas se levantaron e hicieron lo propio: «Por Jesucristo» juraron. En cuanto a Albdal se acercó a Justiniano, levantó su mano derecha y abrió la boca. Un silbido ronco surgió de aquella garganta que había sido años antes cercenada. Ante esto el emperador le dio un abrazo sellando el pacto de silencio. Teodora, por su parte, se acercó a su esposo y le dio un beso en la mejilla. «¿Cómo iba yo a decir que no?», dio la impresión que le susurraba al oído.

—Bien —dijo Justiniano—. Entonces tendremos que acordar cómo, cuándo y quienes llevaran a cabo el encargo.

Se sentaron de nuevo alrededor de la mesa continuando con el banquete interrumpido por el dátil. Hasta el mismo Albdal fue invitado a recostarse en los cojines. El obispo carraspeó, miró a los

lados, sonrió y se puso en pie. Quería que aquello tuviera un cariz de seria y solemne conspiración. Estaban tratando un tema en el que las personas que se involucraran en él, pondrían su vida al servicio de la empresa. Por lo tanto no era como para no tomárselo con el rigor que merecía.

—Emperadores, esposa, amigas religiosas, sirviente —empezó con pomposidad—. En las zonas altas de la Persia los nestorianos disponíamos, hasta hace unas pocas lunas, de algún rincón con iglesia habitado por unas dos docenas de monjes que supongo que seguirán allí. Sé por cartas que me llegan de cuando en vez que más de uno de los nuestros ha conseguido atravesar las fronteras con la Abascia, internándose hacía las altas montañas y profundos valles en el país de Seres. Son zonas habitadas, casi desconocidas para los cristianos. Me han comunicado que los emperadores de allí los han acogido sin problemas. Y, lo que yo considero más importante, las gentes de los pueblos de esos imperios extraños les han dejado integrarse en sus comunidades.

»He pensado, después de mucho cavilar, que una o dos personas, tres a lo sumo, podrían viajar en una de las caravanas que marchan hacia el Oriente y llegar hasta la última comunidad nestoriana de Bizancio. De allí pasarían a la Persia, atravesando todo ese imperio en busca de la iglesia de nuestra orden más cercana a la frontera. Mis informaciones me han dicho que se encuentra en la ciudad de Samarcanda. Si allí no consiguieran lo que buscan seguirían su caminar hasta dar con la siguiente comunidad, pero esta vez ya en el mismo Seres.

»Estoy seguro que quienes vayan recibirán de los monjes que encuentren toda la ayuda precisa y hasta las últimas consecuencias. Cuando los voluntarios de esta empresa vaguen por ese gran país desconocido, solo les faltará localizar fábricas de seda. Allí con artimañas, ardides, sobornos o la solución que fuera conseguirán lo que necesitamos. Cuando en sus manos tengan las plantas o los animales y en sus almas el saber, regresarán aquí de una forma parecida a la que han utilizado para llegar a su destino.

—Bien, bien, muy bien. —Justiniano asintió encantado—. Yo proporcionaré los tremissis suficientes facilitando que los viajes sean cómodos y los sobornos generosos. También firmaré cartas diversas para que quienes sean los mandados no tengan problema alguno hasta la frontera persa. Después, claro está, esos escritos con los sellos imperiales poco valdrán.

—Yo por mi parte escribiré bonitas redacciones a mis monjes de allende fronteras. —Leturio no quería ser menos—. Estoy seguro que ninguna puerta nestoriana se cerrará ante los viajeros. También digo ahora que las informaciones que he recibido de Seres hablan de

ejércitos vigilantes por las fronteras, y que las leyes de ese imperio penan con la muerte a quien trafique con la seda. E incluso que utilizan refinadas torturas para conseguir confesiones. ¡Válgame el Cielo, si son salvajes los de Seres!

Un silencio espeso le siguió. Todos miraban a Leturio con los ojos muy abiertos. Parecía que los presentes habían dejado hasta de respirar, tal era el miedo que les acababa de transmitir. «Con lo bien que habías empezado Leturio —pensó—, con lo bien que habías empezado, si es que te embarga la emoción y ya no sabes hasta donde puedes hablar, si es que no se puede contigo, si es que... ».

—Pero bueno, tampoco quiero decir que eso vaya a suceder. Por lo general los pobladores de Seres son gentes alegres y piadosas. Ese ánimo se transmite a sus soldados que siempre utilizan el sentido común y la piedad. Quien vaya a ir no debe de darle demasiada importancia a lo que he dicho. Sólo saber que si le descubren le quitarán lo que lleve y nada más.

Y se sentó. No estaba para nada satisfecho con sus palabras. Poco podía añadir ya. Los presentes continuaban mirándolo desconfiados.

—¡Ay amigo! ¡Ay querido obispo! —dijo Teodora—. Cuántos cuentos de niños, historias y fábulas habrás escuchado en tu ministerio. Ay, ay, ay,...amigo Leturio, ay, ay, ay...

—Sí. La verdad es que todo lo que os he contado no han sido más que frutos de deducciones sacadas por mí de conversaciones escuchadas por ahí. Que si un poco de aquí, un poco más de allá, en fin, creo que he exagerado bastante. Eso sí, las leyes de Seres impiden el tráfico incluso de conocimientos. Yo no dudo que quienes se embarquen en esta empresa, si guardan prudencia y la apariencia de monjes, saldrán bien parados. Y, por supuesto que sus vidas no sufrirán más riesgo que los propios de cualquier viaje en caravana.

Parecía que ahora sí que había conseguido tranquilizar a sus acompañantes. «Uf. Menos mal que Teodora me ha ayudado. Es mujer inteligente y hábil, digna de dirigir este imperio».

—Cierto es que cualquier viaje entraña algún peligro, aunque a este en concreto no le veo yo más que a otros —intervino Justiniano —. Pero alegremos esas caras que de este banquete saldrán quienes harán esa travesía. Yo creo que dos o tres personas es el número adecuado. Más llamarían la atención.

Nadie dijo nada. Parecía como que la cosa no iba con ninguno de ellos. Una miraba para un lado, la otra jugueteaba con sus manos, el de más allá hacía como que silbaba… Justiniano carraspeó varias veces, pero como si nada.

—Aunque a mí me gustaría mucho participar en esta empresa —continuó—, tiene que ser apasionante, yo soy el emperador. Me

debo al gobierno. Creo que lo entenderéis bien. Sois seis para encontrar a quien quiera ser voluntario.

—Cierto es, cierto es —habló Leturio—. Tú eres el emperador y no estaría nada bien tu ausencia para estos asuntos tan lógicos a la par que singulares. Yo, por mi parte, soy uno de los obispos de Bizancio. Me debo a mi Iglesia y a mis fieles. Además alguien deberá de coordinar desde aquí lo que suceda. A mí también me encantaría realizar esa travesía que será emocionante y excitante, pero,... como comprenderéis, no puedo irme de la ciudad.

—Pues sí que tenéis razón los dos —dijo Teodora—. Tú como emperador, es imposible el que te embarques en primera persona en esta aventura. Tú como obispo está claro que te debes a tus fieles. ¿Y yo? ¿Pensáis que estaría bien el que la misma emperatriz marchara por imperios enemigos en una caravana de mercaderes? Pues no. No sería razonable que eso sucediera, aunque ese viaje me resulta muy seductor, será una aventura atrayente y acaso peligrosa, pero no, no estaría bien. Debo de permanecer en el Gran Palacio.

Ariadna miró a su esposo y este le hizo un leve movimiento con la cabeza. Casi de forma imperceptible Leturio dijo a su mujer con la mirada: «Que ni se te ocurra decir que vas voluntaria, que ni se te ocurra».

—Está claro que ni emperador, ni emperatriz, ni obispo pueden ir a por esas plantas o lo que sea —habló ella—. ¿Y la esposa misma del representante de Nestorio? No, no y no. Imaginaos que caigo en manos de algún zoroastrita retorcido. ¿Qué mejor botín que la mujer de un hombre santo de la religión enemiga? Además él, como cabeza visible de nuestro credo, necesita en todo momento la ayuda de su cónyuge, en lo físico y espiritual. No puedo dejarlo solo aunque a mí me encantaría marchar a esa aventura, que a primeras me parece muy atrayente. Pero tengo que quedarme con él muy a mi pesar.

Un espeso silencio cayó como un manto. Solo quedaban tres, dos mujeres y un hombre. El asunto estaba claro.

—Razón tenéis al hablar así. Los emperadores, el obispo y mi querida amiga Ariadna, razón tenéis —sonrió Eudocia—. Aunque conmigo coincidiréis en que esta situación es bastante penosa. Mas me guardaré en el corazón las ideas que me dais con esta demostración de lo que las gentes, sean o no reyes, tenemos en nuestras almas. Antes nos hemos juramentado para llevar adelante una empresa, pues por Dios de los cielos que esta empresa se llevará a cabo. Yo iré en busca del secreto de la seda.

—Querida Eudocia —se levantó Pulqueria—. ¿Acaso habías pensado que te dejaría ir sola? Amiga, yo te acompañaré. Viajaremos juntas, sin temor. Llegaremos hasta el final y regresaremos.

—Muy acertado —habló Justiniano—. Muy acertado el que dos

mujeres religiosas marchen hacia allí. Vuestros vestidos de santidad os protegerán en mayor medida que si fueseis otra persona. Deberá de acompañaros un soldado imperial que os guardará de bandoleros y de hombres viciosos.

Todas las miradas se dirigieron a Albdal, quien, como distraído, masticaba con tranquilidad un muslo de palomo cocido. Al ver cómo le sonreían, dejó el trozo de carne en la bandeja y se levantó. Un sonido mal articulado surgió de su garganta. Se encogió de hombros y sonrió.

«¡Pero si ya no queda nadie más! Desde el principio tenía asumido que yo sería el elegido. ¿A qué jugáis? En mala hora me crucé contigo Justiniano. Me otorgaste la penitencia de la mudez, pero aun así te debo la vida. He jurado que te devolveré esa deuda en cuanto se presente la ocasión y lo haré. Aunque cuando la haya pagado..., cuando la haya pagado..., a partir de entonces no te aconsejo que te fíes de mí. Igual al final tú acabas mudo».

—No esperaba menos de ti querido Albdal. —El emperador se le acercó dándole unas palmaditas en la espalda—. Eres persona de total confianza para mí. Nadie mejor que tú para viajar de escolta y tesorero.

«Por tierras lejanas de otros imperios. Con dos tímidas monjas y un saco repleto de tremissis de oro. Puede ser que falte a mi juramento contigo Justiniano. Pueda ser que no salde mi deuda. Que no te cobre yo después la mía rebanándote el gaznate. Pueda ser que...».

—Ahora debemos trazar con buen tiento cómo se desarrollará todo —dijo Leturio—. Pienso que en el plazo de menos de una luna nuestros tres viajeros podrán incorporarse a alguna caravana. Aprovecharemos que estamos en los idus de *Iunius*. Tú solo deberás aportar los dineros necesarios y prescindir de este sirviente para que me ayude en la trama.

—Cierto es. Te daré una bolsa de tremissis para los gastos previos. Supongo que deberás mercar un carro, bestias, armas,..., no sé,..., lo necesario.

—Así es. Por ello te solicito que Albdal venga conmigo para esas transacciones. Los materiales que adquiramos los guardaremos a buen recaudo en nuestra iglesia. También me ocuparé del asunto de la caravana y de todo ello te mantendré informado.

—Bien. Lo veo muy bien —habló Justiniano—. Tenemos que recordar que nadie debe de saber nada de todo esto. Por ello lo llevaremos con el mayor sigilo y la más grande de las prudencias. Cuando os marchéis, Albdal esperará a que la luz del nuevo día nos alumbre y acudirá a la iglesia con cien monedas de oro, que para comenzar serán suficientes. A partir de ese momento él dependerá de

ti hasta el término de la empresa. Cuando tengas algo que pedir o comunicarme envíame a mi amigo Albdal, que todo será atendido y solucionado. Y la precaución lo primero. Siempre tendremos presente que los espías de Cosroes no duermen. Mañana mi mensajero os entregará el oro y una carta a modo de salvoconducto hasta la frontera con los persas. Daré entonces por terminado este banquete y su reunión. Os recuerdo lo hablado. Y antes de que os vayáis debemos de renovar el juramento, pero esta vez que sea mano sobre mano. Que sea un firme voto, un sincero y fuerte compromiso tomado en comunidad.

Se levantó y extendió su brazo con la mano abierta y su palma hacia abajo. Uno a uno pusieron las suyas encima. Casi al unísono emplearon la misma fórmula que ya antes había usado Leturio.

—¡Que mis ojos queden sin luz y mis huesos sin carne si falto a este juramento! ¡Por Dios! ¡Amén!

De esta forma los siete presentes en la sala zanjaron su compromiso, todos excepto Albdal que por mudo se limitó a dejar salir el aire con fuerza desde su pecho, en un ronco lamento silencioso y contenido.

El sirviente abrió las puertas y el emperador los despidió.

—Adiós señor. Adiós señoras—dijo—. Espero que nos volvamos a ver otro día.

El obispo y sus acompañantes saludaron inclinando la cabeza y se marcharon del Gran Palacio.

El mercado

De recién amanecida Albdal ya estaba ante la puerta de la iglesia. En su costado colgaba una bolsa con unas cuantas monedas de oro, suficientes como para comenzar los preparativos. Un rollo, enfundado en piel de carnero, contenía la carta del emperador. El obispo lo hizo pasar a la sala principal. Allí unas alfombras cubrían el suelo de tierra y una pequeña tarima de madera en el centro de la habitación, hacía las veces de lugar de comida y reunión.

—Albdal, amigo —le dijo sonriente—. Veo que nuestro emperador es cumplidor. Gracias por la bolsa y el rollo. A ver qué tenemos por aquí...

Vació el contenido del pequeño saco y contó las monedas que había.

—Noventa y cinco. Noventa y cinco tremissis. Muy bien, muy bien. Pero ya puestos poco le habría costado redondearlo hasta cien. Aunque recuerdo que él había hablado de cien, pero... —Miró receloso al mensajero—. Pero..., pero esto es lo que tenemos. Aun así está bien. Muy bien.

Leturio hizo suyo el dicho de «piensa mal y acertarás». Desconfiaba del sirviente y no estaba nada desencaminado. Lo que intuía, pero no podía probar, era que Justiniano había entregado cien monedas de oro a Albdal, y que este por el camino había sisado cinco de ellas. Y así era. El negro guardián las conservaba escondidas en una pequeña taleguilla interior de su túnica. Mucho se había cuidado de envolverlas en hojas de higuera para evitar el roce y el tintineo.

—Bueno, veamos qué hay en el rollo. —Lo sacó de la funda y lo extendió, leyéndolo en voz alta.

«Los portadores de la presente credencial actúan bajo mi mandamiento directo, por lo que todos los súbditos, justicias, soldados y demás de este mi imperio de Bizancio, deberán de prestarles el auxilio y ayuda que les soliciten. No les impedirán jamás el tránsito ni cosa alguna. Antes bien, les favorecerán en todo aquello que en su mano esté. Si cualquiera contraviniese este mandato, el peso de la justicia del Imperio caerá sobre él.

Es orden personal del *imperator rex*.

Yo Justiniano. El emperador».

—Vaya con Justiniano. Escueto pero muy claro todo. Deberé de

hacer también algo parecido para los de nuestra Iglesia. Iré escribiéndolo mientras tú, querida esposa, acomódalo y dale ropas propias de monje.

El obispo armado con una caña de cálamo afilada, mojó su punta en tinta y comenzó a escribir en un pergamino limpio que había sobre la mesa.

«Por el sagrado mandato de Jesucristo, yo, Leturio de Bizancio, obispo nestoriano, mancomunado que soy de esta Ciudad Santa, cuna, refugio y lugar de catequesis del mismo Nestorio:

Hago saber y ordeno a quien esto pueda leer, que los portadores de este pergamino ostentan la misma autoridad que yo mismo. Por ello mando con la suficiente razón emanada del mismo Cielo que a quien esto se le presente trate a su portador como si mí misma persona fuera, atendiendo todas sus peticiones sin pedir explicación alguna.

Y quien no cumpla lo mandado que tenga conocimiento suficiente como para entender que las mismas fauces del Averno, el terrible sufrimiento eterno, la sinrazón y el perpetuo dolor de cuerpo y alma estarán abiertos a él mismo.

Yo, Leturio. Obispo de Bizancio».

Orgulloso leyó y releyó lo que acababa de escribir. «Hum. Esto sí que es un escrito como tiene que ser, en condiciones. Claro, intencionado, con autoridad divina y humana. Como tiene que ser. Con autoridad». Lo enrolló y envolvió con un cuero de camello. Esperó a Albdal, que apareció al poco vestido de monje. Como era persona de bastante altura y gran corpulencia, aun a pesar de haberle proporcionado la túnica más grande que tenían esta le quedaba algo justa y corta. Era prenda marrón, de tejido duro, que a modo de capa cosida por los lados, con mangas y capucha para la cabeza, se anudaba a la cintura con una cuerda de esparto. Le llegaba hasta un poco más abajo de las rodillas y su pecho pugnaba por buscar un resquicio para respirar mejor.

—Huy amigo —dijo Leturio—. Algo estrujado sí que andas ahí dentro. A la vuelta te medirá los palmos del cuerpo una de las monjas para hacerte un apaño. Que así, tan constreñido como vas, cualquiera pensaría que sufres de miserere en tus tripas o que te ha dado un aire en el momento menos oportuno privándote del todo.

Cogió el obispo la bolsa con los noventa y cinco tremissis y salieron ambos a la calle marchando hacia el gran mercado. Era este un sitio enorme, con cientos de tenderetes, puestos y lugares que conformaban una suerte de callejuelas y pasadizos artificiales entre los que era demasiado fácil perderse. En ellos se comercializaba con todo tipo de artículos vivos o muertos, fueran hombres o cosas.

—Bien está la cuestión amigo Albdal. Aquí tengo las monedas.

Vamos a mercar cosas para el viaje.

Comenzó entonces el sirviente una serie de aspavientos intentando decirle que antes deberían de encontrar una caravana que partiera. El obispo lo miraba interesado, como si conociera el lenguaje de signos.

—Vamos a ver muchacho. ¿Me estás diciendo que paremos en alguna taberna?

«¡No! ¡Una taberna no! ¡Una caravana, una caravana! ¡Antes de comprar nada tenemos que buscar una caravana! ».

—Pero… ¿tan temprano y ya quieres empezar con el vinazo? No sabía de ese vicio tuyo. O lo moderas o no sé yo, no sé yo…

Negando con la cabeza el sirviente insistía en sus gestos.

—¡Que no! ¡Te he dicho que no! ¡Que para beber esperaremos a la tarde! ¡Que no insistas! Si es que… ¡Vaya inmoralidad! Pero ya puedes ir perdiendo ese gusto ¿eh? Yo no te dejo partir con dos de mis mujeres si vas a estar todo el día trasegando vino por el gaznate. O cambias o hablaré con el emperador.

«Yo estoy mudo y este monje medio lelo. No puede ser que no comprenda nada. No puede ser».

En estas andaban cuando Leturio se paró de pronto.

—¿Sabes amigo Albdal? Creo que antes de comprar nada deberíamos de localizar alguna caravana que esté a punto de partir, hablar con el mayoral y conseguir un sitio en ella. ¿No te parece?

«¡Por fin! ¡Por fin!».

—Si es que tengo que estar en todo. ¡Vaya expedición que organizarías tú si no es con mi ayuda! Acabaríais en cualquier lugar de la Hispania o de Bretonia pero jamás llegaríais a las tierras de la seda. Esa afición que tienes al vino deberías de moderarla. Date cuenta de que no te deja pensar con claridad. O me juras ahora mismo que reprimirás esas ansias por el vinazo o no viajarás con mis monjas. ¡Júramelo!

Miró con fijeza a los ojos de Albdal.

—¡Júramelo! ¡Levanta tu mano derecha, pon la izquierda sobre el pecho y júramelo!

Con un asentimiento de cabeza y un siseo del mudo el obispo se dio por satisfecho. Muchas cosas pasaron por la mente del juramentado en ese momento. El mundo estaba gobernado demasiadas veces por gentes exageradamente inútiles como para poder ejercer cualquier autoridad. Pero claro, él nada `podía hacer.

Llegados a la explanada de las caravanas, un delegado imperial les indicó cuales estaban a punto de marchar al Naciente. Una saldría en pocos días, por lo que fueron a hablar con su jefe.

—Dios te salve amigo —dijo Leturio—. Venimos a tratar un asunto contigo. Nos han dicho que eres el mayoral de esta recua de

ganado que partirá en breve.

Ante ellos estaba un hombre que los miró de arriba abajo sin contestar. Era de mediana edad, baja estatura, con barbas y pelos rojos en la cara, de piel clara y ojos azules rasgados. Vestía una túnica negra sin anudar a la cintura con un pañuelo cubriendo su cabeza. Entre los dientes sujetaba una larga pajita de hierba seca que pasaba de lado a lado de la boca de forma muy curiosa, ya que no perdía nunca la horizontalidad. Cuando el hierbajo completó el recorrido por la comisura de los labios varias veces de derecha a izquierda y regreso, asintió sin hablar.

—Mi nombre es Leturio, obispo nestoriano de Bizancio. Este que me acompaña es Albdal, religioso de mi orden. Si le hablas no te contestará, es mudo.

—Me llamo Zensán. Soy el jefe de esta partida. Marcharemos en seis días hacia las tierras donde nace el sol. ¿Qué queréis, Leturio y Albdal?

—Saber si admitirías un carruaje con tres viajeros rumbo a las tierras sasánidas y más allá.

—¿Sois vosotros los transeúntes?

—No, yo no. Albdal sí. Le acompañarán dos mujeres monjas nestorianas. Van hasta la última de las iglesias de nuestra orden, en las tierras de las altas montañas.

—¿Dos mujeres? No es bueno que sean monjas. Si fueran meretrices o taberneras no habría problema, pero...

—Pon el precio para que los tres viajen en tu caravana.

—Serán diez monedas de oro. —La pajita de hierba seca se movió de un lado a otro de la boca

—Bien, un precio razonable. Te las entregaré y me dirás en qué punto se encuadrarán.

—Serán diez monedas de oro por cada uno. Y otras diez por el carro.

—Cuarenta entonces te pagaré —contestó el obispo con un pequeño bufido—. Treinta por ellos, diez por el carro.

—Sean cuarenta, y dos por cada una de las bestias que los acompañen.

—Vaya, cada vez que dices algo subes el precio. Que sean cuarenta y cuatro en total, ya que espero que dos burros grandes tiren del carro.

—¿Burros? Mejor caballos y no dos sino tres. Dos para tirar y uno de refresco.

—Cuarenta y seis entonces. Tres monjes y tres caballos con un carro.

—Con comida para el ganado y los viajeros serán otras dos más por cada uno.

Leturio ya había perdido la cuenta. Cada vez que decía algo el mayoral le aumentaba el precio. Pero ya pocas cosas o ninguna le quedaban para seguir cobrando. Hizo un cálculo rápido antes de contestar.

—Cincuenta y ocho entonces. Cincuenta y ocho y cerramos el trato.

—¿Necesitarán protección? Porque la protección son diez a mayores.

—Sesenta y ocho y ya no hay más en donde subir. Sesenta y ocho para que dos mujeres y un hombre viajen con tu caravana, mas un carro, mas tres caballos, mas la comida de hombres y animales, mas la protección. ¿Queda algo en el olvido?

—Sí —sonrió Zensán—. Faltan dos para el mayoral. Si quieres que tus religiosos viajen cómodos y seguros deberás de pagar setenta monedas de oro.

Mientras abría la bolsa, el monje masculló una suerte de maldiciones en las que se acordaba de algún pariente del caravanero. Una a una contó las monedas y se las entregó.

—Trato cerrado —dijo después de comprobar la cantidad—. Marchareis al final. En total son mil quinientas bestias, con carros, conductores y viajeros. Llevamos medio ciento de guardias para la seguridad. Yo marcharé delante. Caminaremos de día parando al ocaso. Durante toda la travesía deberéis de observar las reglas de la caravana. Cada grupo viajará siguiendo a su jefe con una oriflama que lo identifique. Sabed que mientras dure el viaje yo seré la ley. Seré el juez de todas las faltas que se puedan cometer y mío será el derecho de vida o muerte. Esto tendréis que acatarlo ahora. Y como irás tú con dos monjas, me valdrá con que asientas con la cabeza y que con dos besos sellemos el trato. ¿De acuerdo?

Albdal, ante el silencio de Leturio, asintió de forma enérgica, acercándose a Zensán y dándole dos besos en cada mejilla.

—Bien. Llevad una oriflama que no sea de gran tamaño enganchada en lo alto de un palo que portará quien vaya delante de vuestro grupo. Recordad que deberéis estar listos antes del orto del sexto día. Entonces partiremos. La caravana comenzará a formarse allende del puente del Calínico en la explanada de Argólida. Vuestro lugar será el más cercano al puente. Mis sirvientes irán conmigo en cabeza y los guardianes de la caravana comprobarán que todo esté en orden. Recibid un saludo e id con vuestros dioses.

Y se marchó con el dinero contento por la explicación que había dado. Ellos lo vieron alejarse sin decir palabra alguna. Al poco, Leturio reaccionó.

—¡Veinticinco! ¡Solo veinticinco tremissis nos quedan! Albdal, vuelve al Gran Palacio y explícale al emperador nuestros avances con

el gasto que tenemos. Dile que reponga la bolsa para las compras y que te entregue ya los dineros para el viaje.

—Te daré unas alforjas con tres mil monedas así como unos buenos puñados de piedras preciosas rojas y verdes. —Justiniano no se hizo de rogar ante la petición de Albdal.

Dio un par de palmadas y encargó al guardián de la cámara del tesoro que llenara dos alforjas. La primera con tres mil monedas de oro. La segunda con una cantidad de piedras rojas y verdes que equivaliera al valor del oro de la primera. Todo ello debería de llevarlo a la entrada de las cuadras, en donde el mudo sirviente le esperaría para cargarlo en una montura.

—Por cierto Albdal —sonrió Justiniano—. Tengo la impresión de que vistes una túnica que parece hecha para un niño en vez de para ti. ¡Si hasta se te ven las rodillas!

Él se encogió de hombros, ¿qué iba a hacer si no?

—Ya es momento de que te marches. No volveremos a vernos hasta que haya terminado todo. Será dentro de unas lunas o, quien sabe, quizá cuando ya ostentemos la plata en el cabello. Sea como fuere vete con cuidado.

Con una reverencia el sirviente se retiró hasta las caballerizas, en donde esperó hasta que el custodio de la cripta del tesoro apareció. Le acompañaba un esclavo con los dineros en dos alforjas de cuero de vaca cerradas por tres o cuatro hebillas.

—Bien Albdal, esto que traigo es para ti. Lo cargaremos en alguna montura. ¿Te parece bien en estas mulas? —Señaló a un par de ellas.

El mudo asintió con la cabeza. Colocaron entonces una talega a cada una.

—¿Quieres ver la mercancía?

Sonrió y se acercó al primer animal. Los dos bolsos, el derecho y el izquierdo, se encontraban llenos a rebosar de monedas de oro. No quiso contarlas dando por supuesto que habría mil quinientas en cada lado. El segundo tenía las alforjas repletas de piedras preciosas rojas en un lado, verdes en el otro. ¡Por el mismísimo cielo! Jamás había tenido a su alcance tal cantidad de riqueza. Era un auténtico tesoro. Con esos bienes en su tierra sería el mismo regidor de una ciudad. ¡Qué ironía! De resultas no eran para él. Bueno... ahora no eran para él pero... ¿en un futuro cercano?

—El mismo emperador me ha dicho que no es necesario que devuelvas las mulas. Y… ¿todo esta fortuna para qué es?

Albdal lo miró serio. Sus ojos ni parpadeaban.

—Está bien así. Nuestro bien amado Justiniano me ha dicho que no haga preguntas y no las haré. Marcha por el buen camino. Que los dioses te acompañen.

Antes de salir de las cuadras se preocupó por disimular de alguna manera su carga. No despertaría interés en nadie si él caminaba delante de dos mulas sucias, con aspecto huraño, de malas maneras al mirar, cargadas con alforjas de apariencias propias de un religioso. Por ello debería de conseguir que los bichos y lo que portaban no llamaran la atención. Se fijó primero en las bolsas. Eran nuevas, estaban impolutas. Tenían hasta una fila encordelada de fino hilo dorado entrelazado con otro plateado.

«Demasiado elegante. Lo arreglaremos».

Para ello arrancó todo el soberbio reborde dejándolas limpias de adornos por fuera. Como parecían demasiado inmaculadas las ensució con unos puñados de la tierra mojada de orines del suelo de la cuadra. Los cabezales de los bichos, engalanados de la misma guisa que los bolsones, sufrieron una suerte pareja privándolos de todo realce palaciego. Las dos jóvenes mulas estaban limpias, impecables, cepilladas a conciencia, incluso con las crines recortadas en forma curiosa y elegante. Hasta parecía que el buen porte y la alta dignidad de la misma Corte habían empapado a aquellos animales. Tan bien cuidadas y alimentadas se las veía que ni tan siquiera una mosca rondaba a su alrededor. Incluso olisqueando un poco percibió que las habían debido de perfumar, tal era el agradable olorcillo que desprendían.

«Seguro que muchos querrían estar así de aseados y pulcros. Más de uno. ¿Cómo que más de uno? Cientos, millares de personas se cambiarían por vosotras, mulas elegantes de la misma Casa del Imperio. Pero esto lo arreglaremos ahora».

Sin hacer ascos, cogió unas cuantas bolas de excrementos del suelo y empezó a restregar los cuartos traseros de la primera con aquella porquería.

«Las mulas, los caballos, las vacas presentan siempre las nalgas y las patas de atrás llenas de boñigas pegadas a la piel. Si quiero que nadie se fije en mí debo de aparentar ser muy humilde y oler como cualquier pobre humilde. Tenemos que oler mal, estar llenos de moscas. Que nadie sepa ni sospeche lo que llevamos en las alforjas».

Al momento, aquella mulaza ante la sensación de masajeo que sentía por detrás dejó caer sus orejas y párpados en actitud placentera. Pero al poco, cuando su vecina rebuznó en un intento por decirle que la estaban ensuciando, estiró sus orejonas abriendo mucho los ojos. Debió de ser el aviso de su amiga o el pestazo tan fuerte que comenzaba a percibir lo que la llevó a agitar el rabo para sacudir la molesta presencia de algún insecto. Albdal, que seguía con el frote y esparcimiento de las bolas de deshechos, no hizo ni caso a los coletazos. Pueda ser que entonces la misma mula, rumiando algún pensamiento, optó por la conveniencia de tomar medidas más

contundentes. Con gesto veloz largó una coz hacia el monje que continuaba a lo suyo. Cierto es que cuando a alguien se le priva de algún sentido, el ver, el oler, el oír,…, los que le quedan se agudizan. Seguro que por ello el mudo vio venir la patada por el rabillo del ojo y de un salto hacia atrás evitó el golpetazo. Se quedó allí quieto mirándola con gesto serio. El animal le enseñó todos los dientes como si sonriera y agitó su cabezota hacia los lados.

«Vaya. Parece que no gustas de ensuciarte. Pero ya te daré yo, ya te daré. Vais a quedar las dos como si nunca hubierais servido en la Corte».

Con cuidado siguió embadurnando al animal que cada poco coceaba hacia él. En breve terminó, pasando a su compañera. Esta, que había visto lo de su vecina, intentó zafarse de la suciedad, pero pudo más la habilidad y rapidez de su nuevo dueño que las malas artes del bicho. Cuando terminó, Albdal se alejó un poco para observar el resultado. Contento con ello agarró las riendas saliendo de las cuadras con el ganado caminando detrás. Cualquiera que los viera ni tan siquiera se fijaría. Un pobre monje, de hábito apretado y corto, guiando a sus dos sucias y humildes mulas. Seguro que en las alforjas llevaría el producto de alguna limosna. Con andar tranquilo y cansino, al modo del de los hombres de Dios, llegó hasta la casa. Al momento apareció Leturio.

—¡Amigo! Veo que ya has vuelto con mercancía. Veámosla, veámosla. ¿Qué es? ¿Cuánto es?

Ávido, abrió las alforjas hundiendo sus manos en las monedas primero y por las piedras después.

—Por el mismo Nestorio que Dios tiene en su gloria. Buen viaje os espera con todos estos cuartos. Jamás he visto tal cantidad de oro y piedras preciosas juntas. ¡Esto es un auténtico tesoro! Pero antes de nada llevemos estas alforjas adentro de la casa. No pueden estar aquí más tiempo. Y estas dos mulazas pueden tirar del carro. ¿Deberás de devolverlas?

Albdal negó con la cabeza.

—Mejor, mejor. Así los caballos marcharán ensogados detrás o montados en libertad. No obstante, como se dé cuenta ese Zensán de que a mayores viajan esas bestias a buen seguro que os pedirá treinta monedas más, tal es la desvergüenza de ese personaje.

Con estas frases y otras parecidas el obispo y su acólito ocasional entraron en la casa cargando las alforjas. Allí él empezó a contar lo que había. Por su parte el mudo se acercó a Eudocia, que viéndolo tan embutido como estaba calculó a ojo de buena costurera las ampliaciones que debería de hacer al traje. Le dio una túnica gris para que se la pusiera mientras ella hacía la componenda.

—Tres mil monedas hay en las alforjas, mil quinientas en cada

lado. En la otra, mil trescientas piedras, que son rubíes y esmeraldas, con un peso parecido al de las monedas. El valor de una y otra por ahí le rondará —calculó Leturio—. Doscientas monedas cojo para terminar la compra de lo que ya tengo apalabrado por el mercado. Ahora amigo, acompáñame a pagar y a por la mercancía.

Llegados al bazar lo primero que hicieron fue recoger tres caballos de alzada normal y crines alborotadas, a razón de cincuentas monedas por cabeza. El mercader, de mismo color de piel que Albdal, al verlo lo miró con los ojos entornados. No hicieron caso de ese asunto pasando a los caballos. Cada uno era de un color diferente. El primero era tordo, el segundo rojo entero, el último era un bayo de capa suave castaña y cola y crin de un negro absoluto.

—Y para que veáis que me resultáis personas gratas, de buen hacer y mejor fiar —dijo el vendedor sin apartar la mirada del monje mudo—, voy a tener el detalle de daros en propiedad estas tres sillas. Son nuevas, elegantes y prácticas.

—Gracias, gracias —contestó Leturio que no se había percatado de las insinuaciones visuales—. Mil gracias te sean dadas por Dios mismo y por nosotros. Y… veo que tienes también carros. Pues necesitaríamos uno y los aparejos para dos mulas de buen porte.

—Aquí lo tengo. Este de cuatro ruedas es el mejor. Tiene asiento para conductor y acompañante, caja grande con aros para la lona y un eje largo para el ganado. Para las mulas bastará con un par de colleras, las cabezadas y las riendas para manejarlas a vuestro antojo. ¿Qué decís de ello?

Otra vez sonrió a Albdal, que cada vez se encontraba más incómodo.

—Bueno está. Entonces, si mercamos los tres caballos, con sus sillas de regalo, el carro con los aros, lona, colleras, cabezadas y riendas para las mulas,… ¿cuánto te adeudaríamos?

—Sumándolo todo son doscientas cincuenta cien monedas de oro.

—Ya, pero es que con todas estas compras podrías tener un detalle. Que estos negocios no se hacen todos los días.

—¿Que no se hacen todos los días dices? Todos los días y varias veces en cada uno. —El mercader se acercó un poco más al monje—. Pero una disminución del total igual pudiera ser. Todo dependería de lo amables que fuéramos unos con otros. En especial tú conmigo, que te veo joven, fuerte e inteligente.

Leturio entonces abrió mucho los ojos.

—¡Ni hablar! ¿Estás acaso proponiendo algún tipo de favor griego a este hombre mudo y sagrado?

—Ah, pero… ¿es mudo?

—¡Mudo y monje! ¡Un hombre santo! —respondió mientras

Albdal retrocedía—. Si de esto conocieran los vigilantes imperiales a buen seguro que no obrarías así. Si no hay un acuerdo en el precio acudiremos a las autoridades para que tu cuerpo se corrija de esos malos pensamientos a base de bastonazos.

—¡No por favor! ¿Cómo habéis podido pensar que yo gusto de varón y no de mujer? Por favor. Casi me ofendéis con esa palabrería barata y absurda.

—O hacemos un trato o te acusamos al primer guardián que veamos. Te doy ciento cincuenta monedas por todo el lote. No hay más.

Asustado, el nada afeminado pero licencioso negociante no pudo hacer otra cosa que asentir. Mucho miedo le producía la sola idea de caer en manos de la justicia. A algún conocido suyo había visto aplicarle esa mano rígida, dejándolo magullado, con las costillas bien repasadas por un leño. Él no quería ser el siguiente. Era curioso ese imperio, pensó en un instante. Permitían los lupanares de hombres para hombres, pero su relación íntima, si era sabida, se castigaba sin contemplaciones. Curioso, sí, muy curioso.

—Ciento cincuenta monedas por todo lo hablado. Y os dejo ese precio no por miedo al castigo que pueda recibir por lo que no he hecho, sino por ser vosotros personas sacralizadas que me habéis caído en gracia.

—Ciento cincuenta y las sillas de los caballos que iban de regalo también.

—También las sillas, también las sillas. —Sopló sudoroso—. Pagadme y marcharos que yo debo continuar con el negocio.

Una a una Leturio fue sacando y contando las monedas. El comerciante las recogió y las guardó en su zurrón. Estaba demasiado inquieto y quería que se fueran de allí cuanto antes.

—Ahí lo tenéis. El ganado, el carro y los aparejos. Cargad todo y marchaos con vuestro buen dios por donde habéis venido.

Albdal se encargó de colocar cada cosa en su lugar. Al poco el mudo, sentado en el cabestrante, agitó las riendas y los caballos salieron al paso seguidos por Leturio, que a lomos del rocín que sobraba, marchaba orgulloso y altivo. En poco llegaron a la iglesia en donde el monje aparcó pegando el carromato a la fachada. Por su parte, el jinete paró detrás demostrando una habilidad de caballero que nadie imaginaría. Cuando descendía de su montura tuvo la mala fortuna de no apoyar bien su pie en el estribo, resbalándose y cayendo a plomo. Cuando su cuerpo chocó contra el suelo, se oyó «crac», el mismo caído reaccionó de tal manera que, como si una mano gigante tirara de él hacia arriba, de un salto sublime apareció de pie como si nada hubiera sucedido.

—Bueno, bueno, bueno. —Miró hacia los lados comprobando

que nadie lo hubiera visto caer—. Como seis días tenemos, guardaremos el carro en el patio de atrás, el ganado en la cuadra y marcharemos ahora a comer algo que ya van siendo horas.

Durante la ausencia de los hombres, las mujeres se habían ocupado en dejar lista la cuadra para albergar al ganado, acarreando hierba seca y agua para el pilón. El carro, los aperos y aparejos fueron colocados en un rincón del patio. Los animales pasaron a su lugar, en donde Albdal se ocupó de acomodarlos en condiciones, bajo la atenta mirada de Leturio que fue incapaz de mover un solo dedo para ayudarle.

El aprendizaje

Pasaron a la casa y los cinco se sentaron en los cojines para comer. Mientras tanto, Leturio les obsequió con una serie de explicaciones.

—Mañana volveremos al mercado. Nos faltan muchas cosas. Iremos todos juntos y así evitaremos más viajes. —Se colocó la coleta por delante del hombro.

«Curioso es este obispo —pensó Albdal—. Calvo, enjuto, con poco pelo pero tan largo como para poderlo juntar y atar, y vestido con una túnica gastada. Él solo organiza todo. Disfruta cuando manda y dispone de las cosas y las gentes a su antojo. Pero es que es tan poco trabajador que creo yo que pocas veces en su vida ha hecho cosa alguna productiva. ¡Qué personaje!».

—La partida será en seis días. Debemos confeccionar un estandarte para colocarlo en lo alto del carro. Será la cruz roja de Nestorio sobre una sábana blanca. Con que el trapo tenga tres palmos por cada lado ya vale. Tendremos que idear un sistema para que las monedas y las piedras viajen seguras, ajenas a ojos extraños, de forma tan discreta que nadie sepa que allí se transporta un rico baúl. También he pensado en que vosotras, Pulqueria y Eudocia, recibáis clases de recordatorio de conducción de carros y monta de caballos. Albdal os dará lecciones sobre los oficios de jinete y carretero. Comenzareis en cuanto hayamos comprado lo que nos falta. Tendremos que mercar alimentos, armas, ropas, odres para el agua... —Miró a Albdal con gesto serio—. Que no. Para el vino no. En fin. Una suerte de cuestiones para que disfrutéis de un viaje cómodo.

Al día siguiente, a la salida del Sol, marcharon al mercado con el carro vacío. A su regreso, pasada la hora *tertia*, el transporte volvía lleno. Habían comprado dos tiendas con cuerdas, postes y enganches, alfombras, loza y cubiertos para las comidas, parihuelas de lona, rollos de cuerda, espadas, escudos, y otras cosas más, todas necesarias para el viaje. Para comer habían adquirido unos trozos grandes de carne seca, pan, pescado en salazón y dátiles y frutos secos. Dieron por hecho que durante el recorrido conseguirían lo que les faltara.

Después del almuerzo, salieron al patio y pasaron a los asuntos del conocimiento y uso de espadas y cuchillos. Como entendido de estas artes, Albdal se encargó de formar a las mujeres en esos menesteres. Aun a pesar de no hablar, sorprendió a sus alumnas con

sus buenas dotes de enseñante y por el gran conocimiento y habilidad que demostraba. Ellas, que en alguna ocasión anterior habían tenido que defenderse, dejaron al monje un poco más mudo de lo que era cuando descubrió que ambas manejaban con soltura las armas. Por ello se limitó a perfeccionar los tajos que lanzaban con buen tino, la protección con el escudo y el ataque en corto con cuchillo.

En estas Leturio, que presenciaba el entrenamiento, pegó un bufido y se acercó al profesor.

—A ver, a ver, a ver. No puedes coger la espada de esta forma —dijo a Albdal a la vez que le quitaba el arma de las manos—. Si es que parece mentira que hayas estado en la guardia imperial. ¡Miradme! ¡Aprended de mí! Si lo que queremos es defendernos de alguien que nos ataque de frente con su espada en ristre, se la apartaremos con la nuestra dando un giro muy rápido con ella inclinada.

Así lo hizo él solo. Resultaba cómico verlo, tan enjuto como era, vestido de sotana, calvo pero con barbas y el largo pelo recogido, haciendo aspavientos en el aire en un intento por defenderse de un enemigo invisible.

—Creo que esto os ha quedado explicado con claridad. No como haces tú. Mucha guardia imperial, mucha guardia imperial, pero nada, muy flojo. Observad ahora cómo le hago frente. ¡Vamos! ¡Atácame!

Albdal lo miraba sin saber qué hacer.

—¡Atácame muchacho! ¡Pero de frente! ¡Venga! ¡Sin miedo!

Así lo hizo aunque despacio, teniendo cuidado para no herir al obispo. Este hizo el movimiento que antes había descrito, desviándolo sin mayor problema.

—Mal estás, mal estás. Lo dicho. Estás como flojo y débil. No obstante sirva este ejemplo. Ahora os enseñaré otra defensa en la que soy muy hábil. Si nos damos cuenta de que vamos a recibir un tajo de arriba a abajo, lo mejor para pararlo es colocar nuestra espada cruzada sobre nuestra cabeza ofreciéndole lo plano. Mirad cómo se hace.

De un rápido movimiento se agachó un poco y puso su arma cubriéndose con las partes cortantes una hacia adelante la otra para atrás.

—¿Veis? ¿Veis? Tan sencillo como eficaz. ¡A ver muchacho! Atácame ahora de esta manera. Pero no me hagas como antes que pareces un eunuco. ¡Dame con alegría! Ya verás cómo paro tu golpe.

Esta vez Albdal ni se lo pensó. Levantó su arma en alto y la descargó hacia la cabeza del nestoriano que, rápido, interpuso la suya en el trayecto. Pudo ser quizá que la acercará mucho a la testa, o que su interlocutor espadachín sacudiera con más fuerza, o que Leturio

pocas veces había entrenado. La cosa fue que en el momento en el que la del mudo chocó contra la del obispo, la energía del golpetazo hizo que la fuerza del mismo se descargara de una espada a otra, y de esta última a la misma cabeza parapetada, que recibió de manera inesperada un tremendo golpe un poco más arriba de la frente. Su contrario retrocedió asustado pensando que le había hecho algún mal. Pero el flaco monje sacudió un poco su testuz emitiendo un soplido.

—¡Puf! ¡Puf!! No ha sido nada —dijo sonriendo—. Estoy bien. No ha sido nada.

Pero al momento cayó hacia atrás quedándose sentado en el suelo con las piernas abiertas y la espada hincada en la tierra a un lado cogida fuerte con la mano derecha. Solo salía de su boca un siseo extraño parecido al silbido de una serpiente. Las mujeres se acercaron temerosas de que hubiera quedado mancado, pero él, con los ojos entrecerrados, hizo el gesto con la mano libre de que nada pasaba, que no se acercaran. Poco a poco fue recuperando los aires perdidos hasta que, mostrándose dolorido de las costillas, logró levantarse. Miró desconfiado a sus acompañantes y tosió un poco.

—Vaya manera de sacudir. Pero no creáis que ha sido por un descuido mío. —Dirigió una mirada severa al mudo—. Esto ha sucedido por no haber seguido mis indicaciones como yo te las he dicho. La cosa era que me atacaras de arriba a abajo, no de soslayo que es lo que has hecho. Por eso me he dejado atizar. Si yo hubiera correspondido a tu asalto, con alguna de las muchas artes que conozco, ten por seguro que ahora serías tú el descalabrado. Tan solo te he dejado arremeterme de esa forma inapropiada, sin defenderme, para no hacerte males mayores. Ahora voy un momento a la casa. Vosotros seguid.

Y entró en ella dejándolos solos, cosa mucho mejor así, puesto que con la nada apreciable compañía y los consejos del obispo, alguien hubiera acabado maltrecho. Cuando llegó la noche volvió Leturio. Los miró de forma insolente y dio por finalizada la tarea.

Ya solo quedaba dar alguna práctica de conducción de carruajes y bestias. Esta cuestión la realizaron al día siguiente después de salir el sol. Para ello engancharon las mulas al carro, con los caballos atados detrás y se fueron a una zona sin gente. Comenzaron con el carro, primero una monja, después la otra, siempre con Albdal a su lado. No se les daba nada mal, por lo que a media mañana lo dejaron y pasaron con los caballos. Los ensillaron y en ellos se pasearon, trotaron, galoparon e hicieron cabriolas, giros y frenadas, cada una con su montura. El poco modesto obispo los acompañó en todo momento, ahora en la caja del carro, ahora pie a tierra observando las cabalgadas. No se le ocurrió conducir, aunque, eso sí, no paró de hacer indicaciones y de dar explicaciones con las que

demostró que no tenía ni idea de lo que era una bestia o una pareja de mulas tirando de un carromato. No atinó ni una en todas las frases que dijo. Hasta, para gracia de los presentes, se permitió enfadarse diciendo que las mujeres no lo hacían nada bien. Así era el obispo, entusiasta en todo, aunque no supiera ni un ápice del tema. Una cuestión que sí acordaron fue la de confeccionar unos calzones holgados para las mujeres, a modo de los que usaban las gentes de guerrear.

Por su parte, Leturio andaba con una preocupante inquietud en su cabeza, la cual no podía dejar pasar más tiempo para su solución. Y era que si el mudo Albdal acompañaba a Eudocia y a Pulqueria por caminos desconocidos, vistiendo hábito que no le correspondía, debería antes instruirlo, formarlo y nombrarlo monje nestoriano. La cosa fue que llamándolo en un aparte le dijo que debería de aprender las enseñanzas de Nestorio y ser consagrado como hombre de su Iglesia.

—Joven Albdal —le dijo—. No hace mucho que nos conocemos, pero creo que eres persona digna de confianza.

«¡Puf! Ya está otra vez este hombre con sus diatribas sobre la dignidad, la confianza, la pureza,... Si es que ya resulta fastidioso. Pero bueno. A ver qué es lo que se le ha ocurrido ahora. Asentiré como siempre [debo de parecer un auténtico asno con un saco de hierbajos colgando bajo el hocico tal es mi forma de cabecear] y sonreiré diciéndole a todo que sí para que termine pronto».

—Bien muchacho. Bien. Quiero que sepas que te noto persona adecuada para portar con buen ánimo ese hábito de monje. Seguro que eres persona instruida, aunque como no hablas a veces tengo la impresión de que eres algo lelo. —Albdal arqueó las cejas borrando la sonrisa—. No amigo, no. No lo digo porque lo seas, sino porque como siempre estás callado, que ya conozco bien de tu tara, es lo que parece.

«Por cualquier dios pagano o el mismo de los cristianos. Tiene tanto de calvo, flaco y feo como de tonto. Vaya con la iglesia la nestoriana. Vaya con ella y con sus obispos».

—Y no te hablo como ofensa, sino por deferencia hacia tu persona, de gran tamaño y con corazón noble. Eres a quien el mismo *imperator rex* ha designado para una empresa difícil, en la que solo los más osados y convencidos en la fe pueden triunfar.

«Solo te falta rebuznar a la vez que cabeceas —pensó el obispo mirando cómo el otro asentía mientras él le sonreía con falsedad—. Lo dicho, un par de rebuznos y quedas sentenciado».

—Te he observado —continuó—. Me has causado la impresión necesaria como para tenerte en cuenta y proponerte una cuestión que es de crucial importancia. Viajarás hasta los confines de las tierras

conocidas protegiendo a dos mujeres monjas. Tú vestirás también hábito aunque sin tener derecho a ello. Por eso te propongo ahora que pases a formar parte de nuestra comunidad. Que te conviertas a la fe en Jesucristo según las directrices de nuestro guía Nestorio, a quien el mismo Cielo tiene en su gloria. ¿Qué me contestas?

Albdal no tenía muy claro lo que acababa de oír. ¿Le estaba proponiendo que se convirtiera a una religión extraña? Pero el solo recuerdo de las alforjas llenas de piedras y oro le hizo asentir de manera vigorosa.

«Lo dicho —pensó otra vez Leturio—. Con un rebuzno lo rematas».

—Bien amigo —sonrió—. Pasemos entonces al templo. Te voy a catequizar. Mañana al alba serás bautizado y consagrado nestoriano.

Durante toda la noche estuvieron dentro de la iglesia. Leturio no paró de hablar a su mudo y resignado oyente. No comieron, bebieron o dieron rienda suelta a las necesidades evacuatorias, ya que él dijo que esa continencia era una prueba de la fe en Jesucristo y en un único Dios verdadero. Un poco antes de amanecer salieron al patio. El obispo indicó al mudo que se desnudara, que entrara y se sentara dentro del pilón. El agua le llegaba al ombligo y al ser pequeño el lavadero, poco hueco dejaba libre.

—¡Ni sitio dejas para sumergirte este cabezón tan grande como eres!

Aparecieron entonces las mujeres que asistieron divertidas, como testigos, al bautizo del ateo Albdal. Leturio cogió agua con las dos manos y se la vertió tres veces sobre la cabeza.

—¡Dios mismo quiere que formes parte de nuestra comunidad! ¡Libremente nos has elegido! ¡Jesucristo, en su grandeza, ha confiado en ti! ¡No lo defraudes jamás! Levántate ahora hijo del Cielo. Cristiano Albdal sal de la pila y arrodíllate.

Desnudo como estaba, hincó su rodilla en tierra mientras todo su cuerpo titiritaba por el frío, provocando que los apéndices corporales bailaran sin control a la vista de todos. Aun a pesar de ello el obispo puso su mano en la cabeza del humillado.

—¡Te hemos acogido en nuestro seno! ¡Sé fuerte! ¡Defiende siempre tu fe! ¡Por el mismo Dios y en su nombre! ¡Levántate! Ya estás bautizado.

En cuanto lo hizo, Leturio le largó dos sopapos de forma inesperada, uno en cada moflete, que lo dejaron más mudo de lo que ya era. Hizo un gesto preguntando el porqué de esos bofetones a lo que el obispo muy solemne le contesto:

—Esto es para que no lo olvides.

A falta de solo tres días para la marcha, el ya monje se las ingenió para pedirle un día completo libre para él. Muy a

regañadientes accedió a ello, no sin antes hacerle prometer que no se daría ni al vicio del vino ni a los placeres de la carne, recordándole su nueva condición de religioso. Cuando Albdal salió de la iglesia, vestido con una túnica blanca como un ciudadano cualquiera, sonrió para sí. En su taleguilla llevaba los cinco tremissis que sisó de la entrega inicial de cien que le había dado Justiniano. Sin pensárselo se dirigió hacia las bodegas de Rodhaius, viejo conocido suyo de cuando las revueltas de las carreras.

Era ese un local muy grande siempre lleno de gentes, que no cerraba las puertas nunca a nadie que viniera con dineros. Allí se servía todo tipo de líquidos espiritosos con los que los clientes conseguían nublar mentes y sentidos por pocas monedas. Había todo tipo de licores, tanto conocidos como no, que competían entre sí por ver cuál era el que antes conseguía la desinhibición del que lo bebiera. En aquel almacén lo normal era el conseguir que la visión se volviera doble o incluso más. La misma bodega tenía cocinas y camastros de paja para comer y después dormir las grandes borracheras.

«¡Ja! Iremos a Seres marchando hacia el sol. Buscaremos el secreto de la seda, y lo harán esas monjas conmigo. ¡Sólo tres para tamaña empresa! ¡Con dos mujeres! ¡Solos los tres en una caravana de mercaderes avariciosos por tierras inhóspitas de bandidos y ladrones! Dos mujeres conmigo. Portando una riqueza tan grande como yo no la he tenido jamás en mis manos. ¡Qué gusto el sentir esas piedras de colores entre mis dedos! ¡Cuántos habrá que matarían por tener dos puñados de esas monedas en sus zurrones! ¡Pero yo soy su custodio! ¡Llevaré tanto oro como para comprar la mitad de un imperio! ¡Y todo eso puede ser mío!

»Por esos senderos desconocidos en busca de algo que condena a morir a quien lo posee y con tamaño tesoro a mi alcance… Pero mi momento ha llegado ahora Justiniano. Ya no quiero cobrarme mi venganza con tu muerte. Te privaré de lo que ansías. De eso por lo que has pagado. No tendrás el secreto de la seda. ¡Ja! Volveré a mi tierra, con las gentes que conocí, que me vieron nacer y crecer. Allí, a mis raíces del gran Nilo regresaré cargado de riquezas. Desde allá me burlaré de ti, asesino Justiniano. Nunca más te veré.

Atravesó entonces la entrada de las bodegas de Rodhaius dispuesto a dar rienda suelta a las miserables y repugnantes bajezas que anidaban escondidas en lo más profundo de su negro corazón. Su propósito era regresar a la casa del cura, sí, pero no antes de haber terminado con todos los tremissis.

La jornada anterior a la partida de la caravana, justo al atardecer, apareció Albdal de regreso. No fue bien recibido por Leturio ya que el trato que habían hecho solo incluía el permiso para su ausencia por un día, no por dos. No obstante se limitó a regañarlo

suave, aun a pesar de que su aspecto y ropas denotaban que no había estado descansando. En su generoso espíritu, el obispo dio más criterio a la confianza en el mudo soldado que en lo contrario, pensando sin acierto que ese estado pudiera ser debido a la tristeza por marcharse de Bizancio y un cierto miedo a lo que se pudieran encontrar en el camino. De forma rápida le explicó que ya estaba todo listo, por lo que solo deberían esperar pocas horas para partir. Ante la aparente apatía del recién llegado, lo mando a asearse y a dormir. Quiso creer que en cuanto descansara, todos aquellos malos ánimos se le pasarían.

Solo es un beso

Era todavía noche cerrada cuando las dos monjas montaron en el carro. A su lado un palo alto sujetaba el estandarte. Albdal, a caballo, ya había atado los otros dos a la trasera del carruaje. La luz de la luna creciente alumbraba a Leturio y a Ariadna, que permanecían en el portalón del patio para despedirlos. Miraban a los viajeros expectantes, silenciosos. Él no se había hecho su habitual coleta, llevaba la cinta roja en la mano. Ariadna, con los cabellos alborotados, se agarraba al brazo derecho de su esposo no haciendo caso al frío que sentía en sus pies descalzos. Había olvidado las sandalias a la entrada de la casa. Hubo un momento en el que hasta se pudo escuchar el mismo sonido del silencio más profundo.

—¡Arre! —gritó Eudocia agitando las riendas.

Las dos elegantes mulas comenzaron a andar. Daba la impresión de que todavía pensaban que estaban en algún paseo con las gentes del Gran Palacio, y como que eso de tirar de un carro no iba con ellas. El mudo las miró con una sonrisa y espoleó un poco a su caballo marchando detrás. El obispo despidió a las monjas con un gesto de la mano cuando atravesaron el umbral del portalón. Su esposa, con lágrimas en la cara, hipaba al hablar.

—¡Cuidaos mucho, amigas! ¡Marchad con Jesucristo! ¡Regresad pronto! ¡Os quiero mucho! ¡Volved pronto!

Ellas no podían decir ni palabra tal era la emoción que sentían. Solo unos brillantes regueros salados salían de sus tristes ojos. También tuvo palabras para Albdal.

—¡No las desampares amigo mío! ¡No las desampares!

Él asintió con una sonrisa. Su rostro no denotaba emoción alguna. Era la imagen misma de aquel duro corazón, de su oscura alma, de algún tenebroso espíritu.

—¡Eres fuerte! —gritó Leturio— ¡Eres un guardia imperial! ¡Cumple la palabra que has dado al mismo emperador! ¡Volved los tres! ¡Que el mismo Dios os acompañe! ¡Terminad la empresa! ¡Conseguid ese secreto! ¡Adiós amigos! ¡Adiós!

El sordo alboroto del puerto comenzó a mezclarse con el sonido del roce de los ejes del carro y los pasos de los zapatos de las bestias, como un apagado silbido de serpiente. Enfilaron hacia el puente del Calínico que ya en esos últimos momentos de la noche aparecía con

muchos transeúntes. Según llegaron a la otra orilla se encontraron con la cola de la gran caravana, pasando ellos a ocupar el último lugar de la fila. Aquel grupo enorme de bestias y hombres provocaba un murmullo amortiguado similar al de un centenar de gatos pidiendo una caricia todos a la vez. Pero ese bisbiseo del gentío y de sus cosas cesó cuando un suave hilo de luz se dejó ver en el inalcanzable horizonte. Al poco uno de los guardianes de la caravana la recorrió a galope, desde la cabeza hasta el final, gritando y agitando una honda por encima de él que producía un agudo silbido al voltearlo.

—¡Eeeeo! ¡Eeeeo! ¡En maaaarcha! ¡Adelaaaante! ¡Eeeeo! ¡Eeeeo!

Según iba pasando el jinete, el murmullo hasta entonces imperante se convirtió en un clamor y este en un griterío enorme. Cuando llegó a su altura comprobó que ellos eran los últimos. Paró el caballo, los miró resoplando, escupió un par de veces al suelo, dio media vuelta y enfiló hacia donde había venido. Espoleó a la bestia comenzando otra vez a galopar de regreso a la cabeza.

Mientras se alejaba el penetrante sonido, toda la caravana, como si de un solo cuerpo se tratara, comenzó a andar. Los primeros rayos de la luz del sol atravesaron las partículas del polvo de la tierra que se levantaban flotando conforme aquello empezó a moverse. Parecía que mil soles diminutos se mezclaban con una niebla de color dorado. Los balidos, relinchos, maldiciones, gruñidos, ladridos, lloros, mugidos,..., era todo demasiado extraño, intenso y desmesurado en ese momento. Pocas veces los hombres se sumergen en instantes tan diferentes en las maneras, exagerados en los sonidos, descomunales en las sombras, excesivos en los olores y con tan desorbitados sentimientos. Entre aquel desconcertante bullicioso galimatías de gentes y animales, un par de docenas de carros destacaban por sus lonas grises y por los gritos de sus conductores azuzando a los tiros. Entre ellos, largas filas de camellos eran guiadas por un camellero subido en el primero, al que animaba atizándole con una vara y con el curioso sonido de «!chac, chac, chac!». Estaban atados uno con otro, las colas con las argollas del hocico, hasta formar la rehala de veinte o treinta animales, todos cargados hasta rebosar. En el centro de la caravana marchaba un rebaño de más de cincuenta ovejas guardado por un par de pastores con varios perros enormes. Justo detrás andaban como podían una docena de caballos sin ensillar, a los que les habían atado con una cuerda corta sus patas de delante para que no pudieran dar pasos largos. Estaban guardados por dos hombres que portaban látigos y unos bastones finos de madera. Cuando sacudían con las varas a alguna bestia díscola, el grito de dolor del animal acompañaba al silbido que producían al rasgar el aire. Los látigos también chasqueaban por encima de las orejas de los jamelgos, en

cuyos ojos se adivinaba el miedo ante la sola visión o el sonido de las armas de los cuidadores. Los únicos caballos que no se asustaban eran las monturas de los pastores, sin duda ya acostumbradas a ver sufrir en demasiadas ocasiones a sus congéneres.

Eudocia miró entonces hacia atrás. Allí estaba Bizancio. La ciudad que la había acogido. Desde aquel lado le llegaba el rumor de la marabunta de gentes y animales que cruzaban el puente del Calínico. Incluso le pareció que los mismos olores de las frituras del bazar flotaban cerca de sus narices llenándolas de recuerdos de agradables sabores. Unas lágrimas surgieron de sus ojos.

«Volveremos. Volveremos. No sé si encontraremos lo que vamos a buscar. No lo sé. No va a ser fácil este viaje. Será largo y difícil. Quizá alguien quede por el camino. No sé. Pero yo te lo juro Bizancio. Yo volveré».

Pulqueria, sentada a su lado, vio como le brillaban las mejillas. Sonrió y se las secó con delicadeza.

—Volveremos amiga Eudocia. Volveremos.

Los guardianes de todo aquel conglomerado ruidoso y colorido marchaban a los lados con paso tranquilo y descuidado comiendo alguna cosa, bebiendo de vez en cuando o dormitando en las sillas muchas de las veces. Se habían distribuido a todo lo largo de la columna de forma que no hubiera hueco para que entrara algún intruso. Cuando el sol alcanzó el cenit, unas nubes oscuras llegaron de sopetón y los remojaron con sus fríos goterones. Pasó todo el día lloviendo y dejó de hacerlo justo cuando el jinete de la mañana cabalgó de nuevo a lo largo agitando su honda sonora.

—¡Aaaalto! ¡Paraaaamos!

Habían recorrido sobre veinte millas, distancia suficiente como para que a alguno el agotamiento le debilitara las piernas, el trasero, el mismo espinazo y hasta seguro que la cabeza. A su vuelta, el guardián avisador indicó una a una a todas las expediciones que el jefe quería reunirse con ellos ahora.

—Tenemos que decidir quién va —dijo Eudocia—. Tú Albdal eres el jefe de nuestra partida y mi parecer es que vayas allí a ver qué se cocina en la otra punta.

—Pienso lo mismo —habló Pulqueria—. Lo suyo es que sea el hombre que para eso lo tenemos.

—Aunque no sé. —Frunció el ceño Eudocia—. Al no poder hablar seguro que intentan aprovecharse de ti. Mejor iré yo. Soy mujer, sí, pero con todos presentes no podrán hacerme nada malo.

—Pero amiga. Piensa que muchos de ellos nos tienen como un bien para satisfacerse y para alimentar a sus hijos. Así son de brutos y energúmenos.

—Lo sé, lo sé. No tendré problemas. Visto hábito, que ya por sí

mismo es un freno para muchos, y llevaré mi daga al cinto para que vean que ninguno lo tendrá fácil. Hablaré cuando sea preguntada y lo haré con vehemencia, sí, pero con la mesura de una buena nestoriana.

—Sea así si así lo quieres. Marcha a ver qué te tienen que decir.

Cogió por las riendas el caballo en el que había cabalgado Albdal y subió a él.

—Vuelvo enseguida —se despidió.

Allí quedaron solos Pulqueria y el mudo. Delante tenían un grupo de unos ocho hombres con bastantes camellos y tres carros. Sin hacerles caso, los nestorianos desuncieron su ganado y ataron en largo a los animales a unos árboles cercanos.

—Buenos compañeros de viaje tenemos. —Señaló a las gentes de la partida anterior—. A juzgar por sus ropas no son bizantinos. Serán persas de las zonas frías. ¡Fíjate qué gorros y pellizas llevan!

Él sonrió. La monja le devolvió la sonrisa con un mohín y él le correspondió guiñándole un ojo. Sin hablar más siguieron a lo suyo. Cuando hubieron calzado las ruedas bajaron una gran lona que sujetaron por los lados y por el centro con palos verticales. Colocaron en los faldones una suerte de pedruscos gordos a modo de sujeción y extendieron dos alfombras en el interior de la tienda. Con un par de mantas solucionaron el asunto de los camastros para las mujeres. Albdal lo haría en el carro junto al cajón del tesoro. Al estar la tienda atada al carromato se podía acceder a él desde dentro de la misma lona y viceversa, ajenos a miradas extrañas. Nadie sabría si estaban en un lado o en el otro.

Durante estas maniobras varias veces se acercaron mucho, el uno al otro, para trabajar mejor. En un par de ellas sus rostros quedaron demasiado cerca. Al coincidir sus miradas las mantuvieron así unos segundos, pero en el siguiente encontronazo ese tiempo fue muy largo. Albdal vio aquellos ojos claros y preciosos de Pulqueria y su sonrisa incitante, y ella, al percibir el cálido y demasiado cercano aliento del monje, abrió un poco la boca. Él hizo lo propio y sus labios se juntaron. Un estremecimiento de placer los sacudió.

—¡Ya estoy de vuelta! —Era la voz de Eudocia que acababa de llegar.

Como si un latigazo les hubiera caído encima deshicieron el beso desviando la mirada el uno del otro. Salieron fuera y allí estaba la monja descendiendo del caballo.

—Vaya, veo que habéis aprovechado bien este rato. Parece que está casi todo listo para pasar la noche.

Esa frase de que «habéis aprovechado bien este rato» hizo que los dos se sonrojaran, cuestión que no pasó desapercibida para la recién llegada. Aun así no le dio importancia intentando apartar de su corazón la imagen que tuvo durante un segundo [la de Pulqueria y

Albdal abrazados] sin conseguirlo.

«No puedo dejarme llevar por los celos. Sí que es cierto que el monje desde su mudez se deja querer por cualquier mujer. Representa la fuerza, la mesura, quizá la tranquilidad que yo busco. Además ese pasado misterioso con ese gran corte en el cuello, el fuerte olor de hombre que despide,...,¡uf!, cómo sube en mí ese deseo que ya creía olvidado.

»Pero no conozco nada de él. Pueda ser que tenga muchas cosas oscuras que ocultar. Seguro que lleva las manos manchadas de sangre, es guardia imperial. Pero aun así voy a intentar enamorarlo en este viaje. Quiero que sea mío. Va a ser mío. Si regresamos, si me satisface y vuelvo convencida, pueda ser que lo convierta en el hombre de mi vida, en mi esposo.

»Y esta mujer, amiga mía, que siempre ha intentado dar la imagen de cándida e inocente. Tendré que tener cuidado con ella. Seguro que mientras yo no estaba lo ha buscado como una perra encelada. Lo habrá incitado con su belleza, con ese encanto y esa falsa castidad. Tendré que andarme con cuidado. No los volveré a dejar solos.

—Mirad. —Les enseñó un pequeño brasero—. Traigo brasas para encender una hoguera. El jefe de todo esto nos las ha proporcionado. También hemos hablado de cosas como el pasto del ganado, del agua y del recorrido que haremos mañana. Nos ha emplazado cada vez que recibamos aviso para mantener estas reuniones. Estamos ahora cerca de una ciudad que se llama Gebze. Mañana al alba partiremos para llegar a la tarde a otra que se llama Sakarya Andaremos lo mismo que hoy, unas veinte millas. Ahora tenemos que traer leña y encender una hoguera, que las brasas no duran siempre.

Iban a marchar a por madera Pulqueria y Albdal cuando Eudocia los detuvo.

—Ya voy yo con él que las cosas de acarrear se me dan mejor que a ti, más acostumbrada a menesteres propios del interior de los hogares —dijo con una falsa sonrisa—. Si es que no te importa claro. Tú, mientras, trae algo de agua y saca un poco de carne.

Sin decir otra cosa allá marchó seguida por el silencioso monje. Mientras, la diligente Pulqueria se quedó quieta, sin palabras contestar. Ansiaba volver a quedarse a solas con el monje. Sus entrañas ardían de deseo hacia él como hacía ya muchísimo tiempo que no las sentía hervir de esa manera. Intentó calmar sus sofocos remojándose la nuca y las muñecas con el agua del pellejo. Subió al carro y se sentó en la tabla del conductor. Aguantó su cabeza con las manos y suspiró. Cuando el retumbar de su corazón se sosegó entró en la caja del carruaje. Allí cogió algo de comer, sacó un pote de bronce

para cocinar y buscó unas piedras planas para que hicieran de soporte al puchero y de frontera a las llamas en cuanto las tuvieran.

«No sé esta Eudocia. Creo que se ha dado cuenta de que entre Albdal y yo hay algo. De verdad que no sé si en un futuro ese hombre y yo llegaremos a alguna cosa. Lo cierto es que me atrae y mucho. No sé qué tiene. Será su silencio. Ese rostro que a mí me parece noble. Su deseable cuerpo. No sé. No sé qué es lo que es, pero no puedo dejarme llevar por la pasión.

»Y ella, me ha dado el pálpito de que una sombra de celos está empezando a oscurecer su corazón. Ya veremos qué sucede. No quiero enamorarme de él. No puedo. No quiero.

»Mucho me atrae. ¡Qué ardor vuelvo a notar en mis entrañas! ¡Cómo empiezo a desearlo! ¡Pero no quiero! ¡No quiero tener estos sentimientos! ¡No puedo tenerlos!

Mientras, Eudocia y Albdal se habían internado entre los altos matorrales del bosquecillo. Buscaban ramas secas o algún tronco de buen tamaño. Llevaban un saco vacío y un hacha. Comenzaron a llenar el ancho talego en silencio. Al poco se produjo una situación parecida a la que el mudo había tenido con la otra monja en el carro. El roce entre ellos al acarrear combustible hizo que sus caras quedaran muy cerca una de la otra. La religiosa, de carácter más intempestivo y atrevido que el de su compañera, se irguió mirando con fijeza al monje. Puso sus manos en los carrillos de él para que mantuviera la cabeza quieta y acercó sus labios. Le otorgó un beso largo, profundo, que fue correspondido en la misma medida. Ambos se abrazaron, dando a entender que el fuego del deseo había empezado a recorrer sus cuerpos.

«¡No puede ser! ¡Cómo deseo a cualquiera de ellas! Dioses del amor y de las entrañas, ¿qué puedo hacer? Cada vez que una se me acerca mis apetitos no tienen freno. Pero debo controlarlos. No puedo decantarme por una o por la otra. No puede ser que estas dos mujeres quieran yacer conmigo. No puede ser que quieran enamorarme. Ambas buscan mi consuelo, quieren el amor de mi corazón. Pero a ninguna se lo daré de momento. Cuando llegue el caso, ¡ay bellas sacerdotisas!, vuestras carnes serán mías. Pero cuando llegue. Ahora no. Solo me queda esperar, ya que si entre ellas se enemistan, mejor. Estoy seguro que esta situación puede beneficiarme más allá de estas fronteras en donde Justiniano no me pueda encontrar. Allí será en donde el tesoro sea mío. Estas dos mujeres no me harán desistir en mi intención. No tienen culpa, pero no por estar ellas deseosas por probarme cejaré en mi empeño de venganza y triunfo. No serán ellas, no. Las paladearé de tal forma que me saciaré hasta el hartazgo. Después el gran Nilo me espera».

De pronto el monje dio un salto hacia atrás deshaciendo el

acalorado abrazo y el intenso beso. La miró sonriendo pero negando con la cabeza.

—Pero amigo...solo es un beso. Tú eres hombre, yo mujer.

Él seguía haciendo gestos negativos con las manos y la cabeza.

—Por favor. Satisfáceme por favor. Por favor —suplicaba Eudocia.

Retrocediendo e interponiendo sus antebrazos entre ellos, el mudo continuaba sonriendo.

—Bien Si así lo quieres así será. Es por ella ¿verdad?

Albdal agitó enérgico la cabeza negándolo.

—¡Sí! ¡Es ella! ¡Esa bruja te ha engatusado! ¡Te ha enamorado con malas artes! Pero serás mío. Te lo prometo. Al final serás mío y de nadie más. Serás mío.

Sin dejar de sonreír él seguía con su negativa, aunque dejando entrever que Eudocia pudiera tener razón y que Pulqueria había intentado aprovecharse de él.

—Así lo quieres y así será... de momento, porque al final serás solo para mí. Recojamos leña, démonos prisa. Y a ella de esto ni una palabra. —Lo miró y rio después—. ¡Si eres mudo! ¡No puedes hablar! Cómo habré podido fijarme en ti. Venga, démonos prisa.

Cuando llegaron de vuelta ninguna de las mujeres habló. Se limitaron a vaciar el saco y a prender leña en el círculo de piedras para calentar el agua del pote. Algunas miradas cruzaron pero todas con una falsa sonrisa. Ambas se dieron cuenta de que la otra había intentado atraer al mudo, que andaba por allí dejándolas hacer. Lo que desconocían era hasta qué punto había llegado la otra. Aun así hicieron como que no sabían nada de ello, actuando con toda normalidad.

—¡Hum! —dijo Eudocia—. Carne cocida y algo de pan. Buena pitanza tenemos.

—Sí —contestó una animosa Pulqueria—. Le añadiré alguna especia. Seguro que quedará exquisita. Y con estos panes nuestras tripas agradecerán que las llenemos.

Se sentaron alrededor de las llamas procurando Albdal no acercarse más a una que a la otra. Durante un rato miraron la hipnótica danza del fuego. El silencio solo era roto por la crepitación de unos granos de sal que saltaron a las brasas y por el borboteo del hervor de la olla. Como ya la noche estaba cayendo encendieron dos candiles que llevaban entre los trastos. Cada uno de ellos fue colocado colgando de uno de los extremos del vehículo.

—Huele de maravilla —habló Eudocia—. Esto nos levantará el ánimo y nos preparará para el sueño que bastante cansados estamos hoy del viaje.

El monje sonreía con una mueca que no era ni gusto ni

disgusto. En su duro rostro se adivinaba que mil asuntos estaban pasando por su corazón. En poco la carne estuvo cocinada y Pulqueria, atribuyéndose ser la anfitriona, sirvió un pedazo a cada uno en unas escudillas. Lo acompañó con un trozo de pan y colocó una jarra llena de agua. No se oyó nada más que el ruido de la masticación. Cuando hubieron acabado, Albdal se alejó un poco del carro dirigiéndose hacia el ganado para comprobar su estado. Una vez visto que todo estaba en orden, caminó un poco, entrando en la oscuridad de la noche para dar salida a lo sobrante de su cuerpo. Regresó enseguida e indicó a las mujeres que subía al carro para dormir, por lo que cogió uno de los candiles encendidos. Al poco, la luz tenue que traspasaba el toldo se apagó. Ellas, que ya habían recogido la olla y los platos, hicieron lo propio, entrando en la tienda con el otro candil.

—Bueno querida —dijo Eudocia—. Para ser la primera jornada no ha sido muy complicada.

—No, no ha sido, no —contestó su amiga—. Pero bueno, ahora, creo que lo mejor que tenemos que hacer es dormir.

—Que así sea.

A ninguno de los tres le fue fácil conciliar el sueño. Albdal, maquinando la manera de apoderarse del tesoro intentaba apartar de su corazón el deseo carnal que le producía cualquiera de sus acompañantes. Se revolvía en la caja del carro, sabiendo que si estiraba el brazo hallaría a las dos mujeres dispuestas a lo que él les pidiera.

«Ese suave roce de labios con una que ni ha llegado a ser un beso pero que ha estado cargado de miradas insinuantes. Y la otra, mujer más osada, qué intensidad y pasión. Gracias a que he podido contenerme. No las tocaré, no. No estoy dispuesto a caer en esas redes. Con esas artimañas tan simples. Eso sí, voy a aprovechar el interés que sienten por mí. Eso me ayudará. Yaceré con ellas, con las dos. Las obligaré a darme un goce en el que no estará incluido el suyo.

»Conseguiré mi propósito y dentro de pocas lunas veré otra vez mi querido Nilo. Pero no llegaré como un miserable sino que seré hombre con bienes, con muchos, con demasiada riqueza. Me aprovecharé de ellas hasta el final. Serán mujeres intocables, ni en el pensamiento las tendré. Aunque la tentación sea, y seguro que será, demasiado fuerte. Pero no. Tengo que esperar para recibir el goce de esas carnes que serán mías, sí, pero cuando yo quiera. No cambiaré mi futuro porque una mujer quiera usarme antes de que yo lo diga. A pesar de tener unos cuerpos tan deseables como el de la más hermosa de las diosas, de momento ahí estarán. No quiero y no lo haré.

Las monjas también se agitaban intranquilas en el lecho.

«Todavía siento su aliento y el fugaz beso que me ha otorgado —pensaba una de ellas—. ¡Qué placer tan inmenso en ese segundo

que duró! Mil temblores me sacuden, cuando a mi mente viene ese instante. Hasta me parece sentir su hálito agradable, ese soplo que me otorgó y que precedió al tierno beso. ¡Dios de los Cielos! Si esto es pecado yo soy una pecadora. ¡Pero qué placer! Creo que desde mi niñez, con aquel niño que jugaba conmigo y nos acariciábamos, no sentía ese escalofrío. Mis saberes de los hombres son todos demasiado nauseabundos, pero este,…, tengo el ánimo de que este es de otra manera. Con él mi vida puede ser muy diferente, más digna, más…».

«Serás mío —soñaba su compañera—. Mío para siempre. Lo de antes en el bosque te ha delatado. Me quieres a mí. No a esta que se cree inocente. Ella es una arpía. Pero tú serás mío. Te poseeré. Tiempo al tiempo. Tardaré, pero llegará el momento en que te tenga a mi merced. Algún día tú comerás de mi mano lo que yo te ofrezca».

Armonio de Seleucia

No despuntaba todavía el sol cuando un guardián la recorrió a galope casi desbocado agitando la honda silbadora por encima de su cabeza.

—¡Eeeeo! ¡Eeeeo! ¡Eeeeo! ¡Eeeeo!

Era ese el aviso para recoger tiendas y útiles. El siguiente sería para emprender la marcha. Se despabilaron rápido, lo que estaba fuera de su sitio se colocó en su lugar y las bestias se engancharon al carro. El sol terminaba de salir cuando otra vez el emisario galopó a lo largo de la caravana.

—¡Eeeeo! ¡Eeeeo! —Dejó tras de sí una nube de polvo amarillo —. ¡En maaaarcha! ¡Adelaaaante! ¡Eeeeo! ¡Eeeeo!

Otra vez, mientras se alejaba el penetrante sonido del artefacto volteado, la larga fila de viajeros, hombres y animales como si de un solo cuerpo se tratara, comenzó a andar. Aquellos primeros rayos de luz semejaban, al igual que en la madrugada anterior, como si miles de soles diminutos se mezclaran con las partículas de arena, creando una niebla multicolor. Todo volvía a ser demasiado intenso y desmesurado, tan exagerado en sus sonidos descomunales como en sus sombras espectrales o demasiado excesivo en sus olores.

Los nestorianos marchaban de la misma manera que el día anterior. Albdal a caballo, las dos monjas sentadas en el banco del conductor. Ninguna hablaba y ni tan siquiera el mudo les dirigió mirada alguna. Iban como ausentes, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. El grupo que los precedía era todo lo contrario a ellos. Marchaban con una algarabía tan grande que hacía callar el trote de las bestias y el rodaje de los carros. Así siguieron hasta que el sol se encontró otra vez cercano a ocultarse. De nuevo el avisador galopó a lo largo de la caravana.

—¡Aaaalto! ¡Paraaaamos!

Se encontraban en el linde de un bosque espeso de pinos y encinas, cerca de Sakarya. En silencio montaron el campamento extendiendo la lona, las alfombras y colocando unas piedras para el fuego. En esto un sonriente hombre del grupo que los precedía se acercó andando hasta ellos.

—Seguro que vuestros dioses os han acompañado hasta aquí con todas las bienaventuranzas divinas —saludó llevándose la mano al pecho—. ¿Cómo os han resultado estas dos jornadas? Nada hemos

hablado hasta ahora, tiempo es ya de que lo hagamos. Decidme ¿sois personas de religión? Por vuestras ropas creo que sí. Pero no parecéis zoroastritas. Y no aparentáis ser los tres del mismo lugar. Tú, por tu piel marrón, debes de venir de las tierras de Cartago. ¿No es así? Y vosotras, mujeres bellas, creo que cada una es de un país diferente. A ver, tú, con esos ojos claros y rasgados, con el pelo dorado, pareces de las regiones de las tierras altas de Ta Peca. Y tú, de cabellos azabache como tus ojos,..., me parece a mí que procedes del mismo Bizancio. ¿He acertado?

Las mujeres y el mudo se miraron con una sonrisa que al poco pasó a carcajada.

—No te ofendas buen viajero —habló Eudocia conteniéndose—. Tienes una forma muy agradable y natural para expresarte.

Era el recién llegado hombre de edad mediana, de largos pelos y barbas negros, mezclados con rubios y alguno blanco, tez morena, con un pañuelo cubriéndole la cabeza y vestido con una túnica clara. Un ceñidor de cuero negro abrazaba su cintura, alojando un tahalí con una daga curva. Los miró serio hasta que la sonrisa volvió a su rostro.

—He pecado de poco amable al llegar así y ni tan siquiera tener el detalle de presentarme. Soy Armonio de Seleucia, ciudad que algunos llaman Cesifonte. Mi oficio es el de médico y viajo por esta ruta para tomar más conocimiento sobre los males del cuerpo y cómo sanarlos. Llevo haciendo este camino desde hace más de una media decena de años. Mi casa está allí, en Seleucia, pero no suelo pasar mucho tiempo en ella tal es la vida del físico viajero. Voy solo acompañando a los mercaderes que me acojan en su grupo. Pago lo que gasto y de paso trueco oro, conchas, cristales de piedra blanca y cosas parecidas. Además curo los males que puedan surgir en las gentes de la caravana. Los que marchan delante de vosotros son un amable comerciante persa acompañado por sus esposas e hijos. Y vosotros, ¿quiénes sois?

—Somos monjes de Nestorio seguidores de Jesucristo —habló otra vez Eudocia—. Viajamos hacia las tierras por las que sale el sol en busca de comunidades de nuestra religión. Venimos desde Bizancio y tenemos pensado llegar a Samarcanda o hasta Ta Peca, el país de los Seres. Esta mujer se llama Pulqueria, y, tienes razón, nació en las tierras altas de más allá de las montañas, aunque de niña fue llevada a Bizancio. Este monje que aquí ves responde al nombre de Albdal, pero no viene de Cartago sino de Alejandría del río Nilo. Habla con él lo que quieras, siempre te escuchará, aunque no te contestará porque el pobre es mudo. En algún altercado de juventud le rasgaron la garganta rompiéndole la voz. Yo me llamo Eudocia y no soy de donde tú has dicho. Yo nací en Sardes, en el mismo centro del imperio de los sasánidas y como mi amiga Pulqueria, de muy joven fui llevada a

Bizancio. Y te doy la bienvenida. Puedes venir y acompañarnos en la comida, en el viaje o cuando lo consideres. Nuestra tienda, nuestro carro y lo que poseemos, que ya ves que es poco, está a tu disposición.

—Sois amables y profesáis una religión de paz. Ya conozco algo de esas enseñanzas del tal Jesucristo, con su único dios y demás, aunque yo estoy muy contento con los míos. He recogido los conocimientos de muchas otras creencias y los he amoldado a mi conveniencia. Así tengo un dios para la fortuna, otro para el amor, la lluvia, la felicidad, etc. Tengo muchos y de vez en cuando oro a mi manera al que más me convenga. Y quiero que sepáis que cuando pasemos por Seleucia, si así lo hacemos, mi casa tiene las puertas abiertas para vosotros. Por lo demás podéis contar conmigo para lo que gustéis.

—Muchas gracias Armonio —dijo Pulqueria—. Eres amable y tu conversación nos es muy grata. Seguro que tus esposas, hijos, nueras y demás familia que te esperan en Cesifonte son tan buenos como tú. Seguro que sí.

—Gracias, gracias. —Hinchó su pecho Armonio de Seleucia—. Pero no tengo parientes. Solo un joven conocido, mezcolanza de nuevo romano y sasánida llamado Zunsú, se encarga de que todo siga en pie, cuidando lo poco de hacienda que poseo. ¿Y tú, buen monje? ¡Vaya desgracia! ¡Oír todo y no poder contestar! Pero si te parece un día de estos puedo echar un vistazo a tu garganta para ver en donde tienes el mal que no deja salir sonidos. Igual es más fácil la solución y el arreglo de lo que piensas.

—Si así lo deseas, puedes quedarte a entretener tus tripas con la comida que tenemos —sonrió Eudocia—. Para dormir no hay sitio cerrado más que el del carruaje, que puedes utilizar compartiéndolo con nuestro silencioso protector, que es hombre gentil y amable.

Albdal asentía entre divertido, ilusionado y desconfiado. En el carro guardaban su «tesoro» y no le agradaba que gente extraña rondara alrededor y menos que durmiera allí. No obstante hizo el amago de reírse, pero un pequeño destello iluminó sus ojos. Nunca un médico lo había mirado para saber de su mudez. Sí que es cierto que desde que Justiniano le tajó de su boca no surgió más sonido. Ahora igual pudiera ser que este hombre recompusiera en parte o todo lo que en su día ese emperador resentido le arrebató. Pero el oro era demasiado codicioso. Debería de permanecer alerta.

—Gracias compañeros de viaje. Os agradezco muchísimo ese ofrecimiento. De lo del alimento sí que haré uso, pero lo de pernoctar en el carro esperaré hasta mañana. Ahora no me apetece traer mis pocas posesiones. Iba, aparte de a saludaros, a internarme en este bosquecillo para encontrar algún bicho para cenar antes de que las sombras nos lleguen.

—Sea como dices —dijo Pulqueria—. Hoy cenarás con nosotros, mañana hasta dormirás. Mientras vas al bosque, mi amiga y yo prepararemos alimentos. Tenemos carnes saladas y peces ahumados.

—Muchas gracias. A ver muchacho. —Se dirigió al mudo—. Coge algo que corte y acompáñame que te noto aburrido.

Sin esperar respuesta se encaminó hacia la arboleda. Albdal se encogió de hombros. Agarró un cuchillo, lo enfundó en su lugar del cinturón y salió en pos de él. Todavía faltaba bastante para que la noche cayera, por lo que se veía perfectamente entre los pinos y los matorrales. De pronto Armonio se paró en una campa que había a un lado. Estaba cubierta de hierba no muy alta, pero por aquí y por allá surgían frutos de la tierra.

—¡Ajá amigo! ¡Mira que hermosura de setas! ¡Fíjate bien!

Y era cierto. Multitud de ellas, con formas, alturas y colores muy diferentes, poblaban aquella pequeña pradera e incluso entre los árboles.

—Tenemos que coger todas las que podamos que después ya veremos si las cenamos o no. Vaya, no tenemos morral. —Se despojó de su túnica y la extendió en el suelo—. Haremos con esto un saco. Coge de esas dos puntas y acércamelas que las anudo con estas otras y nos queda un hato grande y curioso.

Así lo hicieron consiguiendo un bolso de buen tamaño. Armonio se agachó sobre la primera seta, la cortó por el pie y la levantó triunfante.

—¡Fíjate Albdal! ¡Mira que hermosura! ¡Seguro que llenamos la capa! Luego, al calor del fuego, dejaremos a un lado las que hacen mal al cuerpo y nos comeremos las que no. Ni vamos a necesitar conejos, ratas o ardillas. Esta será nuestra cena. Córtalas como ya has visto, por el tallo, que se llama pie, lo más cerca del suelo que puedas. Coge las que estén tersas y firmes.

En unos minutos el hato estaba lleno, por lo que optaron por regresar. Tenían tantas, que sin tener romana para el peso, el médico calculó del orden de unas diez o doce libras. Las monjas al verlos se sorprendieron por la prontitud.

—¡Mirad lo que traemos bellas sacerdotisas! Estos son manjares que no se comen a menudo —dijo con alegría Armonio—. ¡Son setas! ¡Muchas y diferentes! Hemos traído tantas por ser días de recién llovido. Yo entiendo de ellas y he aprendido a distinguir las beneficiosas de las malignas. Sentémonos alrededor que os explicaré cuales son las buenas para cocinarlas luego en las brasas.

—¿A ver qué tenemos por aquí? Bueno, bueno, bueno. A estas de aquí grandes y amarillas, se las llama lengua de gato por parecerse a la lengua de ese bicho. Tienen una carne sabrosa, con un sabor

parecido a una fruta dulce. —Las apartó del resto haciéndoles ver que allí colocaría las que se pudieran comer—. Caramba. Estas otras que semejan una trompeta oscura se conocen como «cuerno de la abundancia» porque siempre salen por todos lados. Las dejamos para comer.

»¿Y estas de aquí? Fijaos, fijaos. Tienen un color como entre el rojo, el amarillo y el azul. Algunos las llaman lactarios deliciosos. Las pondré con las buenas. Mirad estas. ¡Y que montón tenemos! Daos cuenta que no es muy grande y tiene este color de yema de huevo de gallina bien alimentada. Observad. Si la abro por la mitad la carne es igual que la piel, y huele…—Acercó el trozo a las narices de los oyentes—. ¡Cómo huele! Un olor dulzón, rico, de mermeladas, miel. ¡Oh! Huele a sabroso. La llaman cabrilla porque las cabras jóvenes llegan a pelearse por ellas. Las apartamos también.

»¿Y esta? ¡Ay esta! Se le llama seta de la miel por esos colores como las piedras de ámbar que tiene. Yo nunca la he probado y he oído decir que puede ser que te entre en el cuerpo algún tipo de demonio que hace que te pique mucho la boca. No mata a nadie, pero lo mejor es que la pongamos aparte, no vaya a ser... Esta otra enorme, mirad que grande es, se la conoce como matacandelas. Esta riquísima. Cocinada semeja ser una pieza de carne de vaca joven. Fijaos, fijaos en la piel de fuera. Tiene pintitas marrones. Es curiosa, sí, curiosa y sabrosa. Hala, al montón de las de comer. Y seguimos con esta otra. ¿Qué os recuerda su forma? Pues a una calabaza, como así se la conoce. Tiene la carne firme, tersa y apetitosa. Las pasamos con las buenas.

»Os veo curiosos y os habéis dado cuenta de que estas otras que dejo para el final algo deben de tener. Pues sí, algo malo tienen todas. Veamos. Esta de aquí, que se parece a la calabaza pero que su sombrero y pie no son marrones sino rojos, se llama seta del diablo tal es el mal que te entra en el cuerpo al comerla. Es tan terrible que más de uno ha muerto con ellas. Por ello al sitio de las malas. ¡Uf esta otra! ¡Uf con ella! Esta sí que mata. Si te la comes, en dos o tres días te has muerto sumido en dolores y fiebres que no son de este mundo. Ni tocarla. Se llama canaleja, aunque en muchos lugares se conoce como seta de la muerte, que por algo será. Eliminada también.

»Estas otras seguro que os recuerdan a alguna cosa. —Cogió una que semejaba el aparato reproductor de un hombre adulto—. Observad, observad. Su forma es casi la misma que el órgano que cuelga por el que salen los orines y con el que se copula. Sí, es curiosa y graciosa. Se llama falo impúdico tal es su forma e impudicia. Yo esta no lo tengo muy claro ya que a nadie le he oído decir que sea buena. Las dejamos con las que no queremos y solo nos queda una.

»Esta última no mata, pero no se come. Si lo haces te produce

una borrachera con mucha alegría, en la que se te aparecen ángeles, demonios, criaturas extrañas... Suele llevarse seca en el zurrón cuando se quiere conseguir que el cuerpo despabile rápido. Para ello se mastica muy despacio y el júbilo es inmediato. Si nos metemos mucha cantidad en la boca es cuando aparecen esos bichos del inframundo. Se llama matamoscas, aunque yo nunca haya vistos moscas muertas a su alrededor. Mirad, tiene el sombrero de color encarnado cargado de manchurrones blancos. Las secaremos por lo que pueda pasar.

»Sé que igual me he excedido algo en esta explicación y puede que os haya aburrido, pero así sabéis lo que coméis. Y como ya no quedan setas para hablar de ellas, es momento de que recupere mi ropa y de que cojamos las buenas para prepararlas y comérnoslas. Las otras las tiraremos por ahí, lejos de las bestias que se tragan todo lo que pillan.

El sol ya estaba en el Poniente queriendo dar paso a una noche que se adivinaba estrellada. Armonio se colocó la capa, tosió un par de veces, estiró y recogió otras tantas los brazos en horizontal, se sacudió una pierna, luego la otra, y los miró.

—Pero bueno. ¿Todavía seguís sentados? Cocinemos estas setas que son buen acompañamiento para cualquier otra cosa. Ya veréis que gustosas os resultan.

Al unísono los tres nestorianos se pusieron en pie. Una cogió una cazuela, el otro atizó el fuego y la última se hizo con una cuchara larga de madera y un trozo de sebo de cordero. Con el puchero en la lumbre, deshicieron el sebo y echaron en trozos las setas, una vez limpias de tierra y hierbajos. El físico de Seleucia, con aires de *magister gustatio*, se apropió del cucharón revolviendo el contenido de la olla. Pulqueria trajo un poco de sal que el cocinero agradeció, esparciendo parte de ella sobre las setas a modo de condimento.

—Ya sé que estas cuestiones de setas os resultan desconocidas. Por eso supongo que pocas habéis consumido hasta ahora. Si os fijáis, con el calor del fuego comienzan a desprender un líquido que no es más que el agua que portan, pero con aromas del bosque. Observad, observad. —Los asistentes se asomaron al puchero—. Para el buen cocimiento debemos tenerlas en este hervor hasta que la mitad de esa agüilla que sueltan desaparezca. Así nos aseguraremos de que las malas intenciones de las que se nos hubieran podido escapar a la revisión desaparezcan con el aire. Lo del sebo es más que nada para que no se quemen en el fondo de la cazuela.

«¡Madre mía! —pensó Albdal—. Vaya clase tan larga que nos ha dado este hombre. Encima lo han invitado las mujeres a que venga con nosotros. Yo, con mi tesoro en el carro, y él, pesado como es, durmiendo al lado. No puedo fiarme. No puedo. Ahora bien, seguiré mostrándome alegre y risueño. Así todo me será más fácil».

«En mala hora se me ocurrió decirle que nos acompañara —cavilaba Pulqueria—. ¡Pero vaya vapuleo de palabras que ha soltado con lo de las setas! ¡Si yo nunca las he probado! Hasta creo que son alimentos del mismo infierno, que salen de la tierra de la noche a la mañana sin haber nada de simiente de ellas. ¡Uf! Espero que esta tediosa charla no la repita, porque si no…».

«Y esta mosquita muerta de Pulqueria lo invita encima a dormir a nuestra vera —barruntaba Eudocia para sí—. Yo solo quiero dormir con "mi" monje. Solo falta que este recién llegado ronque de noche que entonces ya lo hemos arreglado del todo».

—¿Veis? Ya están cocinadas y listas para que demos buena cuenta de ellas. Agarrad cada uno un pincho y arreando.

—Son sabrosas —dijo una con la boca llena—. Parece,…, no sé. Como si fueran carnes delicadas.

—O pescados finos —añadió su compañera—. Tienen unos sabores que nunca había conocido. Y tú Albdal, ¿qué opinas?

El mudo asentía mientras comía. En su cara se notaba que le agradaba, que estaba sabroso. El médico sonreía sin hablar [¡por fin! debieron de pensar los demás], mostrándose orgulloso de ese plato tan sencillo que acababa de cocinar.

—Bueno amigos —dijo cuando la cazuela estaba casi vacía—. Espero que os haya gustado. Estas otras, las matamoscas quedarán aquí, cerca del fuego, para que de noche se sequen. Mañana, si me lo permitís, volveré. Os prometo que no seré tan dicharachero como lo he sido hoy. Seguro que siendo tan hablador me hayáis tomado por engreído y pedante. Ahora debo irme, que las hogueras de mi grupo están menguando.

—Mañana te esperamos —se despidieron las monjas.

—¡Vaya con el médico! —Pulqueria suspiró—. No había forma de que callara, aunque yo he aprendido mucho de esto de las setas que desconocía.

Albdal, a quien los sentidos se le habían acrecentado en la misma medida en la que su voz había disminuido, hacía rato que tenía apartado el pensamiento de aquellos dineros que llevaban. Ahora todo su sentir se encontraba en el paladar. Pocas veces recordaba un gusto tan exquisito como el de lo que acababa de probar. Con un corto paseo, sin nada más que unas setas recién recogidas, aquel hombre le había desarmado por las tripas. Solo un poco de sebo, algo de sal y los frutos de la tierra, sacudidos de pajillas y polvo habían servido para que ese físico hubiera elaborado un plato de un gusto y sabor tan grandes como nunca recordaba.

—¿Cómo puede ser que un hombre con tan poca cosa prepare un manjar como el que hemos comido? —decía Eudocia sonriente—. Charlatán a más no poder, pero ilustrado, hombre de conocimiento.

Yo ya me siento a gusto con mis tripas. No necesito nada más.

—Ni yo. Aunque igual Albdal se ha quedado con hambre —contestó la otra mirándolo a la vez que su mano rozaba, como sin querer, la de su compañero.

Como si un escorpión le hubiera picado en una pierna, el monje saltó hacia atrás sonriendo, mientras hacía un gesto de hartazgo frotándose el estómago.

—Bueno. —Eudocia los miró recelosa—. Creo que todos hemos quedado más que saciados. Ni falta que hace ya comer carne salada. Recojamos todo que debemos descansar para mañana.

Al poco, cada uno ocupó su lugar para dormir.

A la mañana temprano el guardián avisador galopó de nuevo a lo largo de la caravana. A la vez apareció por allí Armonio que portaba un zurrón de mediano tamaño colgado a un costado. Los religiosos ya estaban preparados para la marcha desde antes de la amanecida.

—¡Amigos! Tal y como quedamos aquí estoy. Marcharé a vuestro lado si no es problema. Fijaos, fijaos. Esto que llevo son todos mis bienes. De valor nada hay. Ni oro, ni telas, ni piedras. Alguna piedra de sal, unas hierbas secas y poca cosa más. Tal es el equipaje del médico viajero.

—Sé bienvenido —dijeron las mujeres.

Albdal sonrió al verlo. En cierto sentido no le desagradaba la presencia de ese físico. Era muy charlatán pero sus formas denotaban una gran sabiduría. A buen seguro que no sería mala compañía. Hacía un momento había recogido las matamoscas que habían permanecido al lado de la lumbre desde la cena anterior. Estaban secas, parecían trozos de corteza de árbol. Con un gesto amable le indicó que allí estaban.

—¡Ah! Buenas nos resultarán para el viaje. Ya veréis, ya veréis. Cuando flaqueen nuestras fuerzas, estemos faltos de ánimo o con el corazón inquieto, estas setas harán que los espíritus resurjan. Lo harán como el ave Fénix, que cada mil lunas se consume en llamas espontáneas, pero como inmortal que es, su cuerpo se recompone a partir de cenizas humeantes —explicó mientras las guardaba en una bolsita de cuero que tenía en su zurrón.

—Puedes montar uno de nuestros caballos —ofreció Eudocia—. Pulqueria y yo viajamos en la bancada del carro. Albdal usa el rojo que parece que le ha tomado cariño. Tú puedes cabalgar uno de los que quedan.

—Ya sabía yo que sois gentes de bien. Aliviáis el cansancio de mis pies que ya llevan demasiadas millas gastando suela. Os lo agradezco muchísimo. Y ya que puedo elegir este me parece más dócil. —Señaló al tordo—. Esa raya blanca en la cabezota le da aires

de bueno y fiel animal.

—¡Eeeeo! ¡Eeeeo! —Apareció de nuevo el guardián avisador— ¡En maaaarcha! ¡Adelaaaante! ¡Eeeeo! ¡Eeeeo!

Y otra vez hombres y animales, como si de un cuerpo único se tratara, comenzaron el duro camino

—Hoy llegaremos hasta un lugar que se llama Takesti. Todavía tendremos jornadas de viaje entre arboledas y prados. No nos faltará ni agua ni comida. —dijo Armonio—. Con este cielo que se ve luminoso no lloverá. Ya nos llegarán días de travesía entre arenas y lugares con más alacranes que gente. Por eso es conveniente disfrutar ahora de estas maravillas que nos ofrece la diosa de la vida Isis, que en otros lugares llaman Artemisa o Demeter o incluso Ceres. Vosotros nestorianos podéis agradecer a vuestro único dios estos regalos que sin ser pedidos nos son otorgados.

Los monjes no dejaban de asombrarse con el médico. Como bien había dicho, sus pies ya llevaban muchas millas por todos esos caminos y países diferentes y extraños. Ello le había permitido acumular una cantidad de conocimientos muy grande, que seguro que también la tenía en sapiencia en cuestiones de medicina. A ello se añadía que era hombre amable y afable aunque de largas charlas magistrales que, a veces, resultaban pesadas.

Él conocía muy bien de todas sus virtudes y defectos, por lo que intentaba controlar esa efusividad en la palabrería con el único fin de que sus oyentes no se sintieran como auténticos cretinos ignorantes. Casi siempre lo conseguía aunque de cuando en vez se encontraba con gentes en las que la cerrazón de sus almas hacía que la desconfianza creciera. A la mente le venían ciertas ocasiones en las que había tenido que salir huyendo de algún pueblo. Sus pobladores habían interpretado sus curaciones y conocimientos como algo parecido a las habilidades de un habitante del mismo Inframundo. También en otras muchas sus servicios habían sido pagados con creces, apreciando sus saberes. Pero, en fin, así era este mundo de la misma Isis.

Al principio la marcha se hizo amena, aunque con el discurrir de las horas el entretenimiento inicial fue decayendo hasta acompasar el aburrimiento con el lento paso de las bestias. De vez en cuando alguna de las mujeres descendía para aliviar el cuerpo y caminar un poco. Sentadas como iban en el duro tablón las posaderas les quedaban demasiado resentidas. Los hombres también hacían trechos a pie. Así estiraban las piernas que se entumecían de tanto estar a horcajadas en el caballo. Cuando el sol llegó al cenit Armonio paró un momento. A un lado había un bosquecillo de matorrales y zarzales que llamó su atención.

—Albdal —dijo risueño—. Coge un saco vacío o algo así que vamos a recoger hierbas. Ya verás que cantidad de ellas hay.

El mudo se acercó a la trasera del carro y cogió un morral grande. Hizo el gesto a las mujeres para que continuaran, que no pasaba nada y que en breve las volverían a alcanzar. Volvió hasta el médico, que ya había descabalgado y atado su cabalgadura a un tronco. Él hizo lo propio siguiéndolo entre la maleza. El físico había sacado de las alforjas de la silla una hoz pequeña. A unos veinte o treinta pasos pararon.

—¿Ves? Estas de hojas grandotas las recogeremos. Abre el saco, abre, que yo ya iré echando. —Con la corta guadaña cortaba las plantas casi a ras de suelo—. Con tres o cuatro manojos tendremos bastante. ¡Mira, mira los que tenemos por aquí! También a cortarlas. Y de estas. Y estas otras. ¡Vaya, qué ricas aquellas de allí!

Así siguieron largo rato hasta que el médico se dio por satisfecho. Para evitar que se mezclaran entre ellas el monje se había cuidado de anudar los mazos tal como hacen los mercaderes de comida con las plantas que ofrecen a los compradores.

—Buen asunto ese de atarlas separadas. Buen asunto. Con estas hierbas acompañaremos algo de carne. Te garantizo que hay algunas estupendas, otras aliviadoras de los dolores de las tripas, alguna de una sabrosura que sorprende, y..., bueno lo mejor es que te lo explique de una en una. Mira, las primeras que hemos cogido...

Albdal hizo un gesto enérgico con la cabeza. No podía ser que ahora le explicara lo que tenían en el morral ya que si la noche anterior con lo de las setas casi se queda solo hablando de las virtudes y maldades de aquellas, ahora en mitad del bosque seguro que se les hacía de noche.

—Te haré caso. Tienes razón. Es cierto. Cuando se detenga la caravana ya os diré lo que es cada una. Ya verás qué entretenido.

«!Uf! Por lo menos después serían tres a repetir y no él solo».

En esto, justo cuando estaban cerca de los caballos, el médico paró haciendo una seña a su acompañante de que guardara silencio

«¡Que absurdo! ¡Si yo no puedo hablar! ¡Que soy mudo pero no tonto! ».

Armonio con gesto súbito arrojó la hoz hacia unas zarzas cercanas. El artefacto salió por el aire dando vueltas y entrando a mucha velocidad entre el matorral. Se oyó un golpe fuerte con un movimiento de hojas. En silencio corrió hacia allí, entrando entre las altas y espesas ramas. Al poco salió con un conejo de buen tamaño cogido por las orejas. Un hilo de sangre salía de la espalda del animal, justo por debajo de la cortante hoja curva clavada en él hasta la mitad. Se agitaba con espasmos cada poco dejando ver la punta del arma saliendo por su vientre. Sus ojos se abrían y cerraban rápido. La vida se le escapaba demasiado deprisa.

—¡Vaya golpe! ¡Cómo se la he clavado en todo el lomo! —reía

Armonio—. Ya tenemos carne fresca para la cena. A ver. Échame una mano que vamos a despellejarlo ahora que todavía está vivo. Así es más fácil.

El monje lo cogió por las patas traseras mientras el físico desclavaba la hoz. Con el mango le sacudió un golpetazo en la parte de atrás de la cabeza que hizo que sus entrecerrados ojos se volvieran blancos. Entonces con la parte del filo cortó la piel de los cuartos traseros al final de la pierna, tirando después fuerte de ella hacia abajo. En poco tiempo ya habían despellejado al animal, que recuperado del golpetazo chillaba de manera tan aguda que hería los oídos. Estaba sintiendo un enorme y terrible dolor.

—Ahora sujétalo fuerte que lo voy a abrir. Pero fuerte ¿eh? Que como se agite me tira las tripas a la cara.

Albdal lo agarró con fuerza y miró a un lado. Cierto era que había visto muchas veces matar animales por lo ni le afectaba lo repugnante de la operación. Aun así no dejaba de provocarle un sentimiento repulsivo. Mas el destripamiento en vivo de un simple conejo poca malquerencia le causaba. Solo tenía que sujetarlo bien, mirar hacia un lado y ya estaba. Armonio haría toda la tarea. ¿Y qué era eso comparado con lo que de golpe, como un mazazo fuerte en su corazón, le vino de repente?

Arrinconados en su alma todavía mantenía vivos aquellos nefastos días pasados. Las revueltas de Niká. Aquellos días de algarabías, robos y violaciones que comenzaron en el hipódromo de Bizancio. En su espíritu permanecía grabado todo. Las imágenes de cuerpos destrozados, de hombres, mujeres y niños. La sangre. Las vísceras. Los plastones de excrementos marrones, negros, rojos de los recién muertos, esparcidos, mezclados con las mismas entrañas que hasta hacía poco los cobijaban. Y él, Albdal, hundiéndose hasta los tobillos en aquella masa caliente de muerte. Él mismo se identificaba con la misma muerte. El sonido de sus pisadas «chof, chof, chof». El tufo pestilente de esos momentos tan espeluznantes. Los gritos de los moribundos mutilados que con sus últimos estertores pedían un cuchillo para acabar con el sufrimiento. Las mujeres violadas sin compasión hasta dejarlas morir desangrándose por esos orificios que él, y otros como él, habían profanado y roto de tal forma que hasta las mismas tripas les salían por ellos. Sus maridos, padres, hijos o hermanos, crucificados, empalados, violados. ¡Qué sinrazón tan grande puede anidar en el alma de un hombre cuando se deja llevar por instintos tan animales!

Un fuerte temblor del conejo lo sacó de esos oscuros pensamientos. Volvió la vista al animal a la vez que Armonio clavaba la punta de la hoz cerca del ombligo del horrorizado y sangrante bicho. Cortaba hacia el pecho rasgando solo la carne. Cuando llegó a

ese punto el conejo acababa de morir. Con la mano sacó las tripas sin romperlas. El mudo se fijó en el pequeño corazón del recién fallecido animal. Todavía se movía con latidos muy rápidos. Pum, pum, pum, pum, pum, pum. El matarife se agachó recogiéndolo junto con el hígado, los riñones y los pulmones. El resto quedó allí, en el centro de un charco rojo para disfrute de algún carroñero.

—Hala, a los caballos que seguro que nos sacan más de una milla de ventaja. Envolveremos el bicho y las entrañas en hojas de higuera para que no manchen. Démonos prisa que con estas carnes frescas se le abre el apetito a cualquiera.

—¡Buen paseo habéis tendido! —rio Pulqueria cuando las alcanzaron.

—Hemos recolectado unas plantas de las que daremos luego buena cuenta. —El físico guiñó un ojo a Albdal—. Como nos parecía poca cosa ofrecer a dos bellas sacerdotisas solo hierbajos, dimos con esta fiera que matamos con bastante habilidad en el sitio. Ya está preparada para un oreo rápido. Cocinada a las brasas nos saciará a los cuatro. Ya veréis, ya.

—¡Un conejo! ¡Qué bien! —dijo Eudocia—. Lo cocinaremos y estará exquisito. Pero decías que traíais plantas. ¿Cuáles son?

—Seguro que alguna de ellas conoceréis aunque ahora no voy a abrir el saco para que las veáis. Cuando paremos ya os daré una pequeña charla de esas sin importancia que tanto os gusta escuchar.

«Más de lo mismo. Otra como la de las setas. Simpático sí es, sí. Y sabe de lo que habla. Hasta es un hombre sabio. Pero...pesado como él solo».

Otra vez la monotonía del camino hizo que se concentraran en sus pensamientos, hasta que a media tarde los que les precedían comenzaron a cantar con alegría. Cualquiera diría que celebraban que el médico los hubiera dejado tranquilos. Cuando el sol se acercaba al ocaso la caravana se detuvo para pasar la noche. Descabalgaron, ataron a las bestias y compusieron el pequeño campamento. Entonces el físico les indicó que se sentaran alrededor del fuego.

—Si os parece pasaremos primero a este buen ejemplar de conejo. Por estar muerto de hace poco se debería de orear un par de días, pero como hoy tenemos la luna en su plenitud más esplendorosa, es de suponer que cualquier partícula de esa luz hará que la carne del bicho se corte, volviéndola incomible. Por ello en vez de curtirla un tiempo la vamos a cocinar ahora de forma rápida y buena, que os dejará unos gustos en las bocas muy agradables. —Cogió el saco con las hierbas y lo abrió.

»Veamos. Estas hojazas grandotas y de un verdor espléndido, se llaman lengua de culebra aunque por estas tierras la conocen como anchusa. Podéis ver que no se parece a esa lengua en nada, salvo en su

longitud. Se puede comer sin preocupación. Tiene muy buen sabor. Algo soso sí, pero sabe bien. En otros sitios las mujeres las utilizan para limpiarse la piel, que dicen que se la deja más fresca. También suele usarse para quitar durezas de callos en las manos o en los pies. Como no tenemos muchas las utilizaremos a modo de cobertura para este animal que comeremos. Pero antes lo pringaré un poco con sal que tengo por aquí en una bolsita y le echaré algo de estos hierbajos del saco.

»A ver, para que lo sepáis, estas se llaman hierbabuena en algunas provincias, en otras lanza tal es la forma de estas pequeñas hojas. Observad, observad. Las partiremos en trocitos y se las pondremos al conejo por encima y por entre el agujero de las tripas. Esta lanza también sirve como calmante si sientes algún dolor fuerte y te bebes el caldo de su cocción o te lo aplicas en la zona a tratar dependiendo de donde sea. Y ahora le voy a colocar una rama de acedera que le dará algo de amargor y así resulte más graciosa al paladar. Además estas hojas purifican la sangre y alivian las picaduras de abejas o avispones. Esto ya está listo. —Contempló al conejo aderezado con sal, hierbabuena y acedera—. Ahora lo envolveré en las hojas de anchusa y solo nos queda arrimarlo al fuego con cuidado de que no se queme, darle vueltas de vez en cuando y comérnoslo dentro de un rato ¿Qué os ha parecido?

—Pero Armonio —dijo Pulqueria—. Estas plantas ya las conocemos. Las vemos en los tenderetes del mercado a diario, y las tienen en hojas, en trocitos o secas. A elegir. He visto cocinar con ellas muchas veces. Las echan a las carnes o las cuecen un rato para beber el líquido.

Eudocia y Albdal asentían en silencio dando por sentado que conocían lo que su compañera decía de los hierbajos del físico. Por ello esta se creció intentando abundar un poco más en ese conocimiento del médico.

—Es más, recuerdo una vez en la que...

No pudo continuar. El galeno sufrió un repentino ataque de tos muy fuerte que del segundo envite le hizo caer hacia atrás y ponerse colorado. Cada vez estaba más oscuro y su lengua salía y entraba de la boca acompasando ese movimiento al tosido. Si echaba aire fuera del cuerpo la lengua salía a la vez y si recogía el aire en su pecho la lengua desaparecía en la boca. Tal era la incontinente tosidura que sus acompañantes se levantaron pensando que le había dado un miserere acompañado de una gran privación. Sin muchos miramientos Albdal se adelantó a sus compañeras y cogió al médico de un brazo. Con fuerza le sacudió tres o cuatro manotazos en la espalda que hicieron que el físico enfermo recobrara en un momento la compostura.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡No me atices más que voy a echar las

tripas por la boca por lo fuerte que me das! ¡Que me descoyuntas!

Y se apartó temeroso del alcance del mudo que en ese momento pensó que algún buen dios le había otorgado el don de la curación instantánea a base de golpetazos.

—¡Por Tánatos o Mors! ¡Hasta me ha venido al alma la idea de estar a punto de encontrarme con Dis Pater y Herecura! Y tú —señaló a Albdal—, intentando semejar al mismo Orcus ajusticiando a Plutón tal era la fuerza de tu brazo. Sí. Me has curado de golpe. Creo que del mismo miedo al sufrimiento.

Las mujeres se echaron a reír. Sí que era verdad que su acompañante le arreó manotazos tan intensos entre las paletillas que le produjeron mayor dolor que el ahogamiento por la tos.

—Iba diciendo que estas plantas nos son conocidas —retomó Pulqueria el tema—, pero que no sabíamos de todas las bondades y maldades de ellas. Continúa Armonio, por favor.

—Pues pasado el mal rato de este acceso terrible que casi me cuesta la vida —sonrió el médico—, seguiré con las hierbas.

»Veamos. Esto que aquí tengo de hojas pequeñas se llaman mastuerzos o berros. Muy bien me hubiera venido hace un momento el tener agua hervida con esta planta, ya que si te la bebes en caliente te alivia los asuntos de respirar mal e incluso las tosiduras como las que yo he tenido. Una pena, aunque sí que me haré una tisana para tener ese jugo a mano por lo que pudiera pasar. A ver, a ver... Vaya. Aquí tenemos la colleja, que en Roma la llaman silene. Está muy rica así, tal y como viene. Probad, probad. ¡Hum! De un gusto exquisito. En su punto de dulzor y bondad. Y además ayuda a aliviar las tripas cuando hemos participado en algún banquete. Se dice que si comes mucha colleja, sin acompañarla de cosas más consistentes como el pan o la carne, los tocinos de tu cuerpo se desharán quedando flaco como un perro lleno de pulgas.

»Y esta otra es la malva y poco tengo que explicaros de esta hierba, solo que se puede comer así en crudo, cocida o algo churruscada sin dejar que se queme, aunque tiene virtudes que sorprenden. Os lo explicaré. Si tienes una herida en tu piel, que no sea grande claro está, la aplicación de estas hojas ayudará a que se cierre y que no se ponga negra y con gusanos. Si te bebes el agüilla de después de hervirla te cuidará de padecer misereres, así como de las infecciones que podamos tener en las cloacas del cuerpo. Y las mujeres. —Las miró y les guiñó un ojo—, las suelen machacar echándose el emplasto resultante en la cara o manos o donde quieran, ya que hace que la piel quede más tersa, limpia y que presente un tono como de menos años de los que tiene en realidad.

»Pasamos ahora a la llamada diente de león, que ni es diente ni parece león. A esta le pasa como a todas. Se puede comer en crudo o

cocida y es muy buena para esos que tienen problemas en la meadura, facilitándosela y aliviando el cuerpo de manera rápida. Tiene un sabor dulce extraordinario que se asemeja a la miel de los páramos. También se suele mezclar con la malva a la hora del emplasto para la turgencia de la piel. Y esta es el sarrión que te calma las tripas en un momento de empacho o que te ayuda a abrir el apetito tal es su singularidad. Y como no quiero extenderme mucho más, que el conejo debe de estar para comerlo, estas que quedan son el cardo y la ortiga, que cocidas se pueden aplicar a los lomos de las gentes cuando les da un fuerte dolor.

Cogió un par de palos largos que había por allí y alejó al conejo del calor del fuego. Con cuidado de no quemarse le quitó las ahora negras hojas de anchusa y colocó al humeante animal encima de una piedra plana que antes habían limpiado de polvo y tierra. Con un cuchillo le arreó varios tajos partiéndolo en ocho pedazos. La verdad es que olía muy bien. Ante ese tufillo ninguno se resistió a probarlo.

—¡Delicioso! —dijo Pulqueria.

—¡Qué bien sabe y qué tierno está! —Eudocia hablaba con la boca llena.

Albdal no paraba de hincar el diente a la carne y de hacer signos de agrado con la vista. El médico tampoco se había quedado atrás, masticaba mientras miraba sonriente a sus acompañantes. A los cuatro les chorreaba algo de la grasa del conejo por las manos y tenían la cara brillante. No tardaron mucho en dejar limpios los huesos. Hasta la misma cabeza del difunto bicho aparecía tan monda que no tenía ni los ojos.

—Y con esto —sentenció Armonio—, hemos dado buena cuenta de este ejemplar que ha quedado muy sabroso, aunque algo duro de comer y masticar. Debería de haber estado más tiempo arrimado a las ascuas pero primaba más el alivio de las tripas que otra cosa. Si todo esto lo hubiéramos trasegado con algo de ese vino recio de las regiones de Mukur, estaríamos ahora mismo como en el salón de algún gran palacio.

Entonces expelió un largo y sonoro eructo mientras se frotaba la barriga sonriente con aires de satisfacción. Ellas también demostraron su complacencia lanzando uno cada una, que resultaron de una longitud y sonoridad menores que la del físico. El guardia imperial no se quiso quedar atrás. Se puso en pie y colocando los brazos en jarras abrió la bocaza todo lo que pudo. Al momento despidió de sus entrañas un regüeldo de tal amplitud que dejó muy claro que él era el que con mayor aprovechamiento había deglutido el conejo.

—Ya estamos todos a gusto —rio divertida Eudocia—. Es momento de que preparemos los camastros y nos demos una buena

dormida, que sí que la necesitamos.

—Sea. Durmamos, que pronto se terminarán las horas de la noche.

El canto de una cigarra

Ya cercano el amanecer, estaban preparando el desayuno, Zensán y dos de sus acompañantes se acercaron a caballo hasta ellos.

—Buenos dioses os acompañen en la jornada que va a comenzar —saludó.

—Se bienvenido Zensán —contestó Eudocia—. Que también ellos estén contigo. Dinos. ¿A que debemos esta visita?

—Amigos monjes. Me he informado de que habéis acogido en vuestro grupo al médico Armonio. —Le hizo una reverencia con la cabeza—. Él siempre es bien recibido en cualquier lugar.

—Gracia que me haces amigo. Sí, te lo han dicho bien. Estas buenas gentes me han animado a acompañarlos a lo que yo, con gusto, he accedido.

—Y veo que lleváis un par de mulas de buen lustre a mayores del ganado por el que pagasteis en Bizancio. Supongo que deberíamos hablar de ello.

—Es cierto. Dinos la cantidad y yo te la acercaré—asintió Eudocia.

En esto un nuevo jinete se acercó al galope.

—¡El médico! ¡Busco al médico!

—Yo soy. ¿Qué sucede?

—Tienes que acompañarme. Un camello ha mordido a mi señor y lo ha dejado maltrecho.

Armonio cogió su bolsa y montó a caballo.

—Te sigo.

Ambos marcharon veloces hasta la mitad de la gran caravana.

—Vamos a hacer una cosa —dijo Zensán a los nestorianos—. Sé que el médico ayuda a todo el mundo siempre que es requerido. Por eso, para que marche con la tranquilidad que él como sabio que es necesita, lo de las mulas lo olvidamos. Sea así.

—Que así sea —respondió Eudocia con una inclinación de cabeza.

Se retiró con su séquito y ellos comenzaron a preparar la marcha. Era de suponer que debido a ese camellero zarandeado y a que lo estaban sanando, la salida se retrasaría, como así sucedió. Ya era mediodía cuando apareció de vuelta Armonio. Les explicó que el jefe de uno de los grupos, llevado por la ira, había azotado algo más

de la cuenta a un camello. El bicho, viejo y resabiado, se revolvió contra él mordiéndolo y coceándolo de forma bastante fuerte. De resultas el hombre había quedado con una mano rasgada, con la cabeza sangrante por una brecha y con un pie estropeado por haberle pisado con saña el animal. Él, como médico, le aplicó algún emplasto para parar la sangre y le envolvió con telas limpias la mano, la cabeza y el pie. De paso le aconsejó que no se moviera mucho en varios días y que viajara en carro.

Y aquí quedó la cosa hasta que al poco el guardián avisador dio la voz de marcha. Otra vez la rutina del constante caminar hizo que la jornada discurriera lenta y aburrida. Acamparon por la tarde cerca de un sitio que se llama el lugar de Sebén, en donde abundaba el verde de las hierbas y el agua corriente de tres riachuelos. Cuando ya tenían encendida la hoguera y se disponían a cortar trozos de carne seca para la comida, un hombre con un burro se les acercó.

—Que la paz de Dios esté con vosotros —saludó.

—Y contigo que también esté —contestó Pulqueria—. ¿Eres seguidor del único Dios verdadero?

—Sí, lo soy aunque no nestoriano como vosotros. Pero decidme, ¿cómo es que viajáis hacia las tierras de los sasánidas? ¿Acaso Nestorio dejó ese país sin que sus acólitos hubieran llegado?

—No amigo, no. Siguiendo el mandato del obispo de Bizancio queremos cruzar las fronteras para llegar a la última de las iglesias que hay allí. Seguro que andarán necesitados de monjes, sean hombres o mujeres, para ejercer su ministerio en esas tierras desconocidas.

—Pues os deseo toda la suerte para esa empresa y ojalá que consigáis llevarla a buen término. Yo venía a traeros estas viandas por encargo de ese a quien el médico curó esta mañana.

Abrió las alforjas del burro y sacó un pellejo de vino, una tinaja de aceite de olivas, un saco con dátiles, higos, uvas y ciruelas secas, un paquete de panes de trigo y varias hojas de pescados ahumados.

—Por favor. Por favor —dijo Armonio haciendo el gesto de no quererlas pero a la vez abarcándolas con los dos brazos—. No debería de haberse molestado. Por cierto, ¿cómo está ahora?

—Bien, bien, va mejorando. Él no es hombre viejo y se repondrá. Lo que peor lleva es lo de la cabeza. El camello le atizó una patada que se la abrió desde la ceja derecha hasta la oreja siniestra. Menos mal que el hueso no está roto. Al palpo aparece de una pieza y le duele mucho. De verdad, físico, que con toda la sangre que de allí salía no entiendo cómo fuiste capaz de recomponer los colgajos peludos y colocarlos más o menos en el sitio.

—Llevo mucho tiempo atendiendo a las gentes y no es esta la primera herida así que trato. Le he lavado bien la herida, he colocado los colgajos como buen constructor lo hace con los ladrillos y se la he

remendado con buen tino. Cuando pasen unos días el hueso quedará tapado y los pellejos unidos por esa hilacha que habrá desaparecido como la sal lo hace en el agua. Si se aplica tres veces al día el ungüento colorado que le he preparado, le calmará y terminará por curarlo. Solo tiene que hacer lo que le he dicho y también cambiar los trapos por otros limpios de cada vez.

—Pues le ha quedado la cabeza hinchada y amoratada.

—Claro, claro. Ese color y abultamiento irán cambiando a medida que vaya sanando. ¡Si es que vaya coz!

—Y la mano es el doble que antes y de un rojo oscuro curioso.

—Es normal. Ten en cuenta que el mordisco le rompió alguna de las carnes por lo que tuve que cosérsela como la cabeza. Si mantiene el pringón con el ungüento colorado le irá igual de bien.

—En cambio el pie sin haber sido roto con sangre está deformado y colorido. Allí nada has cosido.

—Cosido no pero sí que lo he recompuesto. A la vista estaba que le había partido alguno de los huesos, por lo que tuve que hacer gala de mi habilidad y puse cada nudo en su sitio. Con unas maderitas que le até a los lados y por debajo conseguirá mantenerlo más o menos quieto hasta que lo tronzado se pegue con una argamasa que todos tenemos dentro de los cuerpos. Para los dolores bastará que se aplique con cuidado el ungüento verde. También si cumple con mi consejo de beber de vez en cuando unos cuantos tragos de algún líquido espiritoso sufrirá mucho menos.

—Bueno físico. Yo me marcho y te transmito el mensaje de agradecimiento de quien me envía. Y le recordaré tus consejos. ¡Quedad con Dios!

—¡Que también esté contigo!

Dio media vuelta al burro y se alejó de allí. Entonces Armonio comenzó a extender en el suelo lo que acababa de recibir en pago por la curación.

—Llevamos ya tres días que se me han hecho eternos sin haber probado el zumo de las uvas. Supongo que ahora que tenemos este pellejo deberíamos catarlo no fuera que estuviera como el vinagre.

Albdal acercó cuatro cuencos que el médico llenó hasta los bordes.

—¡Que la fuerza de este jugo de los dioses nos acompañe y nos ilumine! —Levantó su vaso contento después de haber dado un tazón a cada uno.

Los otros le imitaron y dieron un sorbo largo.

—Está rico. Es algo fuerte pero te anima. Preparemos alguno de estos peces y comamos y bebamos, que con pan a mayores estaremos más que satisfechos.

Se sentaron sobre la mullida hierba alrededor del fuego,

comiendo, bebiendo y riendo. Cuando ya el pellejo estaba con un tercio menos, Armonio se decidió a ir a dormir. Le siguió Pulqueria, quien decía que tenía algo así como pájaros pequeños por detrás de los ojos. Allí quedaron Albdal y Eudocia. Pasó un rato largo hasta que los ronroneos de los recién acostados les dieron a entender que ya estaban profundamente dormidos. Entonces él sirvió otro cuenco de vino a cada uno. La miró a los ojos y se lo bebió de un trago.

Eudocia, después de apurar el suyo, se levantó y cogió un mantón grande de dentro del carro. Volvió junto al mudo y se tumbó a su lado. Se cubrió con la manta, se quitó la túnica y la tiró fuera. Miró entonces a su acompañante con una sonrisa de invitación. Hechizado por el encanto femenino y por el vino, él no tardó en cobijarse con ella. Desprendidos ambos de la ropa sucumbieron en silencio a los deseos de la carne. Ni un solo gemido de placer se escuchó. No querían que sus viajeros acompañantes se despertaran descubriendo lo que estaban haciendo. Y así siguieron mucho rato, haciendo el amor varias veces. Ella gozosa se asombró cuando él volvió a tomarla como si no estuviera cansado o como si le sobraran líquidos en el cuerpo.

Pasaba ya más de la mitad de la noche cuando se miraron y decidieron que ya era momento de ir cada uno a su camastro. Se vistieron, recogieron todo y se acostaron. Durante esas horas no se había oído más que el canto de alguna cigarra, el croar de las noctámbulas ranas del riachuelo cercano y el vuelo de una pareja de rapaces nocturnas. Ni un solo gemido había surgido de sus bocas. Solo el roce de la manta y el de sus cuerpos había flotado como un susurro.

Justo antes del amanecer ya estaban dispuestos para seguir viaje, esperando que se diera la habitual orden de marcha. Armonio, montado en su caballo, se había alejado un poco mirando las hierbas del suelo. De vez en cuando descabalgaba para recoger algo interesante que había encontrado. Albdal permanecía de pie observando las evoluciones del médico y las mujeres se encontraban a la cabeza del carro sujetando las riendas de las mulas. Eudocia estaba exultante, risueña. Cada poco giraba la cabeza hacia el monje sonriéndole. En su sonrosado rostro se adivinaba una contentura difícil de disimular. A su lado Pulqueria se quejaba cada poco de tener mareos acompañados de un dolor punzante en la cabeza. Sin duda todavía sentía los efectos del vino de la noche anterior. En esto, sin quererlo, su vista se cruzó con la de Albdal coincidiendo en el mismo instante en que este, durante una minúscula partícula de tiempo, sonrió a Eudocia entrecerrando los ojos.

«No puede ser. No puede ser. Aunque…aunque anoche se quedaron ellos solos y…. ¡Pues sí! ¡Han yacido juntos! Desde que conozco a esta mujer pocas veces la había visto tan feliz como ahora. ¿Y él? ¿Que por mudo intenta parecer inocente? ¡Míralo! Con ese

cuerpo grande y fuerte. Siempre serio, sin sonreír. Con una mirada fría, distante. ¿Y ahora? Ahora sus ojos tienen un brillo que yo no conocía. ¡Sí! Han yacido juntos. Se les nota.

»Pero esto no puede quedar así. Esto no va a quedar así. Si no ando despierta y vivaz lo volverán a hacer. No puedo ignorarlo. Este hombre me tiene sorbido el seso. Hasta sueño con él algunas noches. Pero claro, ella es mucho más osada que yo. Desde mi época de esclava siento un asco enorme hacia muchos hombres. Pero este es diferente. Tiene que ser mío. Quiero que me haga suya. Tengo que ser más atrevida. Eudocia: será hoy, será mañana, pero cuando te despistes él caerá en mis brazos.

—¡Eeeeo! ¡Eeeeo! ¡En maaaarcha! ¡Adelaaaante! ¡Eeeeo! ¡Eeeeo!

De nuevo la rutina diaria. Los hombres a caballo y las mujeres sentadas en el banco del carro hasta el mediodía, en que todo se paró. Un escuadrón de guardias del imperio había llegado. Estaban comprobando que los viajeros tuvieran los permisos para comerciar. Era habitual que guardias imperiales controlaran el tránsito de las caravanas así como que tuvieran los impuestos sobre las mercancías pagados. Al poco un par de soldados se acercaron al grupo de nestorianos.

—Sois monjes por lo que veo. Enseñadnos qué mercancía portáis, los pagarés imperiales y cuales son vuestras intenciones.

—Señor —dijo Eudocia—. Somos tres monjes de la orden de Nestorio acompañados por un médico. Nuestra intención es cruzar a tierras de los persas para llevar nuestra religión allí donde no está. El mismo emperador Justiniano ha autorizado esta empresa.

Hizo un gesto a Albdal que subió al carro bajando al poco con la autorización imperial y se la acercó al soldado que había hablado.

—Leedlo. Convenceos de que decimos verdad —habló Pulqueria.

El guardia sacó el pergamino, lo extendió ante él y lo leyó en voz alta.

—«Los portadores de la presente credencial actúan bajo mi mandamiento directo, por lo que todos los súbditos, justicias, soldados y demás de este, mi imperio de Bizancio, deberán de prestarles todo el auxilio y ayuda que les soliciten. No les impedirán jamás el tránsito ni cosa alguna, antes bien, los favorecerán en todo aquello que en su mano esté. Si cualquiera contraviniese este mandato, todo el peso de la justicia del Imperio caerá sobre él. Es orden personal del *imperator rex*. Justiniano, emperador». Bien, parece que tenéis la mismísima bendición imperial. —Enrollando el mensaje lo devolvió a la funda y se lo entregó de vuelta al mudo—. Muy importantes debéis de ser. Cumpliendo el mandato aquí escrito no os preguntaremos nada salvo

si necesitáis cualquier cosa.

Pulqueria, erigida portavoz del grupo en un intento tácito por quitar autoridad a Eudocia, miró a sus acompañantes.

—Estamos servidos buenos soldados. Tan solo queremos llegar a las tierras persas.

—Sea. Para garantizar el mandamiento del emperador os custodiaremos durante vuestro viaje por Bizancio. Hoy nos quedaremos nosotros, mañana tomará el relevo la siguiente partida. Un emisario les hará llegar la nueva para que os custodien. De esta forma, tanto de día como de noche, seréis guardados hasta las fronteras.

Ella se lo agradeció con una sonrisa. Cuando de nuevo la caravana emprendió viaje, dos parejas de jinetes imperiales marchaban detrás, a unos doscientos pasos de ellos. Al llegar el alto de la noche otros cuatro guardias relevaron a los del principio, que regresaron con su partida hacia Poniente.

De esta guisa atravesaron todo lo que faltaba del gran Imperio de Bizancio en catorce jornadas. En todas ellas acamparon cerca de pequeños pueblos, siempre seguidos y vigilados por los guardias. Pasaron por Beizapán, Ayas, Golbasi, Bala, Karman, Mucur, Kaiseri, Pinarbas, Darende, Malatya, Elazy, Bingol, Patnos y Dogubaya. Aquella aventura amorosa que había tenido lugar entre Eudocia y Albdal estaba ahora aparcada. Siempre se sentían observados por los vigilantes soldados. Pulqueria, agradecida por ello, ya había trazado en su corazón la forma por la que el monje mudo caería rendido entre sus brazos.

El médico, ajeno a estas cuestiones, no les había preguntado el porqué del origen de esa autorización del más alto nivel. No era nada normal, pero la vida le había enseñado a preguntar lo justo. Por eso se limitó a recoger hierbas y hojas. Incuso un día tuvo la suerte de dar caza a una pequeña cabra salvaje despistada que andaba masticando hierbajos entre unos riscos. Resultó que, acompañado de Albdal, se habían acercado a unas rocas para llenar los odres de agua de un manantial. Al llegar vieron una cabritilla entre las piedras. Armonio, con sigilo y disimulo, agarró un canto gordo y se lo tiró con mucha fuerza al animal. Como era el asunto que su profesión no era la de cazador, el pedrusco cayó cerca del bicho que ni se dio cuenta de ello y siguió a lo suyo. El físico le arrojó otro, y otro, y otro, así hasta cinco veces con la misma suerte. Parecía que daba a todos los sitios menos a la cabra, que era donde apuntaba.

Y fue la cuestión que en el último tiro la cabrilla levantó la cabeza como para saber qué era eso que caía por allí. Miró hacia un lado, hacia otro y entonces descubrió no muy lejos a los dos hombres emboscados. Por su propio instinto se asustó de tal forma que, al dar

la vuelta para huir, se arreó en un lado de la cabeza un testarazo contra la misma piedra entre la que buscaba comida. Allí quedó medio atolondrada, con los ojos bailando cada uno a su aire, hasta que se acercaron corriendo Albdal y Armonio. La cogieron por las patas para que no escapara y el médico sacó su cuchillo hundiéndoselo en la garganta. Los últimos estertores de la cabritilla acompañaron a sus temblores finales. Contentos regresaron donde las mujeres con aquella caza todavía latente, que les aseguraba carne fresca para dos o tres días por lo menos.

Fue cuando iban a partir de la aldea de Karman, justo antes de que llegara el guardián avisador, que aquel camellero que días antes había tenido un encontronazo con un camello se acercó hasta ellos. Venía subido en una carretilla de dos ruedas empujada por un hombre. Él estaba sentado dentro con una de sus piernas estirada a lo largo. Era la del pie que había sufrido el pisotón del bicho. Tenía la cabeza vendada con telas claras y la mano envuelta en una gasa blanca.

—¡Amigo médico! —dijo sonriente al ver a Armonio—. Fíjate que ya casi no tengo esos dolores machacones por detrás de los ojos y que en mi mano y en mi pie ya solo siento un hormigueo fuerte.

—Vaya, buen método te has buscado para el paseo.

—Sí, sigo tus indicaciones de no apoyar el pie. Date cuenta de cómo conservo todavía los palos que me ataste. Así no se mueve y la hinchazón aquella ha mermado mucho. Supongo que los rotos de dentro se están cosiendo solos.

—Así es, así es. Cuando un hueso se rompe en un animal u hombre que no esté muerto, la energía del espíritu de su interior hace que una masa vaya uniendo lo estropeado poco a poco. Por eso no es bueno mover lo que se haya tronzado.

—¡Pues buen asunto tengo yo con esto del pie! ¿Cuánto tengo que estar así, sin poder caminar?

—Otro tanto como lo que llevas, pero no es necesario que no andes. Puedes fabricarte con dos varas unos apoyaderos que suplan la pisada del pie herido. Así usarás el bueno y los palos a modo de muleta para no tener a nadie que tenga que llevarte en carretillo. Por la parte de arriba tendrás que ponerle unos pellejos gruesos para apoyarlas en el sobaco. Así no te harán heridas allí.

—Seguiré tu consejo. Me fabricaré un par de soportes hasta que mi pie se cosa por dentro. Y no quería otra cosa más que ofreceros el viajar con nosotros cuando crucemos la frontera de la Persia. Allí la caravana se divide en varias partes Algunos marchan hacia la Boreal, otros hacia la Austral, unos cuantos giran y regresan al Poniente y otros continuamos al Naciente. He oído que queréis llegar a las tierras de los Seres, al país de Ta Peca, y como nosotros llevamos ese camino

os invito a que nos juntemos en la frontera.

—Deberé de consultarlo con mis acompañantes que son los que me han acogido desde el principio. Al acercarnos al final de Bizancio te daremos una respuesta. Pero, puede resultar hasta gracioso, no sé cómo te llamas.

—Mi nombre es Sizaya. Viajo con mis dos mujeres, cuatro hijos y tres sirvientes hasta donde podamos trocar las mercancías y animales que llevamos. Entonces regresaremos para comerciar con ellas.

—Está todo claro Sizaya. Seguro que estaremos encantados de acompañaros, pero la respuesta te la haré llegar ya que no depende de mí.

El nombrado había estado mirando a las dos mujeres desde el momento en que llegó, pero ahora lo hacía con mucho detenimiento. Primero a Pulqueria, después a Eudocia, sonriendo mucho a esta última. Ella, dándose cuenta de esas apetencias que despertaba en el herido, se sintió tan incómoda que no sabía ni a dónde dirigir la vista. Un oportuno carraspeo del médico terminó con esas miradas tan lascivas que casi rozaban la obscenidad.

—Sea así entonces —se despidió Sizaya—. Ahora volveremos a nuestro lugar, que todo este montón de gentes y bichos está a punto de comenzar a andar.

Y regresó por donde había venido, sentado en aquella carretilla empujada por uno de sus sirvientes.

Siete días después, cuando la caravana se detuvo cerca de la desolada aldea de Dogubaya, el guardián avisador emplazó a los jefes de cada grupo a reunirse con Zensán. Eudocia se preparó para ello pero se le notaba que estaba recelosa ya que como también estaba citado el médico, su rival Pulqueria se quedaría con Albdal si ambos se marchaban. Los guardias imperiales permanecían estacionados bastante lejos, como era su costumbre, mas ella no veía bien el dejar a los dos solos. No se fiaba de su amiga.

—Quizá debieras ir tú ya que todas estas jornadas no has acudido a ninguna de esas reuniones. Seguro que te resultará bastante interesante y entretenida —le dijo.

Ni contestar pudo la interpelada ya que el físico se comportó como había hecho muchas veces. Sin dar otra opción se erigió él mismo en organizador.

—Pero vamos a ver. Si tú has ido siempre, ahora que estamos a punto de cruzar la frontera con los persas ¿mandas a tu amiga? No le veo mucho sentido. Además a ti te conocen bien puesto que has sido nuestra representante y la guía de este grupo. ¿Qué pensaría Zensán si mandas a otra? Pues que sería una falta de respeto. No veo bien que envíes a alguien en tu lugar.

—Es cierto. Sería una falta de respeto. —Eudocia lo miró con el entrecejo contraído—. ¡Ea médico! ¡Sube a tu caballo y marchemos rápido, que cuanto antes lleguemos antes volveremos!

—Bueno, bueno. Ahora te entran las prisas. Ya voy, ya voy.

Pulqueria vio entonces su oportunidad. Hasta ese momento le había sido imposible quedar a solas con el monje. Unas veces por estar Armonio cerca, otras por los guardias imperiales acampados a ojos vista y las más por la atenta vigilancia de su rival Eudocia. Pero ahora..., ahora era diferente.

—Albdal —dijo entrando bajo la lona—. Acércate que debemos colocar bien estas alfombras. A mí se me hacen muy pesadas.

El hombre, mudo sí pero tonto no, se dio cuenta de sus intenciones. Aun así, ya que había gozado de una bien estaría el hacerlo de la otra. En breve entrarían en tierras sasánidas y él se llevaría el tesoro, del que todavía nada se había gastado. Momento era entonces para darse una alegría al cuerpo y de paso despedirlas en su mente. Por ello entró detrás. Allí permanecerían escondidos a miradas indiscretas. Si alguien se acercaba lo oirían antes de llegar y podrían disimular lo que estuvieran haciendo.

—Coge de ese lado —indicó ella estirando la alfombra—. La doblaremos primero.

Una en una punta, el otro en la otra, acercaron los extremos, juntándose en medio de la tienda.

—¡Albdal, quiero ser tuya ahora! —le susurró mientras acercaba sus labios.

El hombre se dejó hacer. La alfombra cayó al suelo y ambos se entrelazaron en un impetuoso abrazo. Sin deshacerlo, se acercaron a la trasera del carromato y subieron. Encima de su camastro se fundieron en uno solo varias veces. Él silencioso, ella gemidora y tierna en susurros, con respiraciones cortas y profundas. Cuando terminaron Albdal no se sintió satisfecho, volviendo de nuevo a empezar. Y así varias veces más. Tan solo una cigarra solitaria los acompañó con su canto. Llevaban ya casi una hora en estas cuestiones cuando oyeron el sonido de un caballo que se acercaba. Rápido se vistieron, bajaron de la carreta y salieron fuera de la tienda. Allí estaba el médico mirándolos con una curiosa sonrisa que denotaba que se había dado cuenta de lo que acababa de suceder dentro.

—Para vuestra tranquilidad, sobre todo para la tuya Pulqueria —ironizó—, Eudocia vendrá en breve. Se ha quedado para recibir las últimas normas. Yo he vuelto un poco antes por haber cumplido la labor para la que me requirieron, que no era más que la de asistir a una camella parturienta. Ha tenido un camellito sano y bonito, que ha nacido de forma muy fácil, casi sin dolores para la madre. Allí la he dejado con su nuevo hijo, relamiéndolo y dándole de mamar. Y...para

evitar que la otra mujer se cele os recomiendo encender y alimentar el fuego. Colocad alguna cosa por aquí, no sé, el pellejo de agua, algo de comida, lo que queráis. No sería bueno que esa amistad que tenéis entre vosotras se rompa por un pobre monje mudo. Yo por mi parte ojos ciegos y oídos sordos.

«¡Pobre me ha llamado! Sí, para ti será pobre. Pobre, sí, pero no yo, que todavía no tengo claro cuál de las dos me ha hecho gozar más. Tú, médico charlatán, que no has yacido con hembra o con macho desde antes de la partida, tú si que eres un pobre hombre. ¿Y tú a mí me llamas pobre?».

Poco después Eudocia regresó. Antes de hablar paró su caballo y miró primero a Albdal, después a Pulqueria. Debió de parecerle que todo estaba normal ya que un momento después descendió de su montura y la ató a un árbol cercano como si nada.

—Ya ha terminado la reunión. Mañana llegaremos a la frontera con Persia. Será en el mismo cenit. Entonces la caravana se dividirá, partiendo unos cuantos de regreso, otros a Septentrión y algunos a Meridión. Nosotros seguiremos hacia el Naciente y nos incluiremos en el grupo de Sizaya. Esta noche ya se ha retirado la guardia imperial que nos defendía. Ahora comamos y bebamos que los cuerpos lo agradecerán.

—Bien amigos. ¿Recordáis el pellejo de vino que me dieron por la cura de Sizaya? Pues ahora ha llegado el momento de dar buena cuenta de él. —El médico trajo cuatro cuencos y los llenó—. ¡Que nada pueda deteneros en vuestra empresa!

Levantó la taza por encima de la cabeza con la solemnidad de un cortesano.

—¡Y apuremos lo que queda, que ya es hora!

Mucho rato pasaron bebiendo, la noche ya era cerrada y el pellejo de vinazo aparecía casi terminado. Los cuatro, quien más quien menos, se encontraba adueñado por el mismo Baco. Entonces Pulqueria se levantó. Una urgencia corporal le impedía seguir así y debería de evacuar.

—Espera amiga —le dijo Eudocia—. Yo te acompaño que estos vapores me han nublado un poco el sentido y también necesito desaguar escondida de miradas ajenas.

Ambas se dirigieron hacia la parte de atrás de unas rocas cercanas. Allí estarían tranquilas para hacer sus necesidades, sin tener que pasar vergüenza alguna por sentirse observadas. Llegadas ya al lugar buscaron el sitio más cómodo, poniéndose a realizar los menesteres que hasta allí las habían llevado.

—¿Qué tal os fue a Albdal y a ti en nuestra ausencia? —preguntó la monja morena con curiosidad.

—Bien, bien. Estuvimos encendiendo el fuego, sacando algo de

comida, en fin, ya sabes —la rubia contestó nerviosa.

En estas, las dos habían terminado, por lo que se colocaron las ropas antes de regresar. Ese momento fue aprovechado por la primera.

—Tú has yacido con él —espetó muy seria—. Hueles a hombre.

—No, por favor. ¿Cómo puedes decir eso?

—Tú hueles a hombre. Quieres quitármelo.

—¡No! ¡No! Fue algo sin importancia, un roce, una caricia.

—¡Tú hueles a hombre! ¡Tú lo has hecho tuyo!

En ese momento Eudocia se abalanzó sobre su compañera agarrándola de los pelos y zarandeándola. Esta lanzó un grito de sorpresa y angustia mientras caía al suelo por la fuerza de la acometida. Allí la primera se sentó a horcajadas sobre el pecho de Pulqueria y agarró un pedrusco que había al lado. Comenzó a golpearla fuerte en la cabeza mientras decía con voz ronca:

—¡Tú me lo quieres quitar! ¡Eres como la Hidra!

Su amiga no pudo esquivar los golpes y al tercero o al cuarto dejó de gemir y de moverse. Estaba comenzando a sangrar mucho por un lado cerca de la oreja. Eudocia paró de darle con la piedra y dándose cuenta de lo que estaba haciendo la arrojó a un lado. Levantándose, quedó allí de pie, gimiendo y llorando.

—No puede ser. No puede ser que yo haya hecho esto. No puede ser.

Entonces volvió a arrodillarse cogiendo la cabeza de Pulqueria. Tenía rota la frente, los dientes y la nariz. No se movía. Su pelo dorado se estaba tiñendo de un rojo muy oscuro por la zona de la sien derecha. También había dejado de respirar. La sangre le cubrió toda la cara en un momento.

—¡Amiga! ¡Amiga! ¡Despierta! ¡Despierta amiga! —gritaba llorosa.

En ese instante aparecieron corriendo Armonio y Albdal, quienes alertados por los gritos y ruidos habían acudido.

—¿Qué ha pasado? ¡Por los dioses! ¡Déjame, déjame verla!

El médico se agachó al lado de la yaciente monja, cogiéndole la cabeza y agitándola.

—¡Despierta! ¡Despierta! —gritaba sin dejar de moverla.

Así permanecieron un rato largo hasta que el físico se levantó con gesto muy serio. A su lado Albdal observaba preocupado y Eudocia no paraba de llorar.

—Está muerta. Su espíritu ha abandonado el cuerpo. Ahora surcará el cielo en busca de otra vida mejor —sentenció Armonio.

Volvió al carruaje en donde cogió una estera grande con la que regreso hasta donde estaba el cadáver. Ayudado por el monje pusieron el cuerpo encima de la alfombra extendida y la enrollaron a su alrededor. Así la transportaron de vuelta al carro. Eudocia marchaba

detrás sin dejar de lanzar gemidos y lloros. Cuando la pusieron en el suelo, cerca del fuego, el médico le preguntó qué era lo que había sucedido.

—No lo sé, no lo sé. Un golpe —balbuceó una excusa que a todas luces se veía que no era cierta—. Se cayó por todo el vino que había bebido. Se debió de marear. No lo sé. No lo sé.

En ese momento uno de los de la guardia apareció por allí. Se acercó a la hoguera en donde fue recibido en silencio. Mas él, a la vista de la alfombra enrollada, preguntó qué era lo que contenía. Nadie contestó hasta que la misma Eudocia no pudo contenerse más.

— ¡He sido yo! ¡Yo la he matado! ¡Su cuerpo está dentro de la alfombra! ¡No tengo más que esperar a que el demonio me lleve!

El guardián, sorprendido, optó por irse. Se marchó al galope hacia la cabeza de la caravana.

—¡Yo no quería matarla! ¡La rabia y la ira me nublaron la mente! ¡Mi corazón solo te veía a ti entre sus brazos! —le gemía al mudo acercándose e intentando abrazarse a él.

Este la rechazaba una y otra vez.

La subasta

Al poco aparecieron varios jinetes. Entre ellos iba Zensán.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó descabalgando.

—Un accidente. Se ha caído y se ha golpeado la cabeza. Ha sido un accidente —sollozaba Eudocia—. Yo estaba allí. Yo lo vi. Se ha caído.

Desenrollaron el cadáver de la alfombra y los recién llegados lo observaron con detenimiento.

—¿Que se ha caído? Imposible. Tiene la cara rota, los dientes partidos, la frente abierta y una brecha enorme en la sien derecha. Esto no ha sido una caída. Alguien la ha golpeado hasta matarla —opinó alguien.

—¡No! ¡No! ¡Se ha caído! ¡Yo estaba allí! ¡Se ha caído!

Zensán, impasible, la miraba. No podía entender por qué esa mujer había matado a la otra, aunque el asunto estaba claro. Le había abierto la cabeza a pedradas. Pero seguía sin comprenderlo.

—Mujer —le dijo—. Tú has matado a tu compañera. No tienes opción al perdón. Pero mi clemencia tendrá en cuenta tu condición religiosa y no recibirás la muerte como castigo. Serás vendida al mejor postor. La subasta la realizaremos al alba. Ahora te llevaré conmigo para tu custodia. Y vosotros, sabed que yo aquí soy la *Justitiae*, y como tal autoridad que tengo esa es mi sentencia. —Señaló a Albdal y a Armonio—. Mañana podréis pujar por ella si deseáis recuperarla. También cumpliréis otra de mis leyes, que dice que la partida de aquel que haya cometido delito será expulsada de la caravana. Por eso, en cuanto la venta se haya verificado, abandonaréis esta expedición.

Dos hombres que lo acompañaban ataron a la llorosa Eudocia por las manos con una cuerda, llevándosela quejosa y tambaleante. Tardaron algo hasta la tienda de Zensán, que se había adelantado y esperaba. Al verla llegar sonrió. Era una mujer muy hermosa. Mañana la vendería pero esta noche la disfrutaría. Él era hombre débil de carne y esta bella, voluptuosa, sensual y exquisita hembra no había nacido para el agrado de ningún dios sino para el goce de sus semejantes. Entró bajo las lonas y expulsó a las mujeres que allí estaban. Se acercó entonces a la monja agarrándola por un brazo. Ella se revolvió gritando.

—¡Sí! Soy una asesina, pero eso no te da derecho a nada. ¡Sí!

¡Yo he matado a mi amiga! ¡Pero no seré tuya, animal!

—¡Te voy a domesticar y a cabalgar como a una potrilla salvaje!

De un empujón la tumbó en las alfombras del interior. Se acercó y la abofeteó varias veces. La hizo sangrar de un labio y se arrojó encima, rasgándole las ropas.

—¡Ahora te voy a enseñar a ser mujer! ¡Disfruta de mí como yo lo voy a hacer de ti!

Allí la violó, le mordió el cuello y los senos. La ultrajó de tal manera que durante la siguiente hora solo se oyeron gritos femeninos ahogados por alguna almohada, mezclados con las asquerosas risotadas de su repulsivo torturador. Cuando se sintió satisfecho, se levantó, le dio una patada en un costado a la mujer y se vistió dando fin al tormento. Entonces descubrió la marca en forma de rombo que ella tenía desde hacía años. Se la habían grabado en el hipódromo, cuando fue obligada a vender su cuerpo para poder subsistir.

—¡*Putta*! ¡Eres una *putta*! ¡Tú que tanto te refugiabas bajo tu hábito! ¡Eres una *putta*! ¡No llegas ni a meretriz del lupanar más oscuro! ¡Qué asco!

Salió y le indicó a uno que calentara un hierro en la hoguera. Otro la sacó fuera. Estaba medio desnuda, descalza, llorosa y sangrando por los labios y por entre los muslos. Aquel salvaje le había debido de desgarrar hasta las entrañas. Entre dos la sujetaron con fuerza mientras otro acercaba el hierro al rojo a su frente. En ese momento las carnes no pudieron más y se desahogó manchándose las piernas. Allí mismo la marcaron como a un animal. Los gritos de dolor no supusieron ningún signo de piedad de esos hombres que la miraban con asco. Cuando se desmayó, uno le ató una cuerda al cuello y la arrastró hasta un carro, amarrándola a una rueda. La dejaron medio aturdida, sucia, sangrante, ultrajada y maltratada, tirada en el frío suelo de tierra. Muchos otros la violaron allí durante toda la noche, mientras ella estaba casi desmayada, sin poder moverse debido a las ataduras. Cuando llegó ya el punto en el que el sufrimiento de cuerpo y espíritu se hicieron insoportables, perdió toda noción de la realidad, cayendo en un sopor que hizo que todo aquello que padecía su cuerpo quedara como en la nube de un sueño.

En la otra punta de la caravana, el médico y el monje no sabían qué hacer hasta que el primero se decidió.

—Ayúdame amigo Albdal. Demos tierra a esta que fue hermosa religiosa Pulqueria.

Después ninguno pudo dormir. Armonio no dejó de hablar en toda la noche. Albdal escuchaba y pensaba. Nadie podría haber imaginado estos sucesos. La verdad es que la única conclusión fue la de establecer que el causante principal había sido el vino, aunque la

duda de los celos feroces estaba allí. El médico habló y habló, queriendo convencer a su compañero para conseguir comprar a Eudocia. Él no tenía casi posesiones, pero lo poco que tuviera lo destinaría a intentarlo. Decía que era una buena mujer y se le adivinaba un corazón generoso. Aun las gentes con bondad grande pueden a veces dejarse influir, con el resultado más perverso imaginable. Seguro que llevada por una locura pasajera cualquier pequeña discusión sacó a relucir ese lado oscuro. Mas también existía la duda de si la muerta había antes incitado a su oponente para llegar a ese final tan terrible.

«No puede ser esto. —Le daba vueltas en su cabeza el monje—. ¿Cómo se ha podido llegar a esta situación? Impensable. Nunca me había sucedido algo parecido. Una mujer muerta por mí, por mi amor. No lo puedo concebir. Yo, que tenía todo bien planificado, que en un futuro próximo iba a llegar a las tierras del Nilo cargado de riquezas. Y..., ¿qué haré? El médico no para de insistir en la necesidad de comprar a Eudocia. Ahora mismo las dudas me atolondran.

»¿Y si pago la compra de la monja? No subirá mucho la oferta. Me sobrará una buena cantidad. Pero... ¿y si me cuesta todo? Imposible, no lo creo. ¿Y después? Podré buscar el secreto de de la seda y llevárselo a Justiniano. Seguro que me cubrirá de oro, puede que con tanto como el que llevamos. ¿Qué puedo hacer? Eudocia es una mujer exuberante, deliciosa, pero ella ha matado a sangre fría. Ha matado a su amiga. ¿Quién me garantiza que en un futuro no lo haga conmigo?

»Es cierto que yo no soy inocente de nada. Yo también he matado, no he tenido piedad, ni con amigos ni con enemigos. Hasta me he reído delante de sus cadáveres. Pero ella, tan femenina, delicada,..., no sé qué hacer. Y encima este médico que no se calla. Insiste e insiste. La verdad es que me dio mucho placer. Si puedo la compro, entonces será mi esclava. Cuando me canse de ella podré venderla, o...regalársela al físico, que todavía no sé si gusta de macho o hembra. Sí, la compraré, buscaré el secreto de la seda y volveré yo solo a Bizancio. Allí Justiniano me premiará como nunca antes la ha hecho con otro. Después volveré al Nilo.... o no.

A última hora de la noche se decidió. Con gestos le indicó a su acompañante que él también participaría en la subasta.

—Pero si tú no tienes posesión alguna a juzgar por lo que veo.

El mudo negó con la cabeza. Abrió el cajón que estaba en el carro y le dejó ver la ingente cantidad de monedas de oro y piedras preciosas que lo llenaban.

—¡El mismo Olimpo tenía menos riquezas! Pero ¿qué ibais a hacer con todo esto? ¿Algún mandato imperial? Por Júpiter, por Zeus, por Afrodita. ¡Esto es una fortuna! Hasta los mismos dioses se

maravillarían. Si pujas con esto nadie te la quitará. Ella pasará a ser de tu propiedad. ¡Por los dioses! ¡Qué sorpresa! Y yo que os creía inocentes religiosos. Pero si lo gastas todo ya no podrás cumplir lo que te ordenaron, ¿o sí? Bueno, eso ya se verá.

»Aunque no sé la cantidad que hay aquí. ¿Cuánto es? ¿Mil monedas? ¿Dos mil? ¿Tres mil? —El monje le indicó que un poco menos—. ¡Señor! ¿Dos mil ochocientos tremissis? Pero el valor de las piedras ¿cuál es? Ah, el mismo. Es decir, tenemos para la subasta un total equivalente a cinco mil ochocientas monedas de oro. ¡Dioses del antiguo Olimpo! Una barbaridad. ¡Qué cantidad tan ingente! Seguro que no nos costará ni una décima parte. Pero ¡vaya tesoro que llevabais! Y yo, ignorante de mí, durmiendo al lado. Con esto cualquiera podría vivir como un rey el resto de su vida.

»Bien, amigo. Tenemos entonces cinco mil ochocientas monedas de oro para comprar a la monja. No nos entretengamos más. Lo primero es conseguir que Eudocia no caiga en otras manos. Es una mujer muy bella y no tendría buen futuro. Aunque se gaste todo, que no creo, no será motivo de mucha preocupación ya que después yo os ayudaré a terminar con bien vuestra empresa que por ahora desconozco. Cuando lleguemos a Cesifonte conseguiré dineros para seguir viaje. Yo os ayudaré. Ahora solo tenemos que cargar este cajón y acercarnos antes de que comience la venta.

Traspasaron toda aquella riqueza a las dos alforjas que colocaron una en cada montura. Albdal desenganchó el palo con la oriflama de su grupo, y en el mismo instante en el que subía a su caballo una ráfaga de viento lo hizo flamear, viéndose la roja cruz de los nestorianos campando solitaria sobre la sábana blanca.

Silenciosos emprendieron camino hacia la cabeza de la caravana. El monje marchaba orgulloso con el estandarte agitado por el viento y con las alforjas repletas de monedas y piedras valiosas. A su lado el médico parecía que se había contagiado por ese orgullo repentino de defender una desgraciada e inesperada causa. A medida que se acercaban, un murmullo creciente de voces les indicó que el interés por la subasta era muy alto entre los viajeros.

Las primeras luces de la mañana comenzaban a alumbrar a aquellas gentes reunidas en torno a la tienda de Zensán. Tenían a Eudocia atada con una gruesa cuerda por el cuello al tronco de un árbol cercano. Estaba descalza y casi desnuda. Tan solo un pequeño trapo le tapaba en parte su bajo vientre. Con el pelo alborotado, lleno de hierbas secas y polvo, las piernas manchadas con sangre y con sus propios excrementos, exponía el resto de sus carnes sucias de tierra. Un chorretón seco de sangre oscura le cubría la cara y parte del cuello. Le habían marcado a fuego en la frente una señal longitudinal, de lado a lado, en indicación de su oficio de mujer fácil, desahuciada

de todos y por todos, que le había chamuscado parte del bonito cabello negro. Su turbación era enorme. En sus ojos se adivinaba una ansiedad y un pánico terribles. Al lado habían colocado una pequeña banqueta en la que estaba sentada temblando de espanto. Dos guardianes impedían que cualquiera se acercara demasiado.

En esto Zensán salió de su tienda. Se estiró un poco la ropa y miró a todos sonriente antes de hablar.

—¡Viajeros! Todos sabemos que en este viaje solo existe una ley que es la mía. Por eso he juzgado a esta mujer que ahí la tenéis atada a un árbol. Ella ha asesinado a una compañera. —Un murmullo surgió de entre las gentes—. No ha tenido piedad con la víctima. Le ha machacado la cabeza con una piedra. Y ahora... ¡ay ahora! Ahora se arrepiente, pero el mal ya está hecho. Por eso he dictado sentencia. Le correspondería la muerte en la horca, tengo ese derecho, pero es religiosa y como respeto a todos los dioses he decidido que no muera. Su vida se conservará, pero será vendida como esclava. La vamos a subastar aquí y ahora al mejor postor. Es mujer muy bella. No tiene taras y posee casi toda la dentadura en buen estado. Como rea que es está bastante sucia, pero un buen lavado la dejará espléndida y lista para el goce.

En ese momento los murmullos de complacencia y deseo se desataron.

—Aquel que la compre disfrutará con ella. El dinero de su venta se repartirá la mitad a partes iguales entre los grupos y la otra mitad quedará para mí que soy la Ley. Por ello yo no pujaré. La venta la dirigirá mi sirviente Ohsm aquí presente y la palabra que él diga será la válida. Que comience la subasta.

El tal Ohsm, hombre bajito de mediana edad vestido a la usanza persa, dio un empujón a Eudocia que cayó al suelo. Se levantó rápido puesto que la cuerda que tenía al cuello no era larga y le asfixiaba si se le ocurría recostarse. Subió entonces el subastador a la banqueta y comenzó a hablar con voz estridente.

—Aquí tenemos a esta bella y atractiva mujer de carnes prietas y voluptuosas. Hermosura no le falta aunque ahora esté algo descuidada. Con un buen baño y friegas con hierbas aromáticas cualquiera podrá gozarla esta noche. Ahora comenzaremos la subasta que será en piezas de oro de Bizancio o su valor equivalente en otras especias. Empezamos sin precio. Aquel que quiera participar deberá de decir en voz alta la cantidad y agitar su estandarte. Puede hacerlo cualquiera pero siempre bajo su oriflama. Al decir la cantidad usad solo el número. Yo contestaré de viva voz repitiéndolo y señalando al ofertante. Cuando ya no haya más postores daré por concluida la venta y adjudicaré esta hermosa hembra a quien más pague por ella. Comenzamos.

—¡Diez! —se escuchó.

—¡Diez! —repitió Ohsm señalando a un lado.

—¡Quince! —se oyó al momento.

—¡Quince! —dijo otra vez Ohsm.

Y así fue subiendo la cantidad. Estaban pujando más de veinte hombres diferentes, aunque poco a poco, a medida que subía la puja, fueron disminuyendo. Cuando llegó a quinientas monedas Armonio le hizo un gesto a su compañero que asintió.

—¡Seiscientas! —gritó el físico mientras el monje agitaba la cruz roja.

—¡Seiscientas! —indicó Ohsm señalándolo.

—¡Mil! —dijo el cojo Sizaya apoyado en una muleta.

Hasta ese momento no había pujado, pero quería que esa mujer fuera suya. Daría mucho por conseguirla.

—¡Mil! —Otra vez el árbitro.

Armonio ni se lo pensó.

—¡Dos mil! —Albdal lo miró serio asintiendo.

—No entiendo cómo queréis comprar a quien ha asesinado a vuestra rubia acompañante. —Sizaya se acercó a ellos sonriendo—. Pero yo gozaré con esa mujer. ¡Dos mil quinientas!

—¡Dos mil quinientas! —gritó el sonriente Ohsm.

Zensán asistía interesado. Cuanto más costara, más ganaría él. Por eso le hizo un gesto al subastador para que animara un poco más a la gente.

—¡Observad que caderas! ¡Mirad que rostro tan hermoso! ¡Qué turgentes senos y qué bellos! ¡Ella es Eudocia! ¡Mujer que ha sido sagrada y ahora solo será gozada por aquel que quiera equipararse a un dios! ¡Dos mil quinientas monedas de oro! ¿Quién quiere disfrutar como el mismo Zeus?

—¡Tres mil! —gritó alguien.

Aquello ya era una cantidad inmensa de dinero. Era mucho más de lo que ganaría cualquiera de los mercaderes de la caravana en tres viajes como este. Sizaya miró al suelo. Tendría que subir de tres mil. Era demasiado pero merecía la pena.

—¡Tres mil quinientas!

—¡Tres mil quinientas! —dijo Ohsm.

Un sordo murmullo corrió por entre todos. ¡Qué barbaridad! Debieron de pensar muchos. Tres mil quinientas monedas de oro por una mujer. Eso no lo valían ni mil camellas blancas jóvenes.

Armonio ya no lo dudó. Susurró algo al oído de Albdal y este lo miró. Después le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡Cinco mil ochocientas monedas de oro!

Hasta el mismo subastador se quedó sin palabras. Aquella puja tan alta, tan impensable..., jamás había asistido a la venta de una

esclava por esa suma.

—¡Cinco mil ochocientas monedas de oro! —repitió.

Ya ninguno quiso pujar más. Esa cantidad era desorbitada. Nadie tenía tanto allí salvo los pujadores. Ante el silencio general Ohsm miró a Zensán que, incrédulo, le sonrió y le guiñó un ojo.

—¡Vendida la esclava al médico Armonio y al monje mudo por cinco mil ochocientas monedas de oro! Ahora debéis pasar por la tienda y pagar esa cantidad. Si hubierais pujado en falso la esclava seguirá en puja partiendo de la suma anterior a la vuestra. Vosotros, como embusteros y tramposos, pasaríais a pagar con vuestra propia libertad el engaño. Pasad y pagad.

Eudocia no salía de su asombro. Allí se encontraba ella, desnuda y sucia, con el penar enorme de haberse convertido en una asesina. Ella, que llevada por celos absurdos había roto la cabeza a la que había sido su mejor amiga desde hacía años. ¡Pobre Pulqueria!

«No puede ser. No entiendo cómo me han comprado. Han utilizado el dinero del emperador para pagar mi libertad. Me han comprado a mí. Al ser que soy ahora, al más detestable de todos los que habitan esta tierra de Dios. A mí me han comprado. A mí, que me he convertido en lo que siempre he repudiado. Soy una asesina. Soy peor mujer que el criminal más cruel, más que el más sanguinario y repugnante. Lo que he hecho es abominable, nauseabundo.

»Hasta ayer éramos una familia. Pero yo..., yo me encelé. ¿Cómo pude haberme dejado llevar por eso? ¡Señor divino Jesucristo! Te imploro a ti. Viviré hasta que purgue este pecado, esta abominación que he cometido. No tengo perdón. Resérvame, oh Ángel Negro, Ángel Caído de los Infiernos el peor lugar en tu reino de ultratumba. Acógeme para que purgue por toda la eternidad esta inhumana acción, pues no merezco vivir. Los monstruos tenemos que morir. Pero...¿qué razón te ha impulsado divino Jesucristo a dejar que estos dos hombres paguen por mí? ¿Por qué no me has entregado a ese repugnante y lascivo Sizaya? Así habría comenzado mi eterna purga, ¿Por qué? Dios de las alturas, que reinas uno y trino, contéstame, por favor.

»Y Albdal, ¡oh, mi amado Albdal! Por tu amor me volví loca. Mas mi enamoramiento lo sufriré en silencio. Mi amiga Pulqueria era quien tendría que haberte conseguido en esta vida, y ahora…, ahora yo la he matado. Dios no quiero tu perdón. Satanás llévame a la más ardiente de tus hogueras. Que tu fuego eterno me tenga purgando mi culpa hasta el regreso del mismo Jesucristo.

Mientras, Armonio y su compañero se acercaron hasta la entrada de la tienda de Zensán. Allí les esperaba sonriente acompañado de Ohsm. Habían colocado una alfombra delante en donde depositaron las alforjas. Se sentaron alrededor y abriendo una

comenzaron a contar las monedas. Lo hicieron en montones de a diez que a cada poco iban echando en un saco. Cuando acabaron con las monedas, Ohsm, que hacía las veces de contable, dijo las que había. En total dos mil novecientas monedas de oro de Bizancio. Albdal volcó entonces las alforjas con las piedras preciosas.

—Vaya —dijo Zensán—. Esto no es oro y habrá que valorarlo. Tardaremos en hacerlo.

Entre él y su ayudante fueron separándolas por colores. A un lado los rubíes, al otro las esmeraldas, un poco más allá las turquesas y cerca los zafiros. Las contaron y miraron todas de una en una, estableciendo al final una valoración nada objetiva.

—Con el oro y las piedras no alcanzáis las cinco mil ochocientas piezas que era lo pactado. No falta mucho pero...

—Sabes que sobra. Pero tú tienes la última palabra. Tenemos el carro con las dos mulas —habló Armonio—. Con eso puedes estar satisfecho.

—Bien. —El otro ni se lo pensó—. Las monedas de oro, las piedras, el carro y las dos mulas por la esclava. Traedme el carruaje y el ganado y os la podréis llevar.

Albdal montó en su caballo y partió al galope hacia el final de la caravana regresando al poco.

—Aquí está todo —dijo el médico—. Solo te pido que nos dejes recoger ropas y enseres del carro.

Zensán asintió. Mientras subían para llevarse sus pertenencias él sonrió. Nunca había hecho un negocio tan productivo en tan poco tiempo. El beneficio de esta caravana, cuyo viaje de ida y regreso sería de un año por lo menos, lo había conseguido, multiplicado por dos o tres, en menos de un día. Para no creérselo. Vio que los dos hombres habían sacado diferentes ajuares del carromato y ni se molestó en saber qué era lo que habían cogido. Dejó que lo acomodaran en los caballos y entonces a una seña suya Ohsm desató del árbol a Eudocia y la acercó tirando de la cuerda de su cuello.

Estaba desnuda, sucia, magullada y llorosa. La vista la tenía fija en sus pies descalzos. Con sus manos se apretaba el bajo vientre, señal de que allí tenía mucho dolor. El monje cogió una manta, la misma en la que él y ella habían yacido hacía unas jornadas, y le cubrió sus vergüenzas. Pasó un brazo por encima de su hombro y la acercó hasta el tercer caballo. Le quitó la cuerda del cuello y la arrojó con rabia a un lado. A la par desenganchó el estandarte de los nestorianos de su palo, lo dobló y se lo guardó en el zurrón. El que había sido frágil mástil lo tiró al lado de la cuerda.

—Y ahora, vosotros que fuisteis viajeros de esta mi expedición, yo Zensán os destierro de la misma. No podréis acompañarnos ni seguirnos. Si así lo hacéis sufriréis tormento y muerte. Así se ha dicho

y así se cumplirá.

Con estas, el médico, el monje y la mujer partieron hacia el Naciente a fin de cruzar la cercana frontera con el imperio sasánida.

Kircuc

Cabalgaban en silencio. Albdal y Armonio a lomos de los caballos tordo y rojo y Eudocia en el bayo, sentada de lado, con las piernas juntas para intentar apaciguar los punzantes dolores que sentía en sus entrañas.

«Amigo. Amigo caballo. Galopa con cuidado. No botes fuerte que cada paso es una puñalada en mi interior. Eres precioso, con tus crines negras y tu cola como el carbón. Te llamaré *Negrito*. Pero corre con cuidado amigo *Negrito*, que cada paso es una estocada en mi vientre».

A unas tres millas de la caravana encontraron un riachuelo de aguas claras. El monje no lo pensó e indicó con un gesto que pararán en la orilla. La mujer debería limpiarse el cuerpo. Para ello rasgó la tela de un saco para frotarla y eliminar aquella costra de sangre, tierra y vergüenzas. Ella, inmersa en su penar, en un lacerante y continuo dolor, en la locura de la sinrazón y el sufrimiento del alma, ni se movió.

—Amiga mía. —El médico se le acercó—. No estás bien. Necesitas una limpieza del cuerpo y tranquilidad para tu corazón. Todo lo que ha pasado ha ido demasiado rápido. Ahora lo primero es asearte, que estos avatares te han dejado bastante maltrecha. Veo por aquí hojas de menta que son buenas para refregarse y purificar el cuerpo. Te harán bien. Por mí no te preocupes por mostrarte sin ropas. Soy médico, yo no miro a una mujer como tal. Solo trato de sanar lo que está estropeado de quien sea, nunca miro a las gentes con lascivia. Por favor, ven conmigo hasta el agua. Albdal estará lejos si es reparo por mostrarte desvestida. Acércate, acércate, yo te ayudaré. Cuando termines te examinaré, si así tú lo deseas, ya que me da el pálpito de que nada bueno te ha debido de hacer ese tal Zensán o quien fuera, dañándote por dentro.

Ella, callada y sumisa, poco a poco fue con el físico hasta la orilla. Allí se despojó de la manta y de la pequeña tela que casi ni cubría lo mínimo de la decencia. Armonio cortó muchas hojas de menta y se las acercó mientras ella se sumergía hasta las rodillas en las frías aguas del riachuelo y se frotaba con la tela del saco. No estuvo mucho tiempo, el necesario para dejar su piel limpia de impurezas y suciedad. Cuando se restregó con las hierbas un escalofrío recorrió su cuerpo. El mudo se acercó entonces con unos calzones y

una túnica. También trajo unas sandalias. Ya vestida, le pareció que entraba algo en calor, que ese temblequeo se le iba pasando. Sin decir palabra, se acercó a su caballo *Negrito* y se sentó en la hierba con la cabeza gacha. Los dos hombres la miraban con pena y recelo. No dejaba de ser la asesina de una monja aunque hubiera sido su mejor amiga.

Armonio dio a entender a Albdal que se alejara, puesto que deseaba examinar a Eudocia. Esta, a indicación del físico, se tumbó y le dejó hacer. Al poco el médico pudo dar un diagnóstico.

—Te han quemado la frente y te han soliviantado las entrañas. Quien fuera te ha violado de tal forma que ha desgarrado las carnes que tenéis las mujeres por dentro. Ello te produce un sangrado continuo. También has sufrido golpes fuertes en un lado, por lo que los hígados no deben de estar muy normales. Por lo demás tienes una serie grande de golpetazos, pero doy gracias al mismo cielo de que ninguno implica un hueso roto. Para la cuestión de la hemorragia solo tengo ahora un recurso, que no es más que el que comprimas la zona con unas telas. Serán incómodas, pero es necesario intentar que pare esa pérdida de sangre. Llevas bastante tiempo con ello y el líquido rojo no es infinito. Si en un momento te falta, tu espíritu dejará tu cuerpo. Por ello lo más importante ahora es frenar eso.

Una lejana polvareda les indicó que la que había sido su caravana se había puesto otra vez en marcha. Abrevaron a los caballos, montaron, y salieron al trote. Unas diez millas más adelante el médico aminoró el paso hasta parar del todo. Sus acompañantes hicieron lo propio a la espera de lo que hubiera de decir.

—Si no me equivoco acabamos de cruzar ahora mismo la frontera con los persas. Ya de nada valdrá la carta de Justiniano. No sé vosotros, pero yo soy partidario de marchar hacia Cesifonte. Allí tengo propiedades y conocidos. ¿Qué opináis?

Albdal asintió. Nada perdía, aunque si conseguía algún día ese codiciado secreto sí que tendría mucho que ganar cuando llegara de vuelta a Bizancio. Eudocia, por su parte, continuaba con la vista baja en ese mutismo que se había impuesto a sí misma.

—Mujer, por favor, contesta. Sí, es cierto que una terrible acción tuya ha traído la muerte y la desgracia al grupo pero eso no quita para que sigamos siendo amigos.

—No soy más que una esclava. —Rompió su silencio y señaló al mudo—. Lo que mi amo dicte bien dictado estará.

Albdal sonrió. Ahora ella ya sabía quien era su amo. Armonio hizo caso omiso a esa frase y continuó como si nada hubiera oído.

—De aquí a Cesifonte tardaríamos seis o siete jornadas. Como es demasiado para la enferma, propongo que hagamos noche cerca de un lugar que se llama Ervil en donde existen cuatro casas con pozo.

Después seguiríamos hasta Kircuc en donde conozco al médico Rástim, quien podrá atender a Eudocia con más medios que yo aquí. Allí llegaremos en dos días a lo sumo. ¿Qué os parece?

La mujer seguía en silencio apretándose cada poco el estómago. Albdal indicó con gesto afirmativo que deberían darse prisa. No tenían tiempo que perder no fuera que aquella rotura de las entrañas de la monja pasara a ser una mayor desgracia. No quería quedarse sin esclava.

—Pero considero prudente no contar lo que ha sucedido cuando lleguemos a Kircuc. Será mejor para todos, sobre todo para ti amiga que nadie sepa que has pecado contra las leyes de los hombres. Sé que duele escucharlo, pero también el decirlo.

—¡Sí! ¡He pecado contra cualquier ley divina y humana! ¡He matado! ¡Soy una asesina y ojalá el mismo Infierno me esté esperando ya! —Eudocia había levantado la vista y gritaba al físico.

—Amiga mía. Yo también tengo mucho dolor por lo que ha pasado. Pero ya te han castigado lo suficiente y si no nos damos prisa tu espíritu te abandonará en pocos días, a fe de lo que te han hecho esos salvajes.

—¡Que el mismo Ángel Negro me lleve ahora! ¡No quiero seguir en esta vida! ¡Mi sitio está en lo más oscuro y terrible del Infierno! —Comenzó a sollozar—. Yo no quería amiga Pulqueria. ¿Por qué me dejé llevar por ese impulso insensato? ¿Por qué me pasó eso? No quería amiga mía.

Cuando los gemidos de la mujer se fueron apagando Armonio continuó.

—Conozco a las personas y sé que no es bueno que sepan lo sucedido. Por ello he pensado que lo mejor es que digamos que fuiste raptada por unos bandidos que te torturaron. Después, en un golpe de fortuna, te pudimos recuperar. ¿Estás de acuerdo? —Miró a Albdal.

Un gesto con los ojos selló el pacto.

—¡Ea! Marchemos de nuevo sin descanso. Amiga —sonrió—, si en algún momento notas que flaquean tus fuerzas, dínoslo, que el cabalgar no ayuda en la sanación de las personas.

Emprendieron un trote rápido que los llevó hasta el lugar de Ervil, adonde llegaron justo antes de caer la noche. A la entrada del pequeño pueblo había un pozo con aparejos para extraer agua. Pararon al lado y tumbaron a Eudocia en el suelo encima de una manta. Armonio la volvió a examinar para saber la sangre que había perdido. Las telas que le había puesto por la mañana estaban empapadas. Con el agua del pozo la aseó de nuevo con delicadeza y volvió a colocar paños limpios en la zona, comprimiéndolos todo lo que pudo. Tenía que conseguir parar aquella sangría hasta el día siguiente en que llegaran a Kircuc. Por ello le indicó a la mujer que se

moviera lo mínimo. Después comieron un poco de carne seca y se tumbaron a descansar bajo el titilante brillo de las estrellas.

Solo los caballos durmieron esa noche. Al alba el físico cambió de nuevo las compresas. Para su alivio ahora ya casi no sangraba, fruto sin duda de no haberse movido. Sin perder tiempo comenzaron de nuevo el viaje. Solo pararon un momento en el cenit. Armonio quería comprobar el estado de la herida. De nuevo volvía a sangrar, por lo que la premura era grande. A media tarde las primeras viviendas cercanas de la ciudad les dieron la bienvenida. Moviéndose entre calles y callejas llegaron a la casa que buscaban. Era un edificio grande, de adobe y ladrillo, de una sola planta. Una puerta ancha escondía un patio cuadrado.

—Recordad lo pactado. Unos bandidos la raptaron y torturaron.

Ella levantó la vista. Estaba pálida, parecía medio dormida. La sangre que había perdido hacía que su vida se fuera poco a poco. No pudo ni contestar. Solo salió un murmullo ininteligible de su boca. Armonio acercó su caballo al de ella y le acarició la cara, besándola después con un suave roce en los labios. La miró sonriendo. La monja ni lo notó. Albdal, al verlo, frunció el ceño extrañado ante ese gesto de cariño del físico hacia su esclava, pero agitó la cabeza quitándole importancia.

El médico descabalgó y dio varios golpetazos con el aldabón en la puerta. Al momento esta se abrió y les dio la bienvenida una mujer que se cubría la cabeza con un pañuelo negro anudado al cuello.

—Soy Nilasha esposa de Rástim. Veo que sois viajeros recién llegados. Decidme ¿qué se os ofrece?

Su lenguaje era diferente al de Bizancio. Utilizaba muchas palabras y expresiones del griego mezclándolas con algunas persas.

—Amable Nilasha. Soy Armonio de Cesifonte. ¿No me recuerdas? Hace unos años estuve con el mismo Rástim unos meses en el palacio de los sabios de Kircuc aprendiendo como sanar los males del cuerpo. Yo a ti te recuerdo muy bien.

—¡Armonio! —contestó ella con alegría— ¡Cómo has cambiado! Te veo..., te veo más envejecido. Cuánto tiempo hace ya. Éramos mucho más jóvenes de aquellas. ¡Rástim! ¡Rástim!

—¡Ay mujer! ¿Qué pasa ahora? Vaya, tenemos visita. Pero..., tú eres Armonio. ¡Armonio amigo mío! ¡Cuánto tiempo hace! —rio acercándose y dándole un abrazo—. Te veo muy bien. Cuéntame, cuéntame cómo te ha ido la vida de físico viajero. Pero bueno, pasad, pasad los tres. Nilasha, por favor, hazte cargo de los caballos que yo haré lo mismo con los invitados. Pasad, pasad.

Los llevó a la sala principal, cubierta de alfombras y cojines, en donde se sentaron alrededor de una mesa baja. Al momento apareció la esposa del dueño de la casa.

—Esposo mío —dijo—. Voy a traer algún alimento, que estos buenos viajeros estarán cansados y hambrientos.

—Y decidme ¿qué os ha traído hasta aquí? ¡Oh! ¡Cuánto tiempo y qué buenos recuerdos!

—Sí, ha pasado ya mucho. Pero tenemos un asunto urgente que requiere de tus medios y conocimientos. No puede esperar más.

—Dime, dime. —Rástim se puso serio.

—Antes de nada te presentaré a mis acompañantes. Son dos monjes nestorianos. Él se llama Albdal y ella es Eudocia. Aunque los hablares de Kircuc son diferentes a los que están acostumbrados no estés preocupado ya que te entenderán sin problema.

—¡Ah! Nestorianos. Sí que he oído hablar de ellos. Pero cuéntame eso de tanta premura.

—Esta mujer ha sido violentada por unos salvajes. Ha sufrido desgarros en sus entrañas y no para de sangrar. Temo que si no cortamos esa hemorragia... Lleva ya dos días así, y a la vista está que mucha sangre ha abandonado su cuerpo.

Cierto era que la monja estaba muy pálida, con los labios azulados. Rástim se acercó a ella, le miró el blanco de los ojos y las muñecas. Observó también la quemadura de su frente sin decir palabra. Al poco la ayudó a levantarse.

—Buena mujer, te llevaré a una habitación en la que dispongo de materiales y ungüentos que te aliviarán y curarán. No tiembles. Estate tranquila. Somos hombres sí, pero antes que eso somos médicos seguidores de Hipócrates de Cos. Acompáñame tú también Armonio, que entre dos se cura mejor a las personas.

Salieron los tres de allí dejando a Albdal solo. Al momento entró Nilasha con una bandeja llena de frutas y trozos de carne con panes horneados del mismo día. También portaba una tinaja de vino y unos cuencos. Preguntó que dónde estaban los ausentes, siendo contestada con gestos del monje.

—¡Ah! Que eres mudo. Pues vaya problema. Si a mí me pasara eso, no sé..., me sentiría como con un vacío. ¡Uf! No poder decir lo que piensas y que nadie te entienda. Pero por lo menos no eres sordo. Si fueras sordo y mudo... —Sirvió dos tazas de vino y se sentó al lado de su invitado—. Pero come. Come y bebe que seguro que lo necesitas. Conque a la mujer le ha dado un sinsentido y se ha privado. Que ahora mi marido y Armonio la están curando. ¿Ves cómo te entiendo solo por gestos? Pero ¿qué mal padece la muchacha? Ah. De las tripas. Algo que habrá comido y le ha sentado mal. O que ha cogido frío. Pero come hombre, come y apura el vaso que te lo lleno. La hospitalidad siempre reinará en la casa de Rástim.

«No se calla. ¡Qué forma de hablar! No para de llenarme la copa de vino y de darme de comer y encima no le entiendo todo. Vaya

mezcla de palabras griegas y persas. ¡Qué mujer! Yo aquí, con mis pensamientos y ella como una gallina clueca en el gallinero. ¡Otro cuenco de vino! Si voy a terminar ebrio como siga así esta señora. Y cada vez que me sirve a mí se sirve ella. Acabará peor que yo seguro. No se calla. ¡Por los dioses! ¡Que se calle de una vez por favor, que se calle!».

Ya era noche cerrada cuando los médicos regresaron. Armonio no se hizo de rogar y ante la mirada interrogante del monje explicó lo que habían hecho.

—Amigo estate tranquilo. Hemos conseguido parar la sangría de forma que no se repita. Ella está ahora durmiendo. Le hemos dado a oler humo de la quema del fruto de la amapola, que también se llama adormidera. Con ello hemos conseguido que se le pasen los dolores que sufría. Tiene el interior del vientre con heridas y rasgones, pero ya están comenzando a sanar puesto que le hemos aplicado una mezcla del polvo de achilea milhoja con el de los tallos de la alliaria del ajo y no hemos tenido que remendar nada. En la frente le hemos aplicado un emplasto del macho de la aristoloquia y abedul, que vaya quemazón que tiene. Si no lo hacemos así las pústulas no habrían tardado en aparecer, pudiendo llevarla a un estado malo. Eso sí, la marca la mantendrá de por vida. Es una raya larga que le cruza toda la frente, pero por lo menos no le ha afectado a los ojos. Si el salvaje del hierro llega a tocar un dedo más abajo la habría dejado ciega. De momento, Eudocia tiene que guardar cama durante unos ocho o diez días. Después estará sana por completo. Ya lo veras.

—Armonio, médico viajero, sabio y amigo mío. —Rástim sonrió al hablar—. Cierto es que has hecho un buen trabajo. Reconozco que estás a mi altura o incluso algo más en los conocimientos de medicina. Has conseguido mantener con vida a esa mujer durante unos días. Los salvajes que abusaron de ella lo hicieron a conciencia. Tiene el interior del bajo vientre totalmente dañado. Si es cierto que los dioses obran milagros, este es uno de ellos. Cualquiera otra habría muerto desangrada. Tuya es la honra de que se vaya a reponer.

—¡Ay Rástim! Sigues adulando a todos. Lo mismo a hombres como a mujeres.

—Sabes que no es cierto. Lo verdadero no se puede disimular. Si tú no la hubieras tratado, los dos sabemos que ahora no estaría aquí. Sí que te limitaste a aplicar una compresión en la zona, pero tu hábil mano supo cómo colocar esas telas para que el sangrado no llegara a ser fatal. No te quites méritos que en realidad los tienes todos. Y ¿cómo ha sufrido esta mujer esa salvajada? No me digáis que habéis sido vosotros, porque si es así...

—¡No! ¡No! ¡Por favor! —La negativa de Armonio fue acompañada por un enérgico gesto de Albdal—. ¿Cómo puedes pensar

eso? Viajamos los tres juntos desde Bizancio. Todo iba muy bien hasta llegar al imperio persa. Nada más atravesar la frontera, a un descuido, tuvo la mala suerte de caer en manos de unos bandidos. Abusaron de ella y después la dejaron tirada entre unos arbustos. Menos mal que en la búsqueda que emprendimos atinamos a pasar cerca y oír sus quejidos y... aquí estamos.

—Pobrecita —intervino Nilasha que desde que regresaron los médicos había permanecido callada—. Pero yo la cuidaré. Encima es una mujer santa de su religión. Si es que no hay derecho. Vaya tiempos que vivimos. No puede una salir tranquila de casa.

—Ya la cuidarás, ya la cuidarás —sonrió Rástim—. No te preocupes que solo tú la consolarás. Eso sí, si de vez en cuando permites que estos dos humildes médicos la visiten para hacer las curas y ver la evolución de la enferma. También podrás dejar a su amigo monje que la vea de tarde en tarde.

—Está bien. Pero no es bueno atosigar de continuo a quien esté enfermo y más si es mujer. Necesita descansar.

Era el matrimonio de Rástim y Nilasha de mediana edad, similar a la de Armonio. Por motivos de la misma naturaleza para los que el médico tenía una explicación natural, no habían tenido hijos, de ahí que el inalcanzado amor maternal se desatara en aquella buena mujer dueña de su casa.

—Y ahora alimentaos —ordenó Nilasha—, que el monje y yo ya hemos empezado hace un buen rato.

En cuanto la carne, el pan y el vino se terminaron la señora no trajo más viandas. Consideró que llegaba suficiente con lo servido, aunque a ella y al monje seguro que el vino les sobraba, a juzgar por los colores de sus mofletes. Cansados por todo lo recién vivido se marcharon a dormir. Armonio y Albdal lo hicieron en un hueco cercano, en donde la solícita dueña de la casa ya había colocado un par de jergones de lana. Allí, sin decir nada el médico ni gesticular el mudo, cada cual se tumbó, sumergiéndose en sus propios pensamientos. La realidad es que hacía ya una luna que habían partido de Bizancio, con un camino fácil y entretenido al principio. Pero en los últimos días, aquello que se veía venir de manera cómoda, posible y sencilla, se había trastocado del todo.

«¿Quién me lo iba a decir a mí? —pensaba Albdal—. ¿En qué empresa insensata me he metido? Todo iba de maravilla. Pero ¿quién iba a imaginar que esas dos mujeres se iban a prendar de mí? ¿Quién iba a pensar que los celos de una de ellas llevarían al desastre esta expedición? ¿Quién iba a saber que esa ley del tal Zensán sería aplicada de esta forma? Y ahora me encuentro sin esos dineros que pensaba que ya eran míos, que los tocaba, que los olía, que los sentía todas las noches. Esa cantidad de riqueza con la que solo me bastaba

despistarme un día con el carro y ser el rey del Nilo.

»He pasado de eso a ser lo que siempre he sido: un hombre pobre y mudo. Ahora sí, con la salvedad de que mi única posesión es una esclava asesina. He pagado por una mujer que quizás algún día me rebane a mí la garganta. Pero... ¿qué he hecho? ¿Qué estoy haciendo ahora aquí? No puede ser. ¿Cómo saldré de todo esto? ¡Qué situación tan extraña! Pero..., no lo sé. Quizá la única salida, seguro que la mejor, será el que siga adelante con el encargo del emperador.

»Entonces solo tenía que deshacerme del médico y marchar con el carro. Yo solo. Pero no. Mi orgullo ante él, mi propia tontería de aparentar ser una persona íntegra. Mi falsa hombría. Todo eso me ha llevado hasta aquí. Acostado en un jergón del rincón de una casa del imperio de los persas. ¡Qué ironías de la vida! Pero tengo que seguir adelante. Es mi única solución. Marcharé hacia el país de Seres y conseguiré el secreto de la seda. Tendré el conocimiento que guardan. Cuando vuelva Justiniano me recompensará. No será tanta la riqueza que reciba como la que he pagado por esta mujer, pero valdrá la pena. ¡Sí! Seguiré adelante y terminaré el mandato.

»Y a ella me la llevaré. Es mía. La he comprado. Es cierto que el dinero era para otra cosa y que no era de mi propiedad. Pero yo lo he administrado con justicia y buen hacer. Ella es mía y la usaré. No sé si la disfrutaré ahora que está demasiado estropeada, pero aunque eso no haga de algo me servirá. Ella me debe la vida. Sé que no lo olvidará nunca. Y cuando dude, le recordaré su condición de esclava. Le nombraré a Pulqueria. ¡Ah! ¡Qué mujer Pulqueria! Bella, de cabellos dorados, piel tersa y ojos rasgados verdes como el agua del mismo mar. ¡Oh! ¡Qué mujer era!

A su lado Armonio tampoco podía conciliar el sueño.

«Pobre Eudocia. La han violado de manera salvaje. Los muy bestias le han roto las tripas. Seguro que ese bárbaro la ha usado como si fuera una cabeza de ganado. Sí, ese infecto, ese reptil de Zensán. Pero menos mal que los paños se los puse bien apretados, introducidos allí en la herida. Ya se le notaba que el color le iba cada poco blanqueando. Y gracias a Rástim que me ha ayudado, si no esta mujer habría muerto. Me asombro de que haya podido llegar hasta aquí. La noche cuando le dije que no se moviera es lo que paró la sangría. Porque después, con el trote de los caballos... Es cierto que es fuerte, que sangre no le falta pero tanto tiempo con las entrañas vaciándose...

»Ahora lo que necesita es descansar. Descansar y no moverse. Para cuidarla ya está esta buena mujer Nilasha que lo hará con cariño. Seguro que la va a tratar como si fuera su propia hija. Si es que se la ve. ¡Ay! Qué recuerdos cuando ella era joven. ¡Qué suerte tuviste Rástim! Y yo, solo por el mundo conociendo nada más que los amores de los hombres. Pero siempre sin parar de viajar con esta ansia por

aprender, comprender y entender esta vida y los que aquí estamos. Errante sin un sitio en el que me espere alguien. Bueno sí. En mis casas de Cesifonte. Allí está Zunsú que espero que mantenga todo en buen orden. ¡Ah! Qué hombre Zunsú. Si hasta pudiera ser el benjamín de mi familia. El bueno de Zunsú que no tiene hijos conocidos. Siempre se le van los ojos detrás de cualquier otra. Me parece que es demasiado promiscuo aunque lo disimule. Si tuviera los mismos gustos en este sentido..., pero yo nunca le he desvelado que los míos son los de los griegos y no sé yo si lo sospechará.

»Y tendré que ir a Seleucia a mi casa de Cesifonte. Voy a aprovechar que Eudocia necesita descanso y me marcharé. En menos de quince días estaré de vuelta. Traeré algún instrumento y medicinas que este amigo Rástim no tiene. De paso cumpliré mi palabra con Albdal de ayudarlos a terminar esa empresa. Cogeré parte de los dineros que me custodia Giahn, que aunque no sean muchos les ayudará. Unas mil monedas más o menos. Porque Giahn no las habrá invertido en alguna caravana, supongo. No es muy de fiar. Bueno, ya veré cuando llegue allí.

»Y... ¿qué empresa es la de estos monjes? ¿Qué hacen solos dos mujeres y un hombre mudo por todo el imperio de Bizancio, luego el de la Persia y queriendo ir hasta Ta Peca? Hemos pasado muchos días con sus noches juntos pero no han soltado prenda de ello, aunque yo tampoco he preguntado. Seguro que es un secreto. Nadie se adentra en estas tierras con semejante suma. Tiene que ser algo muy importante. El portar una autorización del mismo emperador no es de gentes de baja ralea. Solo la llevan aquellos de alto linaje o con una misión especial de la misma matriz del Imperio. Esos salvoconductos no se los dan a cualquiera. Está claro. Tienen que cumplir un mandato imperial. Deben de usar la excusa de su hábito. Aunque pueda ser que sean religiosos de verdad. Las dos mujeres sí. Ahora una sola que la otra está muerta. Pero no entiendo cómo una sacerdotisa mata a su compañera. De él tengo mis dudas. Me parece un poco rudo para ser predicador. Ya me enteraré de su secreto.

Un quiquiriquí agudo y largo sacó a los de la casa de sus sueños, pesadillas y pensamientos. Casi a la vez, Armonio y Albdal se levantaron algo más animosos. Se acercaron a las cocinas, en donde la solícita y habladora Nilasha se encontraba atizando el fuego.

—Vaya. Ya os habéis levantado. Con el primer canto del gallo como si fuerais chiquillos. Pero id a asearos. Al lado del pozo tenéis jabones y telas para restregaros. Id, id, que el agua estará fría pero aclara el cuerpo y las ideas. Y no me preguntéis por la mujer, Eudocia se llama. No me preguntéis, no, que ya veo el interés que tenéis por ella. Pero os diré que está bien. Ha pasado mala noche, deliraba y hablaba sola. Tenía una amiga que debió de morir. Pulqueria o algo

así creo que decía. La debía de querer mucho. Pero esas pesadillas e intranquilidades se le han pasado con el humo de unas hierbas secas que me ha dado mi marido. Yo he dormido con ella, que los vapores esos, no sé qué tienen pero a mí también me ha entrado el sueño. Y ahora os voy a preparar un buen almuerzo de esos que gustan a todos. Ya veréis, ya. Unos garbanzos con cebollas y algo de carne de cordero que tengo por aquí con dátiles y pistachos. Os pondrá como nuevos. Además tengo un vino rojo del mismo Tigris que es el mejor. ¡Venga! ¡No os paréis! ¡Al pozo! ¡Al pozo!

Allí Rástim, que ya se había aseado, estaba recostado en el borde.

—Buena mañana se nos presenta —saludó—. Tendremos un día de sol y calor.

—Cierto es. No cae agua del cielo ni aun haciendo ofrendas.

Albdal sonrió al pensar que cuando las gentes no saben de qué hablar o qué decirse unas a otras, por lo general se comienza una conversación mentando el clima. Que si llueve, que si no llueve, que si hace sol, que no sale el sol. «Es curioso, pero todos en cualquier lugar nos comportamos de la misma manera, con independencia de la raza, la cultura o el color».

—Ya he visitado a la enferma. Está en un sueño profundo gracias al humo de la adormidera. Por lo demás espero que en una docena de días esté totalmente recuperada. Aun así querrás echarle un vistazo para dar tu aprobación.

—Sé que eres el mejor médico de todo el imperio sasánida. Por ello estoy tranquilo, pero compréndelo, no es que no me fíe de ti, al contrario. Ella es mi amiga y por eso la visitaré.

—Pues después del aseo y del almuerzo la veremos. Y tú muchacho —dijo el dueño de la casa al monje—. ¿Cómo es que no tienes la facultad de hablar? Porque te he observado y tienes una cicatriz en el cuello que seguro que ha influido en tu mudez.

Se encogió de hombros y gesticuló. Con las manos abiertas les dio a entender que hacía mucho tiempo ya de eso. Después se pasó el índice de su derecha por el pescuezo en un gesto de haber sido cortado.

—¡Ah! Ya entiendo. Dices que hace ya bastante que te rebanaron por ahí.

Él afirmó con energía. Le había comprendido a la primera y no como aquella vez con el obispo Leturio, que en vez de entender lo de buscar una caravana y camellos pensó que intentaba darse a la bebida. ¡Qué gracia tuvo! Ahora que lo recordaba, parecía que hacía mucho tiempo que eso había sucedido. ¡Cómo son las cosas!

—¿Y nunca te ha mirado un médico?

Albdal lo negó con la cabeza.

—¿Ni un barbero, un sacamuelas o un brujo?

La misma negativa.

—Pues si tú quieres mi colega Armonio y yo podemos ver si de alguna manera pudiera mejorarse esa tara. Igual conseguíamos que emitieras sonidos. Para algo somos médicos.

«Ni se me había ocurrido esto que me proponen. Pero yo ya estoy desahuciado para eso. Imposible que yo pueda volver a hablar. Imposible. Al menos eso es lo que me dijeron los que me cosieron. Aunque nunca se sabe. ¿Y si dejo que estos dos hombres me traten? A la vista está que Eudocia se está recuperando. ¡Que vaya con lo que le hicieron! Está viva de casualidad. Las mujeres pueden morir perdiendo la sangre del cuerpo por esas aberturas naturales. Pero estos dos, primero uno luego el otro, la han curado o están en ello. La verdad es que no pierdo nada por dejarles que me miren. Eso sí, no me harán nada que yo no quiera. ¿Y si Justiniano no estaba interesado en que yo volviera a hablar? Pudiera ser. No me fío de él. Le he visto algunas cosas que no son de confianza. Sí, les dejaré hacer, que mudo ya estoy y es imposible que pierda una voz que ya no tengo. Sí, les dejaré que me miren».

Se encogió de hombros y les sonrió dando a entender que accedía a lo que le pedían.

—Bien amigo. —Armonio lo agarró suave por un brazo—. En el viaje que nos ha llevado hasta aquí no te propuse nada por no tener los instrumentos para poder ver el problema que tienes, pero ahora en casa de mi amigo Rástim sí que podemos intentarlo. Después de comer te miraremos. Te explico, para tu tranquilidad, que no te haremos nada. Solo observaremos cómo tienes el gaznate por dentro. Los sonidos se producen cuando echamos fuera el aire que respiramos. Pasa entre unos trocillos de carne que están tirantes y se mueven muy rápido.

¿Unos trocillos de carne que se mueven muy rápido dentro del gaznate? Albdal no lo entendía. Ante su mirada de asombro, Rástim ilustró la explicación comenzada por su colega.

—Sí hombre sí. Mira. —Se agachó y arrancó una hoja de hierba estrecha y larga—. Sabes que si aprieto este hierbajo entre mis dedos y tiro de él me podré cortar. Pues también sabrás que si la estiro, la pongo entre mis dos pulgares así, que esté tirante, y soplo entre ellos, la hierba producirá un silbido.

Así lo hizo. Colocó la hoja estirada, muy tensa, entre los dos dedos que la apretaban, llenó su pecho de aire y lo exhaló con fuerza por entre el pequeño hueco que quedaba. Al momento se produjo un sonido vibrante y agudo.

—¿Ves? Este es el mismo sistema que utilizamos en nuestro cuerpo para hablar. Si te das cuenta, si rompo la hierba, la destenso o

la quito, no emitirá sonido. Lo mismo pasaría si le echo un pegote de barro o agua o lo que sea. Después te miraremos por la boca a ver si entendemos el porqué de tu falta de sonido.

Nilasha salió en ese momento a la puerta. A gritos les dijo que ya tenía todo dispuesto para la comida. Entraron y se sentaron alrededor de la mesa. Unas bandejas llenas de garbanzos con carne de cordero humeante y otras de dátiles y pistachos hacían compañía a dos grandes jarras de vino. En no mucho rato dieron cuenta hasta del vino. Entonces se levantaron y Armonio, acompañado por Rástim, pasó a ver a Eudocia. Volvieron al poco, satisfechos con la buena evolución que estaba tomando la enferma.

—Bueno Albdal. Ha llegado el momento de que te veamos a ti. ¿Qué te parece?

Él asintió aunque no estaba seguro del todo de dejarse ver por esos dos médicos. Por la mañana no lo había dudado pero ahora le asaltaban las dudas. «Si es que no tengo nada que perder. Mudo ya estoy, ciego no me van a dejar. Los dejaré hacer».

—Pasemos entonces a este cuarto. —Marcharon a una habitación cercana—. Aquí tengo una mesa alta en donde mis enfermos se tumban para que yo los observe. Además es un lugar con mucha luz, que la necesitaremos.

Era un habitáculo cuadrado, con una gran ventana por la que los rayos del sol entraban sin obstáculos. En las paredes libres, unas finas planchas de metal muy bruñido reflejaban esa luz, centrándola en la mesa alargada que estaba en el medio. Sobre ella había una manta que la cubría y un cojín para apoyar la cabeza. A un lado, en un arcón, el físico guardaba los útiles que utilizaba para sus curaciones.

—Túmbate aquí amigo —indicó el médico—. Apoya la cabeza en esta almohadilla para poder tenerla más alta.

Así lo hizo el monje permaneciendo con la vista fija en el techo y los brazos cruzados sobre el vientre. Los dos sanadores se pusieron a hablar a su lado.

—Creo que esta postura no es la más apropiada —decía Armonio—. Debemos de observar el interior de su garganta por lo que la boca tendrá que estar abierta y la lengua fuera. Si le quitamos el cojín y le ponemos una tela enrollada en la nuca, al echar la cabeza hacia atrás abrirá más la boca. Así observaremos mejor el interior.

—Cierto es. Se lo pondremos entonces. Buscaré algo adecuado para inspeccionarle. —Rástim se acercó al arcón—. ¡Ajá! Esta espátula larga y estrecha bastará.

Albdal se dejó hacer. Armonio le quitó el cojín sustituyéndolo por un rollo de tela. La postura era incómoda pero tampoco duraría mucho. Entonces los dos colegas se acercaron indicándole que abriera

la boca. Se inclinaron sobre él y uno introdujo la espátula, empujándole la lengua hacia abajo.

—¡Hum! Esto que aquí tenemos es por donde entra la comida. Observa, observa Rástim. Estos bultitos se llaman amígdalas. A veces son las que se hinchan cuando hace mucho frío.

—Sí, así es. Y por este agujero pasa la comida a las tripas. Pero, fíjate. Como ya sabes, eso de ahí al lado es donde se separa el aire de lo que no es. Es un hueco que llega al pecho.

Una gran arcada sacudió entonces al mudo. El que manejaba la espátula la había apretado mucho al final de la lengua.

—Tranquilo muchacho, tranquilo. Esto es normal. Para la próxima iré con más cuidado.

Otra vez volvió a abrir la boca dejándoles hacer.

—Ese hueco por el que entra el viento... ¿ves esos trozos pequeños de carne de los lados Armonio?

—Sí. Eso es lo que se mueve cuando sale el aire. Pero tienen un manchurrón negro entre ellos que parece que los para. Mira, mira. Date cuenta ahora que desinfla el pecho. No se mueven casi nada. Solo para abrir y cerrar el tubo.

—Esa es la causa. Ese emplasto negro no deja que vibren. Debe de ser sangre tan seca que quizá sea ya piedra. ¿Qué opinas?

—¡Uf! Supongo que con una hoja afilada podríamos cortar ese sobrante. ¿Lo intentamos?

—Sí, pero antes deberemos de calmar a nuestro amigo.

Albdal se levantó sentándose en el borde la mesa. Con un gesto interrogó a los médicos.

—Ya nos has oído —le dijo Armonio—. Tu mal está ahí, enganchado a la carne que da la voz. Si quitamos esa sangre seca seguramente podrás volver a hablar.

—Pero no te dolerá nada. Te daremos a oler unos humos que harán que se te nuble el sentido. Además beberás un líquido espiritoso que te obligará a dormir como un niño. Cuando despiertes ya estarás curado.

Le acercaron un hornillo con ascuas sobre las que Rástim vertió un polvo que al momento comenzó a quemarse produciendo mucho humo. Cubrieron la cabeza del monje con un paño y le obligaron a respirar muy hondo. Al poco se lo quitaron y sacaron de la habitación el infiernillo, no fuera que los vapores nublaran la vista de los físicos. Le dieron entonces a beber unos cuantos vasos de un aguardiente de color amarillo. Cuando el mudo estuvo ya casi que se caía, lo tumbaron otra vez en la mesa y al momento se durmió.

Abrieron la boca del silencioso Albdal y con la espátula y un cuchillo muy estrecho y afilado poco a poco fueron rasgando aquella costra negra que cubría una parte del interior de su garganta. No

tardaron mucho en hacerlo, sacando los trocitos fuera con unas pinzas. Observaron entonces el resultado. Ese tubo por el que entraba el aire ahora estaba limpio. Tenía a cada lado unos pedacitos de carne fina que se veía como se abrían y cerraban, temblando levemente cuando expiraba. Casi ni sangraba, pero ambos coincidieron en que tendría que guardar reposo unos días. Tampoco debería de intentar hablar y podría comer y beber poca cosa de momento. Lo dejaron allí, tumbándolo de lado para evitar que la poca sangre del interior de su gaznate lo atragantara. Además, con el humo y la gran borrachera, estaría durmiendo por lo menos hasta el día siguiente.

—Bueno Rástim. Habrá que ver cómo evoluciona ese hombre. Espero que pueda hablar pasado un tiempo.

—Sí, yo también lo pienso. Pero en cuanto se despierte le dolerá. Le hemos cortado esos trozos y sabes que el cuerpo reacciona ante estas cuestiones con dolor. Lo más conveniente será el tenerlo adormilado durante dos o tres días con el humo de mis plantas y el licor del aguardiente.

—Razón tienes. No será bueno dejarlo despierto ya que seguro que intentará calmar esa quemazón interior con carraspeos.

—De momento tiene con esa ebriedad para toda la noche. Mañana, antes del alba, le volveré a colocar el infiernillo humeante y le daré de almuerzo unos tazones del licor amarillo.

Pasaron a ver a Eudocia que se encontraba en su habitación acompañada de Nilasha. Estaba despierta aunque su rostro reflejaba el dolor que sentía, tanto el físico como el del corazón. La quemadura de la frente se había convertido en una marca larga y oscura, con la piel arrugada que se despegaba de la carne si se tiraba de ella. Miró a los recién llegados en silencio.

—Amiga —le sonrió Armonio—. Veo que estás reponiéndote muy bien. Está volviendo el color natural a tu cara. Señal esa de que ya no pierdes más sangre. Ya verás, ya. En pocos días todo lo pasado no será más que un mal sueño.

—¡No! —silbó ella—. Siempre tendré muy presente todo. Lo que he hecho, lo que ahora soy. Siempre lo tendré ahí.

—Por favor —intervino Nilasha—. ¿No os dais cuenta de que necesita estar tranquila? Venga, marchaos de aquí.

Los hombres se fueron sin hablar. Razón tenía esa mujer. Eudocia ahora solo necesitaba tranquilidad y... que pasara el tiempo. Se dice que lo borra todo, y ella necesitaba que pasara, y cuanto más mejor.

—Creo que es momento de que vaya yo a Cesifonte dejándote con estos dos monjes para que los cuides. Tengo que ir a mi casa que custodia mi amigo Zunsú. Necesito recoger medicinas, instrumentos y algo de dinero que este viaje nos ha dejado sin monedas ni materiales

para trocar. Partiré mañana según salga el sol. En menos de media luna estaré de regreso.

—Sea como quieres. Por los enfermos no tienes que preocuparte. Estarán bien cuidados y alimentados.

El cordero

Una semana después de la operación, Albdal no se arrepentía de nada. Al principio lo pasó muy mal. Hubo momentos en los que no conseguía respirar y llegó a pensar que la muerte le rondaba, y otros en los que las grandes arcadas hacían que por la boca le saliera hasta la bilis. Pero todo eso ya era pasado. Ahora tenía que seguir haciendo gárgaras. Ya casi ni le afectaba el ardor del vinagre mezclado con la sal. Seguro que en el gaznate se le estaba formando un callo. Llevaban ya unos días con clases de charla y Albdal ya hablaba, aunque con voz aguda y aflautada.

—¡Sigue! ¡Sigue! —decía Rástim—. Todos los días tres veces por lo menos y antes de lo que crees podrás mugir tal cual un bravo toro cretense.

Eudocia se encontraba ahora mucho mejor. Aquella pesadumbre tan enorme que sentía en su corazón estaba pasando. Los destrozos que en su cuerpo habían causado esos salvajes habían sanado y se encontraba físicamente bien. Armonio hacía ya unas cuantas jornadas que se había marchado con la promesa de volver con medios para seguir su empresa. ¡Qué curioso ese médico Armonio! No sabía los propósitos secretos de los monjes y aun así se había comprometido con ellos. Entonces entró Nilasha.

—Eudocia, cariño. Cada día que pasa te veo mucho más animada. Quizá deberías de visitar la ciudad. No es muy grande, pero sí que tiene mucho movimiento. Vete al bazar o al mercado. Ya verás como así te entretienes.

—Gracias buena amiga. Llevo ya muchos días compadeciéndome de mí misma. Tiempo es que respire un poco de tranquilidad con un paseo.

Salió a la calle no sin antes haberse cubierto la cabeza con un pañuelo oscuro. Sentía mucha vergüenza por lucir la quemadura de su frente. Así se sentía más segura y tranquila. Recorrió las calles hasta llegar al mercado. ¡Qué trajín de gentes! ¡Qué cantidad tan grande de colores! ¡Qué sinfín de olores agradables! Sonrió ante la larga fila de verduras y frutas de los tenderetes. Paseó por delante de la hilera de las tiendas de telas y adornos. Se dejó llevar por los aromas de las hierbas medicinales. Incluso cuando un mercader le ofreció una pieza de fruta la aceptó gustosa. Le dio un mordisco con delicadeza, cerró

los ojos y saboreó ese dulzor que le empalagó el interior de la boca. Hasta se permitió que un pequeño hilillo del zumo saliera por la comisura de sus labios. ¡Qué delicia!

Así pasó toda la mañana hasta que consideró que ya había llegado la hora de regresar. Suspiró, dio la vuelta y deshizo el camino andado. Cuando pasaba por delante de un puesto de vinos, una voz estridente y chillona deshizo el encanto que había sentido durante unas horas. A un lado, bebiendo de una jarra, vio a Ohsm, el sirviente, el que la violó y subastó. Fiel siervo de su amo, ese Zensán que no contento con el espantoso y horrible ultraje al que la sometió se permitió quemarle la frente con un hierro candente. Ese Zensán que... No quiso pensar más. Ahora tenía delante al chillón Ohsm, lo que indicaba que la caravana estaba en Kircuc. Agachó la cabeza y se arrimó a un puesto cercano al de los vinos, como que su intención era comprar legumbres.

—Mañana —decía Ohsm al tabernero—. Mañana nos iremos. Yo ahora he aprovechado que mi amo anda despistado y me he escabullido. Ni me echará de menos. Valiente patán está hecho. Y lo que te digo, allí, ni a un cuarto de legua, en el camino real de Cosroes. En un momento se llega. Mi tienda es una pequeña, con la lona negra, que está cerca de la roja de mi dueño. Te apartaré un par de corderos sin destetar que he disimulado entre los demás. Nadie más que yo sabe que han nacido. Y te los dejo baratos. Recuerda, esta tarde temprano. La primera tienda, la roja, es la de mi amo. Al lado, la negra, la mía. Te los reservaré pero no tardes, que compradores ya tengo varios y se los daré a quien primero llegue.

«Entonces están aquí. Mi torturador está aquí cerca. Dios mío. ¿Cómo puede ser esto? No puedo volver a tener a ese salvaje delante. No puedo, no puedo, ¿no?».

Reemprendió el camino de vuelta, pero antes se acercó hasta la esquina de una calle que llevaba al camino real. Desde allí vio la caravana, con la tienda roja de su torturador. Notaba como su corazón golpeaba con fuerza dentro de su pecho. Boqueó varias veces. Al poco entró en la casa de Rástim.

—¿Qué tal el paseo? —saludó Nilasha.

—Bien, muy bien. Pero me siento algo cansada.

—Es normal hija mía. Es normal. Después de lo pasado... Ahora comeremos, que a la noche ya dormiremos.

—Sí, es cierto. Vayamos a comer.

El caminante marchaba con prisa. Necesitaba esos corderos para ofrecerlos en un banquete al día siguiente y quería mostrarse como persona pudiente. Llevaba de las riendas un burro pequeño con un saco vacío en el que metería su compra. Los quería ya muertos para privar a los de su casa de los chillidos y estertores de las

matanzas. En muy poco llegó hasta la caravana. Allí estaba la tienda roja, a un lado la de lona negra. Pegado a ella un vallado custodiaba casi un ciento de ovejas y corderos. Lo vio allí, entre los animales.

—Vengo a por los dos corderillos —saludó al verle.

—No quiero que se fijen en tu visita. Ata el burro a este lado y sígueme.

El precio era de ocho dracmas por cordero si se los llevaba vivos. Si los quería degollados ascendía a diez cada uno.

—Mejor muertos que así solo quedara el despelleje y orearlos una noche. Aquí tienes los veinte dracmas.

Ohsm recibió el dinero y se acercó a una oveja que estaba tumbada. De sus tetillas dos corderitos mamaban con fruición. Agarró a uno por las patas traseras y le apretó la boca para que no chillara. Se sentó y clavó un cuchillo en un lado de la garganta del animal. Su madre, recién despojada de uno de sus hijos, comenzó a balar pero el matarife le dio una patada en la cabeza que hizo que los balidos cesaran. Al poco el pequeño bicho ya estaba muerto. Lo apartó y pasó a su hermano que en un momento yacía junto a su congénere. El comprador cogió el saco, metió los corderos, lo cargó sobre el lomo del burro, dio la mano a Ohsm y se marchó por donde había venido.

El carnicero entró en su tienda para cambiarse la túnica. Estaba manchado de sangre. Enrolló la ropa, la arrojó a un lado, se colocó otro vestido y salió hacia el pellejo de agua en donde se lavó las manos. La prenda sucia ya la limpiaría. Entonces volvió entre las ovejas. Allí estaba la madre mirando desorientada. No comprendía qué había pasado. No sabía dónde estaban sus recién paridos corderitos. Ohsm revolvió con el pie la tierra mezclando la sangre con arena para disimular lo que allí acababa de pasar.

Esa noche la luna creciente se escondía tras demasiadas nubes que filtraban su resplandor. Eudocia seguía despierta. Oía los ronquidos de Rástim, los sonidos de Nilasha y la suave respiración carraspienta de Albdal. El negror del techo de la habitación acompañó un escalofrío que recorrió su cuerpo.

Decidida se levantó sin hacer ruido. Cubrió su desnudez con una túnica y cogió un cuchillo corto de doble filo de la cocina. Ni un solo sonido se escuchó mientras abandonaba la casa. Ya en la calle se dirigió hacia el camino real de Cosroes. Tardó muy poco en tener a la vista la caravana, en donde, junto a una hoguera casi apagada, dos vigilantes dormitaban tumbados a su vera. Llegó hasta allí sin que se hubiera sentido ni el roce de sus pies con cualquier hierba.

Conocía muy bien el interior de la tienda de su violador. Estaba dividida en dos partes. En la de delante dormían las mujeres y los niños. La última era la particular de Zensán. Con cuidado se acercó a la parte de atrás. Notó la cercana respiración de ese hombre maldito, y

decidida cortó un poco la lona dejando el mínimo hueco necesario para entrar ella allí arrastrándose. Un pequeño quinqué iluminaba de manera tétrica el habitáculo. Entonces, en la penumbra de la noche, entre las sombras alargadas de la luz del candil lo vio. Estaba tumbado boca arriba. El silencio era casi total. Solo se rompía por las suaves exhalaciones de aire del pecho de aquel salvaje. Se quitó la túnica apartándola, y totalmente desnuda se arrodilló al lado. Le tapó la abierta boca con una mano mientras con la otra pegaba la punta del cuchillo al gaznate del mercader.

—Si dices algo estás muerto —siseó cuando el otro abrió los ojos sorprendido—. Me recuerdas ¿verdad?

Casi ni se notó pero un temblor recorrió el cuerpo de Zensán, que asintió asustado.

—Soy yo. Eudocia, a quien tú llamaste *putta*.

Él seguía inmóvil con la mirada clavada en la mujer. Notaba el pinchazo del arma en su pescuezo. Si hacía algún gesto seguro que ella lo desollaba.

—Me violaste con toda la falta de humanidad que tienes. Me quemaste la frente como si fuera ganado. Me vendiste al mejor postor.

Hizo una pausa larga. Su respiración entrecortada se mezclaba con la demasiado alborotada del hombre.

—Soy yo. Me llamo Eudocia y ahora ha llegado el momento de que purgues tus pecados.

Entonces le hundió el cuchillo hasta lo más profundo de su cuello. A la vez lo movió hacia los lados cercenándole todo el gaznate. Zensán, impedido de hablar, se comenzó a agitar. Un chorretón de sangre espesa y olor dulzón salió del corte salpicando el cuerpo desnudo de la mujer que se levantó retrocediendo. Allí esperó en silencio, sin ropas, mirándolo con insolencia. Al poco, aquel hombre salvaje había muerto y nadie de la caravana se había enterado.

Se cubrió de nuevo con la túnica y salió de allí como había entrado. Cada poco miraba hacia atrás. Todo seguía igual. Los guardianes dormitando, los demás, cada uno en su camastro. Entró en la casa de Rástim y paró en el pozo. Allí se desvistió de nuevo y lavó su cuerpo y el cuchillo de la sangre que los había salpicado. Cuando estuvo seca, se cubrió, entró a la cocina en donde dejó el arma en su lugar. Ya en la habitación, comprobó con detenimiento que sus ropas aparecieran limpias, sin rastros de aquel asqueroso y pestilente chorro que surgió del cuello del caravanero. Satisfecha, dobló la túnica con delicadeza dejándola en un rincón. Entonces sonrió y se acostó.

Cesifonte, Seleucia

Siete días después de su partida de Kircuc, Armonio entró en Cesifonte y se dirigió sin demora hasta su casa. Descabalgó y empujó la puerta que estaba abierta. Allí en el patio estaba Zunsú sacudiendo una pequeña alfombra.

—¡Armonio! ¡Qué sorpresa! Sé bienvenido a este que es tu hogar —saludó sonriente—. Aquí estamos, dándole varazos a este felpudo. Hay que mantener limpia la casa.

—¡Amigo Zunsú! —El médico lo abrazó—. Qué alegría volver a verte.

Pasaron a la cocina en donde se sentaron ante una jarra de vino y dos cuencos.

—Bueno —habló el recién llegado—. Eres hombre de confianza. Todo está en orden.

—¿Cómo ibas a dudar de mí? ¡Si nos conocemos hace mucho y jamás nos hemos fallado el uno al otro!

—Pues quiero que sepas que vuelvo a marcharme. Solo he venido para recoger alguna cosa. Tengo unos amigos esperándome en Kircuc.

—Pero Armonio, no me digas que vuelves a dejarme solo que ya estoy aburrido por ver las mismas caras día sí día también. Quiero volver a ser el caminante inquieto que fui. Ese caballero que no tenía fronteras para su corazón. Tiempo es ya de que pueda viajar contigo. Creo que ahora eres tú quien debe devolverme el favor por haber cuidado y mantenido tu casa durante todo este tiempo.

—No lo había pensado, pero sí, estoy de acuerdo. Tienes toda la razón. Y además me gustará viajar con compañía amiga. En dos días nos marcharemos. Antes ello tengo que hablar con alguien para que cuide de esto en mi ausencia.

—Tengo una conocida que se llama Saipé. Es soltera, de mediana edad, sin hombre conocido. Es de fiar.

—Tráela entonces. Quiero verla.

Al atardecer Zunsú apareció con la mujer de la que habían hablado. De baja estatura, tenía alrededor de treinta años, no era muy agraciada físicamente. Cuando se la presentó al médico ella sonreía.

«En esos inmensos ojos verdes, sanos y sinceros, veo que eres buena persona».

—Amiga Saipé. Soy Armonio, dueño de esta casa. Te explicaré lo que te voy a pedir. Me voy a ausentar durante un tiempo. Desconozco cuánto, ya que emprenderé un viaje que se aventura largo. Necesito que vivas tú en esta casa, cuidando de ella durante el tiempo de nuestra marcha. Mientras, podrás hacer uso de todos los bienes que aquí están. Como pecunio recibirás diez monedas de oro por luna que te entregará Giahn, el mercader del circo de las casas de postas. ¿Estás de acuerdo en ello?

—Sí. Siempre he sido persona honesta, honrada y sincera. Tendrás, durante el tiempo que así lo desees, tu casa cuidada y custodiada por mí. No recibiré visitas y mantendré todo limpio y en orden. A cambio obtendré techo, comida y diez talentos o daricos por mes completo.

—Sea así. Cerramos el trato. Cuando quieras puedes acomodarte ya que a partir de mañana esta será tu casa.

Con las primeras luces del nuevo día Saipé se presentó ante Armonio. Traía como equipaje un gran hato que llevaba sobre la cabeza. Era tan grande el paquete que casi igualaba en volumen al de su pequeña porteadora.

—Bien amiga Saipé. Sé bienvenida. Esta será tu casa. Puedes utilizar como habitáculo propio el que tú elijas, salvo mis dependencias. Ahora veré a Giahn para ponerle al corriente de los pagos. Él es el propietario de la posta con más caballos del circo.

Era ese lugar punto de reunión de muchos de los habitantes de Cesifonte. Se encontraba cerca del mercado. Allí se congregaban alrededor de medio ciento de casas de postas en las que se operaban todo tipo de negocios. De esta forma, el mismo que vendía camellos custodiaba los dineros de las gentes, alquilaba carros, ofrecía prostitutas o mancebos y así una multitud de cuestiones comerciales. En concreto, Giahn poseía un gran edificio de dos plantas con cuadras, habitaciones, intendencias, prostíbulo y taberna. Allí todo se podía conseguir y ofrecer. Desde hacía años guardaba una serie de dineros de Armonio, que descansaban tranquilos y protegidos. Entró el médico dejando atrás el lupanar y accedió a la taberna, en donde sabía que encontraría a Giahn.

—Amigo Armonio —dijo al verle—. Tiempo hacia que no venías por aquí.

—Giahn, buen mercader y hábil negociante. Sí que es cierto lo que dices. Ya sabes que las tareas de mi profesión me tienen ocupado en los viajes.

El anfitrión lo invitó a la mesa, y, mientras comían y bebían, el médico le puso al corriente de sus intenciones. Retiraría del fondo que el dueño le custodiaba mil daricos y cada mes, durante su ausencia, una mujer llamada Saipé recibiría la cantidad de diez. Giahn hizo un

gesto a uno de los sirvientes que acercó unas tablillas de arcilla en las que dejó, por duplicado, constancia sellada del acuerdo. Una vez secas en un horno, Armonio recibió en una bolsa las mil monedas solicitadas y dos de las tablillas, una por cada negocio tratado. Las otras quedaron en poder del mercader. De regreso a su casa, entregó, como primer pago, diez daricos a Saipé así como la tablilla para que cobrara sus mensualidades.

Al amanecer siguiente, Armonio y Zunsú, cada uno a lomos de un caballo, se despidieron de la mujer, dejando atrás la ciudad de Cesifonte. Con ellos llevaban el oro, los instrumentos y hierbas del médico, unas pocas armas y algo de equipaje.

En la tarde del quinto día de viaje cruzaron el río Aluzim cerca de Kurmatu. Tras pasar una loma, vieron cómo en el horizonte comenzaba a producirse una neblina cada vez más intensa. Era esta una zona de humedades y calores, con poco verde y demasiada sequedad, por lo que no era de extrañar que se formaran esas tormentas sin agua con demasiado viento y mucho polvo. Ante lo que se les avecinaba buscaron refugio entre unas rocas. Ataron a los caballos y les cubrieron las cabezas con mantas. Ellos se tumbaron al lado tapándose con sus capas a la espera de la llegada del vendaval. Cuando el silbido del viento empezó se acurrucaron lo que pudieron. Esto podría durar o un momento o dos días. Armados de paciencia, hombres y bestias esperaron. Poco o nada durmieron esa noche. Los aullidos de la ventisca competían con el repiqueteo fragoroso de las arenas levantadas del suelo con fiereza. De cuando en vez se escuchaba un relincho. Los animales tampoco podían descansar.

Fue casi de amanecida cuando aquella impetuosa tempestad seca se apaciguó. Se levantaron y comprobaron el estado de los caballos, que seguían en el mismo sitio con las cabezas cubiertas. Aun a pesar de la infernal ventolera ni se habían movido.

—¡Cómo son las cosas Zunsú! —dijo Armonio sonriendo—. Estas trifulcas que se montan en las arenas han respetado la tranquilidad de las cabalgaduras.

—Sí, Armonio, sí —le contestó sacudiéndose las ropas y estirando las piernas—. ¿Te acuerdas, hace ya años, cuando llegábamos de la frontera de Korunia después de bajar de las montañas aquellas de las nieves eternas?

—¿Dices lo de las cuevas?

—Sí, sí, eso es. Dejamos al caballo, al camello y esas dos mulazas tercas y resabiadas, atados tal cual ahora, y cuando terminó la tormenta el único que seguía en su sitio era el equino. Las dos mulas interesadas se habían refugiado entre las patas y el panzón del camello tumbado. ¡Qué bichos esos! Y el otro, contento de que le dieran calorcillo. Pero el único quieto y firme fue el caballo. ¡Vaya

buen animal era aquel! Lástima que muriera.

—Es cierto. Casi un día entero metidos en esa covacha. ¿De qué murió el caballo?

—Si es que era muy inquieto, desenfrenado y demasiado libertino por estar entero.

—Sí que lo recuerdo siempre corriendo detrás de una hembra en celo. Le daba igual mula, burra o yegua.

—Pues esa fue su perdición. Un día se me escapó. Cuando yo vivía en la casa de Riamian, la mujer que dejé en Bagdad, el muy bestia salió corriendo olfateando el aire hasta cerca del terraplén de Objáerda. En el otro lado una fémina de su especie le debió de hacer tales carantoñas de lejos que él hizo más caso a su ya desatada naturaleza que a otra cosa. Fíjate que cabalgó relinchando como si Vulcano le hubiera quemado las ancas, y saltó intentando llegar a la preciosa yegüita blanca. Tan lerdo fue en ese momento que se despeñó abriéndose la crisma. Yo lo seguí como pude, el olor de la hembra le hizo correr más de lo normal, hasta el borde del barranco, en donde pegó un salto de tal altura y longitud que hubo un momento en el que pareció que estaba volando. Entonces fue cuando la tierra lo llamó y cayó como si fuera un ladrillo. Allí lo dejé, despanzurrado, con las tripas abiertas, más muerto que un grillo después de un pisotón. Vaya festín que se dieron los buitres. Pero era bueno y leal, como estos dos que tenemos.

—Vaya con el enamoramiento —rió Armonio—. No sabía yo que se había muerto en un intento de desahogar sus atributos. Fíjate de lo que son capaces los animales por sembrar a una hembra. Seguro que más de un hombre hace lo mismo.

—Sí, seguro que sí. Pero acabemos, que tiempo es ya de limpiarlos, sacudirlos un poco y seguir hasta el río Aksu. —Miró hacia lo lejos entrecerrando un poco los ojos—. Debe de ser eso que se ve en el horizonte. De allí a Kurmatu no tardaremos casi nada. Antes del mediodía podemos parar para reponernos. De allí hasta Kircuc tardaremos solo una jornada, por lo que podemos pasar la noche en la misma Kurmatu.

—Tienes razón. Iremos a donde el eunuco Dílodallab. Allí encontraremos comida, techo, camastro, buena bebida y mejor compañía.

Ensillaron los caballos, colocaron cada cosa en su lugar y partieron hacia la difuminada línea del río Aksu. Al mediodía entraron en la ciudad de Kurmatu y se dirigieron a la casa de postas de Dílodallab. Era este lugar un gran caserón de una sola planta en donde se podían satisfacer los apetitos de las tripas, del cuerpo y de la carne. Descabalgaron y entregaron los caballos a un esclavo de cuadras, no sin antes haber recogido los enseres y el dinero. Pasaron a una enorme

habitación de la casa repleta de gentes de todo tipo que comían, bebían y gritaban. Allí se sentaron en unos cojines, y una mujer se les acercó.

—Sed bienvenidos viajeros. Decidme qué queréis, sea comida, compañía o ambas cosas.

—En principio comeremos y beberemos. Dineros tenemos de sobra así que no seas remolona a la hora de servirnos. ¿No está por aquí Dílodallab? —preguntó Armonio—. Dale aviso de que ha llegado su médico preferido.

—Así lo haré.

Al momento les trajeron una bandeja con frutos secos, naranjas y uvas y otra más con medio cordero asado que todavía humeaba. Con unos panes llegó también medio pellejo de vino y una olla con sopas de pan, garbanzos y ajos que olía de maravilla. Ellos, hambrientos, se lanzaron ávidos sobre todo aquello. Entonces se presentó el eunuco Dílodallab, hombre de mediana edad, con tupida cabellera negra, de cara rechoncha barbilampiña y sin cejas ni pestañas. Por haber sido capado en su juventud su cuerpo rebosaba lozanía, con unas lorzas curiosas custodiando el abultado vientre.

—¡Armonio! —dijo sonriente con su voz aguda y chillona— ¡Cuánto tiempo! Cuando me han dicho que me había venido a visitar mi médico preferido, al momento he pensado en ti. ¡Armonio, mi buen amigo!

Este, que se había levantado al verlo, recibió de buen grado el abrazo del anfitrión.

—Y dime. ¿Estáis de tránsito? ¿Os quedaréis un tiempo?

—Vamos a Kircuc en donde nos esperan. Esta noche la dedicaremos a dormir todo lo que nos dejen nuestros cuerpos, que los tenemos maltrechos del viaje desde Cesifonte. Además nos ha cogido cerca de aquí la tormenta de anoche que nos ha hecho acumular más sueño todavía.

—Pero no me has presentado a tu acompañante. ¿Qué es? ¿Tu esclavo? ¿Tu amigo?

—Me llamo Zunsú y solo soy su amigo. Nada más. Lo acompaño en este viaje porque así me ha interesado.

—Muy bien, y seguro que igual que Armonio tú tienes también el gusto de los griegos.

En ese momento, tanto Zunsú como el médico se sintieron incómodos. El primero no conocía de esa apetencia por los mancebos de su amigo, y este siempre se lo había ocultado.

—Dílodallab. Zunsú solo gusta de las mujeres, pero que sean buenas hembras. —Se giró y le hizo un gesto de perdón a su acompañante—. Él nunca ha sabido de esas cosas mías.

—¡Huy! Mis palabras no han sido acertadas. Os pido disculpas,

y a ti, amigo Armonio, disculpas por partida doble. Para compensarte de alguna manera, todo el gasto que ocasionéis los días que gustéis correrá de mi cuenta.

—No, no, no es necesario.

—Sí, claro que sí. Y no se hable más. Ahora no seguiré molestándoos. Ya hablaremos más tarde. Hasta luego, amigos.

Se sentaron y ninguno dijo nada. Se limitaron a seguir comiendo aunque ahora con bastante menos ansia.

«Pero qué situación tan angustiosa. Conozco a Zunsú desde hace muchos años. Jamás le confesé mis gustos de la carne. Nunca. Ahora me siento mal de ánimo. Ese comentario inoportuno del que fue mi amante ocasional Dílodallab me ha dejado en una situación demasiado vergonzosa. Somos amigos, y como tales pocos o ningún secreto debemos de tener. Pero lo conozco bien. Sé que no le dará importancia a este hecho, toda vez que nunca me he insinuado a él. No lo quiero para yacer, sí como amigo. Seguro que lo comprenderá. Pero es muy de hombres el sentirse celoso. Eso de que no sea de mi agrado igual le incomoda».

«¿Será posible? Desde hace tanto que nos conocemos...y yo nunca.. y..., ahora que recuerdo, aquella vez en la isla de Izcos con los griegos... ¡Sí que se fue con uno de los esclavos del gobernador Paitos! ¡Sí! ¡Él con un joven y yo con una hembra que no me dejó ni dormir! ¡Claro! Pero que bien lo ha disimulado siempre. Aunque a mí no me importa. No tiene que ocultarlo. Nunca me ha atosigado, ni se me ha insinuado, ni me ha hecho caricias, ni besado. ¡Menos mal! Aunque pueda ser que no sea de su gusto. ¡Yo, que atraigo a muchas féminas! Que todas quieren yacer conmigo sin recibir nada a cambio. Y él de gustos griegos y pecaminosos. Él, que es mi amigo..., ni se me insinúa... No creo que esté haciéndome viejo tan rápido».

Entonces se miraron un momento y rompieron a reír.

—Amigo —habló Zunsú—. No tienes que preocuparte por mí. Nunca me lo habría imaginado. ¡Pero qué gran arte el tuyo del disimulo! Y yo, tonto de mí, pardillo como el que más, llevándote a los lugares de la reina Lupa sin darme cuenta de nada. Por favor..., perdóname.

—Gracias. Te lo agradezco mucho —sonrió Armonio—. ¡Este tonto de eunuco! Si es que al estar mutilado seguro que ha perdido también parte del seso.

Otra vez las carcajadas los acompañaron. Se miraron a los ojos sellando un silencioso pacto por el cual Zunsú jamás diría a nadie los gustos varoniles de Armonio. Entonces se presentó ante ellos la misma mujer que los había atendido al principio.

—Viajeros. Dílodallab me ha ordenado que esté a vuestra disposición. Pedidme cualquier cosa de las que haya en esta casa que

vuestra será. Vosotros diréis.

—¡Un baño! —dijo el médico—. ¡Un baño para cada uno! Con aguas calientes, perfumes, aceites y los hombres o mujeres que elijamos.

—Prepararé dos piscinas separadas para vosotros.

Cuando se saciaron con la comida, la solícita esclava los llevó hasta los baños, que estaban en habitáculos diferentes. Armonio entró en el suyo y pidió dos fornidos mancebos. Se sumergió en el agua perfumada de aceite y pétalos de flores y los jóvenes satisficieron todas sus apetencias. Zunsú también entró en su aromatizada piscina, pero acompañado de tres mujeres morenas que hicieron que olvidara el viaje, la tormenta y cualquier otra incomodidad. Era ya de noche cuando se juntaron de nuevo en el comedor. Se sentaron en unos cojines y el dueño de la casa se acercó.

—Amigos míos. Creo que habéis disfrutado y que estaréis cansados. Os propongo comer y después dormir. Que mañana, si queréis, volveréis a pasarlo bien.

Así lo hicieron. Comieron, bebieron y fueron cada uno a un cómodo lecho. Cuando amaneció el ruido de las gentes comenzando el día los despertó. Se encontraron otra vez en la gran sala de las comidas.

—Bueno Armonio. Creo que no me equivoco al decir que esto es lo más parecido a eso que los seguidores de Jesucristo llaman Paraíso. Yo pienso que no tenemos mucha prisa y que podríamos permanecer aquí unos días más. Tenemos comida, bebida, mujeres, hombres también —le sonrió con complicidad—. Y lo mejor es que estamos invitados. ¿Qué más queremos?

—Sí. Tenemos de todo y sin pagarlo. —El médico le devolvió la sonrisa—. Pero yo debo de ir a Kircuc a no tardar. Allí me están esperando unos monjes nestorianos y un físico amigo que tú conoces. Él es Rástim.

—¡Rástim! Sí, ya lo recuerdo. Y a su esposa Nilasha también. ¡Qué buenas situaciones pasamos juntos!

—Pero... ¿te beneficiaste de Nilasha?

—Un par de veces nada más. Fue sin querer, casi sin pensarlo. Hace ya mucho de eso. Rástim se había casado para guardar las apariencias propias del trabajo de médico, ya que sus apetencias son como las tuyas. Por eso esa mujer necesitaba de un hombre y coincidió que allí estaba yo. Después creo que Rástim cambió sus querencias y ahora no hace ascos ni a macho ni a hembra.

—Pues vaya con Rástim. Qué callado se lo tenía.

—Tal cual tú mismo. Fíjate que durante años me has tenido engañado. Pero tengo una curiosidad, aunque mi gusto siempre han sido y serán las buenas hembras sin remedio, los hombres me dan

revoltijos de tripas, tú ¿por qué nunca te me has insinuado?

—Amigo, que no te siente mal. Tú no eres de mi agrado para eso. Tienes las posaderas un poco estrechas y con hueso. Yo las prefiero con algo más de carne. No te ofendas por favor. Además deberías de rasurarte el cuerpo, que con todo ese pelambre das un poco dentera.

—¿Ofendido? Si fueras mujer igual me sentiría mal, pero al no serlo me quedo más tranquilo. ¡Por favor! ¡Ofendido! No, hombre, no. Pero a lo que estábamos. ¿Nos quedamos unos días más o no?

—Bien. Que sean dos como mucho. ¿Te parece bien? Pero si así lo hacemos nunca diremos que aquí hemos parado. ¿Bien entonces? ¿Dos días?

—Pocos son pero no me parece mal. Que sean entonces dos días más, de los que nadie sabrá nunca nada.

Mientras su compañero hablaba con una sirvienta, Zunsú, aprovechando que no le miraba se tanteó con las manos los glúteos apretándolos varias veces.

«¡Que lo tengo estrecho! ¡Que lo tengo estrecho! ¡Y encima con hueso! Vaya, ahora que lo toco,..., la verdad es que está blandito y bastante bien. ¡Estrecho dice! ¡Y pelambrera! —Se miró el pecho— ¡Pelambrera! Bueno, algunos pelos largos y retorcidos sí que hay, sí. Tendré que rasurarme. Aun así este hombre no sabe lo que se pierde».

Una semana después partieron hacia Kircuc.

El regreso a Kircuc

El sol ya se quería esconder cuando Armonio y Zunsú entraron en la ciudad. Les apremiaba tanto el hambre que ni habían hablado durante las últimas millas. Descabalgaron y llamaron a la puerta de la casa de Rástim. Una sonriente Nilasha les abrió.

—¡Vaya! Por fin vuelves. Así que menos de media luna ¿eh? Pues has debido de recorrer la mitad del imperio. Y vienes acompañado.

—Querida amiga —saludó amable el médico—. Nos hemos retrasado un poco por asuntos urgentes que requerían mi presencia en Cesifonte. Pero eso ya no importa. Estoy de vuelta y vengo con mi amigo Zunsú. No sé si lo conoces.

La mujer se quedó mirándolo sin hablar, frunciendo el ceño.

—¡Nilasha! Soy Zunsú. Hace años que no nos vemos. Seguro que no te acuerdas de mí. Estás igual de bella que entonces. Amiga Nilasha.

Ella seguía callada. Le temblaba un poco el labio inferior pero permanecía en silencio. El recién llegado se acercó para saludarla con un beso. Ella reaccionó dándole un bofetón que sonó como el chasquido de un látigo cerca de las orejas de una mula.

—¡Sinvergüenza! ¡Eres un sinvergüenza! Te fuiste sin avisar. Nunca jamás supe de ti hasta ahora. Sabías que te quería. Te fuiste sin despedirte, sin avisar

—No... , bueno..., yo..., es que...

—¡Ni es que ni nada! Me dejaste y ya conseguí en su día olvidarte. Ahora sé bienvenido a la casa de mi marido Rástim. Pasemos dentro que estaréis hambrientos.

La siguieron hasta las cuadras en donde descargaron los caballos y les dieron agua y comida. Ya en la sala, Armonio abrazó con cariño a Eudocia y saludó a Rástim y a Albdal con un apretón de manos. Presentó a Zunsú y se sentaron alrededor de la mesa. Nilasha trajo al momento comida y bebida en abundancia para todos.

—Eudocia muchacha. Te veo sana y fuerte. Has recuperado el buen color de tu cara. Se ve algo más de serenidad en tu rostro. Y tu Albdal, mi amigo nestoriano mudo. Dime algo por favor.

—Hola Armonio —le contestó con tono aflautado.

—¡Por todos los dioses! ¡Hablas! ¡Has conseguido hablar!

—Sí. Ya ves que sí. No tengo una voz muy varonil, se asemeja a la de un eunuco, pero puedo hablar.

—Trabajo le ha costado —interrumpió Rástim—. Los primeros días dudé de que hubiera salido bien la sanación pero después comenzó a emitir sonidos. Ha tenido que recordar cómo se habla. Por todos los dioses que conozco, cuántas risas nos has provocado amigo cuando no podías pronunciar algunas letras y te salían otras diferentes. Y no lo digo para herirte el corazón. De verdad que alguna vez yo lloré con tanta risotada.

Albdal le correspondió con una sonrisa de circunstancias. Había sido duro pero ahora ya pronunciaba con corrección. Solo podía esperar el que esa voz de chiflo que le salía se convirtiera en una acorde a su edad y tamaño de hombre.

—Pero os veo muy bien. ¡Qué duda cabe de que lo estáis! —Miró entonces Armonio a Eudocia que bajó la vista.

—Y tú, Zunsú, nos conocemos desde hace mucho. Casi tanto como lo que no nos vemos. ¿Cómo te va por esas tierras lejanas a las que partiste? —Rástim entrecerró lo ojos para decir esto.

—Bien, muy bien. Que sepas que estoy agradecido porque me acojas en tu casa. Ahora ya ves, soy sirviente, ayudante y compañero de viaje de Armonio el médico.

—Pues dejémonos de tanta palabrería barata y empecemos a comer, que ya son horas. —Nilasha desvió la conversación—. Os veo con ojeras y estáis flacos. ¡Ni que vinierais de trabajar en el campo durante una semana! ¡Si es que se os ve desmejorados, sí!

Una mirada cómplice se cruzó entre Zunsú y Armonio. No debían decirles que durante ocho días habían estado en el lupanar del eunuco Dílodallab de Kurmatu, con todos los excesos que eso llevaba. Así habían quedado de demacrados y con pocas fuerzas.

—Hemos padecido una tormenta de polvo de la región que nos ha tenido en vilo mucho tiempo. Unos días con sus noches. Creo que tres como mínimo —mintió el físico mientras daba un trago al vino—. De ahí viene nuestro retraso.

—O casi cinco, que la continua oscuridad ha sido tan grande que uno, en ese miedo terrible, pierde el sentido del tiempo. —Su compinche intentó ayudarlo sin dejar de masticar un pedazo de pescado ahumado—. ¡Vaya fuerza que tenía el viento! ¡Cómo soplaba! ¡Cómo silbaba! Era tan intenso que levantaba piedras como la palma de la mano. Y no paraba. Y así un día y otro. Una noche y otra más. Menos mal que somos hombres curtidos, avezados en esas lides, que sabemos sortear bien los menesteres adversos, los cuales un viajero normal no hubiera soportado.

—Seguro que fue esa tempestad de hace dos días que hizo volar más de un tejado en la ciudad. —Rástim le daba en parte la razón—.

Pero claro, a vosotros os cogió a cielo abierto. Bastante mal entonces ¿no?

—Peor. Lo hemos pasado fatal Pero gracias a mi compañero Zunsú y a la buena educación de nuestras bestias nada hemos perdido. Aguantamos como auténticos herederos del mismo Olimpo.

Nilasha, resentida por la presencia de su antiguo amante, incidió.

—Pero si a mí no me salen las cuentas. Acabáis de decir que os ha azotado un temporal terrible durante cuatro días o más. Pues estaríais en otro lugar, porque el que por aquí pasó solo duró una noche.

Un silencio se adueñó de la estancia. Los sonidos de la masticación fueron decreciendo hasta desaparecer. Empezaron a intuir que el físico y su acompañante escondían algo.

—Claro, tú hablas de la de anteayer que fue un juego de niños. Pero ¿qué sabréis vosotros de lo que nos ha acontecido por el camino? —Armonio dejó un puñado de dátiles en la bandeja y se levantó serio — Este hombre que aquí está, ahí donde lo veis, ha sufrido conmigo un temporal terrible. Durante casi una semana tuvimos que refugiarnos en una cueva de los montes de Duloya. Gracias a que él mismo procuró acomodar a los caballos dentro, pudimos llegar hasta aquí a lomos de ellos. Además, unos bandidos nos intentaron dar alcance. ¡Ay, pero aquellas gentes malvadas no se lo esperaban! Como bien ha dicho antes mi compañero de viaje, somos gentes curtidas y avezadas en demasiadas batallas. Con mucha maestría a ellos nos enfrentamos y los hicimos huir. ¿Tormentas contra Zunsú y Armonio? ¿Bandidos atacándonos? ¡Bah! Una menudencia.

—Por favor. —Rástim intentó poner sosiego—. Nadie ha dudado de vosotros. Solo que nos ha parecido mucho tiempo para ir y venir de aquí a Seleucia, o Cesifonte como tú dices. No es más que eso.

—¡Y cómo corrían aquellos malnacidos! —Zunsú arropó al físico—. ¡Si es que...!

—Muchos preguntáis por nosotros pero no sabemos nada de vosotros. Albdal, ahora hablas. Algo afeminado, sí, pero se te entiende. Aunque con algún brebaje se te pondrá la voz de hombre. Eudocia estás, a ojos vista, recuperada, aunque ese ánimo... — Armonio la miró con una sonrisa—. Y... de lo demás, ¿qué contáis?

—Poca cosa se puede decir —habló el anfitrión—. Aquí en Kircuc, cualquier asunto sin importancia se convierte en problema grave. Una cosilla de nada da que hablar durante un mes. Tan poco es lo que tenemos que hacer o de qué preocuparnos que sobrevaloramos las menudencias, más que nada para estar entretenidos. Ya veis. Por ejemplo vuestra visita ha sido como una fiesta para nosotros. Hemos

salido de la rutina diaria gracias a ello.

—Bueno, bueno. —Nilasha se irritó—. Que no estamos aislados del resto el mundo.

—No, claro que no. Pero coincides conmigo en que aquí nunca pasa nada interesante.

—¿Cómo que no? —la mujer continuaba enfurruñada—. Te recuerdo que hace cosa de quince días, cuando llegó una caravana que acampó aquí cerca, se produjo una muerte con sangre y castigo. Que vaya alboroto que se formó entre los viajeros. Hasta ajusticiaron a uno por ser el asesino.

—Mal asunto, sí. Tienes razón. Pero yo no le doy mayor importancia —dijo su esposo.

—Aun así puede ser una historia interesante para contar durante la comida —animó Zunsú a su antigua amante—. A mí me gustaría escucharla.

—Pues si tanta fascinación os produce os la contaré a vosotros que sois los recién llegados. Hará cosa como de media luna, más o menos, una caravana que venía desde el imperio de Bizancio acampó cerca. Tanto estaba que los bramidos de los camellos se oían desde aquí muy fuerte, casi como si los tuviéramos en las cuadras. Era un grupo grande de gentes con ganado, y eso que alguno me comentó que por el camino los habían abandonado unos cuantos por tener rutas diferentes. De todas maneras, en esa partida alguna sombra de maldad volaba por encima, ya que me dijeron que llevaban a cuestas la muerte de una mujer a manos de su acompañante que también era hembra. Incluso se comentaba que ambas eran de esas de los lupanares de la misma Bizancio aunque sus gustos fueran tan pecaminosos como los propios de Lesbos. El caso de estas señoras fue que una de ellas mató a la otra. La apresaron todavía ensangrentada y la vendieron como esclava al mejor postor que se la llevó a las tierras del Septentrión. —En este momento Armonio dio un pequeño respingo que la narradora interpretó como de tedio.

»No me hagas muecas que no creo que sea aburrida esta historia. —Lo miró de reojo—. Y como sé que os entretengo seguiré contándolo pero desde el principio. Como ya he dicho, esta caravana venía del mismo Bizancio y por el camino sufrió algunos reveses. Cuando llegaron aquí, después de acampar todo parecía que iba bien, pero resultó que su capataz, llamado Zensán o algo así, apareció una mañana muerto en su tienda. Lo habían degollado. Sus hijos y mujeres indagaron sobre quién habría podido ser el autor, encontrándose a uno de sus sirvientes, un tal Ohsm, que guardaba en su tienda una túnica ensangrentada. El asunto estaba claro. Ese Ohsm había matado a su dueño Zensán para robarle unos dineros, aunque allí nadie habló de que faltara cosa alguna. Todos lo señalaban como el asesino

aunque él no paraba de decir que no tenía nada que ver, que la sangre era de unos corderos que había matado, que era otro el homicida y cosas por ese estilo. Tan asustado estaba que chillaba y chillaba sin parar. Se desahogó llorando como nunca nadie lo había hecho. Hasta el terror que le producía saber que podría morir hizo que se orinara y más cosas encima varias veces.

»Ese mismo día por la tarde el consejo de la caravana se reunió. Cuando comprobaron que no faltaban corderos, se convencieron de que ese que acusaban no decía la verdad. Entonces lo primero que hicieron fue nombrar un nuevo jefe, del que no recuerdo su nombre pero sí que andaba el hombre algo cojo y se ayudaba de un palo para ello. Entonces el elegido decidió condenar a muerte al que había matado a quien servía. Y Ohsm seguía orinándose y defecándose encima. Sus lloros lastimeros nada consiguieron. Sus imploraciones, cargado de cadenas como estaba, se perdieron como ecos en un valle vacío. Sin compasión, el de la muleta, que era el estrenado líder, aplicó el código de las caravanas que recorren estos dominios. Los justicias mayores de Kircuc quisieron tomar partido para impartir ellos las leyes, pero el mismo Cosroes, que es el emperador de todos, ha dictaminado que en esos grupos de caravaneros los legisladores imperiales no podrán nunca imponer la Ley del imperio. Por ello, los mismos mercaderes viajeros ejecutaron la sentencia dicha por el jefe cojo. Enterraron desnudo y hasta el pecho a ese Ohsm y lo mantuvieron así toda la noche. De vez en cuando alguno se acercaba y lo golpeaba o le daba una patada en la cabeza. Cuando la caravana partió al día siguiente toda ella pasó por encima de su cuerpo. Los gritos se estuvieron escuchando un rato largo, pero cuando un grupo de unos veinte camellos lo pisoteó supimos que ya había muerto.

»Nadie del grupo volvió para atrás a recoger sus despojos y darles tierra. Los buitres sí que se lo pasaron bien. Un día después de esto me acerqué hasta allí y solo habían dejado un agujero en la tierra. Se habían comido hasta los pelos de su cabeza. Supongo que las hienas los ayudaron ya que no había ni huesos. Y así, con muerto conocido pero sin cuerpo, terminó ese asesinato del jefe de la caravana a manos de uno de sus criados. Y ahora ¿era o no interesante la historia?

—Sí, la verdad es que sí —asintió Armonio.

Un esclavo mata a su dueño para ¿nada? Porque nada le robó. Zunsú le daba vueltas a la historia sin llegar a comprender los motivos. Algo más habría allí pero tampoco era asunto de pensarlo mucho. Lo maltrataría o amenazaría o..., daba igual. La justicia de aquella caravana se había aplicado, bien o mal, por lo que todo ya había terminado y pasaría al olvido. Lo que sí era cierto era que en Kircuc cualquier asunto de poca importancia se tornaba, por mor de los hablares de las gentes, al principio en una narración normal, luego

en una fábula y después en leyenda, haciendo mártires donde no los había y héroes a los cobardes tal era la idiosincrasia de las ciudades como esta.

Durante un rato largo hablaron de asuntos en su mayoría intranscendentes, hasta que el cansancio se hizo patente. Nilasha se levantó y dio dos fuertes palmadas.

—¡Hala! Venga. Que ya es momento de ir a dormir.

Y con estas todos se acostaron, cada uno en su lugar. Zunsú y Armonio en la misma habitación, Nilasha con Eudocia, Albdal en un pequeño cubículo y Rástim en el cuarto principal. Brillaban todavía las últimas estrellas cuando un gallo cantó muy fuerte. Los repetidos quiquiriquís del vanidoso animal hicieron que los habitantes de la casa se desperezaran y levantaran de sus camastros. A falta de jofainas en las habitaciones acudieron a la pileta del pozo para asearse, primero los hombres, después las mujeres. Coincidió que los dueños terminaron rápido y entraron de nuevo seguidos por el hambriento Zunsú, a quien le sonaban las tripas como los truenos en una tormenta. De esta forma se quedaron solos el médico y los dos monjes.

—Desde mi regreso hasta ahora no habíamos tenido oportunidad de quedarnos a solas —habló Armonio—. Como os dije, he vuelto con dineros suficientes como para seguir viaje. Yo marcharé con vosotros. Nos acompañará también mi amigo Zunsú, buena persona y de confianza. Él es de los pocos que saben guardar un secreto. Pero antes quiero que sepáis que de mi boca no ha salido palabra alguna relacionada con lo sucedido en la caravana. Para mí ya está todo olvidado. Y tú Eudocia, no te hagas mala sangre con aquello que pasó. Estoy seguro que tuviste un arrebato de locura pasajera. Las consecuencias fueron fatales, sí, pero todos a lo largo de nuestra vida hemos sufrido más de una vez de esas intensas cóleras apasionadas, que lo mismo que comienzan terminan.

»Por ello debes de intentar apartar a lo más profundo de tu corazón ese terrible sentir de culpa y tormento con el que cargas. De nada te servirá martirizarte de por vida. De hecho la tortura que padeciste esa noche con aquel maldito Zensán quizá sea peor que una muerte rápida. Hasta tuvieron la indecencia de marcarte a fuego la frente. Esa señal es parecida a la que se impone a los desterrados en las tierras del Turán, allá por la ciudad de Dëb en el Indo. Los expulsan de sus tierras por motivos muchas veces banales. Si estáis de acuerdo, a cualquiera que pregunte por la quemazón le diremos que la arrastras desde que los habitantes de Dëb te echaron de allí por no querer saber nada ellos de tu religión. En esas regiones impera el culto al enorme río Indo y tienen varios dioses representados con figuras horribles de fealdades muy grandes. Podremos explicarlo así, que tú llegaste a ese país y te recibieron de malas formas ya que no creían en

tus predicaciones. Por eso te expulsaron, quemándote primero para recordarte que allí no podrías volver. ¿Estáis de acuerdo? —Los otros dos asintieron—. Sea pues esa la explicación de tu marca.

»Pero yo querría saber cual es el motivo de vuestra misión. Tengo muy claro que tres monjes no viajan por el imperio de Bizancio y después por el sasánida con una cantidad tan enorme de dinero y con un mandato imperial como el vuestro. Me da el pálpito de que el mismo Justiniano, o alguien muy cercano a él, os ha encomendado una misión que no es la de buscar iglesias nestorianas. Os ruego entonces que me expliquéis qué es lo que se os ha mandado hacer. Si es un secreto tan grande como que no puede ser desvelado yo me conformaré igual, ayudándoos de la misma forma que si lo supiera. Si algo me decís, sabed que jamás nadie lo conocerá por mi boca salvo que vosotros me autoricéis a ello.

Albdal miró a Eudocia. No sabía qué hacer. Ella tampoco lo tenía claro. La indecisión de ambos era muy grande hasta que la monja habló.

—Tengo una losa demasiado pesada que me oprime el corazón. Sí, fue en un arrebato de locura pero el mal ya está hecho. Mi dolor siempre seguirá punzándome todos los días hasta que purgue de alguna manera esta culpa tan terrible. En cuanto a lo de mi marca en la frente me parece bien. La verdad es que me siento demasiado inmunda y me da igual cómo me traten allá donde fuera. Pero si así lo queréis que sea. Y lo del secreto, yo soy una esclava, no decido.

—Parece mentira que ahora que he recuperado la voz, aunque demasiado femenina, tenga que hablar para decir estas cosas. No te consideres mi esclava porque no lo eres. —Albdal se sorprendió a sí mismo al decir con tanta frialdad lo que no pensaba—. Ni los has sido ni lo serás. La muerte de Pulqueria fue un terrible devenir que nadie esperaba, pero eso ya es pasado. Y por supuesto que sobre la marca de tu frente diremos que fue producto de la ignorancia de los pobladores de Turán, allá por la ciudad de Dëb en el Indo. Nadie sabrá jamás lo que sucedió en la caravana.

En su fuero interno se resistía a confesar al médico la misión que tenían, pero el galeno disponía de medios para llevarla a cabo. Hasta aquí el viaje había sido largo, demasiado trágico. Era de esperar que en los meses venideros algún asunto similar les sucediera. Existían multitud de peligros y el físico conocía muchos caminos, rutas y ciudades. Sí, se lo contaría. Miró a Eudocia, le hizo una indicación con los ojos y ella asintió.

—Armonio. Estamos de acuerdo en desvelarte nuestra misión. Pero antes deberás de jurarnos que jamás contarás ni en todo ni en parte lo que ahora oirás. Ni tan siquiera a este nuevo acompañante Zunsú.

El médico no se hizo esperar. Levantó la vista al cielo y juntó sus manos por las palmas.

—Yo Armonio de Seleucia, médico y viajero, juro por todos los dioses que existen o hayan existido, que nunca jamás saldrán de mi boca palabras sobre el secreto que guardáis. Y juro que jamás lo desvelaré ni bajo amenazas, ni bajo tortura ni aún ante la mirada de la misma muerte. ¡Que todos los dioses dejen que mis ojos sean vaciados por los cuervos, que la carne sea separada de los huesos por las hienas y que blanqueen desperdigados bajo el ardiente sol de un desierto perdido si falto a este juramento! ¡Yo, Armonio de Seleucia, lo juro por todos ellos! ¡Así lo he jurado! ¡Así lo cumpliré!

—Has jurado cumplir con tu silencio —dijo Albdal—. Por ello te desvelaré eso que tú no conoces. En principio te diré que yo ahora sí soy monje nestoriano, puesto que Leturio, uno de los obispos de Bizancio, me consagró como tal días antes de nuestra partida. Hasta ese momento era el esclavo de confianza del emperador Justiniano, a quien juré en su día lealtad eterna. Entré a su servicio después de las revueltas del hipódromo de hace ya años. Yo, de aquellas, me dedicaba al trato de personas que vendía y compraba para mi provecho. Pero válgame el mismo dios Ra, me mezclé en esos alborotos y apareció el emperador con su guardia. Se acercó al galope y de un corte fuerte de su espada me rebanó el pescuezo. Como yo no había muerto del todo, ordenó que sus médicos me arreglaran el estropicio si podían. Le debió de llamar la atención que yo viviera aun con heridas tan enormes. Y a ojos vista está que consiguieron mantenerme vivo. Por su parte, Eudocia y la difunta Pulqueria sí que ya eran monjas consagradas mucho antes de salir de Bizancio.

»Desde hacía tiempo Justiniano estaba empeñado en conocer los secretos de la seda. Para ello ya había enviado anteriormente, más de una vez y de dos, emisarios sigilosos para desvelar aquello, pero todos ellos fallaron en sus intentos. Sucedió que un día se le ocurrió otra manera, que era la de mandar monjes a aquel país para conseguir su propósito. Entonces entró en conversaciones ocultas con el obispo que he dicho antes. Llegaron al acuerdo de que, en un total secreto, tres de sus monjes viajarían hacia donde nace el sol con la excusa de buscar la última de sus iglesias que estaría en la ciudad de Samarcanda. Si allí no conseguían su propósito continuarían camino hasta hacerse con el secreto de la seda. Entonces volverían.

»Para ello eligieron a las dos monjas, Eudocia y Pulqueria, y a mí como su custodio. Para facilitar el tránsito por el imperio, Justiniano nos facilitó el salvoconducto que tú ya conoces y una fortuna suficiente como para llegar hasta el final del mundo conocido comprando deseos, voluntades y los conocimientos de la seda. Leturio también nos entregó un pase para hacer creer a quien nos interfiriera

en el camino de nuestras intenciones religiosas. Creo que la explicación está clara y el resto lo conoces bien.

Durante un minuto imperó el silencio entre los tres. Solo se oían las voces de Nilasha riñendo a Zunsú y el lejano graznido alborotado de unas urracas chillonas. Entonces Armonio los miró.

—He jurado y mi juramento es sagrado. Lo cumpliré como he dicho. Y además me comprometo a acompañaros. He traído dineros en cantidad de mil daricos y a un buen amigo. Si así lo queréis, podríamos poner al corriente a Zunsú de nuestros propósitos. Es persona discreta, confiable y audaz. Él querrá también embarcarse en esta empresa y podría sernos muy útil.

—De momento, por lo menos hasta que nos marchemos de Kircuc, no es conveniente hablarle a nadie más de nuestros propósitos. Todos sabemos que aun teniendo las mejores intenciones, estas pueden verse malogradas por una frase que despierte la suspicacia en los demás. Por ello pienso que por ahora es mejor mantenerlo todo en secreto. Más adelante ya se lo confesaremos. La explicación que daremos sobre nuestro viaje es la misma que hemos dado hasta ahora. Somos monjes nestorianos que marchamos hasta la última iglesia del imperio persa para conseguir expandir más allá nuestra fe. En cuanto a ti Armonio y a Zunsú diremos que realizáis el mismo trayecto que nosotros hasta mediado el camino. Creo que es lo mejor.

—Sea como dices. Momento es ya de que entremos y comamos algo. Después, de paseo por los alrededores, hablaremos de nuestro itinerario si es que os parece bien.

Después del almuerzo como Eudocia quiso quedarse en la casa con Nilasha y Rástim se marchó a atender a un enfermo, los tres salieron solos a la calle.

—Necesitamos una cabalgadura —dijo Armonio—. Somos cuatro y solo tenemos tres caballos.

—Y armas —apuntó el monje—.No hemos traído más que un par de espadas viudas incluso de su escudo.

—En lo de la montura yo soy más de camello —habló Zunsú—. Es un animal con mucho aguante, de mayor corpulencia y perfecto para el transporte. No corre tanto pero no vamos a andar siempre por ahí a galope tendido. Y yo me manejo mejor con estas bestias, sean de dos jorobas o solo una como los dromedarios.

—Como quieras —sonrió Albdal—. Pero tienes que convencer al médico que es quien tiene los dineros. No sé yo si saldrá más caro un bicho que otro.

—Por ahí le va, aunque los camellos suelen ser más baratos por haber más cantidad.

—Sea pues. —El físico se reía—. Armas las que digas tú Albdal, camello el que tú elijas Zunsú.

Era Kircuc una población no demasiado grande pero sí lo suficiente como para que el mercado estuviera abierto de sol a sol. Estaba en una gran explanada, en cuyo centro decenas de puestos de verduras y carnes se mezclaban con los tenderetes de los cambistas. Las voces de los vendedores competían con las de los matarifes y las de los prestamistas. Los golpetazos en los yunques acompañaban las ofertas del de las alfombras o los relinchos de los caballos. Unos cuantos perros demasiado flacos corrían de lado a lado rebuscando entre las basuras o esperando que algún alimento cayera al suelo.

—Supongo que el viaje que haremos será largo —dijo Zunsú—. Todavía no sé muy bien a dónde iremos.

—Sí. Marcharemos hacia la Boreal en busca de la última de nuestras iglesias —contestó Albdal—. Una vez allí ya decidiremos Eudocia y yo lo más conveniente para el esparcimiento de nuestra religión hacia las tierras de Ta Peca.

—Creo que lo mejor será buscar ahora el animal —interrumpió Armonio—. Así, el resto de lo que compremos se podrá cargar en el bicho.

Se detuvieron en una de las cuadras que guardaba una docena o más de camellos. Al poco el dueño se les acercó.

—Buenas gentes, sed bienvenidos. Veo que os mostráis interesados en esta partida de excelentes animales. Os informo que por cada cinco que compréis el sexto os saldrá a mitad de precio.

El médico sonrió e hizo el gesto de que solo comprarían uno.

—Bueno, bueno, bueno. Entonces... ¿macho o hembra? —Una mueca le dio a entender que tenía que ser macho.

—Permitidme que os aconseje. Supongo que será para una travesía larga. Por eso os recomiendo aquel de allí, el de la cola más peluda. Posee una bravura y resistencia muy grandes. ¿Qué me decís?

—Será mejor que lo elijas tú ya que serás el jinete —dijo Albdal a Zunsú.

—A ver comerciante. El que tú me propones no lo veo yo muy bien. Parece ya entrado en años. Ese otro de allá, el del manchurrón blanco del pecho. ¿Qué nos dices de él?

—¡Oh! Ese es el más caro de toda la manada. Es joven, no llega a los dos años, está entero y posee una energía suficiente como para cabalgar al mismo ritmo que cualquier yeguada. Además, por ser su porte fuerte y elegante, como bicho de carga es de lo más indicado. Tiene todas las muelas sanas y en su sitio. Es el mejor, el auténtico campeón del grupo.

Lo estuvieron observando un rato y le pidieron el precio.

—Para lo que es, es barato. Y como me habéis caído en gracia os haré un precio que no podréis rechazar. Por cinco daricos es vuestro. ¡Mirad que lomos tiene! Y ese par de jorobas..., recias...,

enhiestas. Una maravilla.

—Nos vamos. —Armonio dio media vuelta—. Con esa cantidad de monedas compramos en otro sitio un par de hembras.

—¿Pero qué dices? Si os lo dejo regalado. Mira que bien alimentado está. Observa como es el jefe del grupo. ¡Mira, mira! ¡Vaya mordisco que le ha lanzado al de al lado! Observa cómo es una maravilla. Bueno, no se hable más. Por cuatro daricos os lo lleváis —otra vez el gesto del médico hizo que el mercader cambiara de opinión —. Vale, vale. Que sean tres. Más no puedo bajar. Si lo hago perdería dinero.

—No lo veo muy claro, no. —El galeno frunció el ceño.

—Por dos daricos y diez dracmas será vuestro. Y no se hable más. Venga, dadme el dinero y llevaros este buen animal, el mejor de todo el mercado sin duda.

—Te damos dos por él. Y no se hable más —repitió Armonio.

—¡Por el mismo Zoroastro! ¡Dos daricos por este ejemplar! ¡Que es el mejor de esta orilla del Aluzim! ¡Y dice dos! No puedo. Por ese dinero no puedo.

—Entonces nos vamos. —Dieron otra vez la vuelta.

—Buenas gentes, ya os he dicho que me habéis caído en gracia. Por dos daricos el camello es vuestro.

—Sean dos entonces —dijo Albdal—. Pero le añades la silla, la collera, la cabezada y las riendas.

—¡Pero bueno! ¡Cómo os aprovecháis de mí! Sabed que pierdo mucho dinero si acepto esa oferta. Pero voy a ser sincero. —Agitó un poco la cabeza y sonrió—. Atendiendo a tus hábitos de monje os lo venderé todo. El camello, la silla, la collera, la cabezada y las riendas. Todo por dos daricos. No vaya a ser que cuando mi espíritu me deje no llegue nunca a los bosques de Angra Mainyu y me vea privado de poder disfrutar eternamente de mil hembras vírgenes. Dos daricos, dos.

Armonio le pagó y el vendedor les entregó el atalaje. Ensillaron al animal, le colocaron los aparejos y Zunsú se subió a su lomo. Ya en la zona de las herrerías dejaron al bicho atado a un árbol y se acercaron a uno de los puestos. Allí estaba el herrero martilleando fuerte un hierro al rojo en el yunque.

—Buen hombre —habló Albdal—. Vamos a emprender un viaje largo y necesitamos escudos, espadas, arcos y flechas.

—Pues estáis en el sitio indicado. ¡Niño! —gritó a su hijo que atendía al fuelle—. Para con el aire que voy a tratar con estos hombres. Cuida del carbón pero no lo avives mucho.

Pasaron a la parte de atrás en donde el herrero tenía el almacén.

—Queremos dos buenas espadas del mejor material, cuatro

escudos, cuatro arcos y flechas suficientes para ellos con sus aljabas.

—De todo. Tengo de todo. Mirad qué espadas tan preciosas estas de aquí. Son curvas, con filo doble, para dar toques, retoques y mandobles. De escudos os aconsejo este redondo, de poco peso pero muy resistente, con el borde afilado que se puede utilizar como guadaña. Es realmente espectacular. Y de arcos, vamos a ver. Mirad, mirad qué maravilla. Este es de cinco curvas. Algo largo pero nada incómodo. Posee una fuerza mucho mayor que los de una o tres curvas. Las flechas que lanza atraviesan cualquier coraza, tal es la potencia con la que salen de él. Y para flechas estas de aquí. Las mejores que existen. Mirad. Su punta es como una aguja. La cabeza tiene cuatro filos tal cual los garfios de ataque. La guía es de madera de castaño dura, flexible y resistente. Y como timón, asombraos, plumas de pato joven que hacen que no se desvíe. Con el arco y esta flecha no tendréis enemigo que se os enfrente. ¿Qué me decís?

—Fija el precio —dijo Armonio ante la satisfecha mirada de sus compañeros—. Si nos convence la cantidad te compraremos todo el lote.

—Bien, por un escudo, un arco y veinticinco flechas, os cobraré un darico. Si son cuatro en total, serán cuatro los daricos a pagar. A ello se le sumarán las dos espadas, que por ser un par os las dejaré por otro darico. En total, por todo, cinco daricos.

Zunsú se acercó al médico y le dijo algo al oído.

—Sean pues las cinco monedas. Pero siempre que incluyas en el precio las aljabas.

—De acuerdo. Os regalaré las aljabas.

Cerrado el trato, recogieron todo y lo cargaron en el camello, que seguía tranquilo y ausente atado al árbol. Ya de camino a la casa de Rástim enfilaron por una calle larga, diferente a la que habían recorrido a la ida. A un lado un par de caserones tenían colgando en su entrada unos trapos rojos.

—¡Vaya! —dijo Zunsú—. Acabamos de toparnos con las casas de las meretrices.

—Sí —sonrió Armonio—. Te veo risueño. No estarás pensando en entrar.

—Podríamos hacer una visita para beber alguna cosa, que yo tengo la garganta bastante seca. —Albdal secundó al primero.

—De acuerdo, entremos. Gastaremos dos o tres monedas de las que hemos ahorrado con el animal —decidió el médico.

Dejaron al bicho al cuidado de uno de los vigilantes, y ellos, ya dentro, comieron y bebieron con ansia. Después, unas mujeres de la vida se les acercaron. Zunsú y el monje escogieron una cada uno y marcharon a unos apartados que había al fondo. Armonio esperó a estar solo. Entonces se acercó a un mancebo que le ofreció sus

servicios. Con él se fue a otro habitáculo más alejado. No quería que Albdal conociera de sus apetencias, por lo que disfrutó rápido de esos placeres masculinos, pasando al rato a los baños que tenía la casa. Se sumergió en el agua tibia dejando que ablandara toda su piel. Al rato salió y se sentó en una de las bancadas. El templado líquido hacía que el vapor flotara por la estancia como si de una suave y cálida niebla se tratara.

«En unos días partiremos en busca de ese secreto desconocido. ¿Cómo se obtendrá eso que se llama seda? ¿Nacerá en la tierra? ¿En los árboles? ¿Serán, como he oído alguna vez, unas nieves que caen en las más altas montañas de Ta Peca? ¿O los hilos de las alas de los dragones? Lo único cierto es que su precio hace que quien tenga esos conocimientos poseerá un poder enorme sobre gentes y gobernadores. Todos querrán conocerlos, comprárselos o arrebatárselos. Sí, es peligroso. Muy peligroso. Demasiado. Ahora yo me he comprometido con esa mujer y su acompañante. He dado mi palabra y no puedo fallar.

»Pero... ¡qué estupidez lo de Eudocia! ¡Matar a su amiga por un enamoramiento absurdo! ¡Qué estupidez! Y ese maltrato que le hicieron. ¡Vaya con la justicia de las caravanas! Su delito implicaba la muerte pero no la tortura. Ese Zensán... ¡oh! ¡Qué bien merecido tienes tu destino! Aunque, pensándolo, no sé yo si aquí pagó quien no lo había hecho. No creo que el tonto de Ohsm lo matara. Pero si él no fue ¿quién lo hizo? En la caravana no le conocí enemigo. Al final solo los monjes y yo mismo. Pueda ser que Albdal se acercara por la noche y lo degollara. Sí, pudiera haber sido así, aunque conociendo a los hombres él lo habría hecho por delante, dando la cara en un desafío público. Así su vanidad se vería agigantada. No. Él no fue. Solo queda la monja. La bella Eudocia a quien ese salvaje muerto le rompió las entrañas, la marcó a fuego y luego la vendió como si fuera un animal. Sí, debió de ser ella. Entró por la noche con sigilo y cautela y lo mató. Después se limpió la sangre y regresó por donde había llegado, sin hacer ruido. Sí, fue ella. Pero haya sido uno o la otra, los dos muertos lo tienen merecido. Mejor muerta esta gente que viva.

»¿Y lo del monje? Antes mudo y ahora charlatán. Vaya con él. Y yo que creía que era hombre de religión, resulta que está al servicio del emperador de Bizancio. Sirve al más poderoso del mundo. Será también su confidente, claro. ¡Qué cantidad de dinero llevaba! ¡Una fortuna auténtica! Cualquiera daría uno de sus brazos por poseerla. Y resulta que una cosa tras la otra, al final solo sirvió para que Eudocia siga viva y a su lado. ¡Pero qué poder tiene esa seda! Este Albdal quiere hacerse con los saberes de esa tela. Ese es su interés y no le importa para nada la monja. Ya veremos qué sucede.

»¿Y Zunsú que durante muchos años ha desconocido mis

apetencias griegas? En algún momento tendremos que decirle el objeto de este viaje. Él es persona inteligente que ya debe de estar suspicaz sobre ello. Sí. Cuando salgamos, ocho o diez jornadas más adelante, le contaré todo. No podría ser el que alguien viajara sin conocer el motivo real. Y del viaje, tendremos que trazar una ruta. Quieren ir hasta las últimas iglesias nestorianas y entrar en Ta Peca y Seres pero no sabemos el itinerario. Esos monjes vivirán más allá de las regiones de los Partos, en las tierras de las montañas que se ven desde Kusansar. O pueda ser que estén por la Sugidia en los territorios de los Hujand. Dicen que van hasta Samarcanda pero creo que seguiremos más allá. Hay ríos anchos y profundos, valles verdes de bosques oscuros y montañas de nieves eternas. Debemos de hablarlo antes de partir. No podemos marchar sin tener trazado y definido el recorrido.

En ese momento aparecieron sus acompañantes. Las caras de satisfacción de ambos denotaban que habían desahogado todos sus instintos. Entre conversaciones banales recibieron el baño y los vapores. Una vez vestidos, el médico pagó a la dueña y recogieron al camello. Era ya de noche cuando llegaron a casa de Rástim. Curiosamente nadie les pidió explicaciones por esa tardanza excesiva. Con el animal descargado, bebido, alimentado y en la cuadra, cenaron algo y todos marcharon a dormir.

Los cálculos

El quiquiriquí del vanidoso gallo de la casa hizo que Armonio despertara con una sonrisa. En el fondo empezaba a cogerle cariño a ese animal. Era el único macho del gallinero y gustaba presumir ante su harén con esas exhibiciones sonoras, jactándose engreído de sus habilidades. Lo había visto varias veces picoteando por el patio, custodiando de paso a la docena de gallinas que cloqueaban cariñosas ante su presencia, aunque como gallo dejara mucho que desear. Era pequeño, medio despojado de su abrigo, con unas pocas plumas negras y alguna marrón, de corta cresta roja tan deslucida que apuntaba al rosado, y un cuerpecillo tan falto de carnes que daba hasta pena verlo. Lo único que llamaba la atención en él eran el par de largos y desproporcionados espolones que lucía sin disimulo, como diciendo «te lo advierto, si acercas un poco más a mis hembras saldrás escaldado».

El galeno, con estos curiosos pensamientos, se vistió y acudió al pozo para asearse. Al poco aparecieron los demás habitantes de la casa.

—Buen día a todos —les dijo—. Hoy nos espera una jornada intensa. He pensado varias cosas para hacer.

—Seguro que será bueno el día —respondió Albdal con su voz aflautada.

—Vaya —habló Zunsú mientras se salpicaba agua al rostro—. Todavía estamos medio dormidos y ya estás organizando la faena.

—No te hagas el remolón. Tenemos que aprender a manejar las armas con más soltura que la que ya tenemos y deberemos de trazar una ruta para el viaje. Mi intención es partir de aquí en diez días como mucho.

—Te entiendo. —El monje le interrumpió—. Pero será más conveniente que la partida sea antes. En dos jornadas estaremos preparados. Te agradezco tus desvelos, sin tu ayuda y conocimientos nos sería casi imposible el intentar esta empresa, pero seremos Eudocia y yo quienes decidamos sobre el viaje. Nosotros conocemos mejor que nadie adónde y hasta dónde debemos llegar.

—No te enfades. —Zunsú sonreía—. Todos sabemos que los médicos son así. Ellos miran, mandan y los demás hacemos. No te lo tomes a mal.

—Dices bien —intentó disculparse Armonio—. Este viaje es vuestro. Aunque yo os acompañe por voluntad propia no tengo ningún derecho a ordenar sobre qué y cuándo. Te pido disculpas.

—¡A ver si nos damos prisa! —gritó Nilasha enfurruñada.

Desde que se habían acercado al pozo, las dos mujeres permanecían al lado esperando a que los hombres acabaran. Esa era la costumbre. Pero ahora en vez de cumplir con sus menesteres se dedicaban a charlar. Ya iba siendo el momento de que terminaran.

—¡Que si acabáis de una vez! —volvió a decir.

—Ya nos vamos, ya nos vamos —habló Rástim—. Pasemos dentro a comer algo. Después iré a visitar a un conocido astrónomo para que me preste unos mapas. Con ellos podréis trazar con bastante acierto el recorrido que haréis.

Dejaron libre el pozo y entraron en la casa. Armonio se retrasó un poco y marchó detrás. No dejaba de pensar en que Albdal no estaba dispuesto a ceder la organización del viaje a nadie. Aunque él hubiera puesto el oro, no podía romper su juramento de acompañarlos. Viajaría como uno más.

En estas andaba cuando le dio una patada a un canto que había en el suelo. La piedra salió volando y sacudió un golpetazo seco en la espalda del flaco gallo, el cual picoteaba por allí unas lombrices. Al momento el animal paró en su camino y levantó poco a poco la cabeza dirigiendo la vista al médico, que se había detenido cerca aliviado por no haberlo matado. Por allí andaban también tres o cuatro hembras del harén, que cacareaban fuerte y rápido animándole a tomar venganza por el golpe. Envalentonado el raquítico animal, se encaró al físico al igual que hacen los toros dioses y bravos de la isla de Creta.

De un salto, acompañado por aleteos y un grito gallináceo, sonó como que «te vas a enterar», se plantó ante el hombre con los espolones por delante arreándole un par de aguijonazos en una pierna. Retrocedió un poco dando un paseo alrededor para volver a coger velocidad. Otra vez le sacudió en el mismo lugar, pero esta con más fuerza, haciéndole algo de sangre. Armonio, hombre de paz, dedicado a aliviar el sufrimiento de los demás, perdió la compostura y a falta de un palo para defenderse agarró una piedra y se la arrojó al bravucón atacante. Como su tino era muy malo ni lo rozó, por lo que el gallo embistió por tercera vez. No le quedó más remedio al médico que salir corriendo y refugiarse en la casa. Atrás quedaron las gallinas que aclamaban a su protector por esa victoria con cacareos cariñosos, ofreciéndose ellas al macho con todo el descaro.

Las mujeres que estaban en el pozo se reían abiertamente. El fiero ataque del bicho y la inútil defensa del médico habían resultado demasiado cómicos, dignos del escenario de algún teatro griego. Los tres hombres de la casa, que también habían visto el espectáculo desde

la entrada, no podían parar de reír. Hasta el mismo Zunsú lloraba agarrándose la barriga. Cuando ellas regresaron del aseo se sentaron alrededor de una mesa en la que había leche, miel, frutos secos y algunos dátiles y naranjas. Por supuesto que durante un rato largo el único tema de conversación fue ese terrible animal que campaba a sus anchas por el patio. Parecía el amo y señor de todo, tal era el ardor defensivo que había mostrado.

—Creo que ya es suficiente tanta mofa a Armonio —opinó Rástim—. Ahora bien, si deseáis partir rápido es menester que traiga algún mapa. Si me disculpáis, me marcho a visitar a quien me los proporcionará.

—Nosotros deberemos también hacer alguna cosa —dijo Albdal —. Dedicaremos la mañana a entrenarnos con las armas. Tenemos arcos, espadas y escudos. Aprendamos pues a manejarlos con más soltura.

Ya en el patio, colocaron unos maderos en un lado. Con los arcos desde enfrente practicaron el tiro. No era mucha la distancia pero podían calcular las curvas de la flecha disparándola a lo alto. Toda la mañana estuvieron con diferentes aprendizajes haciéndolo de uno en uno. Disparaban de frente, hacia arriba, teniendo en cuenta el viento que pudiera soplar, de lado... Zunsú se destacó, donde ponía el ojo allí se clavaba la flecha. Eudocia hacía lo que podía, pero era de buen tiro acertando casi todos. Armonio, a la zaga de la monja, se aturullaba algo pero tampoco se le daba mal.

En una de esas tandas de disparo andaban, era el turno del médico, cuando este vio acercarse con lentitud, ajeno a ellos, al envalentonado gallo hacia el madero que hacía de blanco. Decidido, apuntó para arriba de tal forma que la flecha trazara una larga línea de ascenso por el cielo yendo después a caer en su destino del otro lado del patio. Tensó la cuerda, volvió a mirar al bicho y disparó. Sus acompañantes siguieron la trayectoria ascendente con atención. Cuando llegó a lo más alto comenzó a caer. Quiso la mala suerte, o la buena puntería de Armonio, que el gallo estuviera allí intentando tragarse una lombriz entera. El proyectil lo atravesó de arriba a abajo dejándolo clavado al suelo. Entones comenzó el animal a agitarse en un estertóreo aleteo que fue poco a poco apaciguándose. Las gallinas corrieron hacia él, que ya era cadáver, con cacareos estridentes tal cual lloros de plañideras.

—Si es que no logro yo atinar bien con este arco —se excusó el médico ante las miradas cómplices de sus compañeros—. Además ese animal se metía en donde no debía. Si se hubiera dedicado a procrear con sus amigas ahora estaría vivo.

Nilasha salió entonces corriendo. Había visto como la flecha mataba a su único gallo.

—¡Inútil! —gritó—. ¡Me lo has matado! ¡Como que no había más sitios para apuntar! ¡Mira que eres resabiado! ¡Vengarse así del pobre bicho!

—Ha sido sin querer. Pero no te preocupes, esta tarde te traeré otro de mejor porte que ese.

—¡Más te vale! —dijo ella agachándose a por el muerto—. Pues..., pues,... mañana comeremos gallo con garbanzos. Que no hay mal que por bien no venga.

Y se marchó con el todavía caliente animal seguida por las llorosas gallinas que no dejaban de cloquear como si de un entierro se tratara. El médico fue detrás, cogió algo de dinero y salió. Tenía intención de comprar el mejor que encontrara en el mercado. No tenía derecho a haberle privado a esas gallinas del placer del macho por su infantil venganza.

—Volveré a la tarde —se despidió.

De camino pasó por delante de la casa de mancebía que ya conocía y pudo más el deseo que otra cosa. Entró en ella y bebió unos cuencos de vino. Al rato, el joven con el que había disfrutado el día anterior se le acercó. Con él se fue detrás de los cortinones. Pasó un rato muy largo hasta que se despidió de allí. Entonces sí que enfiló directo al mercado. Localizó los puestos de aves y en uno de ellos compró un buen gallo. Era este animal de planta elegante, joven de edad, despierto y dicharachero, ya que no paraba de protestar con sus quiquiriquís. Su espléndido plumaje era marrón, negro y alguna pluma azulona. La larga y exuberante cresta roja destacaba sobre lo demás.

«Buen amante vais a tener. Con este vigor no van a poder descansar esas gallinas. Las va a tener todo el día con los plumones del timón apuntando para arriba».

Le ató las patas y se lo llevó colgando pico abajo. Cuando llegó a la casa soltó al bicho en el patio. Al momento sus congéneres hembras lo rodearon. Se las veía curiosas y hambrientas de esa lozanía que emanaba el recién llegado, el cual, sintiéndose adulado y deseado, agitó las alas, estiró el pescuezo y lanzó un quiquiriquí fantástico que enamoró a las hembras. Rápido, rodearon al petulante macho ronroneando como gatitas. El médico dejó risueñas a las gallináceas y entró dentro. Allí estaban los demás dando buena cuenta a una serie de viandas que poblaban la mesa. Se juntó a ellos sin dar explicaciones, aunque Zunsú lo miró con una sonrisa burlona que denotaba su sospecha de haber vuelto a la casa del vicio.

—Buen animal tenéis ahora —dijo el recién llegado—. Mucho mejor que ese que sin querer ensarté de un mal flechazo.

—No sé yo si fue un «sin querer», no sé yo —rio Nilasha contenta de tener ahora un joven y elegante gallito en su corral.

Terminada la comida, Rástim trajo unos mapas que desenrolló

encima de la mesa ya limpia. Con cuidado puso los grandes pergaminos uno encima de otro, cinco en total, dejando para el final el que le parecía más interesante. Los cuatro primeros se complementaban e indicaban los caminos y postas de Persia con lugares para abastecerse de agua, las tierras de Harey, los ríos Tigris y Éufrates y las montañas de Negundia; pero el quinto era una copia persa de otro más antiguo que marcaba las rutas de Alejandro el griego conquistador. Abarcaba hasta un poco más allá de las tierras de los montes de Emodio, ofreciendo con detalle los caminos de las caravanas. En ese figuraba la ciudad de Samarcanda, punto y final o de partida para la búsqueda del conocimiento de la seda.

—Tendremos que tener en cuenta los lugares en los que conseguir comida y agua —dijo Albdal—. También los relieves del camino, los ríos y las regiones donde abundan los bandidos y salteadores.

—Nosotros estamos aquí, en Kircuc —Armonio se había inclinado sobre el mapa de Alejandro—. Tendremos que marchar hacia el Oriente, que es el mismo Naciente por donde sale el sol. Allí esta Samarcanda. Propongo que las jornadas no sean de más de cuarenta millas. Los caballos aguantan bien pero necesitan reponer fuerzas como mucho cada veinte millas.

—Sí. Supongo que cuarenta será lo más adecuado —intervino Zunsú—. Pero ¿cómo sabemos en el mapa las distancias? Porque aquí solo veo los trazos de pueblos o imperios, con nombres, montañas, ríos y esta suerte de rayitas verticales y horizontales. No creo que podamos saber la distancia así ya que si caminamos desde..., por ejemplo Babel, hasta... Belabad, tenemos cuatro rayitas de esas. ¿Cuánto, en millas, es una rayita?

—Es fácil —dijo Rástim—. Este mapa es griego. Si nos fijamos nos damos cuenta de que el mundo es una esfera. En la parte de arriba esta la Boreal, abajo la Austral, a mi derecha el Naciente y a la siniestra el Poniente. ¿Hasta aquí está claro? Vosotros en Bizancio utilizáis como medida la milla de Roma. Este plano en su origen usaba la de los griegos que se llama estadio, que es diez veces menos que una milla, que no son más que mil pasos largos. Es decir, una milla son diez estadios. Por ser una copia del original griego que usaba los estadios, el copista modificó esa distancia a la persa, que es la pasaranga que equivale a tres millas romanas. Si diez estadios son una milla, nos encontramos con que una pasaranga son treinta estadios. ¿Está claro?

Los presentes asintieron todos a la vez dando a entender que lo habían comprendido, aunque la realidad era que ninguno, salvo Armonio, se había enterado de nada tal era el lío entre milla, paso, estadio y pasaranga.

—Si os fijáis —continuó—, aquí arriba, en donde pone Boreal, hay una indicación entre rayita y rayita. Por cierto, cada rayita vertical se llama meridiano, las horizontales son los paralelos. Lo que decía es que entre meridianos, la distancia es de setecientos cincuenta estadios, que son setenta y cinco millas o veinticinco pasarangas. Si habláis de jornadas de cuarenta millas, ¿cuántas pasarangas son?

Un ronroneo, como que estaban calculando, se escuchó. Ninguno atinaba con la cantidad hasta que el médico contestó.

—Debe de ser sobre trece pasarangas y media si no me equivoco.

—¡Ajá! ¡Sí señor! Trece pasarangas y media. Una buena distancia.

—Yo no me aclaro mucho todavía. —Zunsú se rascó la cabeza — ¿Quieres decir que entre rayita y rayita hay veinticinco pasarangas de esas, que son setenta y cinco millas? Entonces deberemos de andar a diario un poquito más de la mitad de la distancia entre un meridiano y otro. ¿Es así?

—Correctísimo. En base a ese cálculo sois ahora vosotros quienes deberéis de trazar el recorrido.

—Empecemos entonces —dijo Albdal—, que trabajo tenemos que hacer.

Rástim los dejó solos. Tuvieron en cuenta los lugares de reposo y avituallamiento, intentando evitar las zonas más peligrosas. En principio irían hacia el Naciente pero también a la Boreal. Llegarían al mar de Kaspioi, a la ciudad de Amol. Desde allí directos al Oriente, a Gurgan. Después a Saranper hasta Marv entre oasis. De allí a Turquenemad, terminando en Samarcanda. Realizarían distintas paradas y estimaron la duración total del viaje en una luna completa. Tendrían que atravesar los ríos Kordan, Varian, Babul y Amudaria. Sortearían montañas y durante dos o tres jornadas cruzarían el desierto de arena de Marv y el de Turquenemad. El físico, armado con pergamino, pluma y tinta de carbón, anotaba todo lo que se decía.

—Os traigo un regalo —dijo Rástim de vuelta a la habitación—. Esto os ayudará a orientaros y para saber qué distancia recorréis. Es un *buscador de estrellas* que ahora muchos llaman astrolabio.

—¡Vaya! —dijo Armonio con sorpresa—. Ha pasado ya tiempo desde que tuve uno. Los usé hace años.

—Salgamos fuera que con en esta noche sin nubes podrás manejarlo.

El instrumento era un círculo metálico de un palmo de diámetro, con otro más pequeño, libre pero encastrado en su centro y una aguja móvil. Ya en el patio, el médico lo cogió y apuntó con la aguja a una estrella, luego a otra y otra más. Parecía un niño con un juguete nuevo.

—Amigos. Gracias a nuestro buen anfitrión os garantizo que no nos perderemos por este imperio tan inmenso. Hasta sabremos las millas recorridas, sea en estadios o en pasarangas. Con este aparato viajaremos con la seguridad de encontrar siempre el camino correcto. Acercaos que os explicaré cómo manejarlo.

—Observad. Son una pareja de discos de metal. El primero y más grande se llama madre, el segundo es el tímpano. Ambos están enganchados en el centro, en donde también esta remachada esta aguja que es la regla. Los tres elementos son móviles, se pueden girar independientes de los otros dos. En el borde de los círculos hay una serie de signos y símbolos que marcan las distancias en millas entre los meridianos. Mirad, es muy fácil. Lo colocamos en vertical. Con la regla apuntamos a donde nos interese, sea una estrella o un objeto en el suelo. Lo de la estrella sirve para conocer en qué lugar estamos y lo del objeto para saber a qué distancia nos encontramos. De esta forma, girando la madre y el tímpano en conjunción con la regla mientras atendemos a las marcas y a la inclinación de la aguja sin olvidar mirar los grados que marca en la madre, sabremos todo lo dicho. Como esta máquina es bizantina y tiene las distancias en millas, solo nos falta hacer unos pequeños cálculos para conocer los estadios o las pasarangas de lo que midamos. Sencillo, ¿verdad?

El monje y el ayudante lo miraban con la boca entreabierta. Ninguno se había enterado de nada. Les parecía mágico el poder conocer en qué lugar se encontraban solo con ese instrumento. Era asunto demasiado complicado para gentes sencillas como ellos. Mientras, Eudocia sonreía en silencio

—Claro, claro —dijo Albdal con cara de lelo—. Es muy fácil. Muy sencillo.

—Facilísimo. —Zunsú coincidió en esa ignorancia compartida.

El médico sonrió. Quizá había enrevesado un poco la explicación ya que si no se tenía una base de conocimientos de matemáticas y astronomía, difícil sería entenderlo a la primera.

—No os preocupéis, no hace falta que aprendáis a manejarlo que ya lo haré yo.

La monja, que había atendido las explicaciones con interés, rompió por fin su silencio.

—Pues yo no lo veo nada complicado. Es un instrumento sencillo, de fabricación ingeniosa y funcionamiento simple.

—Vaya —interrumpió el monje celoso—. ¿Tú, mujer, me estás diciendo que eres capaz de manejar este artefacto?

—Sí, claro.

—Eso es imposible. De todos es sabido que los únicos pensamientos lógicos son los que tenemos los hombres. Las mujeres siempre marcháis por detrás. Vuestro lugar en este mundo está en la

casa para servir y satisfacer al marido con el único fin de dar al mundo los hijos que el esposo germine. ¡Que ahora digas eso! ¡Por favor! ¡Que solo eres una mujer!

—No puede ser que hayas entendido algo —dijo Zunsú también herido en su vanidosa soberbia—. No puede ser que seas capaz de calcular estadios o pasarangas. Menos todavía que sepas la distancia que puede haber desde aquí a... a aquel tejado usando este *buscador de estrellas*.

Armonio atendía divertido a esos ataques de orgullo de los dos hombres. Él, como médico, conocía bien a las gentes. Sus propias apetencias por los mancebos le acercaban más a la comprensión en la forma de ser, sentir y pensar de las mujeres. Sabía de sobra que la inteligencia y sabiduría de las personas no tenía nada que ver con el sexo. Es más, siempre fue de los de la idea de que la supremacía masculina en cualquier sociedad se basaba en la misma fuerza bruta. Por lo general, casi todas las mujeres eran más inteligentes, más persistentes, más delicadas y con un espíritu más fuerte que el de cualquier hombre. Solo les perdía a ellas esa necesidad de protección que veían en los del otro sexo.

—Eudocia, amiga. —Le tendió el *buscador de estrellas*—. Demuestra a estos dos brutos cómo se usa este artefacto midiendo la distancia.

Ella sonriente, aunque algo temblorosa, cogió el astrolabio. Nunca había tenido uno entre sus manos pero sí que los había visto antes. Lo miró, observó las marcas, giró la madre, el tímpano y la regla, todo ello bajo la atenta mirada de sus compañeros.

—¡Ja! No sabes manejarlo —rio Albdal.

—Ten cuidado. —Zunsú no quiso quedarse atrás—. Te puedes hacer daño.

Ella los miró seria siguiendo a lo suyo. Colocó el aparato vertical y buscó la estrella más brillante. Giró la regla hacia ella y la marca principal del tímpano al tejado de la casa que le habían dicho. Miró, remiró y calculó. No parecía satisfecha por lo que repitió la operación haciendo lo mismo, pero esta vez hacia la cercana puerta. La regla la apuntó a la parte de arriba, el tímpano lo giró a la de abajo. Entonces miró las señales de la madre, cerrando un momento los ojos para acordarse de ellas. Se dio la vuelta apuntando hacia el tejado que habían dicho. Observó otra vez las marcas y cerró de nuevo los ojos. Las mofas de sus compañeros habían cesado. Quizá se daban cuenta de que aquella mujer los iba a dejar en ridículo.

—Hay exactamente desde aquí hasta el tejado de esa casa la distancia de un estadio —afirmó satisfecha.

—¡Pero bueno! ¿Cómo que un estadio? —Albdal parecía indignado—. Eso habrá que comprobarlo.

—No has atinado. Has dicho una cantidad por decir. A ojo son por lo menos dos estadios. —Zunsú aparentaba irritación—. No has acertado aunque no ha estado mal ese afán tuyo.

—¡O tres! —El monje comenzó a reír—. Eudocia, no tienes ni idea de cómo funciona ese artilugio. ¡Un estadio de aquí hasta allá! ¡Vamos, ni pensarlo!

El médico ya no sabía si reír o llorar. Había observado con atención las maniobras de la monja y se dio cuenta de que ella sabía lo que hacía.

—Comprobémoslo. Un estadio son alrededor de doscientos pasos largos de un hombre alto,... hum, como tú Albdal. Pero siempre en línea recta. Midámoslo entonces así, paso arriba, paso abajo. Pero los tienes que dar todos largos e iguales.

Comenzaron a andar desde donde estaban, contando los pasos que daba el monje.

—Uno, dos, tres —decía Armonio mientras avanzaban—,..., treinta y uno, treinta y dos,...

Los demás, detrás, anotaban mentalmente las cantidades. La medición era en línea recta aunque debían de sortear un pequeño muro y un estrecho huerto vallado. Ante el primero el médico detuvo la operación.

—A ver cómo contamos esto para que después no haya discusiones. Tenemos este muro y ese huerto, que son dos barreras que debemos de rodear. A ojo, más o menos, podemos calcular entre todos lo que miden estos dos trozos juntos y sumárselos al final. Es decir, lo calculamos, vamos hasta el otro lado y desde allí continuamos con la cuenta en la misma cantidad que la hemos dejado aquí, que son sesenta y tres pasos. ¿Os parece bien así?

Todos asintieron, ojeando por encima del muro, mientras calculaban los pasos en línea recta hasta el final del muro y del huerto.

—A mí me salen unos treinta y cinco. —Zunsú habló primero.

—Yo cuento cuarenta —dijo Albdal.

—Treinta y siete. —Eudocia no se quedó atrás.

—Así, así,... yo lo veo también en unos treinta y seis o treinta y ocho —opinó Armonio—. Si os parece, el cálculo podríamos ponerlo en treinta y siete, que es la media de los cuatro criterios.

—Sean treinta y siete entonces —sentenció el monje.

Rodearon los obstáculos, siguiendo después la cuenta donde la habían dejado. «Sesenta y cuatro, sesenta y cinco, sesenta y seis,...». Cuando andaban por los ciento veinte más o menos Albdal comenzó a acortar poco a poco las zancadas.

«Me parece que Eudocia va a acertar —pensó—. Si es así tendré que terminar mi cuenta en ciento sesenta y tres, que sumados a los

treinta y siete nos saldrán doscientos. No puedo dejar que ella gane. Quedaría en ridículo. No puedo dejar esto así. Voy a intentar acortarlos sin que se note mucho».

«Huy, huy, huy..., que me veo que esta monja sabe cómo funciona ese *buscador de estrellas* —barruntaba Zunsú—. Pero,... ¡ajá!, mi amigo está dando los pasos más cortos. Menos mal. No puede ser que una mujer tenga mayor inteligencia y mejor discernimiento que un hombre».

«¿Pero será sinvergüenza? —Eudocia miraba asombrada la maniobra—. ¡Cómo son de simples! ¡Válgame el cielo! Es igual. Me callaré dándoles la razón, aunque sepamos que no es así».

En estas cosas andaban cuando Armonio se dio cuenta del ardid.

—¡Eh, eh, eh! Para, para, para. Estás dando los pasos más cortos. Eso no puede ser. ¿Estás cansado o qué?, porque yo te veo bastante animado. Si queremos que la medición sea lo más precisa posible así no puede ser. Tenemos que volver otra vez hasta el paso número sesenta y tres. Solo de esa forma la cuenta será correcta.

Volvieron para atrás con el ronroneo de fondo de las imprecaciones del monje y su compañero. Comenzaron de nuevo a caminar, eso sí, ahora dando todos los pasos de la misma longitud. Poco a poco se fueron acercando a la casa del tejado. La voz del médico, numerando las zancadas, sonaba como el golpeteo del badajo de una campana en los oídos de los otros dos.

—Ciento cincuenta y ocho, ciento cincuenta y nueve —contaba Armonio machacona y cadenciosamente—, ciento sesenta, ciento sesenta y uno y el último ciento sesenta y dos. Hemos terminado. Vamos a ver. Tenemos que sumarle a esto los que faltaban del muro y el huerto que eran treinta y siete. Nos sale un total de ciento noventa y nueve pasos. Para que no haya dudas, eso es un estadio. Ni más ni menos. —Guiñó un ojo a Eudocia—. Te felicito, amiga mía. Sabes manejar a la perfección el astrolabio. Y vosotros, ¿qué queréis que os diga? Lo siento, pero son mucho más precisas las máquinas que las gentes. Estoy seguro que llegará el día, dentro de muchos años, en el que las mismas máquinas hagan casi todos los trabajos penosos de los hombres.

Con esta reflexión volvieron a la casa de Rástim. El médico y la monja sonrientes, los otros dos algo más serios, heridos en su orgullo.

—¿Qué tal os ha ido? —dijo al verlos—. ¿Qué distancia hay hasta allí?

—Justo un estadio —refunfuño Albdal.

—Vaya, amiga. Tienes buen tiento para los mecanismos y, lo que es más importante, rapidez de comprensión. Te felicito. Ahora creo que ya son horas de dormir, que mañana será otro día.

Muy de madrugada el nuevo gallo cantó fuerte haciéndose oír. Al momento las gallinas saltaron de sus nidos ante aquel quiquiriquí joven, altivo y deseado. Él, haciéndose el interesante como que no se daba cuenta de las pasiones que despertaba, rebuscó entre la tierra localizando una larga lombriz. Mientras engullía al inquieto gusano que no paraba de retorcerse, agitó la cresta y la barbilla. Ese rojo fuerte de ambos apéndices animó a sus enamoradizas compañeras a cacarear más y más fuerte cada vez, en una competición por ver quién sería la primera afortunada de la mañana.

Los de la casa también despertaron. Ese día tenían que dejar todo preparado. Tal y como habían hablado, después de un frugal desayuno salieron al patio en donde Albdal, como maestro de armas, les enseño diferentes formas y técnicas de ataque y defensa. Eudocia se mostró muy diestra en el manejo de la espada. Por su parte Armonio y Zunsú andaban bastante perdidos. No atinaban mucho, pero en fin, tampoco iban a convertirse en guerreros avezados en unas pocas horas. La verdad es que era curioso el verlos enfrentados el uno contra el otro. Ambos ponían cara y hacían gestos de fiereza, pero a la hora de repartir mandobles siempre atinaban donde no debían. Sacudían al aire, al suelo, se les escapaba el tajo para un lado,... Con el escudo, más de lo mismo. No daban una a derechas. Cuando así lo decidió, el *magister militum* dio por terminada la clase.

—No os veo muy sueltos en estas artes. Supongo que si llega el día en el que nos enfrentemos a gentes de guerra espabilareis, ya que allí nos irá la vida.

—Tampoco lo hacemos tan mal —protestó el médico—. No sé porqué desprecias nuestras habilidades. Yo me noto muy ágil con estos aparatos. Mis giros y volteretas son envidiables. Sé que se podrían mejorar, pero mi destreza no es para desdeñarla.

—Ni la mía tampoco —dijo Zunsú—. Con este escudo pararía cualquier golpe e incluso derrotaría a más de uno.

—Bueno, bueno. No os ofendáis, que no es mi idea el haceros elogios porque no los merecéis aunque tampoco lo contrario.

—¿Que no merecemos elogios?

—No. Sabéis que no. Sois torpes y lentos.

—¿Habrase visto este monje insolente? Nunca me habían faltado así al respeto.

—Tranquilo amigo Zunsú. Yo siento lo mismo que tú. Fíjate que en mis recorridos como médico rara vez me han tratado así.

—Vaya, si os sentís mejor os diré que lo hacéis bien. No, muy bien. O mejor, lo hacéis fenomenal.

—Estoy seguro que no te derrotaremos pero sí que te pondremos en algún apuro —dijo Armonio herido en su ego.

—No quiero haceros daño a ninguno.

—¿Daño? ¡Desenvaina prepotente religioso! —Zunsú sacó su espada enfadado.

—De acuerdo. Pero para terminar antes os daré la lección a los dos a la vez.

El médico se juntó con su acompañante y ambos apuntaron sus armas hacia el tranquilo Albdal. Este los miró, cogió las suyas y sonrió. De dos zancadas y tres golpes desarmó de espada a uno y de escudo al otro. Ellos, sorprendidos, volvieron a armarse, pero otra vez, de un par de pasos, los desbarató por completo.

—Eres muy bueno con las armas. —Se dio por vencido el físico —. Nadie lo pone en duda. Nos has derrotado.

—Así es —finalizó su compañero.

—Tampoco lo hacéis tan mal, que quede esto dicho.

Después de comer organizaron el equipaje para la partida del día siguiente. Llenaron varios pellejos de agua, un saco con abundante comida y un buen odre de vino rojo del Tigris. Sobre este último el médico comentó que «es un líquido tan sagrado que alivia los pesares del espíritu, reconforta los ánimos y cura los cuerpos», ya que él acostumbraba muchas veces a remojar las heridas abiertas con vino por curarse así más deprisa. Las armas, una espada, un escudo, un arco y una aljaba con veinticinco flechas cada una, acordaron portarlas individualmente, a conveniencia de cada cual. Y ya como impedimenta personal cada uno hizo su pequeño hato con unas sandalias, una túnica, una camisola y unos bombachos. Armonio puso además una pequeña arca con algunos instrumentos de sanación y diferentes hierbas, ramas, raíces y flores secas. Las setas matamoscas, que conservaba en un saquito, también pasaron a la caja.

Al caer la noche cada uno se hizo cargo de su cabalgadura. Armonio y Albdal cogieron los dos caballos que ya habían utilizado, el tordo y el rojo. Eudocia se quedó con el bayo, al que acarició con suavidad mientras le susurraba a la oreja.

«Precioso. Eres precioso. Qué suave es esta capa castaña que tienes. Y qué cola y crin tan negras las que luces. Lo son tanto que casi apuntan al azulón. Qué precioso eres. En su día te llamé *Negrito* como el color de tu cola, el de tus largas y bonitas crines. Te rogué que cabalgaras con cuidado y así lo hiciste. Te he observado muchas veces durante toda esta aventura. Te he visto. Sé que eres noble y fiel. Te quiero así, con esa nobleza y buen ánimo. Serás mi único amigo en este camino. Seguirás siendo mi amigo *Negrito*. Tú me llevarás hasta donde nadie ha llegado jamás. Tú y yo terminaremos este viaje.

»Yo seguiré siendo esclava, lo supongo, pero alguna forma tendré de deshacerme de este sinsentido. Ha pagado por mí lo que era para otra causa. Albdal ha gastado todo en rescatarme. Ese dinero no era suyo. Entonces ¿por qué tengo que ser esclava de alguien que ha

pagado con lo que no es de él? Porque sé que no ha sido por amor. Desde el principio sospeché que su intención era la de quedarse con toda esa riqueza. Quizá me equivoqué, a la vista está. Pero ¿por qué se lo gastó en mí? ¿Por qué si lo único que tenía que haber hecho era seguir su camino ignorándome? Pueda ser que la presencia del médico influyera. Él no está enamorado de mí. Yo sí, pero mi penitencia, entre otras, es la de no volver jamás a poseerlo, a tocarlo o a rozarlo tan siquiera. ¡Oh Pulqueria! Ese arrebato,... ese vino,... no sé. No tengo perdón. De nada vale ya el buscar excusas banales. De nada vale. Pero Albdal, alguna forma tendré de conseguir ser liberta.

»Y ese cerdo que me vendió. Ese que me mancilló. Que me apaleó. Que destrozó mis entrañas una y otra vez. ¡Qué asco! Que después dejó que sus hombres siguieran ultrajándome. Ese salvaje que se decía hombre. Ese ser del inframundo que se llamaba Zensán. ¡Ah! Qué a gusto me sentí cuando lo vi rogándome con la mirada que no le cortara el pescuezo. Si hasta su sangre era inmunda, pestilente y pegajosa. ¡Qué repugnancia! Pero bien muerto está. Y cuando su vil servidor Ohsm murió en mi lugar, por dos veces quedó contento mi espíritu.

»¡Jesucristo! Soy mujer de tu Iglesia. Estoy consagrada a ti. Por eso me he erigido en tu mano vengadora. Sí, yo maté a una inocente. Yo maté a Pulqueria. Por eso quiero que me castigues. Que no tengas piedad conmigo. Pero, aparte de eso, ahora soy tu espada justiciera. Yo no soy buena persona, pero sí mejor que otros. Soy una asesina, sí, pero no menos que muchos. Ese Zensán se lo merecía. Si llega a seguir vivo estoy segura que yo no sería la última a la que tratara de esa manera. Y su secuaz Ohsm también.

»Es cierto que mi vida anterior ha estado cargada de pecados. Soy, como decía ese salvaje, una *putta*. ¡Sí, soy una *putta*! Y también asesina. Y también esclava. Y también... ¡oh, señor Jesucristo! Mi infierno ya ha comenzado en este mundo. Pero por eso quiero que sepas, Señor de las Alturas, que el filo de mi espada se prolongará a mi mano. No tendré piedad con los desaprensivos, ni con los vendedores de gentes, ni con los que violan a hombres o mujeres, ni con los inmorales, ni tampoco con los que yo decida a mi libre albedrío. Ellos seguirán la misma suerte que el maldito Zensán, mil veces maldecido, a quien yo escupo en su memoria. Y también la del perverso Ohsm. Mi mano pecadora, que no merece tu perdón, será tu instrumento en esta tierra para terminar con esa plaga pestilente. Y no tendré piedad, aunque sé que cada vez me alejaré más de tu perdón. El Infierno ya lo tengo ganado. Que el mismo Ángel Negro me reserve el lugar más odioso de su reino. Que me espere allí, que yo llegaré contenta por haber administrado tu justicia que es la mía.

»Pero, oh amigo *Negrito*. Algún día yo seré líbera. Me veré

desatada de esa cadena inmaterial que me une a mi inalcanzable amor. Cuando lo sea, tú y yo *Negrito* amigo mío, cabalgaremos hasta el final del mundo administrando la justicia del filo de mi espada. Seré liberta como lo eres tú noble amigo. Serás mi caballo fiel, el compañero que por las noches me arrope y me dé calor. Viajaremos hasta Ta Peca si es necesario. Nos internaremos por el país de Seres. Conoceremos el misterio de la seda y volveremos a Bizancio solos tú y yo. Nos postraremos ante el mismo *rex imperator* y nos bañaremos en la piscina perfumada con la emperatriz Teodora. Reiremos, comeremos y beberemos. Después yo pasaré al mundo del Averno. Mi espíritu abandonará mi cuerpo por mi mano. Y entonces tú serás el líbero. Pero antes amigo mío, mi querido *Negrito*, cabalgaremos juntos. Encontraremos lo que hemos venido a buscar y regresaremos. Tú y yo amigo. Tú y yo.

Cerca de ella, Zunsú, ajeno como los demás a los susurros de Eudocia, se ocupaba de abrevar a su camello y de cepillarlo. Era este, animal joven con dos jorobas bastante tiesas entre las que encajaba a la perfección la silla alta del camellero. De marrón claro, lucía en el pecho una gran mancha blanca. Sus mofletes estaban atravesados cada uno por una argolla en la que se ataban las riendas. De carácter parecía dócil, aunque su apetito era voraz. Comía todo lo que estaba al alcance de su boca, fuera hierba, carne putrefacta o fresca, telas, pieles,..., en fin, lo que encontrara sin hacer ascos a nada. Parecía que le había cogido cariño a su jinete, ya que cada vez que este se acercaba soltaba un bramido suave.

—Bebe —decía Zunsú—. Bebe hoy y come lo que encuentres que a partir de mañana las cosas serán diferentes.

Por su parte, tanto el médico como el monje se limitaron nada más que a darles de beber y de comer, cada uno a su caballo. Al rato Albdal, jefe tácito de la expedición, dijo que era ya el momento de dejar a las bestias solas para que descansaran. Antes de acostarse pasaron por las cocinas, en donde Nilasha tenía una suculenta mesa preparada para todos.

Es una putta

No despuntaba el sol todavía cuando el joven gallo volvió a despertar a las hembras de su harén. Ellas, ni cortas ni perezosas, saltaron en tropel del nido tras el sonido de su amante, en una carrera por ver cuál de ellas conseguía ser la más afortunada y estrenar esa mañana al señor del gallinero. Entre cacareos, agitación de alones y picotazos, una gallina negra, más menuda que las otras, consiguió atravesar el alboroto para dejarse caer, entre ronroneos, bajo las alas y los afilados espolones del macho, que de un salto la cubrió mientras aleteaba contento. Cuando acabó con ella se marchó altanero sacudiéndose las plumas con bizarra petulancia, que no hacía más que corroborar que allí, en aquel corral, él era el gallo.

«¡Arriba! —pensó Albdal—. Hoy tendremos un día entretenido. A ver cómo se nos da. Entre la monja, el médico y su sirviente... ¡vaya expedición! A Armonio lo aguanto por ser él quien lleva el dinero. Si no fuera así no lo querría conmigo. Cierto es que me ha devuelto la voz, pero yo no se lo pedí. Por lo tanto nada le debo. Además creo que sus gustos no van con las mujeres. Lo he sorprendido mirándome de manera rara. Ya veré qué hago con él. Y su amigo, ese Zunsú, no es menos de fiar para mí, aunque todavía no tengo claro de que pie cojea. A ver que hago con ellos.

»Y Eudocia. ¡Hum! A esta la tengo dominada. Es una mujer débil y esta encaprichada conmigo. ¡Vaya si está! Hasta mató a su amiga por celos. Y ahora es mi esclava. Sí, la he comprado con un dinero que no era mío pero qué iba a hacer con ese médico al lado. Sí, hice bien. Algún rédito sacaré por ella. Ahora está sana y podré venderla en algún buen mercado de Samarcanda. Es de proporciones bonitas, con cara bella, aunque esa quemazón la haya deteriorado un poco. Después conseguiré el conocimiento de la seda y Justiniano me cubrirá de oro. Mucho más de lo que me dio al principio.

«Otra vez el gallo. —Armonio estiró los brazos—. Espero que le vaya bien con sus gallinas. ¡Uf! Partiremos hacia el Oriente y en una luna nos pasearemos por Samarcanda. Muy interesante el encargo de estos monjes. Debería de hacerme yo con ese secreto y presentárselo al emperador bizantino, pero toda esta gente me estorba. Me haré con él y los perderé por el camino o me guardaré para mí algún conocimiento que yo solo pueda desvelar a Justiniano. Aunque

Eudocia es muy guapa, decidida, fuerte y valiente. Yo solo he conocido hombres, ¡pero esta mujer! ¡Ah! Ese beso fugaz que le di al llegar a la casa de Rástim. Un roce, sí, pero provocó que un calambre recorriera mi cuerpo, desde mi boca hasta los dedos de los pies, aunque ella no debió sentir nada. ¿A ver si ahora me cambian los gustos? En un futuro…, igual…, pero yo a ella no creo que… Y este Albdal no es de esos al que le gusten los hombres. Una pena. Conmigo hubiera conocido los placeres que le han estado ocultos. Igual, por el camino, si surge la ocasión... aunque Eudocia… ».

«Voy a darme prisa. —Zunsú se desperezaba rápido—. Tengo que comer y cargar después al camello. Buen animal es ese. Joven, parece resistente y bastante dócil. No tendré problemas con él. Con los otros viajeros igual. Ese monje no me da buen pálpito, lo veo muy desconfiado. Además con esa voz de eunuco… Cierto es que Rástim y Armonio lo operaron y consiguieron que volviera a hablar, pero para escuchar esa voz hiriente sería mejor que estuviera callado. ¿La mujer? Demasiado atractiva para ser monja. Lo que me da que pensar es esa quemadura de la frente, que dice que la lleva por ser desterrada de Dëb en las tierras del Turán, allá por el Indo. No tengo nada claro qué es lo que traman. ¡Eso de ir a predicar a tierras lejanas...!».

«*Negrito*, amigo mío. —Eudocia casi ni había dormido—. Hoy nos iremos de aquí. En unas lunas tú y yo regresaremos a Bizancio con los conocimientos de la seda. Volveremos solos, sin todas estas malas compañías».

—¡A la cocina! ¡A la cocina!

Nilasha acompañaba sus gritos con los golpetazos que atizaba con una madera a un cuenco de bronce. «Clonc, clonc, clonc» sonaba.

—De verdad, amiga Nilasha —dijo Armonio al verla—, que entre el gallo cantor y tus campanazos aquí el que no se despierta es porque está sordo.

—Hala, daos prisa que todavía os quedan cosas por hacer antes de marchar.

En menos de media hora ya tenían todo dispuesto para la partida.

—Marcharemos hacia el Oriente —indicó Albdal—. A media jornada haremos un alto en algún lugar que veamos apropiado. Abrevaremos al ganado, beberemos sin comer y continuaremos camino hasta el ocaso. El día de hoy aparece sin nubes ni visos de tormentas de polvo. Además el camino es entre campos y bosques en los que no nos faltará de nada. Intentaremos llegar hasta Sulmenia. Allí el agua y las buenas postas no faltarán. Tú, Armonio, nos indicarás si marchamos desviados o no. Con el *buscador de estrellas* no tendrás problema. Yo marcharé en cabeza. El médico con su astrolabio detrás de mí. En el medio irá Eudocia y tú, Zunsú, al final. Os

recuerdo que somos dos monjes a quienes vosotros acompañáis. Que marchamos hacia los confines del imperio de Cosroes en busca de la última de las iglesias de Nestorio. Además luciremos flameando al viento el estandarte, que indicará a quien nos vea que somos religiosos. Y ahora montemos.

Así lo hicieron y salieron del patio de la casa al trote. Rástim y Nilasha, en silencio, los despidieron con un gesto de la mano. En los ojos de ella se adivinó una lágrima cuando miro a Eudocia, quien a caballo de *Negrito* marchaba altiva. Se había recogido la larga melena oscura, haciéndose una trenza gruesa que dejaba colgar por su hombro derecho. Al pasar junto a la que había sido su anfitriona cerró un poco los ojos y sonrió. «Adiós amiga» pareció que le dijo. «Adiós amiga» dio la impresión de que contestó la otra.

Rápido salieron de las callejas y calles de Kircuc enfilando hacia el Naciente. Eran verdes campos ondulantes salpicados aquí y allá con árboles bajos. En muy poco llegaron a los brotes del fuego eterno. Qué curioso era este lugar. Se llama Babagurgur y en el existen unas cuantas lagunas pequeñas de líquidos aceitosos, negros y pegajosos, que arden de continuo en su superficie. Pasaron a su lado en silencio, observando aquel espectáculo procedente de alguna divinidad. En poco rodearon la aldea de Chamchamal sin detenerse. Solo se oía el sonido de los cascos de los caballos, el roce de ropas y piernas en las sillas y el «chac, chac, chac» de Zunsú animando a su camello. Era mediodía cuando superaron la última cuesta de las colinas de Zayir. Allí, al lado de un manantial, pararon. Entonces, por fin, se rompió el silencio que los había acompañado toda la mañana.

—¡Uf! —dijo Armonio bajando del caballo—. Tenemos un día tranquilo, de nubes bajas sin demasiado calor.

—Sí, hoy no calienta mucho. —Albdal lo miró de reojo.

—¡Agua fresca! Fenomenal —rio Zunsú—. Para hombres y bestias.

—Y también para mujeres —sonrió forzada Eudocia.

—Desde aquí se ve la ciudad de Sulmenia. —El físico estaba manejando el astrolabio—. Estaremos en ella antes de que se oculte el sol. A fe mía que marchamos algo más rápido de lo que habíamos calculado.

—Mejor así —contestó el monje—, que de esa manera tendremos más tiempo para reponernos.

—¿Y si comemos algo? —intervino la monja risueña.

—Mujer. —La miró—. Hemos acordado que en estas paradas que hagamos durante la marcha solo beberemos. Lo del comer que lo haga el ganado si encuentra pastos para ello.

«Albdal, enamorado mío. —Ella agachó la cabeza sin contestar —. Tu forma de ser te hará ganar un lugar al lado de Zensán. Esto te

lo tendré en cuenta. El viaje es largo. Ya veremos cómo termina para ti».

El iracundo monje paseó con las manos a la espalda. Tenía que pensar la forma de deshacerse de sus tres acompañantes. Primero sería el médico, le seguiría su amigo y por fin ella, a quien vendería en Samarcanda. De ahí a conseguir el conocimiento y regresar triunfante habría un paso. Cuando así lo consideró dio la orden de partida.

—Montemos, que Sulmenia nos espera.

Al atardecer llegaron a la ciudad. Allí buscaron una casa de postas en donde quedaron al margen los apetitos carnales de los hombres gracias a la presencia de la mujer. Tan solo se alimentaron y descansaron. De amanecida Armonio liquidó los gastos con el dueño y comenzaron el camino de su segundo día. El viaje fue en silencio. Las suaves lomas, a veces pedregosas, hicieron que el cansancio no se acumulara. El alto en la aldea de Baneh fue corto y al anochecer llegaron a Saheb. Por ser esta una pequeña población, de poco tránsito de viajeros, ningún aldeano poseía posta por lo que durmieron al raso. Durante la cena solo los hombres hablaron. Parecía que Eudocia se había resignado a la humillante representación de mujer esclava que Albdal pretendía.

El lluvioso siguiente día los llevó hasta Yasucandi, el otro a Alvhand, después a Qazuin, luego a Karaj y a Mosa. En esta última ciudad, muy cosmopolita con varios miles de habitantes, consiguieron habitaciones en una venta. Allí Eudocia fue doblemente humillada. Primero por Albdal, que borracho la abofeteó sin motivo mientras le gritaba: «Tú eres mi *putta*, tú eres mi esclava». Después, ebrio también como el anterior, por Zunsú. Intentó propasarse cuando quiso besar con malas formas a la monja en la misma boca. Armonio, que lo presenció, se interpuso llamando a su amigo al orden.

—Pero vamos a ver. Si es una mujer —dijo el borracho—. ¿Qué utilidad tiene? Ninguna. ¿Crees que le hará mal un beso o el deseo de la carne? No, para nada. Al contrario. Si ella no se muestra muy fiera esta noche termino de domarla y mañana estará más suave que la mejor piel de camello bien curtida, refinada y parafinada.

—Zunsú, por favor. Tenle un poco de respeto. Ella y el monje nos han admitido en su expedición. Qué menos que respetarlos.

—¿Respeto? ¡Pero si es una *putta*! Una esclava del negro de voz afeminada. Él me ha dado permiso para usarla y así lo haré.

—Pero... ¿quién te ha dicho eso de que es una esclava y *putta*?

—Su dueño hace un rato. Él está allí ahora durmiendo todo lo que ha bebido. También me ha dicho un «no sé qué» de unas telas que no lo he entendido bien, porque con esa flojera de voz y el trasiego que le ha dado al vinazo... Solo sé que esta mujer hoy será mía. Su dueño me la ha prestado por esta noche.

—Si se te ocurre tocarle un solo pelo del cabello..., si se te ocurre... —amenazó el físico con un gesto de su mano.

—¡Bueno, bueno! —balbuceó Zunsú que estaba que se caía para los lados—. Pero es una esclava, y si no es hoy, mañana será mía. Me lo ha dicho su dueño.

Y se marchó a un rincón en donde se tumbó acurrucado entre unas alfombras. Armonio se acercó entonces a Eudocia que permanecía sentada, sin gesticular, ajena a lo de su alrededor. Estaba llorando.

—Amiga mía. Debes de perdonar a ese insensato lo mismo que al imprudente monje. Ha faltado a su palabra de no confesar lo sucedido en la caravana pero dales a ambos un voto de confianza. Estoy seguro de que no se repetirá esta situación.

Lo miró en silencio y asintió con la cabeza. El médico le secó las lágrimas con un pañuelo, acercó su cara a la de ella y rozó con sus labios aquella boca que le empezaba a prendar poco a poco el corazón. Una sonrisa se perfiló en el rostro femenino. La mujer entornó los ojos y se marchó a su habitación. Ahora quería dormir, nada más. Él se acercó a donde Albdal dormitaba sentándose en un cojín a su lado.

—Teníamos un trato. Habíamos hecho una promesa.

—¿Una promesa? —dijo como pudo el monje mirándolo con ojos de pez.

—Sí. Habíamos jurado no desvelar ni lo sucedido a Eudocia ni el motivo de este viaje. ¿No lo recuerdas?

—Yo no he jurado nada. Y si así hubiera sido me desdigo. Ella es mía. Yo la he comprado y la usaré como crea conveniente.

—No deberías de haberle dicho nada a Zunsú. A él las mujeres lo pierden.

—¡Pues se lo he dicho y se la he prestado! —grito el monje borracho.

Agitando la cabeza Armonio se fue de allí dejando a Albdal intentando levantarse, aunque cada vez que estaba a punto de conseguirlo volvía a caer. Se alejó apesadumbrado y preocupado. No era conveniente dar a conocer nada de ellos a nadie. No era conveniente. No.

Al día siguiente, temprano en la mañana, los cuatro se reunieron en la cuadras. Ninguno hablaba. Hasta el médico tuvo la falsa impresión de que tanto su sirviente como el monje estaban avergonzados por su comportamiento de la noche anterior. Montaron y marcharon hacia la salida de la ciudad.

—Si no tenemos inconvenientes por el camino, justo después del mediodía llegaremos a Amol desde donde trotaremos al mar de Kaspioi, allí cerca. Hoy dormiremos escuchando el murmullo de las

olas. —Albdal sonrió.

Nadie dijo nada más. Marcharon inmersos cada uno en sus propios pensamientos. De vez en cuando se miraban. Sonreían forzados pero sin hablarse. Ni tan siquiera cuando en Amol pararon para abrevar al ganado se oyó frase alguna. Ellos aprovecharon y calmaron su sed pero nada más. Pesaban más las palabras y hechos recién pasados que cualquiera de los inconvenientes de la pesada marcha.

«Ya he visto cómo eres —pensó Eudocia mirando las crines de *Negrito*—. Eres un ser infiel con los que te admiran. Eres egoísta, mezquino, ruin y ansioso en tu propia avaricia. Pero eso que tú crees que eres, calculador y maquinador, de poco te va a valer. Tú, que me compraste con un dinero que no era tuyo, como haciendo ver que era un socorro para protegerme, para ampararme defendiendo la poca virtud que me dejaron. Tú, que juraste no desvelar ese hecho, ni el secreto de lo pasado. Tú,...me has vendido. Me has regalado a ese. Al primer borracho como tú que has encontrado. Lo harías a cualquiera que fuera tan baboso como lo era el malnacido de Zensán, que quiera el mismo Cielo haberlo llevado de cabeza a la más fría y asquerosa mazmorra infernal. O el asqueroso de su esclavo Ohsm. O como el tratante Sizaya, que no por estar vivo le deseo algo mejor. Me has regalado a Zunsú.

»Pero... ¡oh! Yo, seguro que cuando termine esta vida, caeré cerca de vosotros, cerdos despreciables, indeseables. Yo sufriré, pero será mi regocijo el ver que estaréis allí. Que también padeceréis de tormentos infinitos al igual que yo. Sufriremos lo inimaginable por tiempos eternos. Pero yo me reiré. Mis carcajadas atronarán vuestras orejas de cerdos. Mi mano será la espada divina que os otorgue lo único que merecéis: la pena infernal, el perverso infinito maléfico. Mis risas serán tan desagradables que caerán sobre vuestros cuerpos como látigos de siete colas.

»¡Jesucristo! Tú que eres divino, tú que eres humano. Dame las fuerzas para seguir erradicando este mal pustuloso e infecto. Yo te lo he pedido y me lo has concedido. Deja que mi mano siga siendo tu espada. Que mi brazo actúe como la guadaña ante la mies seca, y cuando termine, permite que mi alma cumpla la penitencia que los espíritus como el mío tienen. No merezco ni pronunciar tu nombre. Pero concédeme el terminar esta obra que ya ha empezado. Déjame acabarla. Y cuando concluya, cuando llegue con ese conocimiento ante Justiniano, entonces me iré complacida. Marcharé contenta al Averno. ¡Oh Señor!.

Cuando los animales estuvieron saciados partieron de las cercanías de Amol hacia la costa. Marcharon por una senda que los llevó directos a Babolsar, un pequeño pueblecito de pescadores. El día

había sido claro y soleado, más al llegar a la orilla del mar el cielo cambió tornándose gris. Seguro que esa noche llovería. Era esta una aldea de cuatro casas en la que pocas veces paraban los viajeros. No existían ni postas ni comercios. Por ello, Zunsú apalabró con uno de los habitantes el que los dejara utilizar un pequeño cobertizo que tenía para las barcas. Allí se aposentaron, dejando a los animales sueltos en un vallado cercano. Encendieron una hoguera y sacaron algo de comida.

—Todavía falta para que se haga de noche —dijo el monje—. Voy a acercarme a esas rocas de la orilla a ver si encuentro algún bicho. Así cenaremos diferente.

—Si no te importa te acompaño —se ofreció Eudocia.

Él asintió con una fría sonrisa. «A pesar de todo esta esclava mía sigue enamorada de mí». Ya en la playa fueron andando por el límite entre las olas y la arena hasta un pequeño saliente rocoso, a unos cien pasos. Tenía unas cuatro o cinco varas de altura y una parte de él estaba sumergido por las aguas.

—Aquí tiene que haber cangrejos. Voy a subir.

El monje comenzó a ascender con cuidado por la escabrosa piedra. Las algas y los líquenes convertían la superficie en bastante más resbaladiza de lo que parecía. En muchas de las oquedades los cangrejos descansaban plácidos junto a mejillones y lapas.

—¡Eudocia! ¡Ven aquí!

La monja subió poco a poco hasta donde estaba el hombre. Este le indicó que hiciera una cesta con la parte delantera de su hábito para echar allí los crustáceos. Poco a poco el número aumentó. Uno, dos, ocho, diez. Entonces Albdal encontró una caracola tan larga como la palma de la mano. Cuando se agachó contento y confiado a recogerla, un resbalón dio con sus huesos sobre la roca. Quedó allí tumbado y aturdido. Eudocia a su lado lo miraba muy seria. Él hizo el amago de levantarse, pero el golpe le había producido un mareo repentino, por lo que optó por sentarse y permanecer quieto hasta que se le pasara.

—Espera un poco que no me encuentro muy bien. En cuanto me recobre seguiremos.

Ella buscó con la mirada por allí. Al lado vio un canto grande sin esquinas, redondeado por la fuerza del mar. Soltó entonces el hábito dando la libertad a los cangrejos que corrieron de lado con sus pinzas apuntando hacia arriba. Sin pensárselo, cogió la piedra con ambas manos y descargó toda su ira, toda su rabia sobre la cabeza de su amo. Al recibir este el golpe pareció, en un primer momento, como que no le había afectado pero pasados unos instantes se desplomó como un saco de trigo. La mujer miró hacia la playa. Nadie se acercaba ni se veía por allí. Entonces empujó como pudo el cuerpo del

negro monje hasta el mismo borde de la roca. Desde allí lo dejó caer al agua en donde quedó boca arriba con los brazos extendidos. Bajó corriendo por el otro lado y se acercó hasta él. En esa zona el mar no cubría más que hasta el vientre. Dio la vuelta al hombre y sumergió su cabeza con ambas manos.

«¡Arpía! —Sintió en su mente Albdal boqueando para conseguir llenar su pecho de aire mientras sus ojos se abrían como platos en estertores desesperantes — ¡Esta esclava me quiere matar! ¡O ella o yo! ¡Oh, diosa de la vida déjame en este mundo! ¡No quiero cruzar el cielo esta noche en la barca de los muertos!».

Al momento el inerte cuerpo recobró la vida comenzando a agitarse fuerte. Ella, esquivando los manotazos y las patadas, no dejaba de empujar hacia abajo. En poco aquellos movimientos fueron a menos hasta que un temblor indicó que todo había terminado. Aun así Eudocia siguió algo más empujándolo dentro del agua. Cuando estuvo convencida de que ya no tenía vida lo agarró por los pies y lo arrastró hasta la orilla. Allí se sentó al lado. Tras los nubarrones se adivinaba que el sol quería esconderse en el horizonte. Observó a ese que se decía su dueño.

«Vaya con este hombre. Te las prometías muy dichosas. ¿Querías alquilarme? ¿Venderme otra vez? ¡Infeliz! Tienes lo que tú has querido. Te lo mereces. Ahora sí. Ahora ese Zensán, Ohsm y tú, podréis emborracharos en los infiernos más oscuros. Ahora sí. Vuela, que allí te esperan. Tú, débil de mente. ¿Cómo pude yo enamorarme de ti? Y pensar que por una caricia tuya, por sentirte dentro, por recibir tu calor, la pobre Pulqueria tuvo que morir. ¡Qué infierno desataste en mí! ¡Eres el mismo dios del Averno! ¡El Ángel Negro de la muerte! Pero ahora,... ja,... ahora estás en donde te corresponde. Ahí no podrás hacer daño a nadie más. ¡Maldito!».

Entonces rompió a llorar. Sus lágrimas se mezclaron con la fina lluvia que empezaba a regarlo todo. Un escalofrío sacudió su cuerpo desde la cabeza hasta los pies. Tenía que avisar a los otros pero callaría su crimen. Se puso en pie y corrió hasta el cobertizo.

—¡Una desgracia! —gritó cuando estaba cerca— ¡Ha sucedido una desgracia! ¡Albdal ha muerto!

—¿Cómo que ha muerto? —preguntó el médico con asombro.

—¡Se ha caído desde lo alto de una roca dándose un golpe! ¡Después se ha ahogado!

Sin decir más, marchó de vuelta seguida por sus compañeros hacia donde reposaba el inerte cuerpo del monje. Armonio se arrodilló a su lado. Le tocó la cara. Le abrió los ojos y acercó su oreja a la boca del finado. Le palpó la cabeza en donde solo apreció un chichón. No tenía sangre por ninguna parte por lo que supuso que lo que ella decía era verdad.

—Está muerto —sentenció.

—¡Pues empezamos bien! —Zunsú observaba el cadáver con los brazos en jarras—. Pero... ¿cómo ha sido?

—Ya os lo he dicho —gimió Eudocia—. Estábamos allí arriba en la roca recogiendo cangrejos. Él, que estaba muy cerca del borde, ha resbalado y ha caído al agua en donde se ha golpeado fuerte contra algo. Yo he oído el sonido del golpe. Después se ha quedado flotando sin moverse. Entonces he bajado y lo he sacado del agua pero ya estaba muerto. No he podido hacer nada.

«Ya tenía mis sospechas con lo que le pasó a Zensán. —El físico la miró entrecerrando los ojos—. Esta muerte de ahora confirma lo que yo pensaba. ¡Ay, amiga! ¡Qué bien lo has hecho y cómo disimulas! Pero no diré nada. Estaré callado. Cierto es que este monje no se merecía nada bueno. Nunca me gustó. Le veía algo extraño en su mirada. Le hice el favor de devolverle la voz, pero ni me lo agradeció. Después el trato a esta mujer... En fin. No era buena compañía. Aun así, aunque sienta como el amor crece en mí hacia esta monja, deberé de cuidarme de ella».

La lluvia arreció en ese momento. La noche ya estaba comenzando y las sombras pasaban a ser penumbra.

—Debemos de llevarlo algo más arriba de la playa. Evitaremos que se lo lleven las olas. Mañana lo enterraremos.

Lo arrastraron hasta la mitad del arenal, a un lugar en el que se veía que no llegaba el agua del mar. Después volvieron a su refugio. Estaban empapados por completo. Se cambiaron las ropas por otras secas y se acercaron al fuego para entrar en calor. Comieron alguna cosa y Armonio, apartando sus funestos pensamientos hacia la mujer, la abrazó apenado por los temblores que sufría. Casi no hablaron y cada uno se recostó poco después en su rincón. Nada pudieron dormir. Cuando amaneció la lluvia había parado. El cielo seguía gris pero ya no descargaba. Zunsú fue a hablar con el dueño del lugar, quien le indicó una necrópolis cercana para enterrar al fallecido. Como eran tierras de su propiedad les vendió un rincón de la misma para dar tierra a Albdal.

—Un darico me ha cobrado este hombre —dijo Armonio—. Si es que hasta con la muerte se hace negocio.

Con un par de palas cavaron una fosa y allí depositaron el cuerpo que antes habían envuelto en una lona. Lo cubrieron de tierra colocando alrededor de la tumba una fila de pequeñas piedras delimitando la sepultura.

—Descanse en paz —se despidió el médico dando media vuelta.

—Así sea. —Su sirviente le siguió.

Eudocia se quedó un poco más. Antes de marcharse, sonrió, escupió sobre el enterramiento y se fue. «Bien muerto estás. Ojalá

nunca descanses».

De regreso al cobertizo cogieron las cabalgaduras y se repartieron las pocas pertenencias del fallecido. Las ropas se las quedó Zunsú. La silla y las armas el médico, que las cargó sobre el camello. El caballo lo llevaron de repuesto no teniendo más dueño que el grupo. La monja no quiso nada. Ni le interesaba tan siquiera acordarse de ese de quien estuvo enamorada. Aquel que desató las iras infernales alrededor de su vida. El infame Albdal, el monje negro del Nilo. No obstante, el físico enganchó el estandarte con su palo a *Negrito* diciendo que así los reconocerían y tendrían menos problemas con soldados o maleantes.

—Aunque reniegues lo llevarás tú —dijo ante las protestas femeninas—, que eres mujer y religiosa. Si lo portamos nosotros, que vamos vestidos de maneras diferentes, seguro que quien nos vea desconfiará.

Antes de emprender la marcha, Armonio sacó el *buscador de estrellas*. Quería calcular el rumbo y la distancia que recorrerían ese día. Apuntó al escondido Sol, de allí a algún punto del horizonte montañoso y miró los símbolos del astrolabio.

—Si no me equivoco, en dos jornadas llegaremos a las tierras de Gurgan. Ese lugar es bastante inhóspito. Tiene población, pero algunos son salteadores y bandidos. Conviene no detenerse mucho por allí.

Guardó el artefacto medidor en la caja del camello, en donde también llevaba sus instrumentos y unos saquitos con hierbas y setas secas. Entonces dio la voz de marcha.

Samarcanda

—Seguiremos hasta Susrav por esa senda que linda con el mar. Sabido es que produce más alegría viajar llenando el pecho con brisa marina que con polvo de las estepas. Si el tiempo nos acompaña llegaremos antes del anochecer

En cabeza marchaba Armonio seguido por Eudocia. Zunsú, bamboleándose sobre su montura, iba a la zaga. Lo hacían en silencio, aunque de vez en cuando un berrido del camello los sacaba de sus pensamientos.

«Eran tres cuando los conocí. —Tenía en mente Armonio—. Conmigo, al día siguiente de salir de Bizancio, cuatro. Ahora solo quedamos dos. Esta mujer guarda mucho rencor en su corazón, seguro que sí. Ya me di cuenta en su día que había tenido algo más que un roce con Albdal. Y Pulqueria, inocente y bella, fue la que pagó todos esos celos pueriles. En la caravana, ¡qué salvajes! Violarla, torturarla, marcarla a fuego y venderla como esclava. No me extraña que ella hubiera matado a Zensán y de añadido el bobo de Ohsm. Pero la avaricia del negro pudo más. ¡No tenía derecho a apropiarse de nadie y menos de su compañera! En vez de consolarla la despreciaba. Hasta se la ofreció a Zunsú. No me extraña que lo hubiera hecho resbalar. No sé cómo, pero estoy seguro que su mano está también detrás de esta muerte. Y el monje... Vaya voz que le quedó cuando lo sanamos Rástim y yo. Hasta despertaba pasiones en mi corazón. ¡Si más de una noche soñé con él! ¡Ay, y ahora, enterrado!».

«¿Amor mío? —pensaba Eudocia—. ¡Cómo me pude enamorar de ti! Después me demostraste que de bueno nada. ¡Ja! Vuelvo y volveré siempre a escupir sobre tu tumba. No me arrepiento de nada. Bien muerto estás. Ojalá nunca descanses. Pisaré la tierra en la que yaces. Soy la espada del dios divino y humano. Yo soy su Justicia».

«¡Pues vaya viaje! —Dormitaba Zunsú sobre su camello—. No sé yo, pero eso que me dijo el monje negro de que buscan la última iglesia de Nestorio no me lo creo. Lo que no consigo recordar es lo de las telas. La verdad es que estábamos los dos muy borrachos. Pero sí sé que me ofreció a la monja que resulta que era su esclava. Ahora está sin dueño. Si a mí me la ofreció en último lugar pues yo seré su amo, supongo. Si es que además es bella y espléndida. Un poco huraña, sí, pero con esas redondeces... ¡Pero, qué cosas tan absurdas estoy

pensando! Si soy incapaz de someter a otra persona. Todos somos libres. Igual, si consigo que ella olvide lo de la borrachera, consentirá en que la posea. Es bella, demasiado voluptuosa. ¡Con esas curvas,...! ¡Pero cómo he sido capaz de pensar en que sea mi esclava! No tengo perdón».

Con estas ideas andaban cuando, cercano ya el mediodía, pararon justo delante de un pequeño arroyo que vertía sus aguas al mar. Salía de unas rocas y serpenteaba por entre las hierbas, discurriendo después por la arena de la playa. Armonio bajó de su montura, se agachó y bebió unos sorbos del cristalino líquido corriente, haciendo un cuenco a modo de taza con una de sus manos.

—¡Qué fresca está! —dijo al probarla—. Pararemos aquí una hora que necesitamos movernos un poco y comer algo. Así también descansarán los animales.

Descabalgaron, aligerando de sillas y aparejos a las bestias. Solo les dejaron los cabezales, a los que ataron unas cuerdas largas anudadas a un árbol para que no escaparan.

—Acompañadme —invitó el médico—. Pasearemos por la orilla. Es muy bueno hacerlo sin calzado. Los pies necesitan limpiarse y desentumecerse.

Caminaron por el límite húmedo, en esa franja de arena mojada y dura que siempre saluda a las olas cuando llegan. Lo hicieron en silencio. Solo el rumor del mar y el suave sonido de la resaca rompían esa quietud. Era un terreno muy poco inclinado, de grano fino y oscuro. Cada poco aparecía medio enterrada una piedra o una caracola. Bastantes restos de conchas formaban líneas negras y grises paralelas al mismo mar. Entonces Armonio se inclinó y cogió uno de aquellos guijarros. Era ovalado, tan grande como una nuez. Parecía cristal marrón melado y en su interior había un insecto.

—¡Ajá! ¡Esto es ámbar amigos míos! Es una piedra muy buscada y codiciada. Tiene un valor muy alto, casi como el de las perlas que llegan en las galeras de las Casitérides. Los reyes suelen presumir de llevar en su corona alguna de estas joyas engarzada. ¡Mirad, mirad! Hasta tiene un bicho dentro. ¡Y hay muchas de ellas! Recuerdo una vez que un comerciante de Biblos las pagó como si fueran oro. Si es que además pesan poco. Observad. —Señaló a la orilla donde un guijarro se movía mecido por las olas—. Se hunden en el agua pero tardan más que si fueran de granito o arenisca. Cuando las pulen bien les dan formas preciosas. Esta, con escarabajo, supongo que valdrá menos. Vamos a mirar y a recoger unas cuantas que seguro que las utilizaremos como moneda de cambio.

Zunsú se acercó hasta donde habían dejado los animales para coger un saco. Miró por entre el equipaje y encontró en la caja del médico una bolsa lo suficientemente grande como para meter en ella

el ámbar. La vació de sus saquitos más pequeños que colocó apoyados en la silla de montar. Cuando volvió a la playa Armonio lo miró receloso por haber andado hurgando en lo suyo, aunque asintió con un gesto que denotaba cierto reproche hacia su amigo. Se pusieron a la tarea y en muy poco tiempo consiguieron casi un ciento de cantos. Eran curiosas estas joyas. Pesaban muy poco por lo que la misma fuerza de las olas las arrastraba hasta la orilla. Según fuera la corriente, el ámbar se movía a voluntad de ella. Cuando consideraron que tenían suficientes, salieron del arenal hacia las cabalgaduras.

Al llegar encontraron a los caballos pastando a sus anchas, y al camello ronzando entre las cosas del médico. Al verlos, este último levantó la cabezota sin dejar de masticar, mirándolos como hace un niño cuando es sorprendido en una travesura. Poco a poco el bruto animal fue retrocediendo hacia los equinos sin apartar la vista de los que llegaban. Las bolsas en las que el médico guardaba sus hierbajos eran del tamaño de un palmo que se anudaban por la abertura con un cordel largo. El bicho se había comido alguna de ellas ya que, mientras tenía puestos los ojos en sus dueños y movía las muelas, una delgada cuerda le colgaba por uno de los lados de la boca.

—¡Pero bueno! —exclamó Armonio—. ¡Este animal tuyo se está comiendo mis labores! ¿Será posible?

—Los camellos se comen cualquier cosa. No les importa si es bueno o no. No me di cuenta de que el largo de la atadura le permitía llegar hasta aquí. Perdóname.

—Bueno, esperemos que no le siente mal. Vamos a ver qué se ha tragado esta bestia..., que..., que... —Hizo un gesto con la mano como de querer darle un buen sopapo—. Yo tenía quince bolsas, ahora solo quedan doce. A ver, a ver..... Me faltan el azufre, la cal y la matamoscas. Pues va apañado. Si no le revientan las tripas con esa mezcla a este bruto no lo mata ni un rayo divino.

Cargaron de nuevo a las bestias y reemprendieron el viaje. No habían andado ni un par de millas cuando el camello, que marchaba el último, comenzó a pagar el precio de lo que se había comido. Primero fue con una serie de gases que expulsaba por los cuartos traeros en desagradable sinfonía. A ello le siguieron unos cuantos eructos largos, sonoros y tan graves, que recordaban al sonido de los cuernos vacíos que utilizan algunos pastores. Cuando parecía que se le había pasado el asunto de los malos aires comenzó a retorcer el pescuezo intentando morder a su jinete.

Su dueño, enfadado por ese comportamiento, le riñó con palabras gruesas, sacudiéndole un par de fustazos en las nalgas y un puñetazo en la cabezota. Al recibirlo el bicho se paró en seco, volviendo hacia atrás la mirada que clavó en el que le acababa de pegar. Hasta parecía que los ojos del animal bailaban dentro de las

cuencas. Ahora apuntaban hacia arriba, después para abajo e incluso alguna de las veces puso uno para cada lado. Con tranquilidad, cuando se cansó de observar al camellero, giró la cabeza hacia adelante, inclinó un poco el pescuezo y, emitiendo un largo bramido, salió corriendo al galope con Zunsú encima, que por no esperárselo botaba y rebotaba a cada paso. Adelantó a Armonio y a Eudocia más rápido que el viento.

—¿Qué hacemos? —se carcajeó la monja—. ¿Lo seguimos?

—No va a hacer falta. Corre por la orilla. Ya se cansará, ya. —El médico casi no podía ni hablar—. Eso es el fruto de haberse comido la matamoscas. ¿Recuerdas que os dije cuando la cogimos que levanta el ánimo de quien la ingiere? Pues ahí está el resultado. Menos mal que es un animal grande. ¡De esta no se muere, no!

A lo lejos se veía al camello alejarse al galope alborotado y a Zunsú encima agitándose como un endemoniado mientras gritaba cosas sobre los padres del bicho. Ellos siguieron el camino marcado por el animal desbocado, trotando despacio con sus caballos y el de refresco. De vez en cuando encontraban alguno de los artilugios que portaba el corredor, que con tanta trotada se le habían ido cayendo, y los fueron recogiendo. Pasó casi una hora hasta que los vieron. Estaban, bicho y jinete, tumbados en la hierba.

—¡Amigo! —dijo Armonio al llegar—. ¿Tenías prisa?

—Y tanto —contestó—. Este camello loco..., uf. No sé ni cómo llamarlo ya. Menos mal que hace un rato largo se ha dado un cabezazo contra ese árbol de ahí y ha caído a plomo. Me ha dejado el cuerpo como si me hubieran pasado por encima una docena de trillos. Ahora ya se ha despertado. Hasta parece estar más tranquilo. Esto, supongo, es por lo que se ha comido ¿verdad?

Los otros no sabían cómo disimular las risas.

—Buen día llevamos hoy. Comenzamos con un entierro y casi terminamos con otro. —El médico se puso un poco serio—. ¡Ea! Sigamos camino que estamos ya muy cerca de Susrav.

En poco llegaron a esa pequeña ciudad. Allí, encontraron un lugar en el que comer, dormir y dejar descansar a las bestias. Durante la comida, el médico explicó el camino que seguirían a partir del día siguiente. Bordearían unas montañas cercanas [desde donde estaban se veían con sus cumbres nevadas], para acercarse a Gurgan. De allí a Samarcanda no tardarían más de cinco jornadas. A partir de este punto deberían de marchar con cuidado, ya que son regiones inhóspitas, con pobladores que viven del ganado y de los robos. Pero bueno, eso ya era harina de otro costal.

El frío era intenso. Hacía cuatro días que habían partido de Gurgan y por fin la ciudad de Samarcanda se veía en el horizonte. Salvo las desgracias ya sabidas del viaje, nada más digno de mención

les había sucedido. El médico con su astrolabio, sus recogidas de hierbas, maderas y hierbajos parecía contento. Zunsú, a lomos del camello loco, se impacientaba.

«Soy hombre de no pasar mucho tiempo sin desahogarme con una hembra, y esta noche la disfrutaré con la primera que encuentre en alguna casa de postas. Ya tengo claro que Eudocia no será mía. La he visto mirarme sin apetencia, así que buscaré alguna que me cobije entre sus senos, que me arrulle,... —Sonrió y dio dos palmetazos al pescuezo del camello—. Esta cabalgadura, después de habérsele pasado el desafuero por comer las setas, se ha portado bastante bien. Hasta ya no es necesario sacudirle puñetazos en la cabeza. ¡Ja! Solo con oírme la sarta de maldiciones que le obsequio el animal atiende todo lo que le digo.

»¡Ay! ¡Cuánto necesito de una hembra! ¡Y este médico de un buen mancebo! ¡Que cómo disimula de bien sus apetencias! A mí no me parece tan mal. Lo comprendo porque todos somos diferentes. La naturaleza de cada uno es única. Esto es como el comer. Si a mí me gustan los huevos crudos no quiere decir que todos deban de comer los huevos crudos. Pero nada. Yo a mis hembras, él a sus machos. Y… este viajecito… No sé ni hasta donde quieren llegar, pero les acompañaré para encontrar lo que buscan. Dicen que es la última iglesia de Nestorio aunque pienso que hay algo más. Aun así me he comprometido y cumpliré mi promesa.

La monja, más contenta, hasta sentía cierta tranquilidad en su alma. Como tenía acostumbrado durante el viaje, cada rato cuchicheaba cerca de la oreja de *Negrito* y le acariciaba el cuello palmoteándoselo. Alguna vez, durante el último día, pensó en dejar de ser esa mano justiciera del mismo Jesucristo. A fin de cuentas Zensán estaba muerto y bien muerto, su asqueroso secuaz Ohsm también y ese que había sido su amor, Albdal, enterrado. Quizá ya había conseguido limpiar su vida de la cizaña, porque el monje no tenía nada de bueno. Al contrario. Al principio ella estuvo engañada. Pero después sus actitudes y hechos le dieron la razón. «Buena pedrada le di, y mejor ahogamiento. Descanse en paz... si puede».

—Amigos —habló Armonio—. No hemos tenido ningún inconveniente desde Gurgan. Ni saqueadores, ni soldados, ni alimañas. Solo este frío que te entra por todos los lados. Creo que hasta es capaz de nublar mentes y oscurecer almas. A este trote, en menos de una hora entraremos en Samarcanda. Es ciudad de formas y habitantes muy curiosa, en la que yo ya he estado un par de veces. Muchos la nombran como hacían los griegos, Maracanda, o los más antiguos, Afrasiab. Por aquí pasó ese griego magnífico, el rey Alejandro. Me recuerda a Bizancio, aunque en pequeño. Su bullicio, los mercados, en fin..., hay de todo allí. Hasta las gentes son de mezclas demasiado

extrañas y diferentes. Las hay con piel blanca, otras marrón, algunas con un amarillento curioso. Unos cuantos tienen las narices grandes, otros pequeñas, o aplastadas. Ahí viven gigantes y enanos. Y los ojos, que pueden ser de color azul, marrón, negro, verde..., algunos los tiene redondos y muy abiertos y otros como rayitas debajo de las cejas.

»Es un lugar demasiado cosmopolita y mundano. Además caben todas las religiones vivas y muertas. Las lenguas que hablan son tan diferentes que a veces parece la Babel de los ismaelitas. Importante es también que cualquier cosa que exista en el mundo conocido o no, allí se puede comprar. Cuando las caravanas marchan hacia el Naciente o vuelven para el Poniente, hacen parada aquí ya que es una de las grandes rutas utilizadas. Nosotros nos hemos desviado por el Kaspioi y por Gurgan a través del país de la Sogdiana, pero ellos suelen marchar por tierras más transitadas cruzando la Drangiana y la Bactrania. Allí se desvían, unos hacia la Boreal, otros para la Austral. El río que atravesamos ayer, el Oxus, es el último que veremos hasta pasar la ciudad, en que nos encontraremos con el Jaxartes.

—Yo también estuve en Samarcanda una vez —sonrió Zunsú—. Allí conocí a una muchacha que me hizo ver las delicias de esta tierra. Fue hace ya años. Recuerdo que vivía en una casa de ladrillo cocido, y...

«Si es que son hombres. —La monja los miraba risueña—. Al fin y al cabo son y piensan tan sencillo como lo que son: hombres. El médico aparenta un comportamiento afeminado aunque a veces quiera disimularlo. Seguro que Armonio tiene más apetencia por los caracoles que por las ostras. Sus gustos griegos saltan a la vista, por eso él me comprende mucho mejor que otros. Es amable y delicado, hasta ese suave roce de sus labios que me otorgó me pareció exquisito. Ahora, como ya ha hecho en otras ocasiones, nos ofrece una clase magistral sobre la ciudad a la que llegaremos hoy. ¡Qué pesado es!

»En cambio su amigo pierde la razón tras unas curvas femeninas. Lo he observado muchas veces cuando me miraba con gesto goloso. Yo despierto mucho interés en él. De todas maneras, de dos o tres días para acá, no ha demostrado esa tendencia. Mejor así. Por ahora no quiero volver a yacer con otro hombre. Igual, aunque pueda resultar pecaminoso, sí con otra mujer. Con una como yo, que me escuche y me entienda. Por lo menos, del asunto de que fui vendida como esclava ni se ha hablado. Me gustaría entender que ya está olvidado. —Volvió otra vez la vista hacia el camellero—. ¡Pero qué inocente eres Zunsú! ¡Qué inocente!

—Que sí..., que sí… —Armonio continuó a lo suyo—. Lo que quieras Zunsú,...que si una mujer estupenda y demás. ¡Ay, qué pesadez la tuya! Como iba diciendo, por aquí pasan muchos

caravaneros. Y todas las religiones del mundo habitan sin guerras entre ellas. Estoy seguro que algún nestoriano encontraremos. Como habrá todavía luz del día cuando lleguemos, buscaremos una casa de postas en la que nos den un buen servicio.

—Raghia se llamaba. —Zunsú sonreía con sus recuerdos—. ¡Y cómo cocinaba! Estaba casada con un comerciante que pasaba meses fuera de su casa. Era curioso, pero ella me contaba que cada vez que volvía su marido se encontraba con un hijo nuevo. Creo que tenía siete u ocho y todos diferentes entre sí. De la misma madre, pero del padre... Estuve como medio año entero. ¡Qué lujuria! Me marché cuando uno de sus sirvientes, hum... Carmonio creo que se llamaba, me avisó de que el marido regresaba al día siguiente. Lo hice para evitar males mayores, ya que yo allí,..., con ella,..., viviendo sin trabajar, solo disfrutando de su dinero...

—¿Y nunca la repudió ese hombre? —preguntó sorprendida Eudocia.

—No, no. Está admitido el comportamiento libertino dentro de los matrimonios. Además, cualquier hombre puede estar casado con cuantas mujeres pueda mantener, pero también ellas, si disponen de riqueza suficiente, contraen matrimonio con varios esposos. Es decir, que la igualdad de mujeres y hombres es cosa natural. A pesar de ello, yo me marché. No quería encontrarme con el dueño de la casa, que una cosa es el libertinaje y otra el abuso.

—Cierta es esa cuestión —intervino el médico retomando su clase—. Aquí todo está bien visto siempre que no se quebrante la buena convivencia. Aun a pesar de que el trasiego de animales y personas es muy grande, todos se respetan y guardan y hacen guardar las leyes de la ciudad. Fijaos que las que rigen en el imperio sasánida, dentro de todo el recinto de Samarcanda y de su huerta no se aplican. Tienen una forma de gobierno parecido a la de las islas griegas. Su gobernador es al rey, que puede ser macho o hembra, y nunca por herencia. Curioso es que no existe la pobreza gracias a esa falta de envidia y encelamiento que hay entre los pobladores. Y las mujeres gozan de los mismos derechos que los hombres, pero también de las mismas obligaciones. Sus reyes son elegidos entre los más listos y valiosos por los que forman el *senatium*, que a su vez representan cada uno a una calle grande o a un grupo de personas. Allí, en el *senatium,* se sientan todos sin distinción de sexo según la elección de los que sirven. Como ejemplo os diré que cuando el gobernador, sea del género que sea, requiere de gentes para su ejército no hace diferencias entre nadie. Solo prima el buen hacer y la experiencia. Es una ciudad muy curiosa que seguro que debería de tomarse como ejemplo en otras que presumen de ser liberales y demócratas.

—Sí, es una ciudad curiosa, sí, pero... —Zunsú seguía a lo suyo

—... Raghia, ¡oh, Raghia! ¡Qué esplendorosa mujer! Con muchos hijos que no habían estropeado su cuerpo limpio de pelos. ¡Qué curvas! Su piel como la de un melocotón. Sin barba ni bigote. ¡Oh! Así estaba ella que no le faltaban pretendientes. Y además rica.

—Dejémonos de añorar tiempos pasados que ahora todos tenemos ganas de comer y descansar. Hasta los caballos lo necesitan. Incluso tu camello Zunsú —rio Eudocia—. ¡Que mira cómo espumea de seguido!

Comenzaron un trote alegre que los llevó hasta Samarcanda en poco rato. Justo antes de entrar en la población acordaron cambiar el orden de la marcha, cabalgando delante Eudocia, portadora del estandarte. Varias caravanas se encontraban estacionadas fuera, junto a las altas murallas. Para evitar los olores y pestilencias producidos por los excrementos de tanto animal junto, el *senatium* había prohibido que entraran en el recinto. Solo podían hacerlo con cabalgaduras las personas que marcharan en cantidad menor de cuatro como era su caso. Enseguida encontraron una casa de postas bastante elegante. Era cuadrada, de dos plantas, midiendo cada uno de los lados como un cuarto de estadio. Tenía cuadra, patio empedrado, cocinas, bodegas y habitaciones. Un gran lupanar ocupaba la parte cercana a la entrada.

El médico apalabró con el dueño tres habitaciones independientes y los pesebres repletos de comida para las bestias. Con cuatro piedras de ámbar cubrió los gastos de tres días, incluyendo la alimentación de ellos así como el disfrute diario de un par de hombres o mujeres para cada uno. Dos mozos les ayudaron a llevar el equipaje a sus cuartos en la planta alta. Se encontraban al final de un largo pasillo, y cada uno tenía un amplio camastro con jergón de apelmazada lana de camello, dos grandes y gruesas mantas, una cubeta llena de agua limpia y una pequeña ventana, junto a la cual un asiento de madera con agujero cumplía el cometido de cloaca.

Se asearon, cada cual en su lugar, y bajaron al salón cercano a las cocinas en donde comieron copiosamente. Era esa una gran sala en la que algunos cenaban, otros bebían, unos cuantos trabajaban para atender a la clientela y sobre dos docenas de mujeres y hombres ofrecían su compañía. Ellos estaban sentados en unos cojines y las viandas no dejaban de llegar acompañadas por jarras de recio vino oscuro de las zonas de Parapamisos. Cuando terminaron, Zunsú se levantó.

—Bien acomodadas me han quedado las tripas. Ahora me siento cansado. Buscaré compañía que está incluida en el precio y me iré a mi habitación. Nos vemos mañana.

Armonio y Eudocia sonrieron al verle acercarse a dos mujeres muy voluptuosas con quienes se marchó cogiéndolas por la cintura.

—Buenas hembras se ha buscado —habló el médico—. No sé yo si mañana no le dolerán todos los huesos, que esa pareja que lo acompaña tiene toda la apariencia de exprimir al máximo a sus clientes.

—Sí. Eso pienso yo también —rio la monja—. Y tú... ¿no buscarás a alguien con quien yacer hoy?

—Claro, claro que sí. Pero prefiero esperar a que tú te vayas a descansar que yo ya encontraré después lo que me satisfaga.

Una pícara mirada de ella le dio a entender que lo estaba poniendo a prueba.

—Bien amiga mía. Eres inteligente. Sé que te has dado cuenta de que yo gusto de machos que no de hembras. Comprenderás que estas cuestiones no son muy de predicarlas en algunos lugares ya que existen culturas que no las admiten. Además, te digo que jamás he yacido con mujer.

—Estate tranquilo conmigo. —Le acarició la mano con delicadeza—. Te ofrezco el que puedas acompañarme esta noche, si así lo quieres. Aun siendo esclava que ha sufrido, contigo no tendría inconveniente alguno.

—Te lo agradezco mucho. Eres muy amable y bella. Cualquier hombre se prendaría de ti. Pero..., entiéndeme. Yo no te rechazo. Quizás, más adelante…

—Bueno amigo. Te comprendo. Y... te voy a confesar un pensamiento que he tenido hace poco. Sé que tú lo tolerarás.

—Adelante, adelante —la animó.

—Desde siempre me he amancebado con muchos. Algunas veces por dinero, otras por obligación y muchas por placer. Ahora mismo, después de lo que me hicieron esos malnacidos de la caravana, aborrezco a los hombres. Incluso Albdal comenzó a demostrar crueldad conmigo una vez que pudo hablar y yo estuve sana. Él me tenía como su posesión. Seguro que me maltrataría, me violaría y después me vendería, que algún gesto de ello ya le vi. Hasta se permitió el ofrecerme a Zunsú. Pero ahora bien muertos están esas tres bestias que me destrozaron el cuerpo y el alma.

—Creo que no me equivoco —contestó el médico—. No sé cómo decírtelo, pero..., respóndeme, por favor. ¿Tú mataste a Zensán y a Albdal?

Ella sonrió entrecerrando los ojos. Un pequeño brillo en ellos confirmó lo que le acababa de preguntar Armonio.

—Confía en mí. Ese secreto está a salvo conmigo. Nadie sabrá por mis labios que fuiste tú.

Otra vez la monja acarició con suavidad la mano de su compañero, agradeciéndole su silencio. Un rato estuvieron callados, mirándose el uno al otro hasta que él parpadeó varias veces,

alentándola a confesarle ese pensamiento suyo.

—Yo también he sentido deseos de yacer con alguien de mi sexo, lo mismo que tú, querido médico. Nunca lo he hecho, pero después de las torturas que he sufrido solo me apetece compañía femenina. Y me encuentro que..., que no sé cómo hacer. Nunca he yacido por placer con una mujer. Además en estas tierras lejanas de Bizancio no nos entenderíamos bien por hablar lenguas diferentes.

—Querida. Cuando tú lo desees marcha con la mujer que quieras. Ella te comprenderá mucho mejor que un hombre. Deja que obren los cuerpos y la misma naturaleza. Por el lenguaje estate tranquila. Ya has visto que no hemos tenido ningún problema hasta aquí. Esta ciudad de Samarcanda ha sido lugar de paso de Alejandro el magnífico y de todo su gran ejército. Estas gentes hablan griego, latín, persa... No tendrás ningún problema con nadie. Te lo digo de verdad.

—Pues lo tengo decidido. Aunque no sé con quién marcharme.

—Deja que tu corazón y tus ojos te lo indiquen. Mira a todas las que hay. Ya verás cómo enseguida alguien también se ha fijado en ti.

Así lo hizo la monja. Observó a la decena de mujeres que paseaban por la gran sala y, al poco, su vista se cruzó con la de una joven de cabellos claros, recogidos en una larga trenza. Se sonrieron y la extraña se acercó sentándose al lado de la religiosa. Esta la miró a los ojos. Los tenía claros. Le recordaban a los de Pulqueria. Le acarició el rostro y le preguntó cómo se llamaba.

—Qualan —le susurró con una fina y bonita voz.

—Yo soy Eudocia.

Entonces miró a Armonio, como lo hace una joven casadera a la espera del consentimiento de su padre ante el matrimonio. Él, risueño, asintió moviendo la cabeza. Satisfecha, cogió de la mano a su acompañante y se marcharon cuchicheándose alguna cosa por el camino.

«Ojalá esta mujer encuentre la paz de su corazón..., que tanta falta le hace —pensó el físico a la par que hacia un guiño a un joven de pelo rizado—. ¡Hum! Creo que hoy voy a terminar demasiado cansado».

La iglesia

Armonio se despertó cuando los primeros rayos de luz del nuevo día atravesaron las rendijas de las contraventanas. Miró a su dormido acompañante, le acarició la mejilla y se levantó. Poco había descansado, ni la mitad de la noche, pero había merecido la pena. Ahora, cansado sí, pero más tranquilo y contento, se alivió en el asiento de madera. Después se lavó la cara, se vistió y se marchó sin despedirse del durmiente bello hombre que lo había satisfecho. Recorrió el largo pasillo y coincidió con Eudocia que salía de su cuarto. Le pareció más hermosa, más luminosa.

—Hoy me siento radiante, nueva.

En ese momento su amante Qualan salió de la habitación. Ella también estaba risueña. Se acercó y besó en los labios a la monja. «Luego nos veremos cariño», escuchó el médico.

—¿Qué tal has descansado? —sonrió.

—Bien, muy bien —dijo ella—. Hacía muchos años que no me sentía tan feliz y satisfecha como ahora.

—Entonces empiezas a comprender el porqué yo gusto de los de mi mismo género.

Ella le guiñó un ojo y entraron en la gran sala. ¡Qué bullicio resonaba esa mañana en la casa de postas! Aquello estaba abarrotado, no había un sitio libre. Las cocinas hervían. Una docena de hombres y mujeres se afanaban entre las cazuelas. La agitación reinaba por todas partes. Todo parecía un embrollo gigante que les recordaba el desorden organizado de las caravanas. Los fuegos no paraban de calentar las ollas, en las que se cocinaba *chorba*, esa sopa de vegetales con ternera que levantaba el ánimo a quien lo tuviera decaído. Los guisos de *plov* con arroz, hortalizas, carne de cordero y hierbajos picantes no le andaban a la zaga. El cocido de carnes y verduras, *dimiana,* les seguía. Y el *manti*, con su nata agria mezclada con cebollas, hierbas verdes y pimienta, cerraba las peticiones. Los sirvientes, de aquí para allá, atendían todo y a todos.

Cuando quedó libre un hueco cerca de las escaleras lo ocuparon ellos. Al momento, uno de los que atendían les trajo dos cuencos de *chorba* con un par de cucharones, un enorme pan ácimo les acompañó y una gran jarra del recio vino de Parapamisos. La mujer, ahora mucho más atrevida, guiñó un ojo al médico y comenzó a sorber su

chorba. Entonces apareció por la escalinata Zunsú, quien los vio y se sentó con ellos. Tenía unas llamativas ojeras.

—Pareces cansado —dijo Armonio sonriendo.

—¡Puf! No he pegado ojo. Lo cierto es que no puedo dormir mucho de seguido. Tengo un «no sé qué» en el cuerpo que no me deja descansar.

—Pues nosotros llevamos aquí ya un rato —intervino Eudocia —. Igual eso que te pasa tiene que ver con la compañía que has tenido esta noche.

—Sí. He pasado la noche acompañado. Y os digo que he descubierto posiciones, ajustes y colocaciones de los cuerpos de un hombre y de una mujer que no tienen cabida en la imaginación del mejor de los sabios de Grecia. Así estoy de maltrecho.

Sus acompañantes rieron a carcajadas mientras engullía la *chorba* que le acababan de poner. Él solo acabó con el vino de la jarra pidiendo más. Cuando llegaron la *dimiana*, el *manti* y el *plov*, al punto los devoró. El médico y la monja, de casualidad casi pudieron comer algo, tal era el ímpetu de las tripas de quien se decía insomne. Cuando la mesa estuvo vacía de comida, un largo eructo dio por finalizado el desayuno.

—Ahora me encuentro mejor. Creo que ya estoy repuesto del todo.

—¡Ay, ay, ay! —se rio el físico—. Te recuerdo que ya no eres un joven mancebo de veinte años a quien los esfuerzos no le cobran nada.

Zunsú lo miró de reojo y no contestó.

—Cierto es que ya no eres muy joven —habló Eudocia—. Y ahora que hemos terminado vayamos a buscar una iglesia nestoriana. Llevo conmigo la carta de Leturio por si fuera necesario enseñarla.

La calle parecía que se había contagiado de la algarabía que reinaba en la casa de postas, ya que un alboroto muy grande surgía de todos los lados. Aun siendo ciudad de vías anchas, estas se encontraban llenas de gentes que marchaban de aquí para allá, cada uno a lo suyo. Había nevado esa noche y todo estaba blanco. Acordaron ir primero al mercado a comprar unos abrigos para el frío. De tres o cuatro estadios por cada lado, allí se comerciaba con todo excepto con personas, cuestión prohibida por los gobernantes de Samarcanda. En sus normas se encontraba la de que todo hombre o mujer es igual a los demás ante los dioses y ante la misma Ley. Nadie tiene la potestad de atribuirse valores o poderes mayores que otros. En el tenderete de un hombre menudo, de hablares raros, comportamientos diferentes, ojos rasgados y pelo tupido y negro consiguieron a buen precio bajo unas estupendas pellizas.

—Este hombre de apariencia y hablar tan extraño, ¿de dónde

proviene? —preguntó la monja al salir del bazar.

—Es un *han* del país de Zonguo. —Armonio quiso comenzar otra clase de magisterio—. Es una región de más allá de las montañas de las nieves eternas. Algunos hablan de ese Zonguo como si fuera el país de Seres, aunque nadie lo sabe a ciencia cierta. Dicen de estos *han* que son los mejores jinetes del mundo y los guerreros más sanguinarios y crueles. De ese lugar, Zonguo, he oído que es inmenso, llegando hasta los confines mismos de la tierra. Está formado por llanuras, bosques, desiertos y ciudades tan grandes como no existen en otro lugar. Tiene cientos de millas de costas, en las que los monstruos marinos son los reyes. Se dice que allí vuelan los pájaros más extraños del universo, pero también muchos dragones terribles que escupen por su boca, en vez de saliva, grandes lenguas de fuego. En las crónicas de las conquistas del macedonio Alejandro, consta que detuvo su avance en las fronteras de Zonguo al ver animales enormes y ser atacado por esos dragones voladores infernales.

—Alguna vez he visto telas en las que están bordados bichos fantásticos, de cabezas grandes, lenguas largas y cuerpos estrechos —apuntó Zunsú.

—Esos son. Esos son los dragones voladores. A ciencia cierta, en el mundo civilizado nadie los ha visto, pero los dibujos que traen en las telas los mercaderes son bastante fiables.

—Creo que debemos de dejar a un lado el asunto de esas bestias y buscar una iglesia —intervino Eudocia.

El médico se acercó entonces a un hombre anciano, mezcla de *han* y romano, que aguardaba apoyado en la pared de una casa.

—Que la paz llegue a tu corazón amigo —le dijo sonriente—. Me llamo Armonio. Soy viajero que busca conocimiento.

El viejo lo miró y se encogió de hombros como diciendo «bien, me alegro, pero no me importa». Ni se molestó en contestar.

—Necesito hacerte una pregunta, si es que no tienes inconveniente.

El otro seguía a lo suyo, aunque ahora miraba a Zunsú con curiosidad. Entrecerró un poco los ojos, frunció el ceño y lo señaló con el dedo índice.

—Yo a ti te he visto antes —dijo al fin.

—No lo creo. Vengo de muy lejos. Como no nos hayamos cruzado en alguna de esas ciudades en las que te encuentras con todo el mundo...

—Sí, sí. Ahora te recuerdo. Hace ya unos años tú viviste en casa de mi señora. Sí. Te recuerdo muy bien. Te marchaste cuando su marido regresaba de Pattala, en las tierras de Orites, después de avisarte Carmonio de su llegada. Tú eres... *Erastís*.

Zunsú se acercó al anciano mirándolo con interés. De pronto

soltó una gran carcajada.

—¡Kavhad! —Lo abrazó dándole unas palmadas en la espalda —. ¡Kavhad amigo mío! ¡Sí, soy yo! ¡He vuelto! ¡Ja! ¡Cómo son estas cosas de la vida! ¿Quién nos lo iba a decir, eh Kavhad? Y dime, cuéntame. ¿Cómo estás? ¿Qué tal está la señora? Dime, dime.

El médico y la monja no salían de su asombro. Habían llegado el día anterior a la ciudad y ahora un hombre de edad conocía a Zunsú, a quien llamaba *Erastís*, y este también a él. Sí que era cierto que les había confesado que vivió unos meses allí, hacía ya años, pero eso de llegar y...

—Bien señor, bien. Ella está muy bien. Ahora es viuda. Su esposo murió hace no muchos meses. Según dijeron los sirvientes de su caravana, los fríos de las nieves de las montañas de Kalgar pudieron con él. Cuando trajeron su cuerpo estaba ya tan seco como el pescado ahumado que cuelga en la ribera del Jaxartes.

—Vaya. Supongo que estará bastante afligida, viuda, con hijos,... no sé...

—¡No, qué va! Sus hijos ya no están a su cargo. O están casados o enfrascados en las empresas que tenía su padre. Incluso dos de ellos son jefes de caballería y soldadesca en el ejército de Cosroes. Pero *Erastís*, espero que le hagas una visita a mi señora, ella seguro que te lo agradecerá.

—Claro que sí. Cuando vuelvas a la casa dale un recuerdo mío y coméntale que mañana me verá.

Un muchacho se acercó entonces con un saco de sal para el sirviente de Raghia.

—Yo ya he terminado mi recado, amigo. Duerme tranquilo que tu encargo lo cumpliré. Ahora debo de marcharme. Adiós.

Se abrazaron otra vez y el anciano se fue por una estrecha calleja cercana.

—Conque *Erastís* —dijo el médico divertido—. Pero si *Erastís* en griego significa...

—Sí, hace ya unos diez años de eso. Raghia se empeñó en llamarme así. Decía que Zunsú no la convencía. Me parece que le recordaba a algún apasionado amor que debió de tener antes, aunque comparado con lo que yo le ofrecía..., vamos...

—Significa...

—¡Que sí! ¡Que sí! ¡Que significa amante! Y es que soy muy bueno satisfaciendo a una mujer.

Eudocia no pudo más y la risa le surgió de golpe. Tanto reía que comenzó a llorar sin contención. No podía hablar y se limitaba a señalarlo entre carcajadas. Era tal el regocijo de la mujer que Armonio ya no pudo contenerse acompañándola en sonoras risotadas que hicieron que Zunsú se enojara, aunque poco a poco se le fue pasando y

él terminó como sus compañeros. Al poco, ya repuestos, se explicó.

—La realidad es que ella decía que el nombre de Zunsú no era muy adecuado para mí, tal es el disfrute que otorgo a las hembras cuando yacen conmigo. De ahí lo de *Erastís*. Pero os ruego que no hagáis más mofa de este asunto.

—Sea. No volveremos a reírnos cuando oigamos ese mote. —El médico sonreía—. Aun así parece que has llevado una vida de bastante lujuria.

—¿Cómo que vida de lujuria? De eso nada. He viajado, sí, y he conocido mujeres.

—Pues por donde pasas dejas huella —dijo la monja.

—Tampoco he tenido tantas amantes.

—Pero si hemos parado en dos ciudades y en las dos te has encontrado con mujeres con las que te has desahogado...

—Hablas de Nilasha, ¿no es así?

—Claro. Me dio la impresión de que a ella la abandonaste dejándola disgustada.

—Eran otros tiempos. Yo era muy joven, mis ansias de conocimiento eran grandes y no quería atarme a nadie ni a nada.

—¿Nilasha no te apodaba de alguna forma? ¿Cupido? ¿Afrodito? ¿Erotes?

—¡No! No me puso ningún sobrenombre. Me llamaba Zunsú.

—Y después llegaste a Samarcanda.

—Vamos a ver. Dejémonos de hablar de mi vida anterior, que lo que ahora nos ocupa es bastante más interesante.

—Tienes razón —interrumpió Armonio—. Debemos ahora de encontrar la iglesia, que es por lo que estamos aquí.

Justo entonces comenzó a nevar. Los copos caían con delicadeza, como si fueran plumas de ave trazando suaves curvas descendentes. Este asunto tampoco les preocupaba ahora, ya que con las pellizas poco frío pasarían. Fueron por una calle, luego por otra y otra más. Varias veces Armonio preguntó a alguno de los que se cruzaban con ellos por la ansiada iglesia, hasta que, cerca del mediodía, dieron con la casa que estaban buscando. Era pequeña, de barro cocido, con puerta y dos ventanas con vidrieras en su fachada. No mediría más de veinte pasos por cada lado. En una parte de la pared principal habían encalado un recuadro de cuatro o cinco palmos, que por su blanco resaltaba sobre el resto. Dentro de él habían pintado la roja cruz de Nestorio. Se acercaron y el médico llamó a la puerta. Al poco una mujer les abrió.

—Buen día tengáis —saludó en latín.

—Buen día también para ti —contestó el físico—. Venimos desde muy lejos buscando esta iglesia nestoriana. Porque es nestoriana, ¿verdad?

—Sí, claro. Lo es y yo soy una de sus diaconisas. Pero pasad —les invitó—. Pasad que dentro estaremos más cómodos y ajenos a miradas y oídos extraños.

Los acomodó en los cojines de una habitación de diez pasos por cada lado. La pared enfrentada a la entrada lucía otra cruz como la de afuera, con diversas inscripciones en griego entre los huecos de los brazos.

—Me llamo Arthiesa. Soy la esposa del obispo de Samarcanda Acacio. Él no tardará en llegar. Ha ido a tratar asuntos diversos al Jarshi —les dijo.

—Yo me llamo Armonio, soy médico. Este hombre es Zunsú, ayudante en mi ministerio. Ella es Eudocia, monja nestoriana como tú.

—¡Oh! Eudocia, amiga mía —se alegró la anfitriona—. Nestoriana, ¡qué bien! No es corriente que aparezcan otros religiosos por aquí. ¿Pero entonces solo tú eres monja? ¿Ellos no?

—Así es, ellos no lo son. Son mis acompañantes en este largo viaje.

—Sí, nosotros somos... —El físico comenzó a hablar algo molesto por aparecer como subordinado a la mujer—. Ella es monja, yo soy un médico y él mi ayudante que...

—Bien está así. Deja hablar a mi amiga. —Lo acalló con un movimiento de la mano sin dejar de sonreír a la mujer—. Pero, dime cariño. Cuéntame cosas.

—Te agradezco mucho Arthiesa que nos hayas acogido de buena gana. —Le dio un beso en la frente al modo nestoriano y la abrazó—. Venimos desde Bizancio. Ya llevamos muchas jornadas de viaje. Empezamos en una caravana, y..., bueno, que nos ha pasado de todo para llegar hasta aquí. Lo último que nos faltaba era que nevara y ahora acaba de empezar a hacerlo. Pero te diré que salimos de allí con un mandato de nuestro obispo Leturio. Tenemos una carta de él que llevó guardada en mi bolsa.

En ese momento un hombre entró. Era alto, de una edad parecida a la del médico. Al verlos inclinó la cabeza y saludo.

—Buen día tengáis —dijo en una mezcolanza de latín, griego y farsí.

—Esposo mío estas gentes han llegado desde Bizancio y no están hechos sus oídos a los hablares de estas tierras —le contestó su mujer.

—No, no, por favor. Lo entendemos bastante bien. ¿No es así? —Armonio quiso recuperar protagonismo—. Puedes expresarte como mejor te convenga, que viajeros como somos, conocemos de usos, costumbres y hablares de muchas regiones.

—Siendo así —contestó el hombre—, continuaré como he llegado. Me llamo Acacio, esposo que soy de esta fabulosa mujer,

Arthiesa, y obispo nestoriano de Samarcanda y su región. ¿Quiénes sois vosotros?

—Amigo Acacio —comenzó otra vez el físico—. Como ya te ha explicado...

—¡Pero hombre! —le interrumpió la anfitriona—. ¡Si la única religiosa es ella! Déjala que hable, que seguro que tiene cosas interesantes para nosotros. Vosotros, como hombres de otras tierras, todavía pensáis y aplicáis la supremacía del varón sobre la hembra. ¡Ay! Pero esto es Samarcanda. Aquí prima la igualdad. Déjala hablar que sabe muy bien qué es lo que tiene que decirnos.

El médico no supo qué contestar. Se sonrojó y sonrió forzado.

—Me llamo Eudocia. Soy nestoriana de Bizancio. Me acompañan Armonio, que es físico y médico, y Zunsú su ayudante. En principio éramos tres los monjes, pero por las desgracias del camino dos fallecieron.

—Caramba —dijo la anfitriona acariciándole una mano—. Lo siento. Debiste de sentir mucha pena cuando pasó. Ya me contarás cómo fue. Pero ahora sigue, continúa.

—Gracias Arthiesa. Estos dos hombres con gusto se ofrecieron a acompañarme, dado su interés por el conocimiento de gentes y costumbres. Nada me han pedido a cambio. Yo, por mi parte, viajo tranquila con ellos ya que así me siento mucho más segura. Ellos me salvaron de unos bandidos que me secuestraron y marcaron la frente a fuego. Mirad, mirad —les enseñó la cicatriz de la quemadura—. Y estos hombres me rescataron, cuidándome y sanándome después. Pero os diré que venimos de viaje desde la capital del imperio de la Nueva Roma con un mandato de mi obispo Leturio. Tengo una epístola que me dio antes de partir. Creo que os interesará.

Le alargó el estuche a Acacio, que abrió el cuero desenrollando el pergamino.

—Vaya, está escrito en latín —dijo—. Os lo leeré: «Por el sagrado mandato de Jesucristo, yo, Leturio de Bizancio, obispo nestoriano, mancomunado que soy de esta Ciudad Santa, cuna, refugio y lugar de catequesis del mismo Nestorio:

Hago saber y ordeno a quien esto pueda leer, que los portadores de este pergamino ostentan la misma autoridad que yo mismo. Por ello mando con la suficiente razón emanada del mismo Cielo que a quien esto se le presente trate a su portador como si mí misma persona fuera, atendiendo todas sus peticiones sin pedir explicación alguna.

Y quien no cumpla lo mandado que tenga conocimiento suficiente como para entender que las mismas fauces del Averno, el terrible sufrimiento eterno, la sinrazón y el perpetuo dolor de cuerpo y alma estarán abiertos a él mismo.

Yo, Leturio, Obispo de Bizancio».

—¡Uf! —opinó Arthiesa—. Vaya pregón...

—Sí —rio Armonio—. Este Leturio es hombre de demasiadas explicaciones.

—¿Y todo eso para dejar claro que hay que ayudar a Eudocia? —habló por fin Zunsú—. Menos mal que no tiene que redactar leyes, porque si no algún amanuense renunciaría a su trabajo. ¡Vaya manera de decir las cosas!

—Es propio de los obispos explicar las cuestiones de manera clara para que todos las entiendan. —Acacio se puso serio, no le agradaba que se mofaran de otro nestoriano—. Estoy seguro que hasta vosotros, gentes ajenas a los asuntos divinos, lo habéis comprendido.

—Sí, sí. Claro que sí —se disculpó Zunsú—. No te ofendas. No era mi intención.

—Creo que ha quedado todo claro. Amiga Eudocia, nosotros nos sentimos obligados en atender esta petición. Tú dirás qué necesitas.

—Creo que es momento de tratar este tema ante algo de comida. —Arthiesa se levantó animando a su marido a acompañarla —. Vamos a las cocinas a traer alguna cosa.

Acostumbrados los recién llegados a que fueran las mujeres las que atendieran siempre a los comensales, les extrañó que el obispo ayudara a su mujer, aunque en Samarcanda cualquier cosa era posible. Al poco entró la dueña de la casa con una bandeja con queso y tortas de pan.

—¡Y vosotros no ayudéis, no! —les reprochó a Zunsú y a Armonio—. Quedaos ahí, sentados. ¡Qué bonito el ser hombre si no es en Samarcanda! ¡Ay, qué montón de vagos!

—Mujer, no conocen nuestras costumbres —indicó su marido que se sentó tras traer unos cuencos y dos jarras de vino—. Ahora sí es el momento de que nos expliques cuáles son tus peticiones querida Eudocia.

—Obispo Acacio —contestó ella—. Mi intención es llegar hasta la última de las iglesias de Nestorio hacia el Naciente. Tengo el mandato personal de Leturio de acercarme hasta allí a catequizar y conseguir seguir expandiendo nuestra religión por esos pueblos de Ta Peca y Seres. Por ello necesito saber si existe allende de esta ciudad alguna otra iglesia.

—Vaya. Sí me consta que hay por lo menos una que debe de encontrarse ya en esos parajes. Mis últimas noticias hablaban del lugar de Kasgar.

—Bien. Hasta allí iré entonces.

—Son tierras peligrosas —intervino Arthiesa—. Los bandidos y las alimañas campan a sus anchas. Hay tanto peligro que por las

fronteras de Ta Peca ni los soldados de Cosroes se acercan. Del otro lado, los hombres *han* de la guardia de Zonguo cabalgan sin tregua.

—Ya no tengo miedo a nada ni a nadie. Tanto he visto y sufrido que nada me asusta. Emprenderé ese viaje acompañado por mis dos amigos, si es que vosotros queréis hacerlo así. —Miró a sus acompañantes.

Armonio, muy serio, pensó un momento antes de contestar.

—Mi amiga. Te juré en su día que te acompañaría y así lo haré. Nunca he faltado a un juramento. Esta vez no iba a ser menos. Contigo iré, por supuesto.

Las miradas se dirigieron entonces a Zunsú, que estaba trasegando un buen pedazo de queso acompañado de un largo trago de vino.

—Buena medicina esta. —Señaló la jarra de vinazo—. Cura los males del espíritu y sana las heridas.

—Sí, pero... ¿nos acompañarás? —preguntó el médico—. Tú no te has comprometido como yo, y sabes que en el camino nos esperan dificultades que seguro que son mayores que las alegrías.

—De momento tenemos habitación pagada —contestó—. Dejadme hasta mañana para que mi corazón se decida.

—Verás a Raghia, supongo. —La risueña Eudocia quiso volver al tema de los asuntos amorosos de su compañero.

—Tengo pensado ir a verla para saludarla y demás.

—Ya. Para saludarla y demás —se rio ella.

—A nuestros anfitriones no les interesan los asuntos de los amores de nadie —interrumpió Armonio.

—¡A mí sí! —dijo Arthiesa sonriente, pero viendo la seriedad de su marido añadió—. Aunque ya me los contará mi amiga en otro momento.

—Bien —intervino Acacio—. Los temas mundanos no son para tratar ahora. Amiga nestoriana, voy a indagar en conocidos que han viajado hace poco hasta más allá de las montañas de las nieves eternas, a las tierras de los *han*. Esta noche tendré la suficiente información y el conocimiento necesario para indicarte dónde se encuentra la última iglesia de nuestro guía Nestorio. Sabré si el lugar es Kasgar o no.

Como ya habían dado buena cuenta de las viandas, se levantaron y fueron despedidos por los anfitriones, quedando en volver a los dos días. Con unas cosas y otras ya se había hecho de noche. Hacía frío y seguía nevando por lo que optaron por regresar a la casa de postas. Allí, en la gran sala, reinaba un ambiente cálido. Tenían la enorme chimenea encendida y de ella se desprendía el calor suficiente como para que las gentes pudieran despojarse de las ropas. Poseía la casa un sistema muy simple pero efectivo para calentar las

habitaciones. El tiro del hogar se dividía en varios canales de salida, que pasaban por las paredes de la planta superior, propagando el calor del fuego por todo el edificio. Se sentaron en unos cojines y les fue servida una gran bandeja con carne de cordero asada y varias jarras de vino. Comieron mucho y bebieron más, hasta que Zunsú, bastante ebrio ya, se levantó.

—Queridos amigos, compañeros de viaje, *Erastís* se marcha a su habitación. Pero..., no creáis que subiré solo, no. Hoy lo haré con aquella mujer morena. —Señaló a una meretriz que esperaba clientes cerca de la escalera—. Adiós.

Los dejó riéndose y se acercó a la damisela. La abrazó por la cintura, le dijo algo al oído y, renqueante, subió con ella.

—Uf. Yo tampoco estoy demasiado sana. Estos aires del vino me han turbado un poco —dijo Eudocia—. Pero no pienso dormir sola, no.

Qualan, la muchacha que había compartido con ella su lecho la noche anterior, se acercó sonriente. Sin hablar, tendió una mano a la monja que se fue con ella. Solo como estaba, Armonio sopesó el buscar compañía o no, optando por despejarse un poco primero. Salió fuera a que el frío le aclarara la mente. En su ardiente rostro los copos se deshacían al tocarlo. Allí cerca, un grupo de hombres, mucho más borrachos que él, discutían sobre asuntos banales. Al poco acabaron abrazándose.

«Esto es el imperio de Baco. Primero se discute y se enfada uno con los demás. Al final, todos amigos».

En esto alguien le rozó la espalda. Se giró y allí estaba Eudocia que lo miraba seria.

—¿Qué te sucede mujer? —preguntó alarmado.

—Nada. No me pasa nada. Había pensado volver con esa joven de ayer, pero en el último momento me he arrepentido. Te he visto solo y me he apenado un poco.

—Pero no tienes que tener pena.

—Había pensado en que podemos compartir la cama esta noche tú y yo. Yo me encuentro como tú, muy sola. Quizá podríamos hacernos compañía si es que quieres, claro. Pero sin dejar pecar a la carne.

El médico la miró sonriente. Cogió sus dos manos con delicadeza y se las besó.

—Sabes que mis gustos son los mismos que los tuyos.

—Sí, pero solo nos acompañaremos.

—Además, aunque no te lo creas, nunca he yacido con una mujer. No sé, es una cosa que jamás me he planteado ya que los cuerpos femeninos no me atraen en absoluto.

—Bueno. Ya te he dicho que sin dejar pecar a la carne. Ahora,

si no quieres...

«Qué curioso es esto. Yo me inclino por los mancebos. Ella, ayer por las féminas al haber renegado de yacer con varón. Y ahora dormiremos juntos. Qué curioso».

—Por favor, Eudocia, amiga. Detrás de ti —le indicó amablemente la entrada.

Y ambos subieron a la habitación de ella en donde pasaron la noche.

Seres, Ta Peca, Zonguo

El médico abrió los ojos. La luz de la recién comenzada mañana se colaba con timidez entre las rendijas de las contras de las ventanas. No hacía nada de frío en la habitación. El sistema de salida de humos de la chimenea era efectivo. Además, el par de mantas de lana de borrego lo mantenían caliente. Miró hacia el techo y suspiró. A su lado, Eudocia se acurrucaba contra él buscando amparo. «Sin dejar pecar a la carne», habían acordado la noche anterior. Pero al final la carne fue débil. Él nunca había yacido con mujer y, la verdad, no le había desencantado, aunque seguía prefiriendo a un buen mancebo. Un suspiro de su acompañante hizo que la mirara. Estaba dormida profundamente. Le acarició el largo y sedoso cabello negro con delicadeza y sonrió.

«Cuando llegamos a la habitación veníamos dispuestos a dar y recibir compañía, pero no carnal. La cosa se complicó un poco. ¡Oh Eudocia! ¡Cuánta amargura guardas en tu corazón! ¡Qué salvajadas te hicieron esos de la caravana! Todavía se me eriza el vello al recordar lo que me contaste. ¿Y Albdal, a quien yo creía buena persona? ¡Qué ambicioso y ruin! ¡Qué mezquino egoísta! Te quería vender de nuevo habiéndome hecho ver a mí que te protegería. Sí, te doy la razón. No está bien que yo lo admita, soy médico, sanador de los cuerpos y cuido de la vida de las gentes, pero esos bien muertos están. Ese que era mudo y a quien yo le devolví la voz. ¡Milagro! dirán algunos, pero no. Qué cosa tan sencilla. Unos bultos de sangre seca, tan duros como piedras, no le dejaban emitir sonidos. Y yo le devolví la voz. A ese energúmeno hipócrita.

»Pero lo que más te apena, amiga mía, es Pulqueria. El haberte dejado llevar por unos celos absurdos. Sí, es cierto que los efluvios de la bebida te afectaron. Pero esa piedra tan grande que oprime tu corazón te acompañará toda la vida. ¿Que te creías la mano justiciera de tu dios Jesucristo? —rio en silencio—. ¡Lo que puede llegar a hacer el dolor de corazón en el espíritu de la gente! Pero ello no quita para que hayas matado. Sí, eres una asesina. Aunque... igual me estoy enamorando de ti. No sé. Siento esa alegría interior al tocarte como la que me llenaba cuando estuve prendado de aquel muchacho de la isla de Mármara. Tiphanos se llamaba. ¡Oh, qué hombre! Con el tiempo él me abandonó. Le gustó más la guerra que mi compañía. Me dejó

desconsolado y roto. Ahora me pasa lo mismo contigo. —La acarició en un hombro y un leve estremecimiento recorrió su cuerpo desnudo —. No sé si será bueno el enamorarme de ti. Eres mujer..., no sé.

»Pero te acompañaré hasta el final. —Cerró un momento los ojos—. Sí. Iré contigo. Conseguiremos ese conocimiento de la seda y volveremos a Bizancio. Seguro que el emperador nos colmará de bienes. Pero el camino es difícil. Ahora llega la parte más peligrosa. Esos soldados del emperador de Seres tienen fama de impíos. Hasta se dice que no tienen apego a su propia vida, tal es la arrogancia que demuestran delante de los enemigos. Pero el ser religiosa puede suponer una licencia ante sus ojos, creo yo. Se habla que allí respetan las religiones y a las personas que las representan. Yo, como médico, no tendré problema. Mi profesión es demasiado apreciada en todas partes, pero a ti, querida mía, a ti no te dejaré sola. ¿Y Zunsú? ¿Qué hará? Intentaré convencerlo para que nos acompañe, pero a él le pierden las mujeres. Imagino que hoy visitará a ese antiguo amor, Raghia creo que se llama. Mira que apodarlo *Erastís*. ¡Qué hombre tan sorprendente!

Eudocia se agitó un poco, abrió los ojos y se pegó todavía más al cuerpo desnudo de su amante.

—Armonio —le susurró—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. Estoy muy bien.

—¿No tienes nada que decirme?

—Sí. Claro que sí. Creo que me estoy enamorando de ti. Todos estos días, las penurias pasadas, los sufrimientos. Nunca había yacido con hembra y tú me has hecho ver cosas desconocidas. De placer no sé. Con los hombres disfruto mucho. Pero contigo... quizá algo más.

Ella se revolvió dándole pequeños puñetazos en el brazo.

—¿Cómo que quizá algo más? —rio—. ¡Mucho más, seguro!

—Sí, mucho más —contestó él sonriente.

—¿Dices en serio que estás enamorándote de mí?

—Sí, así lo creo.

—Tengo que confesarte una cosa. Cuando subimos juntos a mi habitación no tenía pensado el dormir abrazados, el juntar nuestras carnes. No sé qué me pasó ya que me había hecho el propósito de no yacer más con machos, solo hembras. Pero me doblegaste. Eres una persona tan delicada, tan femenina. En ti he encontrado lo mismo que en una mujer pero con los atributos de un hombre. Igual yo, algún día, me enamoro de ti.

—Y también te confesaré que seguiré contigo hasta el final en esta empresa.

—¡Pero eso ya me lo habías jurado! Y más de una vez has insistido en ello.

—Sí, pero ansiaba el cubrirme yo solo con los honores de llevar

esos conocimientos de la seda. Ahora no. Lo haremos juntos. Volveremos a Bizancio y allí, si he conseguido enamorarte, formaremos una familia.

—¿Habías pensado traicionarme?

—¡No! Traicionarte no. Creí que en algún momento te perdería. En caso contrario me guardaría yo alguna información para desvelársela a solas a Justiniano.

—Pues yo tampoco tenía buenos pensamientos hacia ti. Escondía en lo más hondo de mi corazón la intención de regresar yo sola con mi caballo *Negrito* ante el emperador, para ser yo quien le presentara el secreto de la seda.

—¡Ea! Estamos entonces igualados en ideas malas. Dejémoslas de lado. Ayudémonos.

—De acuerdo. Nos ayudaremos.

—Y déjame que intente enamorarte.

Ella le sonrió sin contestar. Se levantaron y asearon, bajando después a la gran sala. Encontraron a Zunsú comiendo de todo lo que le habían servido. Ellos se sentaron al lado.

—Parece que os ponéis de acuerdo para salir de vuestras habitaciones —dijo—. Ni que hubierais dormido juntos.

Al no recibir contestación, poco a poco fue dejando de masticar. Entonces miró primero a Eudocia, después a Armonio.

—No. No me lo creo. Pero si tú... —Señaló al médico—... Tus apetencias son otras. Y las tuyas... —Ahora a ella—.... ¡Con lo que has pasado! ¡No! ¡No me lo creo! ¿O sí?

Soltó una fuerte carcajada que hizo que varios trozos de comida salieran despedidos de su boca.

—Bueno. Pues me alegro. Seguro que ahora el viaje se hará más ameno.

—¿Y tú? ¿Qué tal la noche? —preguntó el físico interesado—. Se te nota cansado.

—Si os digo la verdad ni me acuerdo. Solo sé qué hace un rato me he despertado entre las mantas sin mi ropa que estaba tirada por allí. Creo que me fui con una mujer. Aunque igual ha sido fruto de mi pensamiento nublado por el vino. —Carraspeó a modo de excusa—. Yo ya he terminado de comer. Iré a despejarme que tengo un dolor de cabeza...

—Verás a Raghia, ¿No *Erastís*? —dijo Eudocia.

—Igual paso por allí. —Le empezaba a gustar que lo llamaran *Erastís*—. Ya veré. Bueno amigos, llevad con bien vuestros encuentros amorosos. Nos vemos a la noche.

Y se marchó. Ellos quedaron allí, sentados. Les trajeron entonces unos platos con *dimiana*, *manti, plov* y una gran fuente de fruta fresca. Pidieron una jarra de agua y otra de leche, desdeñando el

vino que ya había hecho de las suyas el día anterior. Cuando terminaron salieron fuera. Su intención era la de pasear por la ciudad. Ahora no nevaba, pero una blanca capa cubría todo. El frío no era tan intenso como por la noche, la nieve había templado el ambiente. Cubiertos por sus pellizas deambularon entre las callejas llegando hasta la puerta de la muralla de Meridión. Allí estaba acampada una gran caravana. Armonio se fijó entonces en un hombre que estaba sentado a la entrada de una pequeña tienda. Le llamó la atención una caja grande que estaba a su lado. Le recordaba alguna de las de él, en las que guardaba los útiles para curas y sanaciones. Era el viajero de avanzada edad, sus cabellos ya estaban todos blancos. De piel clara, se intuía que su origen era romano.

—Buen día —le saludó Armonio acercándose—. Parece que venís de lejos en esta caravana.

—Buen día. Sí, venimos de lejos, de las tierras Kasgar, en el país de los *han*.

—Veo que portas una caja curiosa, como si fueras físico —intervino Eudocia.

—Soy médico y filósofo, aunque los romanos nos llamen físicos. Me llamo Partenium de Salónica. Y vosotros que estáis tan interesados ¿quiénes sois? —preguntó desconfiado.

—Somos gentes de paz. Ella es Eudocia de Bizancio, religiosa nestoriana. Yo me llamo Armonio de Cesifonte y soy médico como tú. No tenemos ningún mal ánimo contra ti.

—¡Vaya, un médico! Por fin encuentro a alguien de mi gremio.

—Claro, y podríamos intercambiar conocimientos.

—Por supuesto que sí. Pero nos marchamos mañana al amanecer. Y tú...no pareces mujer consagrada —Señaló a la monja.

—Es mi esposa —mintió Armonio.

—Ah. Entonces recibe mis respetos. —Inclinó la cabeza al modo griego.

—Pero dinos. Si has viajado hasta el país de los *han* allí habrás conocido otros médicos.

—Sí, son gentes que utilizan la medicina de otra manera. En algunas cosas están bastante más avanzados que en Roma o Grecia. Se aprende mucho de ellos.

—¿Qué os parece si vamos a algún lugar en el que poder hablar con más tranquilidad? —peguntó la mujer—. Igual una bodega o casa de comidas. Yo convido.

Entraron en un local, al otro lado de la puerta del Meridión, en el que un enorme tonel ejercía de reclamo del albergue. Era un sitio bastante amplio, con cojines alrededor de mesas muy bajas. Les sirvieron frutas, carnes, panes, quesos, vino, leche y miel. Parecía que Partenium llevaba sin comer una semana, no paraba de trasegar por el

gaznate todo lo que cogía con las manos.

—Vaya, no has almorzado hoy —sonrió el de Cesifonte.

—Desde hace dos días no como —contestó como pudo con la boca llena—. Unos malos aires me impedían ingerir alimentos que según entraban salían. Pero esa inquietud del cuerpo ya ha pasado.

—Decías que venís de las tierras de Kasgar. No conozco ese país.

—No es país, es la primera ciudad importante de Zonguo. Si marchamos desde aquí en unas diez o doce jornadas se llega. Solo hay que ir hasta la base de las montañas de Fergana y seguir por el valle de Osh hasta Ulcha, de allí se transita a Sarytas y después a Kasgar, que no es ni muy grande ni rica.

—Pero habréis atravesado las montañas —preguntó interesada Eudocia.

—No. Tan solo en Ulcha se acerca el camino a una pequeña cumbre nevada. El resto es un largo y fértil valle repleto de cultivos y árboles. Los campesinos viven allí en armonía agrupados en pueblos, aunque a veces los bandidos hujand y wusun llegan para robar lo que encuentran. Por eso es zona muy controlada por los soldados imperiales de Zonguo. Pero todavía no me habéis dicho cuál es vuestro propósito.

—Debemos de viajar al Naciente. Mi esposa tiene el encargo de su obispo de encontrar la última de las iglesias de su religión, que creemos está en Ta Peca, en Seres o en Zonguo.

—Me parece que tenéis un pequeño lío hecho con los nombres. Ta Peca es Seres. Son lo mismo, el mismo país, que es el de las tierras de los hombres *han*. Ellos llaman a su imperio Zonguo.

—¿Pero entonces qué es Seres, Ta Peca y Zonguo? —Armonio no entendió la explicación.

—El imperio entero se llama Zonguo y es inmenso. Se dice que nadie conoce sus fronteras. Está habitado por millones de gentes diferentes, tan grande es, que viven en diversos territorios. Dos de las muchas regiones de Zonguo son una Seres y otra Ta Peca.

El médico y la monja se miraron. Por fin comprendían lo de los nombres.

—¿Y están lejos Seres y Ta Peca?

—No, claro que no. Seres comienza antes de la pobre ciudad llamada Kasgar. Ta Peca esta junto al desierto de Sinquián. No hay pérdida. Aunque los caminos de esas zonas no son demasiado seguros. Como algunas caravanas pasan por el valle, existen pueblos enteros que viven del pillaje. Por eso, ahora casi todas se desvían hacia otros pasos alejados de esos peligros. Pero ¿queréis ir hasta ese lugar?

—Ya te hemos dicho que buscamos la última iglesia nestoriana —insistió Eudocia.

—Yo no sé deciros a ciencia cierta si hay o no de esa religión por allí. Los *han* no impiden las creencias ajenas a sus dioses, por lo que pueda ser que sí que hayan llegado a esa zona. Recuerdo en Kasgar ver muchos altares, con figuras extrañas de demonios. También algún ismaelita y muchos zoroastritas. De todas formas no sé cómo identificar a los vuestros.

—Solemos llevar un hábito de color marrón. Nuestro símbolo es una cruz de color rojo —explicó la mujer.

—¿Una cruz roja de cuatro brazos?

—Sí, sobre un fondo blanco.

—Eso lo he visto yo. Una casa con la fachada blanca y una gran cruz roja de cuatro brazos iguales. —Parecía que estaba recordando—. Sí, ya lo sé. En Kasgar está esa casa. Yo la he visto.

—¿Viste a alguno de los monjes? —Armonio se mostró impaciente.

—No. No entré allí. Solo recuerdo que está extramuros, cerca de unos corrales de adobe.

—Bueno, amigo Partenium. —Eudocia sonrió—. ¿De qué viven en Seres? Creo que tiene mucha notoriedad la fabricación de piezas y adornos con lapislázuli.

—¿En Seres lapislázuli? No mujer, no. Te vuelves a equivocar. Eso es en Ta Peca donde tengo entendido que existen minas de esas piedras. Los habitantes de Seres se dedican al cultivo de la tierra, a la ganadería y a la producción de la seda.

—¿Seda? ¿Esa tela tan fina que vale más que el oro? —La monja se hizo la sorprendida.

—Sí. Producen mucha de ella. Tienen grandes granjas donde la cultivan y enormes cuartos para hilarla. Luego la tiñen y tejen telas preciosas.

—Pero la seda no se sabe si sale de la tierra, de un animal o es el fruto de un árbol.

—Ay, nadie más que los propios de Seres conoce de donde procede. Son unos hilos demasiado delicados y de un valor tan enorme que el emperador castiga con la muerte a quien dé cualquier información sobre ello. Además os diré que esos cultivos se encuentran siempre cerrados con vallas altas y dobles, al igual que los cuartos de hilado. Docenas de guardianes vigilan día y noche esas zonas registrando a todos los que salen de ellas por si portan alguna cosa relacionada con esa industria. Si viajáis hasta Kasgar y vais más allá de la ciudad ya veréis estos lugares. Hay muchos de ellos.

—Pues yo tengo entendido que son los hilos de las hojas de un árbol que se llama morera —indagó Armonio.

—No lo creo. Alguien me dijo una vez que la seda procede de un gusano.

—Eso es imposible. —Eudocia intervino—. ¿Un gusano que produce hilos de la seda? No puede ser. ¡Qué tontería! Yo creo más bien que es el fruto de algún árbol.

—¡No! Os digo que sale de un gusano.

—Pues yo no me lo creo.

Partenium la miró a los ojos.

—Tú dices ser monja. ¿No me estarás engañando?

—Por favor. Soy Eudocia, monja nestoriana de Bizancio y él es el médico Armonio de Cesifonte. ¿Por qué preguntas eso?

—Los gobernadores de Zonguo tienen espías por muchos sitios.

—No amigo. No te lo tomes a mal. No somos espías ni mucho menos. —La mujer sonrió—. Solo queríamos satisfacer esa duda. Nada más.

El médico de Salónica seguía mirándolos con desconfianza hasta que, poco a poco, su duro gesto se fue volviendo más amable.

—Está bien. Me habéis convencido. Después, cuando acabemos de comer, si me acompañáis os explicaré hasta donde llega mi conocimiento del misterio de la seda.

Armonio y Eudocia no salían de su asombro. Sin quererlo ni buscarlo, alguien les iba a desvelar el secreto que nadie conocía y que podría tener un valor incalculable. Ella pagó los gastos con una piedra de ámbar y regresaron hasta la tienda del médico griego. Una suave nevada comenzó entonces a caer.

—Pasad que os enseñaré algo que nunca habéis visto —les invitó a entrar bajo la lona.

Se sentaron en una alfombra y Partenium cogió una pequeña caja de madera de un lado.

—Nadie debe de saber nada de esto. Jurádmelo.

—Lo juro —contestaron a la vez.

Abrió la cajita y les enseño su contenido: una docena de bolas blancas. Al momento se dieron cuenta de que eso que tenían delante era seda.

—Estos son los frutos de donde sale la seda. Los recogí cerca de Ulcha y os garantizo que no es el fruto de un árbol. Cuando estuve en Kasgar un cultivador de una de las granjas me comentó sin querer que dentro de estas bolas hay gusanos.

—¿Y qué piensas hacer con ellas?

—Soy filósofo, no comerciante. Me interesa saber cómo se produce. Esperaré unos días. Si no pasa nada las abriré de una en una para ver su interior. Aquel hombre me dijo que dejando el capullo quieto, con calor no muy alto, al final sale una mariposa.

—De verdad que nos has sorprendido. ¡Qué curioso! Tenías razón. ¡Un gusano que produce la seda! ¡Ni de una planta ni nada parecido! —Eudocia cabeceaba sonriente—. ¡Qué curioso!

—Ahora ya os he enseñado mi pequeño secreto. Pero os recuerdo vuestro juramento. Nadie puede saber que tengo estos capullos en mi poder. En ello va mi vida. Los ojos y oídos del emperador *han* llegan a todas partes.

Cerró la cajita y la dejó en donde estaba. Salieron fuera de la tienda y allí se despidieron.

—Amigo Partenium, te agradecemos esta confianza que has tenido. Estate tranquilo. A nadie le diremos cosa alguna.

Y se marcharon deseándole toda suerte de venturas. Entre un asunto y otro la noche ya estaba cercana, demasiado fría de nuevo, y volvieron en silencio hacia la casa de postas. Ya sentados otra vez en la sala Eudocia comenzó a reír a carcajadas.

—Conque tu esposa ¿eh?

—Sí. —Armonio la acompañó en las risas—. No se me ocurrió otra cosa en ese momento. Lo vi tan desconfiado que... ¿Y tú? ¡Cómo lo has engatusado!

En estas estaban cuando entró Zunsú. Pegó dos o tres saltos para que la nieve pegada a la pelliza cayera al suelo y de dos zancadas se acercó hasta ellos.

—Caramba amigo —saludó Armonio—. Te hacía esta noche en los brazos de tu querida Raghia.

—Sí, ya. Pero he cambiado de opinión —contestó huraño.

—¿Qué te ha pasado? ¿Acaso ella ya no te interesa? —preguntó Eudocia.

—No. Ahora ya no.

—Ah, entiendo. Estará enamorada de otro hombre, supongo.

—¿No hay vino en esta casa? —gritó enfadado Zunsú— ¡Traed vino, que buena cuenta tengo que dar de él!

—Vaya. No estás de buen humor, no —sonrió el médico.

Trajeron un jarrón de vino de los valles de la Partia y el iracundo recién llegado se sirvió un tazón que bebió con avidez. Se limpió la boca con la manga y los miró.

—¡Vaya con la viuda! —Se llenó el cuenco otra vez—. Está fea, flaca. Encima vive con dos hombres a la vez. ¡Qué despropósito!

—Bueno —dijo la monja—. Igual son parientes que se alojan unos días o alguien de su servicio.

—¡Que no! ¡Si me la he encontrado vestida con una túnica transparente!

—Las mujeres somos presumidas y vanidosas, por lo general.

—Sí, ya lo sé. Pero es que ella encima agasajaba a esos dos... a esos dos...

—Te noto algo celoso —intervino Armonio.

—¿Celoso yo? ¡Por favor! ¡Que se olvide de mí! Ya se lo he dicho a ella. Yo no soy plato para compartir. Además está tan flaca

que aquellas redondeces que tenía y que me volvían loco ahora no son más que esquinas. ¡Si en vez de huesos tiene espinas! ¡Da hasta grima el verla!

—¿Pero habéis discutido? —se interesó Eudocia.

—Sí. Y uno de esos mercachifles que la satisfacen se ha puesto por el medio. Le he tenido que alegrar un poco el día.

—¿Te has peleado?

—Nada, un poco. Le he regalado unos cuantos bofetones con la mano abierta. Creo que a partir de ahora deberá de comer sopas y papillas.

—Te conozco Zunsú. —Armonio se rio—. ¿Le has roto los dientes?

—Todos los de delante.

—Y él a ti ¿qué te ha hecho?

—Un golpecito en un lado, nada más. —Se sirvió el último tazón de vino que apuró de un trago—. Pero él se llevó lo suyo. Y eso que me amenazó con un cuchillo. ¡Ja! Con cuchillitos a mí.

—Déjame verte el costado —pidió el médico.

A regañadientes el otro se remangó la camisola. Tenía un gran moratón que iba desde la espalda hasta el ombligo.

—No tienes sangre que es lo importante. Este cardenal se ira marchando solo con el paso de los días.

— ¿No hay vino en esta casa? —gritó otra vez.

—¿Entonces ya no te quedarás en Samarcanda? —preguntó Eudocia.

—No. Ahora ya lo he decidido. Iré con vosotros pero con una sola condición. Tenéis que explicarme qué es lo que buscáis. No me creo eso de la última iglesia. No me lo creo.

—Tienes razón —dijo la monja—. Hay otro motivo, pero es tan delicado que este no es buen lugar para tratarlo. Mañana por la mañana, cuando vayamos a ver al obispo, te pondremos al corriente de todo.

—Sea. Esperaré. ¿Dónde está el vino?

Apuró otras dos jarras más sin dejar de hablar. Decía que Raghia estaba fea, flaca, con pelos hasta en el bigote. Que no podía ser el tener dos amantes a la vez y quererlo a él como el tercero. Que vaya sopapos le dio al presuntuoso del cuchillo. Y así mil cosas más, en las que puso a su antiguo amor y a las mujeres en general en un lugar bastante indigno, aunque aclaró al final, que eso que decía iba contra todas, exceptuando, por supuesto, a Eudocia. Cuando él mismo consideró que su embriaguez llegaba a cotas bastante altas se levantó, subió tambaleante las escaleras y marchó a dormir.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Armonio a su compañera.

—Una sopa caliente y algo de fruta creo que nos sentará bien a

los dos. Con este frío el cuerpo lo agradecerá.

Cuando hubieron terminado se dirigieron a las habitaciones y otra vez, al igual que la noche anterior, la pasaron juntos.

Con la luz del nuevo día se levantaron, besaron, asearon y vistieron. En la sala Zunsú los estaba esperando.

—Bueno día tengáis. Parecéis ya un matrimonio. ¡Quién lo iba a decir!

Almorzaron frugalmente y pasaron por las cuadras. A la monja le interesaba ver otra vez a *Negrito*. Comprobó que estaba limpio y bien alimentado. Se mostró tranquilo y al verla relinchó varias veces. Ella lo acarició y le susurró a la oreja. Dejaron a los animales y marcharon hacia la iglesia nestoriana.

—Ahora necesito que me expliquéis cuál es el motivo de este viaje —solicitó Zunsú.

—Lo haremos, pero primero necesitamos que jures por tu propia vida que nada de lo que te sea desvelado será conocido por otros merced a tus labios o hechos —dijo el médico.

—Y que nos acompañarás en el viaje hasta el final —apuntó Eudocia.

—Sí que os ponéis misteriosos los dos, sí. —Los miró riendo—. ¿También lo del viaje?... Bueno. Lo haré. Yo, Zunsú de Cesifonte, juro por mis dioses y por mi propio espíritu, que todo lo relativo a vuestro viaje al Naciente que me sea contado será guardado en mi corazón, que jamás lo desvelaré a nadie, así como que os acompañaré hasta el final del mismo. Mis labios están sellados para todos en este asunto. ¡Que los mismos dioses del Olimpo me dejen sin hombría si falto a este juramento!

—¿Sin hombría? —sonrió la monja.

—Sí, claro que sí, sin hombría. Cada uno jura por lo que más aprecia.

—Creo que es suficiente. Será ella quien te ponga al tanto de todo.

—Amigo Zunsú. Sabes que me llamo Eudocia y que soy diaconisa nestoriana de Bizancio. Hace más de dos lunas partimos desde allí otra monja que se llamaba Pulqueria, Albdal, a quien tú conociste y yo misma. Llevábamos un encargo secreto del mismísimo emperador de la Nueva Roma.

—¿Un encargo del emperador de Bizancio? ¿Del mismo Justiniano?

—Así es. De él y de su esposa Teodora. Te recuerdo que has jurado guardar silencio sobre lo que escuches. Supongo que empiezas ahora a comprender por qué. —Él asintió—. Partimos de allí con una cantidad muy grande de tremissis. Nuestra misión consistía, y consiste todavía, en hacernos con el secreto de la seda. Tenemos que

conseguirlo y también la información necesaria para fabricarla. Esos hilos, que tienen más valor que el oro, solo se producen en el país de Seres o en el de Ta Peca, que están bajo el dominio del emperador de Zonguo. Ellos fabrican telas con las que comercian con los países del Poniente, y no permiten que nada ni nadie relacionado con el cultivo y elaboración de la seda salga de su territorio. Los guardias imperiales recorren caminos y fronteras, y si encuentran a quien sea que ha faltado a esa ley lo castigan con la muerte de él y la de todos sus allegados. Incluso se dice que sus casas son quemadas y sus tierras abonadas con sal.

»Cuando nos reunimos con el emperador y su esposa, se acordó que la mejor manera de llevar a buen término esta empresa era la de que unos monjes, nosotros, marcháramos hacia el Naciente a la procura de todo aquello. Aprovecharíamos la buena disposición que existe en estos tiempos por parte de Cosroes sobre los asuntos de la religión. Para facilitar el tránsito por tierras de Bizancio, Justiniano nos confeccionó un salvoconducto, que llevo en mi zurrón, en el que ordenaba que nos ayudaran en todo. Para que termines de convencerte del mandamiento imperial te lo leeré. Escucha: "Los portadores de la presente credencial actúan bajo mi mandamiento directo, por lo que todos los súbditos, justicias, soldados y demás de este, mi imperio de Bizancio, deberán de prestarles todo el auxilio y ayuda que les soliciten. No les impedirán jamás el tránsito ni cosa alguna, antes bien, los favorecerán en todo aquello que en su mano esté. Si cualquiera contraviniese este mandato, todo el peso de la justicia del Imperio caerá sobre él. Es orden personal del *imperator rex*. Justiniano, emperador".

»Te darás cuenta ahora de que todo esto es cierto. Hasta tuvimos durante varias jornadas a una partida de guardias imperiales que nos custodiaban. Aunque claro, este mandato solo nos valió durante el recorrido por Bizancio. Pero como decía antes, qué mejor excusa para el viaje que la de buscar la última iglesia nestoriana para seguir más allá de ella catequizando a los paganos. Poco más tengo que añadir. Ahora, responderé a todas tus preguntas.

—Te he entendido todo muy bien. Viajamos para conseguir el conocimiento de la seda, pero en ello nos va la vida. ¡Uf! ¡Sí que es para tenerlo en secreto, sí!

—Sabemos que los espías del emperador de Zonguo no duermen nunca y están en todas partes —aclaró Armonio—. Nadie debe de saber nada de todo esto.

—Ni lo sabrán por mi boca —sentenció Zunsú—. Pero, dime Eudocia. ¿Marchabais en solitario o en algún grupo?

—Partimos en una caravana. Aunque a medio camino decidimos ir solos.

—Claro. Ellos andan mucho más despacio. Y esa otra mujer, Pulqueria creo, ¿qué fue de ella?

—Murió. La pobre murió en el mismo límite de la frontera del imperio de Bizancio con el de la Persia. Allí está enterrada —explicó la monja.

—Pues vaya con la expedición. Pero... ¿era mujer joven?

—Era joven y bella —intervino Armonio—. Aunque nunca se sabe qué nos sucederá en este mundo ni cuándo. Ya ves, ella murió de forma repentina.

—Pero ¿de algún mal del cuerpo?

Eudocia se puso muy seria. El médico la miró sin hablar.

—Yo la maté —dijo con voz grave—. Yo fui quien la mató.

Unas lágrimas comenzaron a correr por las mejillas de ella. El silencio se hizo tan espeso en ese momento que hasta se podría tocar con las manos. La monja indicó con un gesto a su compañero que continuara él contestando a las preguntas.

—Este asunto es muy conmovedor para ti. Zunsú comprenderá si no....

—¡No, Armonio! ¡Cuéntaselo todo! ¡Lo de mi venta, todo!

—Bien. Como quieras. Te contaré, amigo Zunsú, lo que yo sé y lo que he vivido. El llamado Albdal no era buena persona. Él era mudo antes de que tú lo conocieras. Era un excubitor al servicio directo del emperador que fue quien lo incluyó en la expedición. Para llevar a buen término el engaño, fue ordenado, en el último momento, sacerdote nestoriano. Las monjas y él partieron de Bizancio encuadrados en una caravana. A los dos o tres días, yo que andaba de grupo en grupo, me arrimé al de ellos en donde me acogieron bien. Pero Albdal tenía intereses oscuros. Procuró enemistar a las dos mujeres entre sí, con el ánimo de robar el dinero del emperador. Eudocia, la pobre, un día después de ingerir algo más de lo normal de vino, mató por celos a Pulqueria de una pedrada.

Un sollozo de la monja hizo que callara. En ese momento comenzó de nuevo a nevar. Ahora eran unos copos gruesos, que pesaban tanto que caían a plomo del cielo semejando granizo. El medico le enjugó las lágrimas y la besó en la boca con suavidad. La mujer le sonrió.

—Armonio, por favor, termina de contar la historia.

—Al viajar en la caravana, el guía de la misma, un tal Zensán, aplicó su ley deteniendo a Eudocia. La pena hubiera sido de muerte, pero ese hombre avaricioso se propuso venderla como esclava. Durante toda una noche fue violada y vejada de las maneras más horribles. Hasta le marcaron la frente con un hierro candente. Fue una tortura atroz. Mientras, convencí a Albdal para participar en la subasta y recuperar a nuestra compañera. Él lo hizo a regañadientes.

En su corazón tendría alguna maquinación extraña, aunque eso ya nunca lo sabré. El hecho es que pagamos por Eudocia todo el dinero que llevábamos. De ahí viene el que esa noche cerca del mar de Kaspioi, él te confesara que era su esclava faltando al juramento que nos había hecho de no desvelar cosa alguna. Pero vuelvo a cuando compramos a esta pobrecita —le acarició el cabello—. Estaba tan maltrecha que casi se nos muere. Aquellos salvajes la habían violentado de tal forma que la vida se le escapaba por todos los orificios del cuerpo. Marchamos a galope tendido hasta Kircuc en donde, gracias a los dioses, ella pudo recuperarse. Aprovechamos para manipular el interior del gaznate de Albdal dándole la voz perdida, que por cierto le quedó bastante aflautada y afeminada. El resto ya lo conoces.

—Querida Eudocia —dijo Zunsú apesadumbrado—. No era mi intención... Yo no quería... Quiero pensar que la muerte de esa otra monja no fue más que un accidente. Algo fruto del maquinador Albdal y de los vapores de Baco.

—Sí, fue todo el resultado de una casualidad —reflexionó Armonio—. Aunque la mano ejecutora, quien carga con el pecado, es esta buena mujer. Comprenderás que Albdal no era de buen trigo.

—Sí. Ahora que lo pienso le noté detalles de no tener un corazón limpio. De todas maneras él está muerto. —Los miró como quien se ha equivocado—. Bueno, quiero decir que yo no deseo la muerte de nadie, pero que al no estar él aquí, pues..., que..., supongo que todos estamos algo más tranquilos.

—Sí, es cierto. Ahora estamos más tranquilos. —El médico sonrió—. Quizá esa muerte fue providencial.

La invitación

Arthiesa les abrió la puerta y los invitó a pasar. Acacio los estaba esperando.

—Amigos —dijo—, ya sé cuál es la última iglesia nestoriana hacia el Naciente. Unos caravaneros me han confirmado lo que yo ya sabía. Está algo más allá de Kasgar, en Taxioingin, al borde del lago del oasis de Vusitang, a orillas del gran desierto de Sinquián.

—Vaya, ayer nos confirmó alguien que la última está en Kasgar —habló Eudocia.

—Sí, en Kasgar habitan un par de monjes, pero en Taxioingin hay uno que vive como eremita. En realidad Taxioingin no queda muy lejos de Kasgar. Unas doce o trece millas. Por eso los nestorianos de allí suelen mantener contacto cada poco con el ermitaño.

—¿Sabes algo más de ese monje solitario? —preguntó el médico.

—Hace unos pocos años un bizantino se presentó allí, en Kasgar. Venía huyendo de los *han*. Algún asunto grave debió de hacer por ese país, ya que al poco una cuadrilla de soldados preguntó por él. Los de la iglesia, que lo tenían escondido, no lo delataron. Recuerdo que después, durante muchos meses, los imperiales cabalgaron hacia el Poniente, pasaron por el Meridión, vigilaron el Septentrión y volvieron para el Naciente sin descanso, una y otra vez, en un afán continuo por encontrarlo. Aquellas ansias de capturarlo se les pasaron al cabo de unos meses. Entonces, como ese fugitivo ya tenía su apariencia deformada con barbas y bigotes y había desarrollado un conocimiento de la fe nestoriana grande y aceptable, un día aparecieron por aquí los dos monjes de Kasgar con el bizantino para que yo lo ordenara en las creencias de la prédica de Nestorio. Así lo hice y él es ahora monje nestoriano. Seguro que es el último baluarte.

—¿Y por qué esa necesidad de vivir en solitario? —se interesó Eudocia.

—Cuando yo lo admití en nuestra comunidad le entendí que quería volver a Bizancio, pero estaba equivocado. Él es el que se refugia ahora en Taxioingin a la espera de poder deambular con tranquilidad por todo el imperio.

—Quizá puedas indicarnos la ruta hasta allí, desconocemos cual es —dijo Armonio—. Tenemos un *buscador de estrellas*, pero

necesitamos conocer el camino hacia ese destino.

—No es complicado. Hay que llegar a los pies de las montañas de Fergana y después a Osh. Este recorrido se hace hacia el Naciente y no supone mucho peligro. En Osh hay que enfilar por entre montes, ya cambiando el rumbo para el Meridión, llegando a Ulcha y después a Sarytas. Ese trozo es algo difícil. Sí que es cierto que se camina por un lugar muy fértil, pero está encajonado entre altas montañas. Yo fui una vez por allí y era curioso el que en plena época de frío, con nieve y hielo que no permitían la vida a las personas, en el mismo valle el ambiente era tan cálido que no se necesitaba el abrigo. Recuerdo que marchábamos para recoger unas partidas de lana de unos borregos que la tienen muy fina. Son unas ovejas de tamaño pequeño, de color marrón o negro. ¡Qué suavidad la de aquella lana!

—¡Acacio! —intervino Arthiesa—. No te vayas por otros derroteros. Explícales la ruta.

—Sí, sí. Es que los recuerdos... Bien. Os comentaba que en el valle de Osh y Ulcha hasta Sarytas se viaja hacia el Meridión. Una vez allí de nuevo se enfila para el Naciente y aparece Kasgar. De Kasgar a Taxioingin, en el oasis de Vusitang, se llega en una jornada. No hay pérdida.

—¿Que no hay pérdida dice? —Arthiesa parecía indignada—. Déjate de tanta palabrería y saca uno de esos mapas que guardas, que así lo verán mejor. ¿O no querida Eudocia?

—Claro, claro. Con unos mapas lo entenderemos mejor. Yo no sé calcular muy bien, pero mis acompañantes lo hacen de maravilla.

Acacio trajo uno de esos planos, lo extendió en el centro y cogió un palo fino que tenía por allí para señalar.

—La comprensión de este mapa es sencilla. Cada lugar está ilustrado con figuras que nos dicen qué hay en cada uno de ellos. Las grafías no son comprensibles, están escritas en *han*, pero podéis hacer una copia anotando los nombres como los comprendáis. Yo, por conocerlos, os los iré diciendo. ¿Os complace así?

—Sí. —Armonio estaba contento—. Después dibujaré yo todos estos trazos para poder saber por dónde caminamos.

—Pues empezaré. Esto que apunto es Samarcanda. Nosotros estamos ahora aquí —dio un golpecito con la punta del palo—. Si observáis hay dibujado un pequeño castillo que indica que es ciudad fortaleza y amurallada. En estos signos extraños de al lado pone el nombre. Si seguimos por aquí —fue corriendo el puntero por el mapa —, veréis que tenemos unos montes con las cumbres blancas. Son las montañas de Fergana, y cerca está Osh. —Volvió a sacudir al dibujo—. Observad, observad qué curioso rebaño de borreguitos. Eso quiere decir que allí abundan esos animales.

—Vaya —preguntó Zunsú—. ¿Y lo que parece una partida a

caballo?

—Es la representación de una cuadrilla de caballeros. Quiere decir que esa región está guardada por los soldados imperiales de Zonguo.

—Es curioso esto de los mapas.

—Sí, y si me dejáis continúo. —Acacio lo miró serio—. Desde Osh se viaja por este valle. —La punta del palo sonó fuerte al golpear el plano—. El camino esta bordeado por montañas y la línea que va entre ellas nos explica que es un río. Al final, cuando terminan los montes nevados, está Sarytas. Mirad que interesante fila de camellos cargados de paquetes. Son los mercaderes que pasan por esa ciudad.

—¿Pero no existe entremedias un lugar llamado Ulcha? —indagó Armonio.

—Sí, esta entre Osh y Sarytas. Mira, es este punto en el que han dibujado dos *lupus*. Quiere decir que las alimañas viven por allí. Será zona por la que deberéis de tener cuidado al transitar. Estos animales descienden de las cumbres cuando el frío es más intenso buscando comida. Y sigo. Estaba en la fila de camellos de Sarytas. De allí marcharéis hacia Kasgar que es este castillo tan elaborado. —Miró con fijeza y sacudió fuerte en el mapa—. Aquí. Aquí está. Este circulito negro con hierbas es el oasis de Vusitang.

—Parece poca cosa así —dijo Eudocia.

—Sí lo parece —explicó el médico—, pero por estar dibujadas las cosas en pequeño no quiere decir que así sea. Imagínate que estas montañas que aquí aparecen minúsculas son en realidad las más altas del mundo. Entonces, Acacio, ¿calculas unas doce jornadas?

—Yo he recorrido esa ruta y es lo que hemos tardado.

—Bien. Si me prestas un pergamino y tinta tomaré buena nota de todo esto. Voy a hacer una copia de la parte que nos interesa.

Ayudado por Zunsú, Armonio fue poco a poco copiando los trazos. A cada poco hacia una anotación. Que si escribía el nombre, que si había *lupus* o camellos, que si tenía o no murallas. Cuando terminó lo observó con orgullo.

—Bonito ha quedado. ¿O no es así Zunsú?

—Sí, la verdad es que sí. Bonito es. Pero... ¿estará bien? Porque si es bonito pero está mal vamos arreglados.

—¿Cómo va a estar mal? —Movió la cabeza para los lados—. Está perfecto. Es lo que necesitamos. Con esto y el *buscador de estrellas* no nos perderemos.

Iban a marchar cuando Eudocia hizo una petición.

—Arthiesa y Acacio. Os doy las gracias por vuestra amabilidad. Tan solo me resta pediros un favor que no sé si se podrá realizar.

—Dinos, cariño —contestó la mujer—. Pide lo que quieras que si está en nuestra mano lo haremos.

—Me gustaría enviarle un recado a Leturio, mi obispo de Bizancio.

—No hay problema —sonrió Acacio—. Cada tres o cuatro días un mensajero parte hacia el Poniente con mensajes. Atraviesa el imperio de Cosroes y a veces llega hasta la misma ciudad de Bizancio. Como marcha de seguido al galope, con relevos sin pausa ni de día ni de noche, en unas seis o siete jornadas se puede presentar allí.

—Supongo que habrá que pagarlo.

—Claro. Los mensajeros viven de ese oficio. Es más, cuanto más se les pague más rápido cabalgarán.

—Tengo una piedra de ámbar. —Se la enseñó—. Supongo que será suficiente.

—Con esto los jinetes acortarán el tiempo a la mitad. Ahora te daré tinta y pergamino para escribir la misiva.

La monja pidió ayuda al médico para que actuara de amanuense.

«Para el obispo de Bizancio Leturio —le dictó—. Te escribo desde la casa de Acacio, obispo de las tierras de Samarcanda. Nuestra empresa sigue adelante. Quiero confirmarte que existen iglesias nestorianas en la región de Seres, en el oasis de Vusitang. Hacia allí partiré mañana. Cuando termine con lo empezado regresaré a mi iglesia de Bizancio, tenlo por seguro. Me es imposible establecer un plazo en el tiempo, pero, a la vista de lo que tenemos, el próximo mes de Marte, que es el de Aries, tengo en mente el poder entrar en mi ciudad con el fruto de todo lo conseguido. Con esta información actúa en consecuencia, ya que tu sabiduría es suficiente como para entender qué hacer con ella. En Samarcanda, yo Eudocia, diaconisa nestoriana».

Una vez seca la tinta Armonio enrolló el pergamino, le ató una cinta alrededor y lo embutió en un trozo de cuero de camello.

—Amigo Acacio —le dijo Eudocia—. Esta es la misiva que tienen que hacer llegar esos mensajeros a Leturio, obispo de Bizancio. Te entrego también la piedra de ámbar para pagar sus servicios.

—Te aseguro que mañana al amanecer un mensajero veloz partirá hacia Bizancio. En un plazo de no más de siete días Leturio estará leyendo tus palabras.

—Que así sea — sentenció ella.

Regresaron a la casa de postas, comieron alguna cosa y se retiraron a las habitaciones. Zunsú marchó contento, acompañado por una fémina de pelo oscuro, ojos rasgados y curvas sensuales. El médico y la monja, como ya hicieron los días anteriores, subieron de la mano para dormir juntos. De amanecida se encontraron temprano en la sala. Allí desayunaron algo y mercaron un saco con panes y carne saldas. Ensillaron las bestias cargando el equipaje en el camello. Esta vez Zunsú optó por marchar a caballo. Decía que los vaivenes con

los que le había obsequiado lo tenían algo trastocado. Montaron cada uno en su silla, con los escudos, arcos, flechas y espadas enganchadas en los atalajes de los animales, pero a mano por lo que pudiera pasar.

Al paso salieron del patio de la casa de postas. En un rincón, apoyada en la pared, la muchacha Qualan, amante de Eudocia la primera noche, sonrió al verla pasar. La monja le guiñó un ojo y le lanzó un disimulado beso. Salieron de Samarcanda por la puerta del Naciente, que también se llama como el río hacia el que mira, el Jaxartes. El cielo azul los acompañaba. La nevada del día anterior había dado paso a una fina lluvia que cayó durante la noche. Ahora, con el cielo despejado, no parecía que pudiera haber otro aguacero. No obstante hacía frío.

—Deberíamos de acordar qué diremos a quien se cruce en nuestro camino —habló la monja—. Supongo que con explicar que los tres somos religiosos nestorianos bastará. No están acostumbrados por estos países a ver a seguidores de Jesucristo.

—Pues sí. Lo veo muy acertado —opinó el médico—. ¿Tú qué crees amigo?

—Sin problema. Diremos que somos monjes nestorianos.

—Bien —continuó Eudocia—. Para ello deberemos de llevar la oriflama bien visible en uno de los caballos, eso lo primero. Después tenéis que dejar a un lado vuestros sentimientos de brutos y permitir que yo sea quien gobierne esta expedición a partir de ahora. Al fin y al cabo soy la única que tiene la condición de diaconisa.

Ellos asintieron en silencio.

—Sea pues así. —Paró y descabalgó—. Busquemos una vara y coloquemos en ella el estandarte. Yo lo portare sujeto a la silla de *Negrito*.

Así lo hicieron comenzando de nuevo el tranquilo trote.

—Somos entonces monjes nestorianos que marchamos hacia Kasgar en busca de nuestra última iglesia. Yo soy la gobernanta de la expedición puesto que, dentro de nuestra jerarquía, estoy por encima de vosotros. Esto es lo que diremos a quién nos pregunte. ¿Está claro así?

—Muy claro, muy claro —contestaron a la vez los otros dos.

—Entonces que nada más nos entretenga. Armonio, comprueba la ruta que seguiremos.

—Sí, pero esperaré a pasar al otro lado del río. Allí tomaré como referencia la línea de la tierra, más fiable que la del agua.

Nada más atravesar el Jaxartes por un lugar de muy poca profundidad, Armonio sacó su *buscador de estrellas*. Lo apuntó hacia el sol y lo alineó con el horizonte.

—Marcharemos hacia allí —señaló al frente—. Es el Naciente. Tenemos que llegar antes de la noche a una aldea que se llama Zomin.

Según las anotaciones que tengo no es lugar de mucha población, pero seguro que encontraremos algo para poder refugiarnos si llueve.

—¡Ay! —dijo Zunsú—. ¡Qué bueno el camastro de Samarcanda!

—Y qué mejor compañía tuviste todos los días —rio Eudocia.

—Sí. Entre esas carnes no pasé frío, no.

—¿Frío? ¡Si te levantabas como si hubieras estado trabajando en una mina de estaño! —se carcajeó el médico.

—¡Pero qué buen cansancio es ese!

Así, con estas banalidades, pasó el día. A media tarde llegaron a la pequeña ciudad de Zomin. Un lugareño les indicó el edificio que hacía las veces de bodega y posada. Allí se dirigieron, consiguiendo cuadras para el ganado y alojamiento para ellos. Por no disponer de huecos libres, les habilitaron un rincón, separado por un mamparo, en las caballerizas de las bestias. El dueño, hombre de edad indefinida, mezcla de *han* y persa, les explicó que una patrulla de guardias imperiales de Zonguo había llenado la posada esa misma mañana, de ahí la imposibilidad de otro dormitorio. Aun así, por una moneda de oro, cubrieron los gastos originados por ellos y los animales, tanto la dormida como la comida y bebida.

Se asearon en el abrevadero y entraron en la bodega para comer caliente. Desde fuera se oían muchas voces y risas. El lugar no era muy grande. Un par de planchas de madera en el centro de la habitación hacían las veces de mesa. A su alrededor, muchos cojines encima de unas alfombras cumplían el cometido de asientos. Casi todo estaba ocupado por esos soldados *han*. Parecían gentes bastante aguerridas. Eran una docena y todos usaban espléndidos bigotes negros con el resto de la cara rasurado a la perfección. Sus largos cabellos los tenían arreglados en una sola trenza luenga, atada por alrededor con finas tiras de cuero. Vestían túnicas de lino de un rojo muy fuerte, adornado con filigranas doradas y plateadas en los bordes. Cerca de la puerta, un muchacho y dos mujeres estaban recostados de lado frente a los alimentos comiendo en silencio. Ellos también eran *han*.

Cuando entraron, los guardias callaron un momento mirándolos como si fueran intrusos, pero al momento siguieron con sus risas y chanzas. El único hueco que había alrededor de la gran mesa estaba justo al lado de los civiles *han*, por lo que allí se sentaron. Los dos hombres dejaron a Eudocia que lo hiciera en el medio de ellos a fin de evitar males mayores. Era demasiado atractiva a los ojos de cualquiera, y más a los de estos soldados que no hacían muchos miramientos ante una hembra ni tenían demasiada educación a juzgar por sus modales. Una mujer de pelo blanco, con apreciable bigote de pelos retorcidos, les sirvió unos cuencos de sopa caliente. Mientras esto hacía su mirada se fijó en Zunsú, a quien sonrió con la boca

abierta enseñando las oscuridades de sus encías sin dientes.

—Gracias —dijo la monja en latín.

—Amiga —le habló el médico—. Aquí no conocen esa lengua. Si escuchamos a esos soldados te darás cuenta de que hablan las palabras de Zonguo aunque mezcladas con persa. Yo, más o menos, de algo me estoy enterando.

—Es cierto —contestó ella—. Hablaremos como lo hicimos en Samarcanda, con palabras juntadas y gestos.

—Pues yo los entiendo bastante bien —opinó Zunsú todavía recuperándose de la impresionante sonrisa de la mujer de pelo blanco —. Estos *han* deben de pasar mucho tiempo en las fronteras. Tienen expresiones que se comprenden sin problema.

Ellos siguieron con sus sopas, los soldados con los alborotos y las dos mujeres y el muchacho vecinos comiendo. Entonces la señora del bigotazo les trajo una olla humeante de carne de cordero con verduras, un pan, una jarra grande de vino y tres copas de madera para beber. Además obsequió de nuevo a Zunsú con una pícara mueca.

—¡Ajá! —rio este mirando de reojo los insinuantes gestos de la anfitriona—. Ya tenemos a Baco campando por la mesa. ¿No será que quiere verme ebrio y aprovecharse de mí?

—Pero... puedes hablar con el dueño. —El médico sonreía—. No quedan más hembras. Aquí no hay meretrices.

—No sé yo si decirle algo. Pudiera ser que se enfadara, aunque seguro que si esta mujer de blancos bigotes es su esposa él me la regalará sin pensárselo.

Eudocia, de la risa, casi se atraganta. Por un momento se imaginó a su compañero de viaje yaciendo amorosamente con esa hembra anciana, enjuta, con arrugas hasta por detrás de las orejas, acercándole los pelos blancos y largos del bigote a su boca para darle un beso.

—Creo que no me pasará nada por dormir una noche, o las que haga falta, sin compañía femenina agradable —rio él también.

—¿Vais a Samarcanda? —preguntó con delicadeza una de las comensales vecinas.

—No, venimos de allí —contestó Eudocia —. Nos dirigimos a Kasgar.

—No parecéis mercaderes.

—No lo somos. Somos religiosos. Propagamos la religión del único dios, que es Jesucristo.

—No conozco de ese dios. Nosotros hemos llegado del imperio de Zonguo. Marchamos a Samarcanda para apalabrar un matrimonio.

—Vaya. ¿Es alguna de vosotras quien se casará? —preguntó la monja con curiosidad femenina.

—No, no. Nosotras no. Es él. Es el hijo mayor de Sinlao,

gobernador de Yarkanda. Cuando nació, su padre acordó la boda con una de las hijas de Ariphanes, que es un rico comerciante de Samarcanda. El joven tiene ahora catorce años y su prometida doce. Vamos a concertar y concretar las fechas del enlace.

—¿Y vosotras sois sus cuidadoras?

—Somos las dos esposas de Sinlao. Ella es su madre Ghianian y yo me llamo Shusienan.

—Yo soy Eudocia, y estos dos monjes son Armonio, que además es médico, y Zunsú, que hace las tareas de ayudante de él.

—Es una pena que no viajemos juntas. Con esta escolta de hombres la compañía femenina se echa mucho de menos —habló por fin la madre del novio—. Quiero que sepas que las mujeres consagradas como tú, siempre son bienvenidas en nuestras casas de Yarkanda sin importarnos qué dioses adoren.

—Te lo agradezco muchísimo Ghianian. Pero no sé dónde se encuentra Yarkanda.

—A unas dos jornadas de Kasgar. Estaré encantadísima si puedes pasar por nuestra ciudad. Me gustaría mucho que nos hicieras compañía unos días, bueno y esos dos monjes también. Os enseñaría mis casas, mis cuadras de caballos, los telares, las plantaciones... Me gustaría que vinierais. Nosotros, en unos quince días ya estaremos de regreso.

—Ya veremos si eso puede hacerse. No te lo puedo prometer. Pero... ¿estáis viajando solas con el niño? Supongo que será peligroso.

—No, no. Algunos de estos soldados nos escoltan. No tenemos ningún miedo. Vamos protegidos. Y ¿vosotros? ¿No tenéis miedo?

—De momento no nos ha pasado nada malo. No hemos visto ni alimañas ni bandidos. Llevamos espadas y arcos para defendernos.

—Si así lo quieres puedo dejarte cuatro soldados hasta Sarytas, que está al final del valle de Osh. Es región bastante peligrosa. Muchos *lupus* y osos viven en las montañas y con estos fríos que han comenzado, bajan a las tierras verdes para cazar. Alguna vez he oído que en esa zona más de un viajero ha caído presa de ellos.

—Nunca es bueno despreciar estas proposiciones. Muy gustosamente marcharemos al lado de esos vigilantes. Te lo agradezco muchísimo.

En esto, Ghianian hizo un gesto a uno de los guardianes, que se acercó solícito. Le indicó que dos parejas de ellos deberían de acompañar a los tres monjes hasta Sarytas al día siguiente.

—Son gentes consagradas. Personas de dios —le dijo—. Deberéis cuidarlos y protegerlos como si ellos fueran yo misma.

El soldado cruzó un brazo sobre su pecho, poniendo la mano a la altura del corazón.

—Así se hará señora.

Y volvió junto a sus compañeros. Como la cena ya había terminado, optaron por ir a descansar quedando en verse al amanecer, justo antes de emprender el viaje. Al salir de la bodega, la anciana señora del bigote sonrió otra vez a Zunsú guiñándole con picardía un ojo. Este, aturdido, ya no sabía hacia dónde dirigir la mirada. Una vez en la cuadra los tres nestorianos se acostaron, cada uno con sus propios pensamientos. Al poco fue Zunsú quien rompió el silencio.

—¡Qué país tan fantástico debe de ser ese de Zonguo! Un hombre casado con dos mujeres. Y lo que es mejor, que entre ellas no haya disputas. ¡Un paraíso ese Zonguo! ¡Un paraíso!

—Desde luego amigo. —Eudocia se reía—. Siempre tienes en mente una hembra.

—Pero... —intervino Armonio—. Esa mujer ha dicho que tienen allí, en Yarkanda, telares. ¿De qué serán? Igual elaboran seda.

—Puede ser. —La monja estaba mirando el techo de la cuadra —. Mañana, antes de la partida, se lo preguntaré. Si así es, podemos ir un día hasta sus casas para conseguir conocimiento, información, lo que sea...

—Si... Mañana lo sabremos.

El sopor del sueño fue rindiéndolos poco a poco hasta que se quedaron dormidos. Durante toda la noche les acompañó el croar de alguna rana despistada y los somnolientos y pecaminosos murmullos de Zunsú.

—¡Un paraíso! —susurraba— ¡Un paraíso!

Los guardias imperiales prepararon sus animales muy temprano. Lo hicieron con presteza, colocando cada útil en su lugar de manera precisa. Una vez las cabalgaduras ensilladas y prestas, alinearon los doce caballos delante de la posada. A un lado, un carro cubierto tirado por otros dos jamelgos era el vehículo de las dos esposas y el hijo de Sinlao. Por su parte, los nestorianos, más perezosos que los primeros, se sacudieron las pajas y se asearon un poco. Llegados a la bodega, casi tan llena como el día anterior, la arrugada señora anciana del bigote retorcido saludó a Zunsú enseñándole la oscuridad de su boca con una sonrisa. Se sentaron en el mismo sitio que por la noche y les sirvieron unas jarras de leche de camella, pan, queso, algo de fruta y un jarrón de oscuro vino endulzado con miel. Como la otra vez, Eudocia charló con su vecina Ghianian. Hablaron de trivialidades hasta que la monja se decidió a preguntar.

—Pero amiga. Ayer nos dijiste que en tus casas de Yarkanda poseéis plantaciones y telares. ¿Es que sembráis acaso lino? Quizá yo te entendiera mal y obtenéis lana de rebaños de ovejas. Supongo que lo que sea, luego lo hilareis en telas.

—No, no. No tenemos ganado salvo unas docenas de caballos y

otras de camellos. Alguna oveja sí que hay, sí, pero más que nada para la leche. Lo que cultivamos es la seda. Después la recogemos y la hilamos, claro.

—En Bizancio se dice que la seda es el fruto de un árbol. Deberéis de tener entonces grandes arboledas.

—No amiga, no. —La mujer *han* le sonrió—. La seda no es el fruto de un árbol. No viene de la tierra, aunque sí que se necesitan las hojas de uno en particular para producirla.

—Alguna vez he tenido en mis manos ese tejido. Es muy delicado. No se parece en nada a la lana ni a otro que yo conozca. —Acarició inocentemente la mano de Ghianian mientras le mentía—. ¿Es acaso el pelo de algún animal? Te lo pregunto porque mi ignorancia es enorme. Es un asunto en el que nunca había pensado hasta ahora. ¿De dónde viene la seda?

—Querida mía. Siento decirte que nos está prohibido desvelar el origen o cualquier información sobre la seda.

—¡Bien cuida su negocio tu marido Sinlao que impide hasta a su propia esposa hablar de lo que cultiva! —rio.

—No —le contestó en voz baja—. No es Sinlao ni cualquier otro cultivador. Es una orden imperial. Los secretos de la seda no pueden pasar las fronteras de Zonguo. Si así sucediera su valor no sería tan alto como el que es.

—Sí. En Bizancio vale más que el oro. Pero tengo curiosidad por conocer algo más. —Le hizo un mohín de cariño—. Si un día podemos hacer uso de tu hospitalidad y hospedarnos en tus casas, podrías enseñarme al menos alguna de esas plantaciones y los telares.

—Supongo que sí. Claro que sí. Estáis invitados a venir. Pero si llega ese momento, deberéis de jurar que nada de lo que veáis lo desvelaréis. Se paga con la vida el incumplimiento de esa orden del emperador.

—Soy religiosa. He consagrado la mía a mi dios. ¿Qué otro interés puedo tener? Solo el de satisfacer mi propia curiosidad.

—Te creo amiga. Te creo.

Como ya habían terminado con el desayuno, se levantaron y salieron fuera. Los jinetes asignados a los monjes estaban esperándolos. En la expedición marcharían delante dos de los guardianes. Detrás, en fila, Eudocia, luego Armonio, después Zunsú y en retaguardia los otros dos vigilantes. La monja, antes de subir a su caballo, se abrazó a Ghianian susurrándole cosas delicadas al oído. Se sonrieron y la expedición partió al paso hacia Sarytas. Según emprendieron la marcha, la anciana del bigote, que estaba apoyada en el marco de la puerta de entrada, hizo un gesto de cariño a Zunsú, quien, sorprendido, no contestó.

Los wusun, los hujand

El silencio solo era roto por el sonido de los cascos y el roce de los equipajes. Estuvieron sin hablar casi toda la mañana. Ni llovía ni nevaba, pero el cielo estaba bastante oscuro. Al mediodía hicieron un alto para dejar descansar a los animales. Encendieron un fuego y se reunieron los siete alrededor.

—Bien amigos —preguntó Armonio—. ¿Hasta dónde marcharemos hoy?

Uno de los *han*, el de más edad, le contestó en una mezcla de su idioma y el persa que les resultó bastante entendible.

—Tenemos que llegar a Karachi. Es una ciudad a orillas del mar de Kaira. Allí encontraremos posada en donde pasar la noche. Si viajamos a esta velocidad, llegaremos justo antes de que se ponga el sol. Ese mar marca la frontera entre los persas y el gran imperio de Zonguo.

Dieron por bueno el itinerario y, de seguido, reemprendieron camino hacia el Naciente. Cabalgaban entre bosques de pinos alternados con matorrales. De vez en cuando una gran llanura verde se les ofrecía. A media tarde el paisaje cambió. A su siniestra apareció una inmensa tundra empedrada, con hierbajos retorcidos, y a su diestra las altas montañas anteriores a las de Fergana. Pasó largo rato hasta encontrar el mar de Kaira. Lo bordearon y justo cuando las pocas luces del día empezaban a convertirse en sombras, entraron en la pequeña ciudad de Karachi.

Con pocas calles y un par de cientos de casas, no era este lugar demasiado concurrido. Enseguida llegaron a las puertas de una bodega similar a la de Zomin. Los animales pasaron a las cuadras y ellos entraron en la casa. Los dueños, dos varones, ya conocían a los guardias de antes por lo que, en su idioma, apalabraron comida y habitación para todos. Eudocia quiso pagar los gastos pero aquellos soldados habían recibido la orden de Ghianian de tratar a los viajeros como invitados, por lo que nada tuvieron que pagar. Ella abonaría lo que fuera a su regreso.

Se sentaron alrededor de una mesa baja y les sirvieron un guiso caliente de carnes, verduras y garbanzos. Esta vez Zunsú no tuvo que eludir las pícaras miradas de ninguna anciana. Quien les servía era un hombre gordo de ojos rasgados, pelo demasiado negro y grandes y

finos bigotes que se extendían muy tiesos, como un palmo cada uno, paralelos al suelo.

—Aquí no tenemos meretrices —se rio la monja mirando a su compañero—. Aunque el dueño igual está por la labor.

—¡Por favor, amiga! Mis gustos ya los conoces. ¡En fin! Otra noche más en solitario. ¿Y vosotros? ¿Ocupareis una o dos habitaciones?

—Ya veremos, ya veremos —dijo Armonio—. Yo las cosas del corazón no me las tomo a broma.

—Pero hombre, si hace ya muchos años que nos conocemos...

—Sí, por eso. Y os hablaré con franqueza, si no os importa.

Los otros le animaron con un gesto.

—Conocéis mis gustos. Los dos sabéis que toda mi vida me he inclinado por los jóvenes. La verdad es que no sé qué me ha sucedido. Pero... —Cogió una mano de la monja entre las de él—. Pero desde que te conozco, Eudocia,... Al principio, lo confesaré, no sentía ninguna emoción cuando estaba contigo. Pero con el paso de los días, de las semanas... poco a poco... ¡Ay! Cuando te vi violentada, llorosa, débil y desamparada. Pudo ser que mis emociones empezaran entonces a reaccionar. Me alegré mucho cuando pude sanarte y cuando te escuché las confesiones que me hiciste... Si te miro, si te oigo reír o hablar, o incluso tu llanto, todas esas cosas,..., no sé cómo explicarlo. Tu risa, tus palabras, el ver tu sonrisa,..., son pequeñas alegrías que siento dentro de mí. Tus lágrimas me apenan, tu olor me anima.

Ella le acariciaba la mano en silencio. Zunsú se había quedado quieto. Tenía la boca abierta con unas verduras medio masticadas viéndosele en el interior. El médico continuó.

—Nunca intimé con otra mujer antes que tú. Siempre con mancebos. Jamás imaginé que esto me pasaría. «Pero sin dejar pecar a la carne» nos dijimos esa noche en Samarcanda. Pero pecamos. Has prendido en mi corazón. Me he enamorado de ti.

—Armonio, tú también has entrado en mi vida. Cuando te conocí te califiqué como un pedante muy pesado. Acuérdate de la charla de las setas. O la clase de las hierbas. O la del *buscador de estrellas* —se rio—. ¿Y la de las distancias? Pero al final has conseguido enamorarme. Con toda esa sabiduría, con tu torpeza, con tu ternura...

—Bueno, bueno, bueno. —Zunsú ya había vaciado su boca—. ¿Por qué no esperáis a marcharos a vuestra habitación?

—Es cierto. —El médico recobró la compostura y añadió susurrando—. Antes de nada, tengo la impresión de que estos guardianes entienden bastante cuando hablamos en nuestra lengua. Aunque se hagan los ignorantes debemos de tener cuidado. Hasta que

nos abandonen en Sarytas no diremos nada de lo que nos traemos entre manos. ¿No os parece?

Asintieron y siguieron charlando con normalidad hasta que se acabó la comida y marcharon a dormir. De recién amanecida se encontraron de nuevo en la sala de las comidas. Allí, el hombre gordo de los bigotes tiesos les sirvió pan, vino, leche y miel. Algunas frutas frescas se encontraban en un par de grandes bandejas. Los siete expedicionarios comieron rápido. Tenían prisa por llegar a Fergana, que es ciudad que da nombre a las enormes montañas cercanas. Cargaron los animales y emprendieron la marcha en el mismo orden que el día anterior. Al mediodía hicieron un alto en la linde de un bosquecillo de hayas y fresnos. Marchaban por una senda en la que se observaban muchas huellas de animales y rodadas de carro. Cuando el guardia más viejo consideró que los animales habían descansado lo suficiente, volvieron otra vez a reiniciar el viaje.

En esto, un lejano galope se escuchó. Se fue acrecentando hasta que vieron llegar de frente una tropa de unos veinte jinetes que pararon justo delante de ellos. Eran todos *han*, guardianes imperiales de las fronteras. Marchaban a caballo en formación de a dos. Cada uno portaba espada, escudo, arco y flechas. Sobre la cabeza lucían un pañuelo rojo enrollado, sujeto con una tira ancha de color dorado. No vestían armadura, pero una negra túnica larga anudada a la cintura por una faja con los mismos tonos que la toca. Sus sandalias eran de cuero oscuro, con tiras que subían entrelazadas hasta las pantorrillas. Cierto era que su aspecto era muy fiero. Hablaban la lengua de Zonguo aunque los nestorianos no tuvieron mayor problema para entender lo que decían.

—¡Os saludamos viajeros! —dijo el que parecía el jefe levantando su mano derecha.

—¡Es correspondido ese saludo! —habló uno de la escolta.

—Somos la guardia de las fronteras de nuestro bien amado emperador. ¿A dónde os dirigís?

—Marchamos dando seguridad a estos dos hombres y a la mujer hasta la ciudad de Sarytas. Son personas sagradas de algún dios que desconozco. Pertenecemos a la hueste de Sinlao, señor principal de Yarkanda. Marchábamos con Ghianian, su esposa, hacia Samarcanda para presentar a su hijo a los padres de su futura esposa. Nuestra señora nos ha ordenado escoltar a estos tres viajeros hasta Sarytas. Allí los dejaremos y regresaremos al encuentro de Ghianian.

El aguerrido *han* se rio a carcajadas.

—¿Tienen miedo estos extranjeros a caminar solos por las tierras de Zonguo?

Armonio miro a Zunsú y después a Eudocia que permanecían callados por prudencia. El aspecto de esa gente no era nada bueno. El

recién llegado, suponiendo que no le habían entendido, volvió a preguntar pero esta vez en aquella mezcolanza del persa con su idioma.

—¿Acaso tenéis miedo de viajar solos por Zonguo? Creo que sí. —Los miró desconfiado—. Y si así es algo escondéis.

—No, no —contestó la monja—. No tenemos ningún miedo. Ghianian, esposa de Sinlao, nos ofreció esta escolta de cuatro caballeros. Nos dijo que pudiera ser que alguna alimaña nos atacara.

—¿Quién eres tú para hablarme mujer? —gritó enfadado.

De una cabriola acercó su caballo al de ella. Levantó la mano y le dio a Eudocia una bofetada que casi la hizo caer. Al momento sus dos compañeros reaccionaron llevando sus manos a las espadas. Los escoltas que los acompañaban interpusieron rápido sus caballos en el medio intentando calmar la situación.

—¡Amigo! ¡Amigo! —dijo uno de ellos al que había abofeteado a la religiosa—. ¡Son extranjeros! ¡Son extranjeros y no conocen las costumbres de Zonguo!

El soberbio soldado no parecía calmarse. Seguía dejando que su caballo diera vueltas alrededor de ella, mirándola con insolencia.

—¡Son extranjeros! —repitió el otro—. ¡Están bajo la protección de Sinlao, señor principal de Yarkanda! ¡No podéis tratarlos así! ¡Son personas sagradas!

—Bien. —Ahora el agresor parecía algo más calmado—. Pero no consiento que una mujer me hable si yo no lo quiero. Por mucha protección que tenga o por muy sagrada que sea no lo consentiré.

—Señor —intervino Armonio que todavía tenía su mano en la empuñadura de la espada—. Señor, no somos malhechores ni tenemos nada que esconder. Esta mujer te ha hablado porque de dónde venimos, los hombres y las mujeres somos iguales. No teníamos conocimiento de estas costumbres vuestras.

Poco a poco los ánimos se fueron tranquilizando hasta que el violento *han* asintió con la cabeza, dándole pie al médico para continuar.

—Señor. Venimos de la lejana Bizancio con el mandato de nuestro jefe religioso de encontrar el último de los templos de nuestra prédica en la ciudad de Kasgar. Somos monjes nestorianos, así es la oriflama que porta la mujer. Ella es la sacerdotisa principal. Por eso lleva nuestra bandera y por eso te ha hablado.

El soldado se volvió y habló otra vez en su lengua con el escolta más viejo. Este escuchaba lo que le decía, inclinando la cabeza cada poco. Unas frases después se puso a la cabeza de su tropa y se marcharon al trote hacia el pequeño mar de Kaira. Cuando los vieron desaparecer por un recodo de la senda, el guardia les explicó lo que le había dicho.

—Estaba muy enojado porque ella le ha hablado —dijo—. No es costumbre el que una mujer dirija la palabra a un hombre si no es autorizada primero. Esto excluye a las esposas de los nobles y las gentes principales, como es el caso de mi señora. Todas las demás necesitan antes esa licencia. Me ha explicado que ellos están controlando las fronteras, recorriéndolas sin pausa. Después me ha dicho que por la región de Osh deberemos de estar prevenidos. Los hombres hujand y wusun están cometiendo saqueos y tropelías. También ha añadido que transitar ahora por el valle de Ulcha de noche es demasiado peligroso. Los fríos de las cumbres han hecho que los *lupus* esperen hambrientos a que algún caminante se pierda por allí. Tendremos que andar con cuidado. —Y dirigiéndose a Eudocia le dijo—. Lo siento señora. No he podido impedirlo. No volverá a suceder.

Cuando terminó de hablar reemprendieron el camino. Justo al anochecer entraron en la ciudad de Fergana en donde consiguieron alojamiento en una enorme casa de postas, mitad posada, mitad lupanar. Comieron, bebieron y fueron a dormir. Zunsú, aun a pesar de poder encontrar alguna meretriz con la que yacer esa noche, prefirió hacerlo solo. No tenía muchas ganas de ello. Armonio y Eudocia, ya como matrimonio, ocuparon la misma habitación.

Partieron al amanecer. Cabalgaban hacia el Naciente, con la despoblada llanura a su siniestra y las impresionantes montañas de Fergana a la diestra. A mitad de la mañana una fina nieve comenzó a caer. Cubría todo y a todos. Hicieron tan solo un alto en el camino, su propósito era llegar antes de la noche a Osh. Cuando la tarde quería dar paso a la noche dejó de nevar. A los pocos minutos los de retaguardia se acercaron. Habían observado un grupo de jinetes que los seguía de lejos. Destacaban con claridad en la blanca llanura. Parecían hombres de las estepas, acaso bandidos, que marchaban a la par que ellos observándolos. Serían alrededor de una veintena que se encontraban como a un cuarto de milla. Aun así se los veía armados con arcos, lanzas y protegidas sus cabezas con cascos. Uno de los escoltas se adelantó al galope para hacer regresar a la pareja que marchaba en vanguardia.

—Seguro que son saqueadores wusun. No llevan lanzas, aunque se ve que portan largos arcos a la espalda. Los hujand usan lanzas y hacen emboscadas entre los árboles o las rocas. Estos, en cambio, se limitan a correr más que sus víctimas hasta que las tienen a tiro. Gozan de la fama de ser muy buenos arqueros a caballo. Además, se dice que no dejan nunca a nadie con vida. —El guardia les explicó lo que no querían oír.

—Entonces no nos queda otra más que escapar —dijo Eudocia nerviosa.

—Sí. La ciudad no está muy lejos y ellos supongo que no conseguirán atraparnos. Aunque ese camello... —El escolta señaló al tranquilo animal—. Me parece a mí que no es de buen galopar. Seguro que queda rezagado enseguida. Igual les sirve de entretenimiento y nos olvidan.

En ese momento los de vanguardia se reunieron con ellos.

—Si es necesario que atrapen al bicho, que así sea —sentenció Armonio—. Lo único que sentiría sería la pérdida de la carga que lleva. Ahora no podemos entretenernos en traspasar esas mercancías. Seguirán en él.

—Pues yo le he cogido cariño. Lástima que no le haya puesto nombre. —Zunsú sonrió—. Lo desataré de mi silla para que no entorpezca a mi caballo.

—Sí, mejor que marche suelto. Que vaya él solo.

Entonces uno de los seguidores disparó una flecha al aire. Fue a caer como a unos cien pasos de ellos. Asustados, ya no podían perder más tiempo y comenzaron un trote que enseguida pasó a ser galope rápido. Sus perseguidores hicieron lo propio. Cada veinte o treinta pasos volvían a disparar una flecha que se les acercaba más y más. Un escalofrío de miedo recorrió los cuerpos de los fugitivos como si de un latigazo se tratara. Estaba en juego su vida, la de cada cual.

Del cuarto de milla inicial de ventaja, ya no habría más que unos doscientos o trescientos pasos. El pánico y el terror habían hecho que el galope del principio, ahora fuera una carga desbocada. Los guardias de la escolta, para proteger mejor a los viajeros, se desplegaron en abanico por la vanguardia, como el timón de un águila de las cumbres. Ellos serían los primeros en enfrentarse a los bandidos si llegaba el caso. En ese momento ya cada uno corría como podía.

El desbocamiento de los caballos debió de animar al camello de Zunsú, sin jinete pero con carga, que tomó la ventaja al resto, corriendo como quien siente al diablo a sus espaldas. Con el continuo traqueteo consiguió que las riendas se soltaran y ahora las arrastraba entre las patas delanteras. En un suspiro adelantó a los demás, marcando él el camino como si fuera el guía. Tanto y tan rápido galopaba que sus jorobas se bamboleaban con violencia de lado a lado en un descontrol absoluto. Con las sacudidas, las cuerdas que sujetaban los bagajes se fueron aflojando. Al rato comenzaron a caer los bultos cada poco. Ahora una caja, después unas mantas, luego un cajón. Cuanto más se le caía más ligero se sentía y más corría el bicho.

Los bandidos vieron que se iban encontrando lo perdido por aquellos viajeros asustados, y se fueron parando para ver el botín que estaban tirando. Cuando los fugitivos tuvieron a la vista la ciudad de Osh ya nadie los seguía. La providencial huida loca del camello había hecho que no tuvieran ese encontronazo que nadie quería.

Por su parte, el traumatizado animal continuaba corriendo con una alegría digna de un jovenzuelo detrás de alguna camellita. Con la cabeza alta, daba zancadas enormes meneando el estirado cuello para adelante y para atrás. En una de estas debió de pisar las riendas haciendo que frenara de golpe en su carrera. Esa parada tan brusca provocó que diera una vuelta de campana en el aire. Cayó sobre su lomo pero, como si tuviera un resorte, pegó un salto y siguió corriendo aparentando que la cosa no iba con él y que allí no había pasado nada. Ya casi no se le veía en la lejanía, aunque de vez en cuando se le oía bramar ronco, como en un quejido o risotada.

—Si es que ese bicho es medio... es medio... Ya parará —rio Zunsú acordándose de aquel día junto al mar de Kaspioi—. Con lo asustadizo que es seguro que no lo hará hasta chocarse contra algún árbol.

Fueron aminorando el galope poco a poco hasta llegar a la ciudad. Era Osh un lugar no demasiado grande, de unas dos o tres mil almas. Tenía un mercado central, ahora vacío, en donde existía una fuente con abrevadero. Allí encontraron al camello fugitivo. Estaba tumbado, respirando tranquilo. Había perdido toda la carga, incluida la silla, a excepción de una pequeña caja que le colgaba del pescuezo.

—Bueno —dijo Armonio—. Por lo menos nos quedan las piedras de ámbar. Las guardé en la misma arca que mis útiles de médico. Es la única que conserva el animal.

Zunsú se bajó de su montura y se acercó al bicho, que lo miró sin inmutarse. Pero cuando llegó hasta él, como con un arrebato de alegría, le pasó la enorme lengua por la cara.

—¡Pero bueno! ¡Animal! ¡Que eres un animal! Te has escapado solo para beber. ¿Será posible...? —Le agarró un moflete moviéndoselo para los lados—. ¡Si es que el día menos pensado te troceo y te comemos asado!

Fueron entonces a una posada conocida de los guardias en donde encontraron alojamiento. Los sudorosos caballos y su fugitivo compañero pasaron a las cuadras. Necesitaban descansar de aquella carrera tan desbocada que había salvado la vida de sus dueños. Ellos, sentados para comer algo antes de dormir, intentaban que aquel gran susto y angustia recién sufridos se les fuera calmando.

—Esos ladrones y asesinos no se darán por vencidos —habló uno de los *han*—. Tienen por costumbre esperar a los viajeros a la salida de las ciudades. Como hoy no han conseguido su propósito mañana lo volverán a intentar. Por ello es conveniente que partamos de esta ciudad de noche, para que cuando claree el día ya nos encontremos a muchas millas de aquí.

—Así será —contestó la monja por todos.

—Haremos guardia y uno de nosotros despertará al resto con

tiempo suficiente como para marchar sin que nos vean esos malhechores.

En esto, Eudocia, sentada entre Zunsú y Armonio, quiso evaluar las pérdidas.

—El camello ha dejado atrás todo el equipaje. ¿Qué es lo que nos queda? Creo que muy pocas cosas. Hemos perdido las mantas, los pellejos de agua, las lonas de la tienda,... Menos tu instrumental, nos hemos quedado con lo puesto.

—Sí. —El médico masticaba despacio—. El oro lo llevo en una bolsa atada a la cintura. El ámbar, el mío, está en la caja que se ha salvado. El vuestro supongo que lo llevareis encima.

Los otros dos asintieron.

—Entonces será conveniente retrasar nuestra salida un día para hacernos con lo que nos falta. Hablaré con estos guardias.

Acordaron dejar la partida para el siguiente día. El soldado les hizo la recomendación de no comentar a nadie sus propósitos. Los wusun tenían muchos contactos en la ciudad y seguro que se informarían para esperarlos y robarles lo que llevaran. Además creyeron conveniente escapar de allí a medianoche y no poco antes del amanecer. Así conseguirían mucha más ventaja y tranquilidad. Por la ruta no habría peligro de perderse. Ellos la conocían bastante bien, ya habían viajado a Samarcanda muchas veces antes y ni tan siquiera haría falta utilizar el *buscador de estrellas*. Los guardias no se perderían aun en la noche más oscura. Con todo esto concertado marcharon a dormir.

Por la mañana los tres viajeros acudieron al mercado. Allí, alrededor de la fuente y su abrevadero, multitud de puestos vendían casi de todo. Compraron varias mantas de piel, dos odre para el agua, uno más pequeño para el vino, un par de cajas con carnes secas, peces ahumados, pan y frutos secos, una silla de camello, y botas, camisolas y calzones para cada uno. A la tarde, cuando regresaron con su compra, concertaron retirarse pronto para descansar, y levantarse a medianoche para terminar de cargar las bestias. Antes de pasar a su habitación, Zunsú se ocupó de dejar llenos los odres y los atalajes preparados. Los escoltas hicieron lo propio quedando todas las bestias de tal manera que en muy poco tiempo podrían ser cargadas para partir.

Unos golpecitos en la puerta los despertaron. Era la señal convenida. Con cuidado de no hacer ruido bajaron a las cuadras. Colocaron lo que restaba, montaron y salieron al paso sin encender antorchas. Por lo menos ni llovía ni nevaba, aunque medio palmo de nieve lo cubría todo. Poco a poco la vista se fue acostumbrando a la oscuridad. Las sombras se aclararon rápido dejándolos ver por donde transitaban. Delante cabalgaban por la senda dos de los guardias. Les

seguían Eudocia montando a *Negrito*, el médico y su ayudante, cada uno con su caballo, y cerrando el grupo los otros dos de la escolta. El camello marchaba con el bagaje detrás de Zunsú a cuya silla habían atado las riendas del jorobado animal.

Caminaban despacio, en silencio. Cuando el día comenzó a clarear aceleraron un poco. Ya habían recorrido más de diez millas y ahora estaban muchos más tranquilos. Aquellos wusun no les darían alcance. Seguro que estaban todavía esperando a las afueras de Osh para cazarlos. Con la luz de la mañana observaron como la tundra había desaparecido dando paso a montañas a ambos lados. La nieve seguía cubriendo todo y el frío era muy intenso. Un río les sirvió de guía.

—Haremos un alto al mediodía —dijo un guardia—. Ya hemos despistado a los salteadores de ayer. Las tierras que ahora cruzamos ya no son de ellos. Ya veis que estamos en un valle. Tendremos durante todo lo que resta de viaje montañas a los lados. El camino circula paralelo a este riachuelo que se llama Taldyk. Llegaremos a Ulcha a media tarde. Eso sí, estas son zonas en las que los hujand se mueven con bastante tranquilidad. No son tan salvajes como sus vecinos wusun pero siguen siendo ladrones y asesinos. Uno de nosotros marchará en avanzada para prevenirnos en caso de que nos quieran tender alguna celada.

Aceleraron el paso a la vez que uno se adelantaba unos doscientos pasos. A media mañana hicieron un alto en una campa a orillas del río. No tardaron mucho, lo suficiente para abrevar a las bestias y poco más, reemprendiendo la marcha sin demora. Al rato un gran bosque se ofreció delante de ellos. Eran abetos muy altos y frondosos. El guardia más viejo mando parar. Quería dar algunas instrucciones al resto.

—Tenemos que pasar por entre toda esa espesura que tiene una profundidad de unas dos millas. Puede ser un lugar peligroso, ya que los hujand prefieren estas zonas de vegetación para emboscar a los viajeros. Es corriente que tengan vigilantes apostados para descubrir al que llega. Entre ellos se comunican con agudos silbidos, en los que, con un lenguaje desconocido para los demás, se explican las cosas. Las celadas las hacen escondidos entre troncos y matojos desde los que asestan lanzadas a los caminantes. Por ello cruzaremos al galope por el camino marcado. Nadie debe pararse para nada hasta salir del bosque. Una milla más adelante hay un gran claro en el que nos detendremos ya que allí el peligro habrá pasado. Tenemos que marchar tranquilos pero muy veloces.

Dicho esto levantó un brazo. Cuando estuvieron en fila, agrupados, lo movió hacia adelante.

—¡Al galope! —gritó.

Otra vez, al igual que sucedió ante la acometida de los wusun, comenzaron un galopar desbocado. Se internaron en el bosque siguiendo el camino. Solo se oía el fuerte ruido de los cascos de las bestias, algún relincho y el roce de los cuerpos con las ramas al pasar. No llevaban media milla recorrida cuando comenzaron a escuchar diferentes silbidos. Primero fueron dos o tres que sonaron a sus espaldas. Después se oyeron a su alrededor y por delante. Los hujand los habían descubierto. Las cabalgaduras, contagiadas por el miedo de los jinetes, estaban convirtiendo su carrera en un vuelo.

De pronto, a unos treinta pasos por delante, surgieron de una gran zarza unos ocho o diez hombres barbudos armados con largas lanzas. Las clavaron por su empuñadura en el suelo y las sujetaron con un pie enfilando la punta hacia los que se acercaban. El primer jinete, uno de la escolta, atravesó el imprevisto obstáculo como si fuera de aire. La velocidad que llevaba hizo que las lanzas se quebraran, que algunos de sus portadores cayeran y que otros fueran atropellados. Los siguientes fugitivos pasaron por encima, pisoteando los cuerpos caídos en el camino. Entonces el de delante desenvainó su espada. Los demás hicieron lo mismo. A su alrededor los silbidos arreciaron.

En estas, desde unos árboles, varios malhechores cayeron encima de ellos con la intención de derribarlos. Quiso la buena suerte que ninguno consiguiera su propósito aunque para ello los jinetes tuvieron que usar las espadas. Cada poco se volvían a encontrar con lanzas en el camino y con gentes hujand que caían desde arriba. Armonio, Zunsú, Eudocia, los cuatro guardianes, todos luchaban a galope tendido contra aquellos bandidos. Uno de los atacantes consiguió quedar encima del camello, pero el animal, sintiendo de pronto un peso inesperado, dio un bote sin dejar de correr, como si lanzara una coz, haciendo que aquel inesperado camellero cayera al suelo.

Ninguno miraba hacia atrás. Nadie sabía si sus compañeros le seguían o no. El miedo, el terror, hacía que sus fuerzas se multiplicaran. Lanzaban tajos a diestro y siniestro. Los silbidos de muerte sonaban y sonaban. Ni callaban ni dejaban de acosarlos. Ya nadie permanecía en silencio. Todos gritaban cosas incoherentes. La muerte les rondaba por todos los lados.

Entonces, a unos cincuenta pasos por delante, vieron cómo aquellos asesinos habían colocado, como último recurso para parar su carga, un tronco atravesado en el camino. Detrás de él muchos hujand les apuntaban con sus lanzas. Avispado, el que marcaba la marcha se desvió un poco a la derecha sorteando el obstáculo. Algo más adelante volvieron a la senda en donde la carga alocada continuó. Más lanzas, más silbidos, más muerte.

Cuando por fin salieron del terrorífico bosque no detuvieron la

carrera. Continuaron con aquella velocidad mucho rato. Ninguno miró hacia atrás. Poco a poco los silbidos se fueron alejando hasta que ya no se escucharon. La saliva de los animales se mezcló entonces con la de los hombres y con la sangre. Llegaron a un gran claro en donde calmaron el galopar. Pararon cansados, aterrorizados.

Fue en ese momento cuando miraron a su alrededor. Faltaba uno de los guardianes, el que iba más atrás. Del resto ninguno había salido ileso. No se habían librado ni las bestias. Armonio tenía un corte en una mano. Eudocia en el brazo derecho. Zunsú una pequeña lanzada en uno de los muslos. A uno de los guardias le faltaba una oreja. Otro tenía un trozo de madera clavado en un hombro y el tercero sangraba bastante de un pie. Los animales también estaban heridos. Unos llevaban cortes, otros lanzazos sangrantes en las patas. El camello, por su parte, agitaba media lanza clavada en una de sus jorobas.

—Hemos pasado —dijo el guardián—, aunque hemos perdido a uno de los nuestros.

—¡Que se los lleven los dragones de la oscuridad! —gritó otro de la escolta mirando al lejano bosque—. ¡Malditos hujand! ¡Muertos todos deberíais de estar!

—Tenemos que llegar a Ulcha cuanto antes. Allí nos curaremos —habló de nuevo el del principio—. Quitemos los trozos de madera y las lanzas de los animales y sigamos sin demora. Esos salvajes no son buenos a campo abierto pero saben que nos han hecho daño y seguro que intentarán seguirnos.

Cada uno se ocupó de su propio cuerpo y de su caballo. Se aplicaron vendas y compresas para parar el sangrado de hombres y bestias. Zunsú, según se vendó el muslo arrancó el trozo de lanza clavado en la joroba del camello. El bicho ni se inmutó. Parecía que aquello no iba con él ya que no hizo ningún gesto de dolor. Cuando terminaron continuaron al galope hacia su destino.

—Conozco una buena fonda que nos dejará una cuadra para poder recomponernos —dijo el viejo guardia—. En una hora llegaremos.

En lo más profundo del corazón de cada cual dieron gracias a su dios por haberlos librado de la muerte y porque aquellos bandidos ya no los persiguieran.

Lupus

A media tarde llegaron a Ulcha.. Era una pequeña ciudad entre montañas, con no más de cincuenta casas alineadas en una de las orillas del río Taldyk. La única posada del lugar estaba en el otro lado, al que se llegaba cruzando por un puente de madera del ancho de un carro. Era sitio escondido y bastante solitario. En la casa de postas no había más clientes que ellos. La dueña era una mujer de no mucha edad, nada rechoncha, bella de cuerpo y cara. Viuda sin hijos, su marido, que había sido el que construyó el edificio, murió a los dos meses de casarse. Se despeñó al intentar alcanzar un cabrito que se había perdido del rebaño.

Tal y como había dicho el vigilante, les habilitó una estancia en las cuadras para hacer las curas. Armonio se puso a la tarea. En las heridas poco graves se limitó a aplicar ungüentos y vendajes. Las de más consideración tuvo que quemarlas con un hierro candente. Quemó al *han* de la oreja y a Zunsú. Ambos no pararon de gritar mientras les aplicaba el cuchillo ardiente. Incluso al desorejado hubo que sujetarlo entre dos, tal era el dolor que padecía aumentado por aquella quemadura del mismo Averno. Los animales no supusieron mucho trabajo ya que las lanzadas y cortes no eran muy grandes. El más grave fue el camello, al que le habían clavado casi un palmo de lanza en una joroba. Por ser esos bultos un montón de grasa junta el dolor que sentía era muy pequeño. A pesar de ello, decidió quemarlo para evitar que le salieran gusanos. Acomodaron entonces lo mejor que pudieron al ganado y ellos entraron en la casa.

La señora les había preparado una copiosa comida. Había oveja, burro guisado, carne de pato, una fuente con verduras humeantes, queso, leche, miel y una jarra con líquido espiritoso, de color ambarino, del que convenía no abusar mucho. Con avidez comenzaron a dar buena cuenta de todo aquello. Los nervios y el miedo pasado se habían convertido en un ansia enorme por comer.

—Una pena lo del muchacho que hemos perdido —dijo Armonio apesadumbrado—. Era joven y fuerte.

—¡Malditos esos hujand! ¡Mil veces malditos! —contestó uno de sus compañeros.

—Por lo menos el resto seguimos enteros —habló otro—. Maltrechos pero enteros. Aunque no será bueno volver después a

Samarcanda cuando dejemos a estos viajeros en Sarytas. Solo somos tres.

—No regresaremos a Samarcanda. Iremos a las casas del señor Sinlao en Yarkanda. Le pondremos al corriente de lo alborotados que están los wusun y los hujand. Seguro que enviará una tropa de más de veinte a buscar a sus esposas y a su hijo.

—Sí. Es lo más conveniente. Nuestra señora nos esperará. No creo que nos demoremos más de tres días.

—Entonces si vais a Yarkanda pasareis por Kasgar. ¿No es así? —preguntó Eudocia.

—Sí. Pasaremos por allí. Como es vuestro destino podemos alargar la escolta hasta Kasgar.

—Como médico que soy —habló Armonio—, aconsejo dejar descansar nuestros cuerpos y el de los animales por lo menos un día. Así nuestras heridas formarán postilla. Si no lo hacemos de esa manera, seguro que alguno tendremos que sufrir fiebres y sangrados por el camino que nos resta. ¿Os parece bien así?

—Está bien —contestó el viejo—. Pero solo un día. No debemos estar más.

—¿No tendrás algo de pan? —le dijo Zunsú a la señora de la casa.

Esta le sonrió varias veces. Le hizo señas al tiempo que decía alguna cosa en la lengua de Zonguo.

—Vaya, no me entiende —miró al soldado más cercano—. ¿Puedes preguntarle si tiene algo de pan?

El otro asintió y habló con la mujer, que, sin perder la sonrisa, le contestó. Mientras hablaba no paraba de agachar la cabeza con las palmas de las manos juntas delante del pecho.

—Dice que te pide disculpas por no comprenderte del todo. Algo sí que conoce de tu idioma, aunque le es muy difícil hablarlo.

—Bueno, pero... ¿y lo del pan?

—¡Ah! No hace pan. Lleva varios días sin grano. Hasta dentro de una semana no volverá a cocer pan.

—Pan no habrá... pero... ¿vino? ¿Tienes vino?

Se dirigió Zunsú otra vez a la mujer. Acompañó la pregunta con aspavientos, con la cabeza inclinada hacia atrás, la boca abierta y el pulgar de su derecha señalando muchas veces la abertura. La mujer se rio señalándolo. Al momento salió para volver al poco con una jarra grande de barro.

—¡Ajá! Lo del pan no se entiende, pero lo del vino... —Cogió la jarra para servirse—. ¡Vaya! ¡Si esto...! ¡Si esto es agua! Yo quería vino.

Los demás comenzaron a reír. Hasta el mismo médico se tapaba la cara con una mano moviendo la cabeza hacia los lados. Zunsú los

miró enfadado.

—¿Puedes decirle que lo que quiero es vino y no agua?

Otra vez la buena de la mujer se inclinó varias veces reverenciándolo mientras hablaba. No dejaba de sonreír. El médico le había entendido casi todo y se adelantó al risueño guardián.

—Amigo. Está diciendo que no tienen vino. Las uvas no se cultivan por aquí y el vino que pueda llegar es muy caro. En vez de eso tienen ese licor de color amarillo que suple al vino.

Su compañero no sabía que contestar. Sin decir nada, cogió un cuenco y lo llenó con el líquido ambarino. Sonrió y de un trago se lo bebió. Seguía conservando el gesto risueño de hacía un momento, pero, poco a poco, el color de su cara fue tornándose sonrosado. Cuando ya no pudo aguantar más, un gran tosido hizo que se inclinara hacia adelante.

—¡Por el mismo Saturno! ¡Tiene fuego esta jarra!

La mujer, riéndose, dijo una serie de cosas que al momento Armonio tradujo.

—Lo hacen con unas hierbas altas espinosas, cociéndolas mucho y pasando el humo por un tubo frío. Esto que bebes es ese humo convertido en líquido y endulzado con miel. Se llama *pinyin*.

—Pues vaya con el humo y el *pinyin*. Vaya que sí.

La comida ya se había terminado y optaron por marcharse a descansar. La verdad es que lo necesitaban.

—Yo me quedo un poco más dando buena cuenta del *pinyin*— dijo Zunsú.

Serían los efluvios del licor, el influjo de Baco o la presencia femenina lo que hizo que el hombre invitara a la dueña a sentarse a su lado. Entablaron una conversación que no llegaba a ninguna parte, puesto que no se entendían entre ellos. Un gesto de dolor de Zunsú hizo que la mujer se interesara por su quemada herida. Cuando se la enseñó, comenzó a acariciarle la pierna con suavidad, mientras susurraba cosas incomprensibles, pero que a oídos de él sonaban maravillosas. Esa noche y la siguiente Zunsú no durmió solo.

Muy de mañana se encontraron en las cocinas, que era en donde se hacía la mayor parte de la vida en la casa. Ese era el lugar más templado y aquel ambiente cálido se agradecía mucho en días nevosos y fríos. La dueña, madrugadora como ninguno, ya había preparado sopas, caldos y carnes para almorzar. Según comenzaron a nadie le pasó desapercibido el que ella, encaprichada de Zunsú, le ofreciera a él todo antes que a los demás dedicándole multitud de sonrisas cómplices que eran correspondidas. Cuando terminaron, Armonio emplazó a los viajeros a las cuadras. Quería comprobar las heridas y terminar de curarlas en la medida de lo posible.

Primero trató a los animales. Los cortes que tenían ya aparecían

cerrados sin signos de que fueran a provocar una pestilencia supuratoria. Los embadurnó, por las zonas maltrechas, con una pomada clara que había hecho con piedra pulverizada, aceites y alguna de las hierbas que llevaba. Lo del camello fue diferente. Le habían clavado una lanza en mitad de la joroba, rompiéndole la gruesa piel. Era de un palmo de largo y se veía la grasa interna atravesada por líneas retorcidas de sangre. El animal, que estaba tumbado y tranquilo, parecía ajeno a aquella gran herida. Por ello el médico optó primero por lavarla bien con agua limpia, quitándole los restos de pelos y tierra. Después se hizo con una aguja de coser cuero, en la que enhebró una fina tira de hilo de lana. Con ello, como buen redero remendón, cosió el desaguisado cerrándolo de tal forma que parecía como si nada se hubiera cortado allí. También le embadurnó el roto con la mezcla que había preparado para los otros bichos.

Cuando acabó con ellos empezó con sus compañeros de viaje. En primer lugar pasaron los guardias. El de la herida en el hombro, dolorido pero agradecido a la providencia, sonreía con ironía. La lanzada que había recibido no le había cortado carnes importantes, tan solo entró y salió el arma, sin romper más que lo del agujero. Como a él solo le había colocado vendas, le tapó la herida con la crema blanquecina y unos trozos de tela a modo de protección. El del pie maltratado recibió un trato parecido, puesto que tampoco hizo falta aplicarle el día anterior el machete caliente.

Quien más le preocupaba era el de la oreja. Aun a pesar de haberle quemado el agujero se veían bultos de pus infecto por allí. A ello se le sumaban los fuertes dolores que sentía en la cabeza, decía que era como si alguien estuviera dando puñetazos de continuo en su interior. Para calmarlo preparó un poco de adormidera que acercó a unas brasas tal cual piedras de incienso. Al aspirar el aroma el soldado, poco a poco fue tranquilizándose y se le pasó el dolor. Entonces Armonio con un cuchillo muy afilado cortó las pústulas. Al momento un reguero de espeso líquido amarillo, de pestilencia enorme, salió tal que una fuente. Lavó todo con agua limpia varias veces y preparó una crema con sebo de cordero, cosas que tenía en su maletín y un buen chorretón de *pinyin* que le facilitó la dueña de la casa. Con esa mezcla en un cuenco salió un momento fuera. Al poco regreso sonriente revolviendo lo del recipiente con un palito. Cuando consideró que ya estaba lista la crema negra, untó con ella todo el lugar donde antes había estado la oreja y puso encima un paño.

Llegó el turno de Eudocia. El largo tajo en el brazo estaba todavía abierto y presentaba costras de sangre y restos de tierra. Limpió bien toda la zona con agua y le aplicó la pomada blanca. Para conseguir que se cerrara del todo se lo envolvió con tiras de tela. La pierna de Zunsú, con una lanzada en el muslo, la encontró con un par

de ampollas de agua. Con cuidado las reventó haciendo caso omiso a las quejas del paciente. Limpió, como a los demás, con esmero el orificio y lo cubrió con el mismo emplasto negro que había aplicado al desorejado. Lo envolvió con vendas y dio por terminada su labor.

—¡Puf! —dijo Zunsú con gesto de repugnancia— ¡Esto huele muy mal! ¿Qué fórmula magistral has utilizado?

—Es lo más adecuado para las heridas sangrantes con quemadura. Tiene cenizas, sebo, hierbas, cortezas de árbol y el licor de la dueña de la casa, el *pinyin*.

—Pues no sé yo, pero esto no huele nada bien.

—Pero cura. Olerá mal pero cura. Ya verás mañana como tienes esa herida mucho mejor.

—¿Y no lleva nada más? Porque te he visto salir fuera con la crema y cuando has vuelto la revolvías como si le hubieras echado alguna cosa más.

—Cierto es que queda muy espesa al principio, por eso hay que hacer que sea algo más ligera.

—Ya, pero... ¿qué le has echado?

—Un buen chorro de mis orines. Son buenos para estas cosas y templan la mezcla.

—¿Me has untado con tus orines?

—Sí. Con ellos, ceniza, sebo... Ya te he dicho que huele mal pero es muy eficaz.

La monja, que atendía curiosa a la operación y a la conversación, rompió a reír. «Orines, orines», decía señalando al herido que hizo de tripas corazón. Entonces se quedó un momento pensativo y dijo:

—Amigo Armonio. También cuando has elaborado la pomada esa clarita has salido fuera un momento...

—Sí, sí. Con esta crema pasa lo mismo que con la otra. Suele quedar en principio bastante espesa por lo que conviene aligerarla un poco.

La mujer cambió el gesto de su cara frunciendo el entrecejo. Se acercó el brazo a la nariz y lo olisqueó. Aquello no le olía bien.

—¿Que la que me has puesto a mí llevaba también orines? —le gritó al médico.

—Compréndelo, si no es así parecería un mortero mal mezclado. Pero de esta forma alivia mucho más...

—¡Si es que esto huele como un estercolero!

Zunsú ya no podía más. Tanto se reía que contagió al resto. Hasta el desorejado se había olvidado del dolor de cabeza. Con estas y otras la mañana ya había pasado y salieron fuera. Estaba comenzando a soplar un viento suave. Por lo menos ya no nevaba. Parecía que todo se había detenido. No se oía nada más que el discurrir de las aguas del

Taldyk y el graznido lejano de algún cuervo. Las casas del otro lado del río parecían deshabitadas. «Qué lugar tan inhóspito —pensó el médico—. Esto está abandonado hasta por los dioses».

—Mañana partiremos con las primeras luces —explicó el viejo guardia—. El recorrido a Sarytas lo haremos en dos jornadas. Casi al final del valle de Ulcha existe un refugio para el ganado en donde pasaremos la noche. De allí a Sarytas nos bastará con una mañana.

—Creía que ese recorrido se puede hacer en un solo día —dijo Eudocia.

—Sí, si estuviéramos en la época del año en la que la noche es más corta. También el camino es dificultoso y retorcido. Lo mejor de mañana es que no veremos nieve, ya que la calidez del valle hace que allí no llegue casi nunca.

—¿Es un refugio de piedra? —preguntó la monja—. No me gustaría el que alguna alimaña nos atacara.

—No es una casa en sí. Los pastores han aprovechado una enorme cueva a ras del suelo que existe en la pared vertical. Su entrada está medio cerrada con piedras. Es un lugar muy seguro. Tenemos que tener en cuenta que es peligroso andar por ese valle después de que se ponga el sol. Los *lupus* aprovechan la noche para cazar. Por ello pararemos lo mínimo.

Al final de la tarde la dueña les avisó de que la cena estaba dispuesta. Otra vez la mujer volvió a demostrar su encaprichamiento con Zunsú sin disimulo. Le ofrecía las viandas a él primero y le hablaba en su lengua dedicándole multitud de sonrisas de complicidad.

—No dormirás solo, no —le dijo Eudocia—. Esta, por lo menos, no tiene bigote.

—¡Pero si es una jovenzuela! ¡Fijaos en su lozanía! ¡Qué curvas, qué maravilla para la vista! —le contestó él—. Esta noche hemos dormido juntos. ¡Nos lo hemos pasado fenomenal! ¡Qué hembra! ¡Y lo mejor es que no sé nunca qué dice!

Con estas y otras terminaron de cenar. Todos se marcharon excepto Zunsú, que quedó agarrado a la jarra de *pinyin*, a la espera de que su amada se sentara a su lado. «Hoy tampoco pasaré frío».

De mañana muy temprano los viajeros ya estaban cada uno sobre su montura. La señora permanecía junto al puente, esperando a que sus huéspedes cruzaran al otro lado. Cuando Zunsú pasó ante ella le dijo unas cuantas cosas que no entendió. Él se limitó a guiñarle un ojo y a lanzar un beso al aire que la mujer recogió con un gesto de su mano y una sonrisa. Enfilaron la senda paralela al río continuando con el mismo orden de marcha que habían tenido hasta allí. Como ahora solo había tres guardianes, dos se colocaron en vanguardia y el otro a retaguardia. Salvo el desorejado, que de vez en cuando se llevaba las

manos a la cabeza, ninguno parecía resentido por las heridas de dos días antes.

A unas tres millas de Ulcha la nieve había desaparecido por completo. Las montañas, de alturas increíbles, se encontraban limpias de nevadas en unos cien o doscientos pasos desde su base, en donde los árboles frondosos se mezclaban con verdes hierbas. Viajaban por aquella senda paralela al Taldyk, encastrada a golpes por el mismo Vulcano entre esas moles inmensas a las que a ninguna se le veía la cumbre. Eran tan altas que todas ellas cruzaban las distantes nubes, pareciendo que continuaban ascendido muchísimo más allá.

Marchaban en silencio, asombrados ante aquella magnificencia digna del más soberbio de los dioses. A media mañana, en un pequeño remanso del río, el guardián de cabeza hizo un alto. Las bestias necesitaban ser abrevadas. Pararían no más de media hora. Ellos aprovecharon también para estirarse, que las piernas de seguido en la misma postura acababan resentidas.

—¿Has entendido lo que me dijo la mujer de la posada al partir? —preguntó Zunsú al viejo escolta.

—Sí —se rio—. Ha dicho que su casa, su cama y ella te esperan, y que jamás había conocido a otro hombre como tú. Que a pesar de ser un *emobizi* te esperará, que para ella eres un dios.

—¿*Emobizi*? ¿Qué quiere decir *emobizi*?

El guardián no sabía cómo traducirlo. Hablaba algo de diablo, demonio, señalándose la nariz, pero no conseguía definir la palabra.

—¿Nariz? ¿*Emobizi* es nariz?

—Sí, eso. *Emobizi* es gran nariz del diablo, o el diablo de la gran nariz.

—*Erastís emobizi* —rio el médico—. La gran nariz del demonio amante. ¡Qué curioso!

Cuando retomaron la senda el silencio volvió a ser su compañero. De vez en cuando algún cervatillo se dejaba ver un instante para huir saltando ante su presencia. Varias veces descubrieron cabras montañesas, con largas e impresionantes cornamentas retorcidas, abrigadas por su oscura lana. Mientras, unas parejas de águilas enormes volaban por encima del valle sin agitar para nada sus alas, seguro que buscando algún cabrito desamparado. Su vuelo era tan majestuoso que entraban y salían de las nubes sin mover ni una pluma. En la superficie del agua del río se veían cada poco las ondas producidas por el chapoteo de algunos peces. Solo se inquietaron una vez en la que tuvieron que acelerar el paso ante la persecución que les brindó un gran oso negro, molestado en la tranquilidad de su bosque.

A media tarde llegaron al lugar en el que estaba la gran cueva que les serviría de refugio esa noche. Aun encontrándose a unas diez

millas de la salida del valle no debían aventurarse hasta allí puesto que las sombras los cubrirían mucho antes de alcanzarla. De una altura de algo más de ocho varas, su profundidad del doble, la entrada de aquella enorme cavidad, de dos decenas de pasos, se encontraba medio cerrada por un ciento de grandes piedras apiladas que alcanzaban una altura superior a la de un hombre. En el centro quedaba una abertura ancha de dos pasos por la que hasta el ganado entraba con holgura. Delante de ella no existían árboles ni arbustos hasta la misma orilla del río por la que se vería venir a quien fuera desde lejos.

Rápido se organizaron. Los guardianes buscaron leña suficiente como para encender unas cuantas hogueras. Los tres viajeros acomodaron a los animales dentro, atándolos a unas piedras, recogieron hierbas y hojas para que las cabalgaduras comieran y unas cuantas ramas frondosas para dormir ellos encima. Comenzaron entonces a montar lo que serían las fogatas. Dentro harían una para no pasar frío. Fuera, a unos pasos del murete de piedras, encenderían cuatro formando un abanico. Y por último, justo delante de la entrada colocarían la más grande. De esta forma consideraron que cualquier alimaña desistiría de atacarlos. Cuando la noche ya comenzaba a desterrar al día las encendieron usando yesca y la piedra de chispa que portaban los soldados. Cada una de las lumbreras tenía ocho o diez troncos gruesos y uno o dos tocones, consiguiendo de esa manera que durante todo el tiempo de oscuridad las luminarias permanecieran encendidas. Por consejo de uno de los *han* sacaron al camello fuera, atándolo al murete por la parte exterior. De esta forma sabrían si se acercaba algún extraño, ya que los animales que comen hierbas oyen y huelen al depredador mucho antes que los hombres.

Establecieron un turno de vigilancia por parejas. Estaría formada cada una por uno de los escoltas y un viajero. El soldado permanecería entre el muro de piedras y las hogueras externas junto al camello, mientras que el otro esperaría en la misma abertura de entrada del murete. El tiempo de cada una de ellas sería el marcado por la cuenta de cien veces cien que haría uno de los vigilantes. La primera la componían Eudocia y el guardián más viejo, le seguían Armonio con el herido en el pie y finalizaba Zunsú acompañado del desorejado. Si cuando la última pareja hubiera terminado de contar seguía siendo todavía de noche, volvería a vigilar la primera, y así hasta que el día indicara que ya no había peligro. Colocaron las armas apoyadas en el interior del muro y la primera pareja ocupó su lugar.

El soldado, cerca del camello, escudriñaba la oscuridad. La monja, en la misma entrada, hacía lo propio. Los otros cuatro estiraron las ramas sobre el suelo y se tumbaron para dormir. Los vigilantes solo escuchaban el discurrir del agua del río, roto a veces

por el chapoteo de peces noctámbulos, el ulular de una lechuza hambrienta o el correteo de conejos y ratones. El tiempo discurrió sin sobresaltos, los centinelas en su puesto, el camello tumbado tranquilo, los otros cuatro viajeros intentando dormir y los ruidos del bosque que ya comenzaban a hacerse habituales y conocidos. Todo permanecía en quietud. Llegó el momento en el que Eudocia terminó su cuenta de cien veces cien y avisó al relevo. El del pie maltrecho ocupó su lugar y Armonio se colocó en la entrada. El fuego había ido a menos, aunque todavía los grandes troncos prendidos producían vivas llamas de una altura de tres o cuatro palmos. «Este fuego llegará hasta el orto —pensó el médico».

Llevaban ya la mitad de su turno cuando el camello levantó el pescuezo y movió las orejas, una para cada lado. Olisqueaba el aire. El vigilante de fuera se agachó para intentar ver a través de la negrura de la noche. Ni notó ni oyó nada extraño. Cuando el bicho volvió otra vez a relajarse dejó de darle mayor importancia. Al rato, el sonido de una pequeña piedra chocando contra otra rompió la rutina de la oscuridad. Sonó lejos, pero no parecía casual. A la vez el camello se puso en pie de un brinco comenzando a bramar muy fuerte. Movía la cabeza para los lados y quería desatarse para irse de allí. Los de dentro, que seguían despiertos, saltaron y cogieron cada uno su espada y escudo acercándose a los dos centinelas. No se veía nada, tampoco se oía cosa extraña. Tan solo el animal, que bufaba y bufaba demasiado nervioso.

—Estemos preparados —susurró un guardia—. Creo que los *lupus* nos acechan.

Sus sospecha iniciales quedaron ahí. Durante mucho rato nada se movió ni se oyó alrededor de la cueva. Solo los conocidos chapoteos, algún ulular, unas carreras de gazapos..., nada más. Aun así el asustado animal seguía resoplando muy intranquilo. Estiraba el cuello todo lo que podía hacia arriba. Sus ojos, casi siempre inexpresivos, estaban abiertos como platos. En la negra profundidad de sus pupilas se podía ver el miedo que sentía. Pero no pasaba otra cosa, nada sucedía. Todos armados, todos atentos a cualquier sombra, destello, ruido. Nadie veía cosas extrañas. El fuego seguía consumiendo poco a poco los tocones produciendo un crepitar continuo.

—Es conveniente guardarlo junto a los caballos. Así no estorbará aquí —siseó el viejo guardia señalando al camello.

La monja lo cogió por las riendas y lo llevó dentro.

«Jesucristo divino y humano. Ten piedad. Ayúdanos. Que esas alimañas que nos quieren atacar no consigan su propósito. Yo sí merezco que me cacen. Soy una asesina. Que me usen a mí como cebo. Pero a ellos no. Todos son inocentes. Que esta prueba que nos pones sea solo para mí. Cuídalos. A los *han*, a Zunsú y a Armonio. ¡Ay!

Mi dulce Armonio. Cuídalos señor Jesucristo. Toma mi vida. Manda mi alma al Averno pero a ellos cuídalos. Te lo suplico. Llévame a mí, a ellos no».

—¡Allí! ¡Allí! —gritó Zunsú señalando hacia un lado—. ¡He visto unos ojos! ¡Ha sido un destello! ¡Ha sido un brillo! ¡La luz de la hoguera se ha reflejado en unos ojos!

—Tenemos alrededor una manada de *lupus* agazapados —habló el *han*—. Debemos estar tranquilos pero atentos. Cazan en grupo. Si ataca uno habrá otros cuatro o cinco que lo hagan a la vez pero por otros lados. Ellos nos ven. Juegan con ventaja.

Los seis se pegaron al muro por el parte exterior. Se agachaban y se levantaban intentando ver entre aquella negrura solo iluminada en parte por las hogueras. Y allí los descubrieron. Primero fue un chispazo que desapareció enseguida. Al poco dos pares de ojos brillantes se veían con nitidez a través del humo. A ellos se les sumaron dos más y dos y dos y dos... Todos se iban acercando poco a poco en un total y absoluto silencio. Otro chapoteo en el agua, un roce en la hierba de un conejo, la lechuza que volvía a ulular..., los puntos resplandecientes cada vez más cerca...

«¡Qué bichos infernales son estos —pensó Armonio—, que tienen sus ojos como llenos de sangre! Por Júpiter, Zoroastro o cualquier dios que pase por aquí. ¡Lleváoslos! ¡Que no ataquen! ¡Lleváoslos!».

De pronto una sombra atravesó de un salto la línea que marcaban las hogueras cayendo junto a Eudocia. Era un *lupus* enorme, de la altura de medio hombre. Ni gruñía, ni aullaba, ni ladraba. Según apoyó las cuatro patas en el suelo abrió su aterradora boca para hincar sus largos colmillos amarillos en una de las piernas de la monja. Zunsú, a su lado, le dio una patada antes de que mordiera, pero la alimaña se revolvió contra él. Durante un instante fijó su asesina mirada en los ojos del que lo había pateado. Con un gruñido sordo, demasiado profundo, fue a morder el pie de Zunsú en el mismo momento en el que uno de los *han* le daba un tajo en el lomo. El bicho, sin haber podido clavar sus dientes en nadie, de otro salto volvió en silencio por donde había venido. Todo había sucedido muy rápido. Tanto que solo se había escuchado el sonido del animal al caer, la patada, el rumor del gruñido pavoroso y el tajo. Nada más. Parecía como si la misma naturaleza se hubiera quedado muda.

Las parejas de ojos brillantes comenzaron entonces a moverse hacia los lados. El ataque inicial solo había sido el primero. Estaban midiendo a sus presas.

—Son ocho o diez. —El guardia habló bajo—. Han enviado a uno para ver cómo reaccionamos.

Según terminó con el susurro otros dos *lupus* traspasaron la

línea de las hogueras. Lo hicieron uno por cada lado con tanto impulso como el primero. Pero estos al caer gruñían, se revolvían hacia todos los lados lanzando dentelladas. El buen tino de los defensores les hizo recibir varios cortes a cada uno que los convenció para marcharse. Por suerte no habían herido a nadie. Otra vez el silencio. La misma naturaleza muerta y muda. Los destellos de aquellos ojos asesinos se movían de nuevo

—El ruido los ahuyenta —siseó otro de los *han*—. Si golpeamos con las espadas nuestros escudos ellos se asustarán. Por probar nada tenemos que perder.

Así lo hicieron comenzando a darles fuerte con las espadas. «Clanc, clanc, clanc» sonaba haciendo eco en la cueva. «Clanc, clanc, clanc» resonaba entre las montañas. Ya no se oía el chapoteo en el río, ni el roce del ratón o el conejo, ni el ulular de la lechuza. «Clanc, clanc, clanc» atronaba por todos los lados. Los brillantes puntos amarillos comenzaron poco a poco a apagarse hasta que no quedó ninguno. «Clanc, clanc, clanc» continuaron mucho rato los sitiados con sus escudos hasta que el viejo guardia mandó parar ese estrépito que se asemejaba al tañer de cien badajos cada uno en su campana. Un zumbido continuo sustituyó al ruido infernal en los oídos de los defensores de la covacha.

—Han debido de marcharse. El jaleo que hemos organizado los ha asustado.

Entonces empezaron a reír. Al principio fue solo una sonrisa, al poco aquello se convirtió en risa nerviosa.

—¡Qué miedo hemos pasado! —Eudocia reía y lloraba a la vez mientras se abrazaba a su asustado y silencioso Armonio besándolo con ansia.

—Sí, pero estas fieras de seguro que vuelven cuando crean que ya no haremos más ruido —dijo con sensatez uno de los soldados—. Tenemos que continuar hasta el amanecer.

Con las luces de la mañana cesaron el terrible bullicio salvador que los había acompañado casi la mitad de la noche. El fuego de las hogueras ya había mermado mucho, aunque seguían encendidas todas ellas. En estas, vieron cruzar corriendo por delante de ellos un conejo pequeño. Seguro que era el que en las horas pasadas producía de vez en cuando el roce en la hierba que habían oído muchas veces. Entonces una gran lechuza bajó planeando desde la roca de la montaña. Frenó su vuelo cuando su puso sobre el gazapo. De dos fuertes aleteos se elevó al momento llevando entre sus garras al pobre conejito que se agitaba chillando. Nadie dijo nada. Vieron como la gran rapaz cazaba al animal mientras estaba desprevenido y a todos les llegó a la vez el pensamiento de que aquellos *lupus* que los habían atacado podrían volver a hacerlo aun siendo de día.

—Tenemos que salir cuanto antes del valle. Si nos damos prisa al mediodía estaremos en Sarytas.

Al galope retomaron el camino que habían dejado el atardecer anterior. Todo parecía en calma aunque tenían la impresión de que ojos asesinos los observaban. Incluso a alguno de ellos le pareció ver más de una sombra escondiéndose tras los matorrales. Y por fin el valle se fue abriendo dando paso a un paisaje ondulante en el que, en la línea del horizonte, se veía una ciudad. Era Sarytas. Abandonaron la ribera del Taldyk por un camino de carros que discurría en línea recta entre árboles frutales. Por fin se sentían seguros. Aquellos *lupus* asesinos no abandonarían su refugio del valle.

—Allí hay multitud de lugares para entretenerse y descansar —habló el viejo guardia—. Es habitual ver caravanas en las postas porque es sitio de paso. Nos repondremos lo que resta del día y la noche en la fonda de Guachmín, conocido de nuestro señor Sinlao. Tiene cuadras, cuartos calientes con cómodos camastros y baños de aguas templadas. Allí estaremos muy a gusto.

Imperator rex

—Señor. Si tú eres Leturio, el obispo de Bizancio, dímelo ahora. Llevo toda la mañana dando vueltas por esta ciudad en tu busca. Esto es enorme y lo único que han hecho las gentes ha sido enviarme de aquí para allá, como en un sinsentido. —El hombre lo miró suplicante —. ¿Eres tú Leturio, obispo nestoriano de Bizancio?

Era un *han* de negrísimo pelo largo, con moño en la coronilla y puntiagudos finos bigotes. Vestido con túnica roja, botas altas peludas y un tocado blanco en la cabeza, sujetaba las riendas de un interesante caballo gris de alborotadas crines y pequeño tamaño. Su lengua era una mezcolanza curiosa de varias.

—Sí. Yo soy. —Lo observó desconfiado—. ¿Quién te envía?

—Soy uno de los emisarios que cubrimos la ruta de Samarcanda hasta Cesifonte. En este viaje he tenido que alargar mi recorrido en tu busca. Te traigo este rollo con un mensaje del jefe de tu religión de la ciudad de Samarcanda.

«¡De Samarcanda! Son noticias de mis dos monjas y el mudo. Ya habrán llegado hasta allí. ¡Siempre he confiado en ellos! Aunque en ese excubitor silencioso no demasiado. Pero mis mujeres. ¡Ah!. Pulqueria, Eudocia».

Miro al hombre de ojos rasgados que se lo alargaba sonriente y lo recogió agradeciéndoselo.

—Gracias. Te veo cansado. Puedes pasar a mi iglesia. Mi esposa te dará de comer y te aposentará por esta noche.

—Te lo agradezco Leturio. Tú lo has dicho, así lo haré. —El *han* agachó la cabeza y pasó dentro.

Él entró detrás. Nervioso abrió el rollo, extendió el pergamino y lo leyó.

«Para el obispo de Bizancio Leturio. Te escribo desde la casa del obispo de las tierras de Samarcanda. Nuestra empresa sigue adelante. Quiero confirmarte que existen iglesias nestorianas en la región de Seres, en el oasis de Vusitang. Hacia allí partiré mañana. Cuando termine con lo empezado regresaré a mi iglesia de Bizancio, tenlo por seguro. Me es imposible establecer un plazo en el tiempo, pero, a la vista de lo que tenemos, el próximo mes de Marte, que es el de Aries, tengo en mente el poder entrar en mi ciudad con el fruto de todo lo conseguido. Con esta información actúa en consecuencia, ya que tu

sabiduría es suficiente como para entender qué hacer con ella. En Samarcanda, yo Eudocia, diaconisa nestoriana».

—¡Ariadna! ¡Es una carta de Eudocia! Dice que están en Samarcanda. La empresa va hacia adelante. Mira, mira, léela.

—Pero... —opinó ella después de ojearla—, aquí no habla de Pulqueria ni del negro mudo Albdal. Escribe como si fuera ella sola quien continúa con el encargo.

—Quizá la redactó sin pensarlo mucho. Lo que sí que voy a hacer ahora mismo es ir al Gran Palacio. Tengo que dar cuenta de todo esto allí.

Sin dilación marchó a presentarse a Justiniano. Hacía ya unas lunas que no lo veía. Aun así no le costó mucho el ser recibido.

—*Imperator rex*. Otra vez estoy ante ti para traerte nuevas de los encargados de nuestra empresa. Están ya en Samarcanda. Dicen que viajarán aún más hacia el país de Seres en donde conseguirán lo mandado.

La tristeza por la reciente muerte de Teodora se notaba en la figura del emperador. En un solo mes las arrugas propias de los hombres de su edad se habían profundizado. El gesto de aquel rostro era ahora mucho más áspero y severo.

—Amigo Leturio —contestó—. Me satisface el oírte decir eso. Pero... ¿qué noticias son las que has recibido?

Le alargó el pergamino que Justiniano leyó con atención.

—Aquí dice que en cuatro lunas estarán de vuelta con el secreto.

—Solo habla del fruto de lo conseguido y que terminarán lo empezado. Es de suponer que volverán con el encargo completado.

El emperador paseó por la estancia con las manos a la espalda. Todo le recordaba a su perdida esposa.

—La seda. ¡Oh, la seda! Cuánto daría porque Teodora estuviera ahora aquí. ¡Oh mi amada emperatriz!

—Señor, sabes que mi corazón está dolido por esa pérdida tan grande.

—He pensado, amigo obispo, el convertirme a tu religión. Lo haré yo y todos mis súbditos. Era la que profesaba mi esposa, y en honor a ella dictaré una ley de leyes que la haga oficial en el imperio. Tú serás el garante de la misma. ¿Qué opinas?

—*Imperator rex*. Yo..., yo..., no sé qué contestar. Mi religión es la única verdadera. Haces bien en oficializarla.

—Necesito que me des lecciones, que resuelvas mis dudas, que desaparezcan mis inquietudes. Quiero aprender todo lo que sabía Teodora. Después lo haré oficial. Dictaré leyes, edictos, normas,..., desterraré a las demás. El único dios de este imperio será Jesucristo. Pero antes, tus monjas y mi guardia deben de regresar con el secreto

que buscan.

—Tú serás la cabeza visible de la iglesia que yo represento. Tú heredarás la sabiduría, el conocimiento y el buen raciocinio de Pedro, el que fue apóstol de Jesucristo designado para dar a conocer mi religión. Serás recordado por siempre. Los hijos de los hijos de nuestros nietos,..., dentro de mil años..., todo el orbe conocerá quien fue Justiniano, *imperator rex*. Y mis monjas y tu mudo guardia marrón regresarán en las calendas de Marte.

El rasurador, Paulo

Era la ciudad de Sarytas bastante grande. La poblaban más de cinco mil almas que vivían del comercio. Multitud de mercados aparecían en cualquier callejón. Los habitantes, todos han de ojos rasgados, eran afables, muy amigables. Vestían, en su mayoría, ropas anchas y largas de pieles. Sus cabezas las llevaban siempre cubiertas con gruesos y grandes gorros. Las mujeres, cubiertas como los varones, tenían por costumbre el taparse la cara, hasta justo por debajo de los ojos, con un velo, que solo se quitaban para hablar. Los niños, al igual que en todos los pueblos, jugaban, correteaban y alborotaban por las calles.

Se dirigieron a la fonda de Guachmín sin entretenerse. Era ese lugar una gran casa con patio interior lleno de arcadas. Estos huecos entre los arcos eran utilizados como cuadras para el ganado. El edificio principal tenía dos alturas. La de abajo para comidas y cocinas, la alta para que los transeúntes descansaran. Unas cuantas meretrices observaron curiosas la entrada de los viajeros. El viejo guardia indicó a un mozo que se hiciera cargo de los caballos, del camello y de la custodia del equipaje. En el interior el dueño los recibió sonriente. A fuerza de escuchar hablar a los *han*, Eudocia, Armonio y Zunsú ya entendían lo que oían en esa lengua.

—¡Sed bienvenidos hombres de Sinlao! ¡Y también estos viajeros *emobizi* que os acompañan! Querréis hospedaje para todos, supongo.

—Sí amigo. Queremos cuartos cómodos con catres mullidos —contestó el soldado—. Tampoco nos vendría mal tomar unos baños después de comer. Venimos desde Ulcha con tanta hambre como no te puedes imaginar.

Los hizo pasar a la enorme sala de comidas, en donde les sirvieron una gran cantidad de alimentos diferentes, acompañados por varias jarras de *pinyin*. Comieron en silencio, sumidos en sus propios pensamientos. Tenían todavía en mente la reciente noche de terror que los *lupus* les habían regalado. Cuando ya el licor estaba en las últimas Zunsú se sintió más tranquilo.

—¿*Emobizi*? ¿Aquí también nos llaman diablos de narices grandes? —dijo.

—Sí —rio uno de los guardias—. A todo aquel que venga del Poniente lo llamamos *emobizi*. Todos tenéis la nariz muy grande y nos

parecéis iguales. No solo te lo llamaba a ti esa mujer de Ulcha, también a los demás.

—Pues que sea por los *emobizi* y por los *han*, que buena la hemos pasado juntos esta noche —rio antes de apurar su taza de *pinyin*.

Ya habían terminado y Guachmín los hizo pasar a los baños. Eran de uso solo para los hombres, por lo que Eudocia no pudo entrar allí. Para ella habían preparado una piscina pequeña, en un apartado cerrado, en la que dos mujeres la atenderían mientras se bañaba. Estaba llena a rebosar de humeante agua caliente. Unas cuantas hojas y flores de olor flotaban en la superficie. Se quitó la ropa y entró en el agua sumergiéndose hasta la barbilla. Aquello era un cuarto *hamam*, que así se llaman las dependencias específicas en las que se embellecen los cuerpos

Desde aquella vez en Bizancio con Teodora no había disfrutado de un baño caliente. Las bañadoras se encargaron de limpiarla a fondo. Después, ya fuera del agua y tumbada en una mesa larga y estrecha, le esparcieron un ungüento por todo el cuerpo, excepto la cabeza, dejándolo actuar. Era una crema pringosa, de un olor nada bueno, que hacía que el vello se desprendiera sin necesidad de rasuración. Al rato le indicaron que volviera a la piscina, en donde de nuevo fue frotada con telas más suaves que al principio. Cuando salió la secaron y fue ungida con óleos perfumados de aromas muy agradables.

Por su parte, Zunsú y Armonio, cuando entraron en el baño de los hombres y se desprendieron de sus ropas, los presentes, una docena de bañistas, se rieron de ellos. Tenían, los recién llegados, los cuerpos llenos de pelos retorcidos, señal para los *han* de suciedad absoluta.

—Permitidme que os diga —les dijo unos de los guardianes—, que esos pelajes que os cubren no son bien vistos por nosotros. Observadme a mí. No tengo ni un pelo del cuello para abajo, lo mismo que los demás.

Miraron alrededor y, efectivamente, ninguno lucía vello ni pelo ni pelambrera salvo en la cabeza.

—El rasurador baño os dejará limpios de esas porquerías en el *hamam*. —Hizo una mueca de asco.

Era el nombrado un hombre de edad indefinida, baja estatura, hombros tan anchos que resultaban desproporcionados con su altura, barriga prominente y mirada nada tranquilizadora. Estaba ante ellos desnudo y no tenía ni una triste pelusilla en el cuerpo. Solo en la cara lucía unos bigotazos gruesos y tan largos que había retorcido las puntas hacia arriba formando caracolillos. Hasta la cabeza la tenía afeitada. Se veía que era hombre de pocas palabras, ya que con un

gesto les indicó que pasaran a la piscina.

—Así os ablandaréis —dijo con voz grave.

Entraron en el agua con cara de circunstancias. Mientras, el de los bigotes preparó en un rincón apartado un tablón largo que cubrió con una tela grande y blanca. En un pequeño taburete colocó un cuchillo de larga hoja y deslumbrante afilado y un ánfora con algún ungüento. Esperó por allí estirándose los brazos, torciendo su pecho hacia adelante, para atrás, a un lado, al otro, y haciendo crujir los huesos de las manos. Se estaba preparando para lo que venía. Resopló dos veces e indicó con un gesto que uno de los dos bañistas saliera de la piscina. Ante la evidente desconfianza de su amigo, Armonio se acercó chorreando al del bigotazo que lo miró de arriba a abajo, sonrió y cogió el cuchillo afilado. Empezó por las axilas, pasó al pecho, la espalda, las ingles y piernas y brazos. Lo que hacía era pasar el filo por el cuerpo, inclinado un poco hacia atrás, de tal forma que cortaba casi todos los pelos o pelillos. Cuando terminó, lo embadurnó entero con un pringue espeso, negro y maloliente que sacaba del cántaro. El médico se interesó por la composición del ungüento.

—Vinagre, polvo de piedra y grasa de oso.

—Pero entonces el vinagre escocerá en alguna parte —dijo Armonio.

El otro ni se molestó en contestar. Le aplicó un pegotazo de esa mezcla espesa en las ingles y alrededores, haciendo que al momento su cliente supiera el nivel de escozor que provocaba aquel untamiento. El físico comenzó a agitarse, soplando y resoplando, aunque aguantó aquello hasta que el del bigote terminó. Se alejó un poco para verlo bien, le dio la vuelta e hizo un gesto de satisfacción. Lo había recubierto del todo excepto del cuello para arriba. Armonio, negro como estaba y saltando por el *hamam*, preguntó si había forma de aliviarse. El hombre no le hizo ni caso. Se limitó a empujarlo con suavidad a un rincón e hizo el gesto a Zunsú para que se acercara. Lo iba a pasar por el cuchillo. Siguió el mismo ritual, dejándolo como su amigo, soplando y resoplando en una esquina. Al rato, el silencioso rasurador les señaló un barreño a donde los dos embadurnados corrieron para aclararse. El agua estaba muy fría, pero eso aliviaba aquel picor que sentían. Ya limpios de la avinagrada crema negra pasaron a la piscina de agua templada. Cuando salieron fueron a la camilla, en donde el del bigote los masajeó y untó con aceite perfumado. Al terminar, limpios de suciedad y pelos, se miraron el uno al otro echándose a reír. Les había dejado el cuerpo como el de un bebé. Se vistieron y salieron al patio. Allí estaba Eudocia esperándolos.

—¿Cómo os ha ido el baño? —preguntó interesada.

—Bien, muy bien. —Armonio sonrió—. Nos hemos bañado, nos

han depilado y después perfumado.

—¡Ja! —rio ella—. ¡Y falta que os hacía!

—Sí. La verdad es que sí. Hacía años que yo no pasaba por esto. Fue allá por una de las islas de Dardanelos, en la de Gelibolu. Yo todavía no era ni médico. Era un jovenzuelo casi imberbe.

—Yo ya ni me acuerdo —dijo Zunsú—. En Biryán me parece. Yo, pobre de mí. ¡Un muchacho inocente en manos de una mujer! Me dejó... ¡Cómo me dejó! Si queréis os lo explico, que...

—¡No, no! ¡Por favor! —La monja se reía ya a carcajadas—. Seguro que allí aprendiste algún arte de amar.

—Sí, con ella desperté a las mieles del amor.

—Pero no lo expliques, amigo —Armonio también estaba risueño—. Me consta que tu experiencia en ese sentido es muy larga.

—¿Partiremos mañana al amanecer? —habló ella.

—Espero que sí. Conviene llegar cuanto antes a Kasgar. Pero, ahora, que ya empieza a ponerse el Sol, deberíamos entrar en la fonda, comer algo frugal y descansar, que entre los *lupus*, el baño y el rasurador del bigote creo que lo necesitamos.

Ya dentro uno de los guardias les confirmó que partirían al alba. La distancia hasta Kasgar era de una jornada y media en circunstancias normales. Si ellos apuraban, harían el recorrido en el mismo día. Comieron algo de fruta, pan, leche, alguno probó la miel, y todos marcharon a dormir.

Eran las últimas sombras de la noche cuando se volvieron a reunir. Desayunaron, acomodaron el equipaje en las bestias y en poco abandonaron la ciudad de Sarytas. Varias veces se cruzaron con carros que marchaban al Poniente, gentes que hacían lo propio con enormes bultos de frutas o maderas en la cabeza, e incluso adelantaron a unos cuantos en su mismo sentido. Marchaban al trote ligero. No era conveniente abandonar la premura en el paso, debían aprovechar todos los momentos de luz. Cabalgaban por entre suaves colinas de muy poca altura, cortadas por multitud de arroyos. Los bosques eran escasos, abundando más los enormes zarzales. A su siniestra se veían las altas montañas de nieves eternas, las cuales alargaban su perfil hasta el mismo horizonte, a veces adornado por docenas de buitres que volaban alto, en círculos, marcando la posición de algún animal muerto.

Poco a poco, un viento cada vez más fuerte se levantó. A media mañana el cielo gris se abrió en una fina llovizna que, ayudada por el fuerte aire que soplaba, impregnaba todo. Con esta agua celestial, las nevadas de días anteriores se comenzaron a fundir haciendo de la tierra barro. A pesar de todo, los viajeros siguieron el mismo ritmo del trote. Llevaban ya la mitad del recorrido cuando hicieron un alto. Dejaron a las bestias beber en un arroyo, comer unos hierbajos y otra

vez al camino. La línea de las enormes cumbres de la mañana se fue suavizando poco a poco. A media tarde ya tenían aquellas montañas a sus espaldas y una gran llanura de suaves ondulaciones se abrió ante ellos. Allá en la línea del horizonte estaba Kasgar.

Entraron en la ciudad justo cuando dejó de llover, que coincidió con la primera sombra de la noche. Aquel había sido un día tranquilo comparado con los anteriores. Aun así se encontraban cansados, por lo que marcharon directos a una casa de postas propiedad de unos parientes de Sinlao. Acomodaron a los animales, cenaron con avidez y fueron a dormir. Esta vez lo hicieron todos en la misma habitación por no haber ninguna otra libre. Tuvieron el detalle de cubrir un rincón colgando una sabana para que Eudocia no se sintiera violenta. Así pasaron esa noche en Kasgar.

Antes del alba los tres guardias se levantaron con mucho ruido. Tenían prisa por continuar viaje. La mujer y sus acompañantes lo hicieron también, tenían que despedirse de su valiente escolta.

—Amigos —habló el viejo soldado—. Nosotros tenemos que estar hoy en Yarkanda donde daremos noticias a nuestro señor Sinlao de la necesidad de regresar a Samarcanda con una fuerza de soldados más grande. No podemos retrasarnos. Sé que vosotros queríais quedaros en Kasgar, pero también conozco que mi señora os ha invitado a sus casas de Yarkanda. Si queréis podéis acompañarnos ahora.

—Te lo agradecemos —contestó Eudocia—. Pero antes tenemos que buscar un templo nuestro aquí. Cuando regreséis de Samarcanda acordaos de hacer un alto en esta posada para avisarnos. Entonces marcharemos con vosotros a Yarkanda.

—Que así sea —se despidió—. Quedad en paz.

Ya solos, el médico, su ayudante y la monja, dieron buena cuenta del almuerzo en las cocinas. Cuando terminaron, Armonio habló con el dueño de la casa.

—Estamos buscando una iglesia de nestorianos —dijo—. Tienen que tener una casa en esta ciudad.

—Hay varias edificaciones de religiones ajenas al imperio.

—La que buscamos tiene como señal una cruz roja de cuatro brazos iguales.

—Sí, sí que la he visto. Está a la salida del pueblo en el camino de Vusitang. Seguid por esta calle hasta un gran corral de adobe. Allí, por el callejón de la derecha está la senda que buscáis. No podéis perderos.

—Te lo agradezco amigo. Iremos a pie y dejaremos nuestras cabalgaduras en las cuadras.

—Vaya —opinó Zunsú al salir—. Cada vez entiendo mejor a estos *han* cuando hablan.

—Yo también —añadió Eudocia—, pero ahora tenemos que encontrar la iglesia.

Kasgar no era como las otras ciudades que habían visto de Zonguo. Aquí no existía esa riqueza general, más bien era lo contrario. Se cruzaron con alguno de los aldeanos, todos con largas barbas, mal encarados, sucios, desaliñados y vistiendo ropas viejas. Alguna mujer también se cruzó en su camino, aunque se imaginaron que eran féminas solo por sus andares. Caminaban cubiertas por una sábana oscura que hacía que ni un dedo de su piel se mostrara. En la cabeza, a la altura de los ojos, una redecilla dejaba que vieran por donde andaban.

—¡Por los dioses del viejo Olimpo! —dijo Armonio—. Alguna vez había oído algo de estas vestimentas pero nunca llegué a imaginarme que fueran tan injustas para las personas que las portan. Fijaos. No se sabe si es joven o vieja.

—Ni si tiene o no bigote —sonrió Zunsú.

—Amigo —contestó el médico—. En este lugar no creo que puedas dar a conocer a nadie esas artes amatorias tuyas.

—No. Aquí seguro que no.

Llegados al corral de adobe enfilaron por el callejón de la diestra y un poco más adelante encontraron una pequeña casa aislada. En la fachada vieron la cruz nestoriana. A su lado, sentado en una piedra, un barbudo varón vestido con túnica marrón, los miró mientras se acercaban.

—Buen día tengamos hoy —dijo Eudocia en latín.

El hombre los observó con curiosidad y se levantó despacio.

—Buen día tengáis vosotros viajeros.

—Mi nombre es Eudocia, soy diaconisa de la iglesia de Nestorio en Bizancio. ¿Es esta una iglesia nestoriana?

—Sí, lo es. Y yo el único monje. Me llamo Paulo. ¿Quiénes son estos hombres que te acompañan?

—Uno es mi esposo Armonio, que es físico y médico. Este otro es su ayudante Zunsú. Venimos desde Bizancio. Traigo una carta de nuestro obispo Leturio —se la entregó.

Recogió el pergamino y lo leyó con atención. «Está en latín, buen síntoma. Pero hay alguna cosa... no sé. Cualquiera podría haberlo robado y hacer uso de él. Deberé andarme con cuidado. No termino de fiarme».

—Aquí dice que debo prestaros mi ayuda. Pero antes de nada sabed que sois bienvenidos a este humilde hogar. Pasad, por favor, pasad.

En el interior reinaba la austeridad. Tenía tres habitáculos. Uno era la sala de ceremonias, otro la cocina y el último hacia las veces de dormitorio. El edificio no tenía ventanas. La puerta principal y el

hueco de la chimenea eran los únicos lugares por los que se ventilaba la iglesia. El anfitrión los invitó a sentarse en la tabla de la cocina y esperó a que le dijeran su propósito.

—¿Eres tú el único monje de esta ciudad? —preguntó Eudocia.

—Sí. Estoy yo solo. Hace un invierno que los otros dos religiosos que aquí vivían se marcharon a las tierras de las montañas de Kedarnat. No he vuelto a saber de ellos.

—Pero tú eres bizantino a juzgar por tu apariencia. El obispo de Samarcanda nos comentó que aquí había dos monjes y que algo más adelante, en Taxioingin del oasis de Vusitang habitaba otro más.

—Yo soy el de Taxioingin. Por asuntos varios viajé hasta este país en el que por haber infligido la ley unos soldados me prendieron. Un día que se emborracharon pude escaparme y me refugié en esta iglesia. Los que aquí había me acogieron con amabilidad. Me catequizaron y fui ordenado. Primero me enclaustré en Vusitang pero ahora que ha quedado vacía esta iglesia prefiero vivir en Kasgar, aunque suelo volver a comprobar que todo esté en orden en el oasis.

—¿Qué ley infligiste que llevaron a esas gentes a apresarte? —preguntó la monja.

—Es una muy precisa que tienen ellos. Pero dejadme primero preguntar a mí. Según he leído en la carta de ese obispo Leturio os debo prestar toda mi ayuda en lo que pidáis. Y todavía no lo sé.

—En principio nos interesa conocer algo más de Zonguo. En Bizancio tenemos un desconocimiento total sobre el país de Seres y el de Ta Peca. Su extensión, sus pobladores, su emperador. Cualquier asunto puede interesarnos.

—Bien. Sabed que Seres y Ta Peca son países de Zonguo, que es un inmenso imperio. Es tan grande que sus límites hacia el Naciente llegan a los perdidos mares infinitos. Está poblado por tal cantidad de gentes como no se conoce en el mundo. Su emperador es un *han* y posee tal poder sobre sus tierras que dicen de él que desciende de alguno de esos dioses extraños que adoran. Sus fieles soldados forman ejércitos inmensos. El imperio acumula tantas riquezas que sería imposible el que cualquiera las contabilizara, aunque usara para ello todos los días de su vida. Pero también sabed que no persiguen a ninguna religión. Creo que esto aclara vuestras inquietudes.

—¿Y Seres y Ta Peca? ¿Están lejos de aquí? —Armonio rompió su silencio.

—No, no lo están. Ahora mismo ya estamos en Seres. Este país del imperio abarca desde las montañas de Fergana hasta los límites del desierto de Sinquián. El de Ta Peca ocupa la región fronteriza con el desierto hacia el Meridión, las cumbres de nieves eternas y el mismo Mar de los Demonios. El resto, que llega al Naciente del sol en el horizonte marino, es lo que falta de Zonguo.

—¿Pero tú has viajado por el resto de Seres y de Zonguo?

—No. Conozco mucho de Seres y algo de Zonguo. Entiendo bien su lengua y la hablo. Incluso sé de costumbres extrañas, ya que en su día tuve trato con muchos caravaneros.

—Pues parece que esas caravanas tienen esta región abandonada. Como que no les conviene pasar por aquí —opinó Zunsú.

—Es cierto. No sé el motivo pero esta ciudad y un medio ciento de millas alrededor se encuentran olvidadas por los caravaneros. Aunque por Septentrión abunda el tránsito de ellas. ¿Acaso queréis vosotros deambular por Seres o ir a Ta Peca?

—Pudiera ser, sí —dijo Eudocia.

—Todavía no tengo claro qué es lo que buscáis. Si me lo dijerais sería mejor.

Hubo un momento de silencio. La monja miró a sus acompañantes, que con un gesto afirmativo de sus cabezas dieron su conformidad.

—Paulo, lo que te voy a decir es secreto. Necesito, por tanto, que jures que nunca lo desvelarás a nadie.

—Lo juro.

—Te lo contaré entonces. Partimos hace ya un tiempo con un mandato imperial. El mismo emperador Justiniano está interesado en obtener cierta información que solo puede conseguirse en el país de Seres. Para ello se puso en contacto con nuestro obispo, ya que pensó que tres monjes nestorianos viajarían con mucho menos peligro que otras personas. Por eso hemos llegado hasta aquí. Muchas vicisitudes nos han sucedido por el camino, pero a pesar de todo ello no he desistido. Yo estoy dispuesta a conseguir eso que me han mandado y regresar ante el emperador.

Paulo sonrió. Aquello ya lo había vivido unos años antes, aunque entonces él partió solo de Bizancio. El emperador Justino le había encomendado conseguir el secreto de la seda. Intuyó que estos visitantes traían el mismo encargo.

—Vosotros queréis conocer qué es la seda. Intentáis saber el secreto de la seda. ¿No es así?

—Sí. Ese es el mandato del emperador. Tenemos que conseguir el secreto de la seda. ¿Nos ayudarás?

—Yo también os contaré otro mío, que siendo uno por otro y otro por uno se entiende que ambos secretos estarán bien guardados. Hace unos años yo era un joven excubitor al servicio del emperador Justino, a la sazón padre putativo por adopción del actual que es Justiniano. Yo era el hombre de confianza del gobernante. Por el gran valor que tienen las telas de la seda, un día se planteó conocer de dónde vienen esos hilos con los que las confeccionan. Para ello se fijó en mí y me envió hasta estas tierras con dinero suficiente como para

comprar voluntades y misteriosas confesiones a fin de cultivar la seda en Bizancio.

—¿Conseguiste ese propósito? —preguntó Zunsú.

—No del todo. Obtuve algunos conocimientos y unas plantas y semillas que cargué en un carro. Pero hay una cosa que no os he dicho. Está prohibido por el mismo soberano de este imperio que cualquier cosa relacionada con la seda traspase sus fronteras. Se pena con la muerte a quien se lleve semillas, plantas o conocimientos más allá de Zonguo.

—Sí, algo de eso ya hemos oído. Pero... ¿qué te sucedió?

—De aquellas, la información que obtuve era que los hilos de esa tela tienen que ver con las hojas de un árbol que se llama morera. Esta planta puede ser negra, roja o blanca. Y es esta última, la blanca, la que supe que era la única válida. Por ello robé unos arbolillos y simientes de esa morera albina en una de las plantaciones que existen en Kundar, cerca de las cumbres del Infierno. Las monté en un carro y corrí hacia la frontera por la zona de Rajput. El señor de Kundar, al descubrir mi robo, envió cartas al gobernador de la región que ordenó que una patrulla me capturara, fuera donde fuera, llevándome de vuelta vivo. Aun a pesar de haber traspasado ya la frontera del imperio persa, el grupo de diez soldados que me seguían me atrapó cerca de Ecbatana. Me ataron a un carro con cadenas y me trajeron de vuelta para Zonguo. Tuve la suerte de que cerca de Kundar mi captores se emborracharon descuidándose de mí. Pude zafarme de mis ataduras y escapar. Caminé entre arboledas, siempre oculto, durante muchas noches. Cuando llegué a Kasgar, los dos buenos monjes que aquí vivían me acogieron y... aquí sigo.

—¡Vaya sorpresa Paulo! —contestó Eudocia—. Eres la mejor noticia que me ha sucedido desde que salí de Bizancio.

—Pero no entiendo como si sois tres hablas en primera persona.

—En realidad solo yo soy nestoriana. De Bizancio partimos tres. Una se llamaba Pulqueria, el otro Albdal y yo misma. Pulqueria era religiosa desde hacía años, al igual que yo, mientras que Albdal era uno de los guardias de confianza de Justiniano. Durante el camino, mi amiga Pulqueria y Albdal murieron en sitios diferentes, por razones que no te voy a relatar. Por el camino conocí a Armonio, que es médico como ya sabes, y después a Zunsú, su ayudante. Con Armonio mantengo una relación marital que no está reñida con mis creencias. Yo soy la única nestoriana, por eso hablo en primera persona.

—Entiendo y no preguntaré nada más sobre ello. Pero ahora ¿cómo vais a conseguir eso que buscáis? Yo no me atrevo a alejarme mucho de Kasgar no vaya a ser que me cruce con alguno que me recuerde.

—Tú conoces cómo son esas plantas —dijo Zunsú—. Podrás

indicarnos donde encontrarlas.

—Y nos ilustrarás con tus conocimientos sobre la seda, que aunque puedas pensar que sean pocos estás equivocado ya que ni esa cantidad es lo que nosotros tenemos —indicó Armonio.

—No tendré inconveniente en ello. Pero primero decidme si os alojáis en algún lugar de Kasgar.

—En una casa de postas que es propiedad de unos parientes del señor de Yarkanda.

—¿Sinlao?

—Sí, así se llama. ¿Lo conoces?

—Un par de veces ha venido por aquí con alguna de sus mujeres. Es hombre que gusta conocer de religiones diferentes. Considera un prestigio el trato con personas consagradas.

—Por el camino conocimos a una de sus esposas, Ghianian, quien nos invitó a sus casas de Yarkanda. Dijo que están a unas dos jornadas de aquí y que allí tienen plantaciones y telares. ¿No será que cultivan y tejen la seda?

—Lo desconozco pero una cosa debo deciros antes sobre la seda. En alguna ocasión me han comentado que la seda no sale de las moreras sino de un gusano. Las hojas del árbol solo son lo que comen para crecer.

—Sí. —Armonio se entusiasmó—. En Samarcanda Eudocia y yo conocimos a un médico que volvía de Ulcha y nos enseñó unos capullos blancos que tenía guardados en una pequeña caja. Dijo que cada uno de ellos encerraba un gusano que era el fabricante de los hilos blancos y que esos hilos ya hilvanados eran la misma seda.

—Ghianian, la esposa de Sinlao —intervino Eudocia—, cuando me invitó a sus casas me comentó que algo de lo relacionado con la seda podrá contarme cuando fuéramos allí, pero siempre bajo secreto.

—Quizá podamos aprovechar esa oportunidad —dijo Zunsú.

—En fin —habló el médico—. Supongo que debemos volver a la posada para conseguir una habitación más, que los tres juntos...

—Sí, no vaya a resultar que vuelva a tener todo ocupado —opinó Zunsú.

—Marchemos entonces y ya a la tarde o mañana, amigo Paulo, volveremos y seguiremos tratando el tema.

—Sea así.

Sinlao

De regreso a la casa de postas el dueño les ofreció otra habitación a mayores de la que ya tenían. En cuanto al pago les dijo que el del día anterior lo cubría el señor de Yarkanda, pero que los demás eran aparte. El asunto se solucionó rápido en cuanto el hombre vio la piedra de ámbar que le ofrecieron. Ya acomodados, Armonio y Eudocia en un cuarto, Zunsú en otro diferente, fueron a las cuadras a ver al ganado y después pasaron a las cocinas a comer.

—Tenemos una buena baza —sonrió el médico—. El monje Paulo sabe muchas cosas. Vaya con el nestoriano. Era un excubitor de Justino y viajó hasta aquí con el mismo mandato que tú, querida Eudocia. Yo creo que con él conseguiremos todo. Las semillas o los gusanos, las moreras y todos los conocimientos de la elaboración.

—Sí, ese hombre nos va a servir de mucho —opinó Zunsú—. Aprovechando la invitación que hizo Ghianian, en sus casas es en donde se puede obtener todo, creo yo.

—Tienes razón. La convenceré para que Paulo nos acompañe en esa visita. Cuando nos hayamos apropiado de lo que nos interesa nos escaparemos. Tenemos tres caballos y un camello. Si trazamos una ruta de huida rápida y segura lo conseguiremos.

—¿Cuánto tardará esa mujer y su séquito desde Samarcanda? —preguntó Armonio—. Ella dijo que Yarkanda está a dos jornadas de aquí.

—Pues veamos. —Zunsú comenzó a calcular—. Los guardias que nos acompañaron fueron después a por refuerzos. Con la prisa que llevaban, en dos días volverán a pasar por aquí. A eso le sumamos otros cuatro para estar en Samarcanda, ya son seis. Les queda la vuelta que será de por lo menos ocho. Si tenemos en cuenta que eso de la presentación de los novios no durará más allá de dos días, calculo que de aquí a una quincena la comitiva pasará por Kasgar. Tenemos, por lo tanto, todo ese tiempo para disfrutar de la ciudad.

—Os recuerdo que cuando los guardianes se marcharon, dijeron que a su regreso con las señoras pararían en esta casa de postas por si todavía seguíamos hospedados. —Eudocia sonrió—. Aunque nos despistemos ellos nos darán aviso.

—Primero deberemos de urdir el plan con Paulo —dijo Armonio—. Hemos quedado en volver hoy o mañana. Ahora ya no es

momento, no quedan muchas horas de día. Cuando amanezca y almorcemos iremos hasta la iglesia. Esto es un asunto serio.

—Bien. Que sea así —opinó Zunsú—. Pero ahora me interesa saber algo más de esta ciudad que todavía tenemos sol.

Con estas se despidió y se marchó con la intención de no dormir solo.

La luz que se colaba entre las juntas de la única contra de madera que cerraba la ventana despertó a Armonio. Había pasado la noche con esa mujer que ahora era su amada. Ella se acurrucaba sobre él apoyando la cabeza en su pecho. Estaban desnudos en un camastro de lana de oveja bastante apelmazada. Les cubría una gruesa manta también de lana que hacía que el calor de sus cuerpos no se escapara. Con delicadeza le acarició los oscuros y largos cabellos.

«Mi esposa. ¡Quién me lo iba a decir a mí! ¡Cómo has conseguido encandilarme así, amiga Eudocia, esposa mía! Todavía me asaltan dudas. No estoy demasiado seguro de volver a Bizancio, de casarnos como tú quieres. Nunca había pensado en tener hijos salvo los de adopción. Y ahora, contigo. ¡Oh Eudocia! ¿Por qué eres capaz de quitarme el sentido? No lo entiendo. Sé que eres una asesina. Pero también que has pagado por ello. Estuviste a punto de morir... ¡Qué pena tan enorme sentí al verte sola, desamparada, maltrecha! Me has enamorado. Ni tan siquiera aquel muchacho, Eríphanes, de la isla de Sacria, con el que viví casi un año. ¡Oh Eudocia! No es el placer físico. Eres tú. Tal y como eres. Me has enamorado».

Con ternura la besó en la frente. Ella abrió los ojos poco a poco.

—Hola —murmuró sonriendo medio dormida.

«No te dejaré. No te dejaré nunca. Mi esposa, mi amor».

Ya vestidos y aseados bajaron a las cocinas. Allí encontraron a Zunsú todavía medio adormilado.

—Buen día tengas amigo.

Los miró de reojo soltando un gruñido que más bien semejaba un bufido.

—Te veo cansado —dijo Armonio—. ¿No has dormido bien?

—No he dormido nada que no es lo mismo.

—¿Alguna mujer? —preguntó divertida Eudocia.

—No. Una no. Dos.

Las risas de sus acompañantes no hicieron que cambiara su gesto de enojo. Entonces les sirvieron un copioso almuerzo que consiguió que Zunsú fuera poco a poco reaccionando. Cuando acabaron, se levantaron y marcharon a la iglesia donde Paulo los esperaba.

Durante muchos días repitieron estas visitas, urdiendo entre los cuatro una estratagema que les permitiera conseguir su propósito. Lo hicieron siempre por la mañana, cogiendo la costumbre de regresar al

mediodía a la posada. Evitaban de esta manera suspicacias que no les convenían. Durante el resto de la jornada, cuidaban del ganado, comían lo que hubiera y descansaban en sus habitaciones o en otro lugar de la ciudad, cosa esta última que se tornó habitual en Zunsú. Nunca comentó en donde ni con quien, pero seguro que debía de haber encontrado lecho de fémina en el que pasaba todas aquellas noches. Por su parte, el solitario monje Paulo declinó siempre las invitaciones que le hicieron para que los acompañara, permaneciendo en su iglesia.

Una semana después, a lomo de los caballos y el camello, marcharon los cuatro hasta la pequeña ermita de Taxioingin, al borde del lago del oasis de Vusitang, junto al gran desierto de Sinquián. Quería, el antiguo eremita, echar un último vistazo a ese lugar que conocía muy bien. Habían acordado que en cuanto tuvieran semillas de gusanos de seda, plantas y los conocimientos necesarios, huirían los cuatro hacia Bizancio, por ello Paulo se sentía obligado en dejar aquellas posesiones a cargo de alguien. Conocía un matrimonio de Kasgar, de creencias nestorianas, a quienes les daría las llaves de esta ermita y las de la iglesia de la ciudad cuando partiera. Acamparon al lado para pasar la noche y al día siguiente retornaron a Kasgar. A partir de ese momento Paulo se hizo cargo de uno de los caballos que alojó en su cuadra. Ahora solo tenían que esperar a que la comitiva de las esposas de Sinlao de regreso a Yarkanda los acogieran en su grupo. Llevaban ya dos semanas y media con esta forma de vida rutinaria cuando en la casa de postas se presentó el viejo guardia que los había escoltado hasta allí. Se alegraron mucho de volverlo a ver.

El recién llegado les explicó que gracias a que la escolta se engrosó en veinte soldados, no sufrieron percance alguno en el regreso desde Samarcanda. Ni los wusun, ni los hujand, ni tan siquiera los terribles *lupus*, se atrevieron a dejarse ver ante esa demostración de fuerza. Traía además el encargo de sus señoras de comunicarles que la comitiva había pasado esa misma mañana por los alrededores de Kasgar sin detenerse, puesto que querían regresar cuanto antes. Acamparían esa noche en el oasis de Vusitang teniendo previsto entrar en Yarkanda al atardecer siguiente. Ellas, en especial Ghianian, esperaban verlos a todos o bien durante el camino o ya en las mismas casas de Sinlao. Él se ofreció para hacerles llegar ese mensaje y guiarlos hasta allí.

Organizaron la partida para la mañana siguiente, pasando aviso a Paulo de todo ello. Este, por su parte, ya en días anteriores había dejado arreglados los asuntos que pudieran quedar pendientes allí si se marchaba, por lo que entregó las llaves de las iglesias al matrimonio nestoriano conocido. Les explicó que partiría durante unos días, por lo que la custodia de esos lugares sacros correría de

cuenta de ellos hasta su regreso. Después fue a la casa de postas para dormir esa noche. Cuando amaneció, desayunaron sopas y carnes, partiendo por el camino de Yarkanda. Al poco se encontraron con el desierto de Sinquián y continuaron por la senda paralela a su orilla. Justo antes del mediodía apareció el oasis de Vusitang, en donde no pararon. Les interesaba llegar hasta las casas de Sinlao antes del ocaso. A media tarde abandonaron la linde del gran arenal para marchar por entre prados de verdes hierbas que fueron dejando paso a gran cantidad de moreras. El viejo guardia les indicó que toda esa plantación tan extensa pertenecía a Sinlao.

—Estamos justo al lado de las casas de mi señor —les dijo—. No las vemos por la espesura de la arboleda. La ciudad de Yarkanda está a unas pocas millas, según pasamos sus tierras.

Entonces una pareja de guardias a caballo les salió al paso. Eran vigilantes de aquella propiedad.

—Os estábamos esperando —habló uno de ellos dirigiéndose al escolta—. ¿Son estos los monjes?

—Sí. Los cuatro son monjes.

—Seguidnos entonces. Los amos os aguardan.

Avanzaron una milla por el camino hasta llegar a una bifurcación, que era la que daba entrada a la casa de los dueños. Aquellos dos jinetes que los guiaron formaban parte de la vigilancia habitual. De día y de noche cabalgaban por parejas y sin descanso por todo alrededor de aquella enorme plantación en actitud de inspección.

—El señor Sinlao no quiere que nada ni nadie salga o entre sin su conocimiento —les explicó su guía—. Los estudios y ciencias que aquí se realizan no pueden salir de los términos de estas tierras.

—¿Pero tan reservado es el trabajo que aquí se hace? —preguntó Armonio.

—No puedo deciros nada más. Sabed que cualquiera que salga de este lugar lo hará con conocimiento del amo. Incluso a más de uno tenemos que registrarlo.

Al poco la arboleda dejó paso a un gigantesco claro, en el que había un hermoso lago con pacíficos patos nadando. Al lado se levantaba un soberbio edificio de cuatro plantas, todo de madera oscura, con tejados retorcidos en el borde al estilo de los de Zonguo. Esa era la vivienda de los señores, a la que precedía un frondoso jardín de plantas florales de alegre colorido. Algo más allá una gran cuadra dejaba salir de entre sus paredes multitud de relinchos y bramidos. En la parte de atrás de la mansión, al otro lado del lago, un caserón era el lugar de morada de los soldados de Sinlao. Por la carretera se veía una decena de casas de una sola planta, que aparecían a ambos lados del camino antes de perderse entre los árboles. En unas cuantas de esas casuchas, las chimeneas despedían

humo blanco, señal de que se trabajaba con agua hirviente. Decenas de trabajadores, casi todos mujeres *han*, deambulaban de un lado a otro con bultos, bandejas de hojas y cajas de madera, entrando y saliendo de las casamatas. Los viajeros pararon justo delante de la entrada de la mansión. Una joven sirvienta vestida con túnica de lino y seda los esperaba al pie de la escalera.

—Sed bienvenidos a las casas de mi señor Sinlao. Él y sus esposas os esperan —les dijo mientras inclinaba su cuerpo en saludo respetuoso.

La criada miró al viejo guardia que leyó sus ojos. Se hizo cargo de los caballos y del camello cogiéndolos por las riendas.

—El bagaje se os llevará a vuestras habitaciones —dijo con una sonrisa—. Yo conduciré a los animales a las cuadras. Me ocuparé de ellos y del atalaje. Sabed que ha sido un honor estar a vuestro servicio estos días.

—También para nosotros —Eudocia contestó por todos—. Has sido muy buena compañía y mejor guardia. Te estamos muy agradecidos.

—Seguidme. Os presentaré a mis señores —indicó la sirvienta.

Entraron en la casa pasando a un gran salón de techo alto y abovedado, con las paredes decoradas con dibujos de pájaros volando entre plantas, todo ello de colores muy vivos. Varias sábanas grandes de seda dorada y roja colgaban de cuatro columnas de madera que llegaban hasta arriba. Al final de la estancia, en unos sillones de respaldo alto, les esperaban los dueños. Estaban las dos mujeres que ya conocían, Ghianian y Shusienan, una a cada lado de un sonriente hombre de mediana edad, cuyo asiento resaltaba sobre los demás por estar más decorado. Se trataba de Sinlao, señor de Yarkanda. Junto a él esperaban sentados cuatro niños, uno de los cuales era el futuro esposo que ya habían visto en la posada de Zomin.

—Recibid mi bienvenida —saludó—. Soy Sinlao, el dueño de estas casas. Mis esposas me han hablado de vosotros. Sabed que nos sentimos muy honrados de que personajes consagrados nos visiten.

—Eres muy cortés. Tus halagos nos desbordan. Somos monjes nestorianos. Mi nombre es Eudocia. Estos son Armonio, mi esposo y médico, Zunsú, su ayudante y Paulo, el religioso de Kasgar.

—Sed los cuatro bien acogidos en este humilde hogar. Sabréis que Paulo y yo nos conocemos. Alguna vez estuvimos en su iglesia en donde siempre nos recibió con muy buenas formas. Ahora yo me siento por eso doblemente obligado con vosotros. Como supongo que estaréis hambrientos y cansados, vayamos a la sala de comidas en donde podréis recompensar a vuestras tripas.

Pasaron a una habitación contigua, tan espaciosa como la primera, ocupando asiento en unos butacones bajos que flanqueaban

la mesa sin patas. Varias sirvientas comenzaron a traer cuencos con caldos, sopas, carnes diferentes troceadas y bebidas.

—Bueno, amiga mía —dijo Ghianian—. Yo me encuentro encantadísima de teneros aquí. Pero cuéntame, cuéntame. Tengo entendido que sufristeis varias fatalidades por el camino hasta Kasgar.

—Sí —contestó la monja—. Así fue. Fuimos primero perseguidos por los wusun y después por los hujand, quienes solo consiguieron matar a uno de los guardias que nos escoltaban. Fue una pena enorme. Luego una partida de *lupus* nos asedió una noche entera. Terrible también. Al final, gracias a los tres buenos soldados que nos guardaban, llegamos sin más sobresaltos a Kasgar.

—Deberé de hacerle saber al emperador que esos pueblos de salvajes no paran de hostigar y atacar a los viajeros. Por ellos, las rutas de los caravaneros se ven obligadas a desviarse evitándolos —apuntó Sinlao—. No tienen más futuro que el exterminio.

—Son gentes belicosas, pero Jesucristo también los acoge en su seno —opinó el hasta entonces silencioso Paulo.

—¿Estás diciendo que vuestras creencias admiten a hombres que solo saben matar?

—Sí. Así es. Nuestro señor Jesucristo siempre predicó el amor y el perdón.

—Pero, ¿cómo puede perdonar alguien a otro que lo único que ha hecho ha sido el mal? Esas palabras ya las escuché antes de tus labios, en la última visita que te hicimos, aunque entonces me limité solo a oír sin contestar.

—Bueno. —Shusienan rompió su silencio—. Pero esas discusiones morales podrían quedar para luego, creo.

—Qué razón tienes. —Ghianian le dio la razón—. Tenemos aquí a cuatro monjes, cuyo jefe es una mujer. Podemos desterrar los asuntos de religión y tratar cuestiones más terrenales.

—Sea entonces —sentenció Sinlao—. Hablemos ahora de cualquier otra cosa, que estos temas ya los trataremos en otra ocasión. Tú y yo, Paulo, tendremos dentro de unos días ocasión de charlar sobre ese asunto de perdonar.

Hicieron caso al dueño, comenzando conversaciones de poca trascendencia. Era ya de noche cuando terminaron aquel copioso banquete. Marcharon entonces a sus habitaciones, Armonio y Eudocia a una para ellos, Zunsú y Paulo una cada uno.

El plan

—¡Cómo se agradece una buena cama! —saludó Zunsú a sus compañeros que ya estaban comiendo unas frutas esa mañana.

Se encontraban en la sala de comidas dando buena cuenta de lo que allí tenían, un sin fin de alimentos a cada cual más sabroso.

—Sí, tenemos unas habitaciones dignas del mismo emperador —sonrió Eudocia.

—Después de los ajetreos nocturnos que tuviste en Kasgar —rio Armonio—, dormir una noche sin altercados carnales debe de ser una novedad para ti.

Y es que sus cuartos eran de una elegancia pocas veces vista. Entre muchas cosas lujosas hasta tenían dentro un lugar para el desahogo y el aseo, con una fuente de agua corriente clara y limpia. Seguro que ninguno de estos visitantes había conocido antes nada igual. Apareció entonces la segunda esposa del dueño, Shusienan, quien les saludó con una refinada inclinación del cuerpo y una sonrisa.

—Tened todos un día propicio —dijo sentándose al lado—. ¿Cómo habéis pasado la noche? ¿Han resultado las habitaciones de vuestro agrado?

—Muy cómodos y a gusto —contestó Eudocia—. Nunca habíamos dormido entre tanta pompa y con este bienestar.

—Me alegro mucho por ello. Mi señor Sinlao y su primera esposa Ghianian han partido hacia Yarkanda muy temprano. Por eso me han rogado que yo sea la anfitriona. Decidme vuestras querencias que las cumpliré de buena gana.

—¿Ellos se han marchado por negocios? —preguntó Armonio.

—Algo así. Él es el señor principal de Yarkanda, a la sazón el gobernador de la ciudad. El emperador así lo quiso. Creo que diferentes cuestiones importantes de gobierno requieren su atención. Estarán ausentes como cosa de tres o cuatro jornadas.

—Claro. —Paulo afirmó con la cabeza—. Por eso me dijo ayer que dentro de unos días hablaríamos sobre la religión y el perdón de Jesucristo.

—Ahora que hemos terminado el almuerzo —continuó Shusienan—, podéis acompañarme por la plantación y la fábrica. Es tan grande que necesitaremos toda la mañana para verla. Mi amiga

Ghianian me ha dicho que queréis conocer algo de la tela de la seda. Aprovecharé que mi esposo se ha ausentado con ella para enseñaros alguna cosa. Pero antes debéis de jurar que nada de lo que oigáis o veáis saldrá de los límites de estas tierras, que jamás se lo contareis a nadie y que no traficaréis con algo o parte del material que aquí existe.

Uno por uno, los cuatro lo juraron.

—Esto lo hago por el aprecio que le tengo a la otra esposa y sin el consentimiento de Sinlao. Está prohibido enseñar las instalaciones a los *emobizi*.

Salieron fuera y contemplaron el precioso lago de delante de la mansión. De forma alargada, las grandes hojas de los nenúfares flotaban mientras un centenar de patos de vivos colores nadaban por entre ellas. La ribera de enfrente estaba cubierta por miles de juncos y largas ramas de bambú.

—Es muy bonito —dijo Armonio—. Se ve que el agua sale por aquel lado, pero ¿por dónde entra?

—Por un manantial que está escondido entre el ramaje de esa orilla. Es un líquido maravilloso, con caudal fresco y continuo. Nos da de beber hasta en los momentos de mayor sequía. Pero sigamos que os enseñaré en donde guardamos el ganado.

Pasaron a una gran nave cercana. Allí dentro se encontraban un centenar de caballos, otros tantos camellos y, en un apartado, dos docenas de carros de dos y cuatro ruedas.

—¿Están nuestras cabalgaduras aquí? —se interesó Zunsú.

A un gesto de la esposa de Sinlao, uno de los sirvientes se acercó y señaló los tres caballos y el camello de los viajeros, que comían hierba de unos pesebres. Al lado, las riendas y las sillas estaban colocadas en perfecta armonía.

—Están bien cuidados. No tenéis que preocuparos por ellos.

Continuaron la visita, pasando cerca de un caserón de dos plantas que se encontraba por detrás, aunque algo lejos del palacio.

—Este edificio es el cuartel de la guardia. En él se alojan sobre ciento cincuenta soldados que son los vigilantes de esta propiedad y del mismo emperador. Todos están bajo las órdenes de mi esposo Sinlao. Pero sigamos sin entrar ahí, no interfiramos en su vida.

Enfilaron por un camino ancho con cuatro o cinco casas a los lados. Eran bastante largas y de una sola altura. Tenían anchas chimeneas, por dos de las cuales salía humo blanco.

—Esos humos tan claros no son de quemar leña —dijo Paulo.

—No, no. Es el humo que desprende el agua caliente.

—¿Son acaso casas de baño? —preguntó Eudocia.

—Esto ya forma parte de la manufactura de la tela, casi en el momento final. Tenemos que caminar sobre un cuarto de milla para

que os pueda enseñar todo el proceso desde el principio. En estas naves humeantes es en donde se hacen los últimos procesos para conseguir la tela de la seda.

Marcharon andando hasta la última de las casas en donde tomaron una recta a la derecha bordeada de edificios. Esa calzada continuaba hasta confundirse con los árboles. Según dijo Shusienan, era otra salida de la hacienda. Conducía hasta los bosques de Jinuyuán. Llegaron a la primera de las edificaciones en donde un par de hombres ancianos estaban sentados en unas banquetas a la entrada. Al momento se levantaron y saludaron con cortesía dejándolos entrar.

—Aquí empieza todo. Como ya sabéis, la seda la produce un gusano. —Los viajeros se miraron entre sí—. En este lugar se mantienen los huevos durante muchos meses en buenas condiciones.

Estaba el interior de la nave dividido en dos. En cada lado había una larga fila de estanterías, con finas y estrechas tablas encima. Sobre ellas, multitud de puntitos negros hacían que parecieran demasiado sucias. Tendría una longitud de unos cien pies en total. Dentro se notaba el frío producido por una torre de bloques de hielo apiladas al fondo.

—En este lugar es en donde reposan los huevos. Deben de estar sin calor para que aguanten hasta que las hojas que comen alcancen todo su esplendor.

—Pero... —preguntó Armonio—. ¿Los huevos son esas manchitas negras de las tablillas?

—Sí, esos son. Son los huevos de un gusano que luego es polilla o mariposa. Cuando en la casa de al lado las hembras tienen el vientre repleto, hacen la puesta encima de las tablas. Se las ponemos para ello. Allí se quedan pegados. Después las trasladamos hasta aquí en donde reposan hasta la primavera. Esas maderitas están repletas por los dos lados. Iréis viendo todo el proceso según pasemos por los lugares.

Entraron en el caserón contiguo, de un tamaño similar al primero. Dentro se encontraba dividido en muchas habitaciones iguales.

—Aquí es donde ya os he dicho que ponen los huevos. Cada uno de estos cuartos se forra con las tablas que hemos visto. En ellos las hembras se posan y desovan. La tablazón se coloca algo inclinada para que tengan más superficie de puesta. Cuando el cuidador observa que ya está llena, entra y la lleva a la nave de antes para que reposen y maduren. Los que hemos visto hace poco tienen todavía que esperar sobre dos meses para que nazcan los gusanitos.

Continuaron con la visita, en donde su anfitriona les explicó todo sobre los lugares por donde pasaron, contestando a las preguntas que le hicieron. Conocieron y vieron la sala de puesta, la de

maduración, la de cría y engorde, la de reposo, la del hilado y por último la de tintado y confección. De regreso a la mansión habían hecho un recorrido completo a la fábrica de Sinlao. Con todo ello había pasado ya la mañana, por lo que entraron en la sala de comidas. Comieron, charlando entre ellos de asuntos banales, y cuando dieron buena cuenta de los manjares, salieron fuera. Shusienan marchó después a sus habitaciones y los cuatro viajeros pasearon por la orilla del lago.

—No deja de ser curioso todo esto —dijo Paulo dando una patada a un canto—. Hace unos años estuve a punto de morir por obtener estos conocimientos, y ahora, en una mañana, sé todo lo que me estuvo negado tanto tiempo. ¡Qué irónica es esta vida!

—Tienes razón. —Eudocia estaba entusiasmada—. Sabemos de dónde sale la seda, cómo y cuándo se cultiva, qué comen esos gusanos, el tiempo que hibernan sus huevos,…. ¡Conocemos todo! Y lo que es mejor, eso está aquí, al alcance de la mano, a menos de mil pasos. Solo nos resta apropiarnos de unos cuantos huevos y escapar hacia Bizancio. ¿No es fenomenal?

—Sí, lo es —respondió Armonio—. Debemos de planificar qué es lo que vamos a hacer. Claro que los robaremos, pero en un plazo de dos meses a lo sumo tendrán que estar ya en Bizancio. Árboles no es necesario, Justiniano dispone de un gran jardín de moreras. ¿Qué haremos cuando los tengamos? ¿Dónde los transportaremos?

—Esos huevos necesitan frío, aunque no mucho —opinó Zunsú —. Podemos habilitar algo en donde puedan viajar escondidos sin levantar sospechas. Tenemos que hacernos cargo de que en el momento en que asocien nuestra marcha a esa falta nos perseguirán.

—La ruta de huida puede ser la que yo tomé cuando escapé hace años con las moreras —dijo Paulo—. Atraviesa una zona de altas montañas, pero el camino está muy bien definido. ¡Fijaos que yo fui capaz de ir por allí con un carro! Así despistaremos a los que nos puedan seguir y evitaremos a los wusun y a los hujand.

—Tenemos que hacer todo antes de que regrese Sinlao —habló de nuevo Eudocia—. Nos ha dicho que tardará tres o cuatro días, pues entonces entre esta misma tarde y mañana deberemos de haber organizado el robo, el transporte y la fuga. Porque… tú Paulo, ¿volverás a Bizancio con nosotros?

—Claro que sí. Llevo mucho tiempo fuera de mi ciudad sin ver a mi gente. Momento es ya para que regrese. Además si robáis los huevos y yo me quedo, el peso de la justicia del emperador caerá sobre mí. Aquí no tendré futuro.

—¿Cómo podemos robar los huevos de la casamata de reposo? —preguntó la monja.

—Si recordáis, al final de la estancia hay unos bloques de hielo

—dijo Zunsú—. Me he fijado que en un lateral existe una portezuela que debe de ser por donde los meten. Se podría intentar entrar de noche por ahí, coger unos cuantos puñados y salir sin que nos viera nadie. Los huevos están pegados en las tablillas y hay cientos de ellos cada palmo. Son un poquito más grandes que un grano de arena. Voy a intentarlo. Me voy ahora a ver si puede hacerse. Vuelvo enseguida.

—Para transportarlos a Bizancio podríamos llevarlos en algún zurrón—habló Armonio—. Aunque no deben amontonarse ya que se apelmazarían y morirían. Debe de circular el aire por entre ellos.

—Claro, necesitarán viajar sueltos. En el zurrón se estropearían y como es necesario algo de frío para que no se pudran, si pegamos las bolsas al cuerpo de los caballos, con el calor que desprenden se estropearían —apuntó la monja.

—Las ramas de bambú son huecas —opinó Paulo—. Si introducimos los huevos en su interior por un extremo tapándolo después con barro, podremos viajar con ellas usándolas como bordón. Se podrían mezclar con hierbas sueltas que harían de mullida cama. Así no se pegarían unos a otros porque el aire estaría también dentro del bastón.

—Bien. Robaremos huevos en cantidad suficiente como para llenar cuatro palos, uno para cada uno, que luciremos como si fuera un bordón. Los mezclaremos con hierbas secas e introduciremos la mezcla en las cañas de bambú. La huida la haremos por la ruta que tú usaste hace años Paulo. —A Eudocia le gustaba organizar—. Tendremos el día de mañana para ultimar todos los detalles. Hay que salir de aquí en el mismo momento en el que tengamos los huevos, siempre antes de que regrese Sinlao. Ahora cojamos unas cañas para comprobar que quepan en su interior esas simientes.

Deambularon por la orilla del lago rebuscando entre los altos tallos. Al rato, ya tenían ocho o diez largas ramas que habían cortado con el cuchillo que portaba el médico. Se sentaron al otro lado de la casa, ajenos a miradas extrañas, y comprobaron aquellos palos a los que les retiraron las hojas.

—Son del grosor de medio brazo —dijo Armonio—, pero fijaos, cada palmo, más o menos, tiene un tabique que aísla ese trozo del resto. Se podría intentar vaciarlo entero dejando solo uno de los lados como tapón. Meteríamos la hierba y los huevos por el otro extremo hasta llenarlo y lo cerraríamos con barro como ha dicho Paulo. Cualquiera que nos viera creería que son las ayudas que usamos para caminar y no otra cosa.

—Vaciémoslos entonces y elijamos los que mejor no convengan. Pero ¿cómo lo hacemos? —preguntó Paulo.

—Si usamos las herramientas que tenemos no ahuecaremos ni la mitad de la vara. Es demasiado largo. Yo había pensado en una

flecha, pero no sé..., así tendríamos un tercio del hueco nada más —la monja no conseguía imaginar la forma de vaciarlos.

—¡Ya sé cómo se puede hacer! —Armonio se rio—. Voy a buscar una caña que sea tan estrecha como para entrar dentro de las otras. En su punta ataré un cuchillo de doble filo, con el que, poco a poco y girándolo, llegaré hasta el final de las varas vaciándolas. ¿Qué os parece?

—¡Sublime! —aplaudió Paulo— ¡Es tan sencillo que va a resultar!

Armonio seleccionó una larga y estrecha de allí al lado, la cortó y la acercó. Se quitó una de las tiras de cuero con la que se ataba el calzado y con ella fijó su cuchillo a la punta del delgado palo. Comenzó poco a poco a girarlo, de tal forma que la punta del arma iba ahuecando la caña de bambú.

—¡Ajá! —gritó contento—. Funciona. Con esto llego hasta el final del bastón.

Cuando terminó con el primero comprobaron la capacidad. Estaba hueco por dentro, quedando solo la madera que taponaba una de las puntas. Lo llenaron de arena hasta arriba. Allí cabía mucho, tanto como el equivalente a media tira entera de la madera en donde estaban los huevos. En ese momento volvió Zunsú.

—No vais a creer lo que os voy a contar. —Se hizo el interesante—. He entrado por la parte de atrás a la casa de las simientes. No hay nadie dentro. Los guardias están dormitando en el otro lado. Ni me han oído ni sentido. Se puede entrar y salir sin que se enteren. Si vuelvo ahora mismo, podré hasta vaciar el almacén como si fuera un fantasma.

—Bien, muy bien. —Eudocia volvió a recuperar la iniciativa—. Ahuecaremos cuatro de estas varas. Robaremos los huevos de dos o tres de esas largas tiras de madera. Los mezclaremos con hierbajos secos para que viajen cómodos, llenaremos los palos con ellos y huiremos por la ruta que nos indique Paulo que será nuestro guía.

—Sí, pero... ¿cuánto tardaremos en llegar a Bizancio? —se preocupó Armonio.

—Atravesaremos por entre las montañas siguiendo valles y quebradas. No pisaremos cumbre alguna, pero sí que alguna nieve encontraremos. En esa ruta, que es muy poco usada, no hay bandidos y las alimañas gustan de otros valles más poblados. Entre los montes cabalgaremos sobre cinco o siete días. Según los pasemos ya estaremos en el imperio sasánida. El trayecto desde allí a la ciudad de Bizancio lo cubriremos en unos veinte o treinta días. Lo que más urge es alejarse de este lugar y abandonar Zonguo.

—¿Podrás volver ahora a la nave de los huevos y sacar sin que se den cuanta una bolsa llena? —preguntó la monja a Zunsú.

—¡Claro que sí! Los de la entrada ni me olerán, pero que Paulo venga conmigo por si acaso. Pero ¿qué hago con ella?

—Esconderos en algún lugar reservado. Allí mezcladlos con hierbas secas hasta llenar esta caña ya vacía. Tapad con tierra la abertura y abandonadla disimulada entre los matorrales. Mañana sabremos si las simientes se apelmazan o no. Si sale bien, tendremos todo el día para recoger cuanto podamos y llenar los cuatro bordones. Por la tarde, ya preparadas las varas para el viaje, me despediré de Shusienan en la cena y nos iremos al alba.

Sin esperar nada más, Zunsú y Paulo marcharon otra vez a la casa de reposo y maduración con un zurrón vacío y la caña de bambú. Era casi el final de la tarde cuando los dos ladrones volvieron. Habían sacado unos cuantos puñados de huevos, la mitad de los que estaban pegados a uno de los lados de una tablilla llenando un tercio de la bolsa con ellos. Una vez fuera, los mezclaron cuidadosamente con hierba seca, rellenaron el bordón, taponaron su abertura y lo escondieron tras unos arbustos. Para que los adormilados vigilantes no se percataran de la falta en sus rondas, habían dado la vuelta a la tabla dejando la cara vacía hacia abajo.

Eudocia, contenta con el resultado, mandó a Armonio esconder las cañas preparadas en la ribera. Volvieron entonces al palacio, en donde sin duda, Shusienan les esperaba para la cena.

El robo

Cuando llegó el nuevo día, después de almorzar, la anfitriona marchó en un carro por el camino de Yarkanda. Según les dijo, tenía un compromiso con una amiga que vivía en unas casas a seis o siete millas de allí. Comería con ella por lo que hasta la noche no regresaría. Los viajeros, por lo tanto, disponían de todo el día para llevar a cabo lo planeado. Recogieron las cañas vacías de la orilla del lago y fueron, paseando, hasta la casa de maduración. Cuando encontraron la vara que había quedado escondida la tarde anterior, comprobaron que la mezcolanza de hierbas y simientes hacía que estas pudieran transportarse sin pegarse entre ellas.

De nuevo Zunsú y Paulo entraron por la parte de atrás de la casamata. Hicieron varios viajes volviendo en cada uno con el zurrón repleto de huevos frescos. Mientras, Eudocia y Armonio mezclaban la hierba con las semillas, rellenando las cañas de bambú. Se encontraba ya muy avanzada la mañana cuando los bordones estuvieron cargados con esos huevos tan ansiados ya tapadas sus bocas con barro. Estaba Zunsú colocando la tablazón de la zona del hielo, por donde habían entrado, cuando oyeron voces por el camino, al otro lado, en la puerta de la casa. No lo habían tenido en cuenta, acababa de llegar el relevo del mediodía. Se refugiaron entre los árboles con tanta prisa que una de las tablas que cubría el hueco quedó descolocada. Esperaron un rato largo a que las voces disminuyeran. Cuando notaron que los vigilantes salientes de guardia se alejaban por el camino, vieron que los otros dos, en animada charla, comenzaban una ronda por el interior de la nave.

Los cuatro ladrones tenían el corazón en un puño. Si descubrían ahora el hueco abierto por el que habían entrado serían apresados y castigados. Con sigilo, Armonio y Zunsú se acercaron a la entrada por fuera. Eudocia y Paulo se quedaron cerca de la parte de atrás. Oían con claridad a los dos *han* hablar. Lo hacían en un tono cordial hasta que uno de ellos vio algo extraño.

—Alguien ha entrado aquí. —Oyeron que le decía a su compañero—. Y no parece que sea un animal.

—Han sido esos *emobizi*, seguro —le contestó el otro—. Sin duda han robado los huevos de la seda. ¡Fíjate todos los que faltan!

—Debemos avisar. Hay que dar la alarma. No pueden salir de la

finca, si no Sinlao lo pagará con nosotros. Yo vigilaré aquí. ¡Corre! ¡Avisa a la guardia!

Uno de ellos se dirigió a la entrada. Según abrió la puerta, Armonio le dio un fuerte golpe con un palo en el pecho. El vigilante cayó hacia atrás intentando gritar pero Zunsú se tiró sobre él con un cuchillo en la mano. Le rebanó el pescuezo antes de que pudiera darse cuenta. Su compañero, al final de la nave, oyó el ruido y se asomó. Vio al otro agonizante en el suelo y a su agresor encima. Dio media vuelta y salió fuera por el hueco de la pared, pero Eudocia y Paulo, que lo esperaban, lo molieron a palos hasta que perdió el sentido. Al momento aparecieron el médico y su ayudante. Allí tenían al segundo guardián tumbado sin conocimiento, pero vivo. Se miraron los cuatro en silencio. Zunsú se agachó y le cortó la garganta. Arrastraron los dos cadáveres dentro de la nave, cerrando después la puerta y el agujero de atrás. Desde fuera, cualquiera que pasara no vería nada extraño, salvo la falta de los vigilantes. Recogieron las cuatro cañas llenas de huevos y volvieron nerviosos hacia la gran casa.

—Ahora ya no podemos esperar más —dijo Eudocia—. No tardarán mucho en descubrir lo que hemos hecho y nos detendrán. Vayamos a preparar las cabalgaduras y marchémonos. Daremos cualquier excusa, que como Shusienan no vuelve hasta la noche los sirvientes no nos molestarán.

Ya en las cuadras, ensillaron las monturas y colocaron los atalajes. Subieron a ellas y, cada uno con su caña de bambú, salieron de allí al trote. Ante la extrañeza de alguno de los criados, dijeron que iban a cabalgar un poco para desentumecer a las bestias pero que volverían antes del anochecer.

Justo al llegar a la bifurcación del camino dos guardias le salieron al paso.

—Vamos a cabalgar un poco que estos animales se están acostumbrando a la buena vida de una cuadra, de pesebre repleto y agua fresca —dijo Armonio con una sonrisa.

—Sí —contestó uno de los vigilantes—. Aunque parece que vais a emprender un viaje largo. E incluso veo que tenéis hasta un pellejo de *pinyin*.

—Es para alegrarnos un poco —sonrió Paulo.

—Pero de viaje nada, no hombre, no —se rio Zunsú—. Fíjate en este camello que yo monto. Se hace muy rápido a marchar sin peso. No quiero que se acostumbre, igual que mis compañeros.

—Eso está muy bien —contestó el otro receloso—. Pero si vais solos no podemos dejar que paséis de aquí sin registraros. Nada de la hacienda puede salir sin permiso del señor Sinlao.

Descabalgaron y los dos *han* comenzaron a inspeccionar todo. Les miraron en las alforjas, los zurrones, la caja de instrumentos

médicos, entre las riendas, las aljabas de las flechas, el pequeño odre de *pinyin* e incluso por entre las ropas que llevaban puestas. Nada escapó a aquel control. Sin duda las leyes sobre el tráfico de los huevos de la seda eran tan estrictas que no repararon tan siquiera, a la hora de palpar vestidos y cuerpos, en que Eudocia era una mujer. Respecto a los bordones que portaban, atados a uno de los laterales de la cabalgadura, se limitaron a descolgarlos tirándolos al suelo como que allí no había nada oculto. Cuando terminaron, les indicaron que ahora sí podrían salir al camino.

—Podéis perdonarnos, pero comprended que en el imperio las leyes se cumplen. En esta propiedad se manufacturan productos protegidos por el emperador, y vosotros, por extranjeros, siempre despertáis más sospechas que los que no lo son. Ahora marchad, que si queréis regresar con la luz del día no os sobrará mucho tiempo.

Ellos colocaron todo otra vez en su lugar, se despidieron y trotaron suave hasta una curva de la carretera en la que perdieron de vista a aquellos dos suspicaces *han*. Poco a poco fueron acelerando el paso hasta que llegaron a la calzada principal. Allí, a indicaciones de Paulo, marcharon hacia el Meridión, pero esta vez ya al galope. Lo único que podían hacer ahora era alejarse lo más posible de las tierras de Sinlao, señor de Yarkanda. Justo cuando el sol comenzaba a ocultarse cogieron un desvío a su derecha siguiendo el curso del río Yarkand. Por esa senda llegarían a las montañas de Quia. Ya con la oscuridad, se vieron forzados a pasar al trote puesto que la noche no era de luna. Con la nueva mañana hicieron un alto. Acababan de llegar a la afluencia del Shimsal. Desde allí, enfilarían por el valle de ese nombre llegando en tres o cuatro jornadas al pequeño río Tasiku, en los desfiladeros de Tuskurgán.

—Señora, no llevaban nada. Los hemos revisado a fondo —el vigilante tenía pegada su frente al suelo mientras hablaba a Shusienan.

—Ya. Nada llevarían, pero no me cabe duda de que ellos han acabado con la vida de los dos cuidadores y han robado muchos huevos de la seda. —La mujer estaba preocupada—. Mañana vuelve mi marido pero no podemos esperar a ello. Tenemos que capturarlos.

Ordenó al jefe de la guardia que una patrulla de veinte hombres armados partiera de allí tras su rastro. No podrían descansar hasta encontrarlos, y a ser posible deberían de devolverlos con vida. A medianoche, dos decenas de jinetes salieron de las tierras de Sinlao, señor de Yarkanda, siguiendo los pasos de los fugitivos. Delante de ellos, cuatro perros husmeadores corrían, ladrando sin perder la pista de los ladrones.

—No deberíamos habernos quedado tantas horas vagueando en ese lugar. —Armonio hablaba mientras galopaba.

Nadie le hacía caso. Llevaban varios días huyendo de los soldados de Sinlao y aquel rato largo de sueño en un prado a ninguno le había sentado mal. En su alocada carrera varias veces consiguieron despistarlos, pero aquellos perseverantes mercenarios de ojos rasgados y gestos rudos siempre retomaban el rastro. Ni tan siquiera las cumbres de nieves eternas de las montañas de Quia habían conseguido perderlos. A veces los escapados oían lejanos ladridos que rebotaban en ecos de mal presagio por entre las verticales paredes de las gigantescas moles pétreas. Entonces el enorme miedo que sentían les hacía avivar más si cabía el galopar de sus bestias. Ahora llevaban toda la mañana galopando por la orilla del retorcido río Tasiku que se iba estrechando más y más.

—¡Esas tierras nevadas ya deben de ser las últimas de Zonguo! —gritó Zunsú—. Solo nos queda traspasarlas para llegar al imperio de Cosroes.

—¡Mirad allí! ¡En donde el río se mezcla con la montaña! —Paulo señaló un lejano hueco oscuro entre las peladas rocas—. Ese pasadizo es de algo más de cinco millas de largo y por él me fugué yo la vez anterior. Si logramos atravesarlo estaremos a salvo. Del otro lado las anchas praderas marcan el final de las tierras de este infernal imperio de los *han*. Y aunque ellos nos alcancen en el interior, es fácil defenderlo ya que un solo hombre puede desbaratar muchas acometidas hasta que lo hagan caer.

Enfilaron hacia allí a galope desbocado entrando al poco en el pasillo. Delante marchaba Paulo, le seguían Eudocia y Armonio, cerrando el grupo Zunsú con su camello trotón. Era ese lugar por el que afloraba el Tasiku, entre una quebrada de una anchura como la de un carro, que cortaba la imponente roca de la montaña como si el tajo de una espada hubiera caído sobre un gigante montón de manteca. Las corrientes marchaban muy briosas, con meandros increíbles que de tan estrecho hacían del agua un torrente imparable. En la orilla una senda lo seguía en paralelo recorrido. Las bestias de los huidos hollaban con sus cascos la nieve, el barro y la hierba. Era tal la estrechez y verticalidad de aquellas paredes que, cada poco, montones de pedruscos de las laderas imposibles interrumpían el paso haciendo que la ruta se convirtiera en lenta senda para el caminante.

Llevaban en estas como algo más de dos millas cuando los ladridos de los perros rebotaron fuerte una y otra vez por entre aquella sinuosa garganta pétrea. Fue entonces cuando comenzaron a sentir en sus corazones la mortal sombra de sus perseguidores, que les aprisionaba sin compasión hombros y espaldas. En esto, después de rodear un retorcido meandro en forma de herradura, tan estrecho como sinuoso, Paulo paró su montura. En ese instante, por entre las piedras, las nieves, el agua y el barro, la terrible escandalera de

ladridos, gritos y holladuras de perros y caballos, los envolvió en un pavoroso escalofrío.

—Amigos. Si seguimos así nos alcanzarán según salgamos de estas montañas. Creo que este es el momento y el lugar para plantarles cara —dijo a sus sofocados acompañantes—. Esta parte es muy estrecha. Podremos hacer que esas piedras que albergan las raíces de los árboles de la ladera caigan hacia el río. Así conseguiremos atorar este camino impidiéndoles continuar detrás. Necesitarán un día o dos para desembarazarlo.

Justo por donde acababan de pasar, como a una altura de tres o cuatro hombres, un saliente de rocas sueltas dejaba entrever las raíces de una pareja de pinos que crecían allí. Lo que Paulo quería era que con algún arte o maquinación, derribaran esa tierra de tal forma que el escombro y la madera sepultaran el camino y el río.

—¿Cómo lo haremos? —habló Armonio.

—Alguno de nosotros deberá ascender para socavar la base de las entrañas de esa tierra. A la vez, ataremos unas cuerdas a las raíces gordas que sobresalen por abajo. Cuando vea que ya ha horadado lo suficiente para dejarlo a punto de desmoronarse, bajará y desde aquí daremos el tirón preciso taponando el camino. ¿Qué os parece?

—No tenemos tiempo que perder —contestó resoluto Zunsú.

Descabalgó, cogió una espada y una cuerda enrollada, se las puso a la espalda y ascendió por la ladera. Llegado al punto en el que él consideró mejor para hollar la tierra, comenzó a sacudir mandobles que hacían que aquello fuera poco a poco cayendo.

—¡Zunsú, subo a ayudarte! —dijo Armonio acercándose.

—¡No! ¡Quedaos ahí! Alejaos, no vaya a ser que caiga todo antes de tiempo. Yo solo me basto para esto.

En poco tiempo el crujir de uno de los árboles indicó que estaba a punto de desmoronarse. Ató la cuerda a un par de raíces gordas que colgaban y bajó veloz. Iba a subir al camello cuando, por la senda, apareció silencioso uno de los enormes perros de los *han*, que de una veloz carrera lo alcanzó y saltó sobre él hincándole los babeantes dientes en la ingle. El atacado se defendió atravesando al can con su espada varias veces hasta que, con un chillido de muerte, la fiera deshizo el mordisco. De su boca colgaban varios trozos de carne y tela que chorreaban sangre. Cayó allí, con la panza medio abierta, y un ahogado ladrido agonizante.

—¡Dios de los infiernos! —Zunsú se llevó la mano a la parte baja de su vientre—. ¡El demonio me ha roto las entrañas!

Y al momento se desmoronó. Sintió que su pierna derecha ya no le correspondía, como que era ajena al cuerpo. El camello, repuesto del susto, acercó la cabezota a la del caído haciendo una mueca que semejaba una sonrisa inocente y bobalicona. Con ojos risueños y los

párpados entornados, le pasó la lenguaza por la cara al herido intentando consolarlo.

—¡Animal! ¡Que mira que eres un pedazo de animal! ¡Aquí yo, sangrando como un gorrino, y tú dándome salivazos!

En ese instante aparecieron por el recodo otros tres perrazos que, gruñendo, fijaron su siniestra mirada en el caído. Armonio, Paulo y Eudocia cogieron sus arcos y defendieron a su compañero asaeteando a los cánidos. Aun a pesar de que las bestias presentaban varios dardos atravesándoles el cuerpo no dieron un paso atrás. Su carnicero instinto les hizo olvidar el dolor de los flechazos. Con un sonido gutural asesino se fueron acercando poco a poco hasta Zunsú y el camello. El animal, presa del mismo miedo que había sentido la noche de los *lupus*, comenzó a bramar y a cocear. A los dos más cercanos los descalabró de sendas patadas en la cabeza. El tercero murió al lado, de un fuerte tajo que le dio el herido. Al momento, Armonio y Paulo corrieron hasta el maltrecho que miraba sin hablar a las recién caídas fieras.

—Zunsú, amigo —dijo el médico—. Déjame verte.

El desgarrón que le había provocado el mordisco había cortado las carnes duras de la parte alta de la pierna y le había arrancado los testículos. Sangraba mucho, por lo que puso allí las manos del mutilado diciéndole que apretara fuerte. El monje, atendiendo a las indicaciones del galeno, corrió hasta los caballos. Cogió unas camisolas y el pellejo de *pinyin* e indicó a Eudocia que con las cabalgaduras marchara un poco más adelante, hasta una curva desde la que no se veía al herido. Volvió entonces, alargándole el licor.

—Vaya —se rio el caído—. De cuerpo andaré mal, pero mi corazón se alegra con unos tragos. Dime Armonio ¿me ha roto mucha carne ese bicho?

—Nada, no demasiado —mintió—. Ahora solo debo comprimir bien esta herida, que las sangrías son bastante escandalosas. Luego montaremos y marcharemos lejos de esos *han*. Y tú en un par de lunas como nuevo.

Paulo en silencio cogió el extremo de la cuerda que estaba atada a las raíces que querían tirar. Volvió hasta donde aguardaba Eudocia impaciente. Ella lo miró a los ojos. En la sombra de su cara adivinó que Zunsú no sobreviviría. Mientras, Armonio había envuelto el desaguisado consiguiendo que sangrara muy poco. Entonces unos siseos rasgaron el aire y rompieron el sonido del agua del torrente. Varias flechas se clavaron en el camello que se giró hacia el lugar de donde venían. Los soldados de Sinlao les habían dado alcance. Estaban parapetados en el recodo cercano y se asomaban cada poco para dispararles. Una flecha acertó entre los ojos del animal, que cayó a plomo dando un fuerte bramido.

—¡Hijos de mil perras enceladas! —gritó el herido pegado a su cabalgadura recién muerta— ¡Habéis matado a mi amigo! ¡Al cabezón de mi camello!

Un nuevo siseo indicó el vuelo de otra saeta. Esta, certera, se clavó en el costado derecho del moribundo.

—Pero... ¿será posible? ¡Ahora vais a conocer a *Erastís*¡ —gritó sorprendido por el flechazo.

Se arrastró un poco parapetándose algo más en el cuerpo inerte de su camello. Cogió la aljaba y el arco, le dio un trago al *pinyin*, enganchó el astil de una flecha en la cuerda, se irguió un poco y la disparó hacia sus atacantes. Un gemido se escuchó del otro lado.

—¡Ja! ¡Soy *Erastís*! ¡*Erastís Emobizi*! ¡Y vais a sufrir! ¡Yo os voy a hacer sufrir!. ¡Soy *Erastís*! ¡*Erastís Emobizi*!

Otra vez el silbido de los proyectiles enemigos se dejó oír. Cayeron por allí cerca con demasiado mal tino. Armonio, que estaba tumbado al lado de Zunsú, no levantaba la cabeza.

—Amigo —habló quedo el herido—. Necesito pedirte dos favores.

Una nueva andanada le hizo callar un momento.

—Tú dirás —contestó como pudo el asustado galeno.

—Primero quiero que corras a los caballos y me traigas todas las flechas que quedan. Con eso me defenderé un buen rato.

—Pero... pero...

—Ni pero ni nada. Después, cuando me los hagas llegar, vuelve con los otros y tiráis fuerte de la cuerda para que todo esto se derrumbe. Yo me quedaré aguantando a esos malencarados *han*.

—No te dejaré solo. Soy tu amigo.

Zunsú sonrió. El médico lo miró serio. Se dio cuenta entonces de que la tez ahora la tenía un poco más blanca. No tardaría más que unas pocas horas en morir.

—Armonio, amigo mío. Hemos andado muchas millas juntos. Hemos reído, llorado y sufrido a la vez. Durante años me has aguantado a tu lado, con mis incongruencias, amores y desvaríos. Eres una buena persona. Te conozco. Sé, con solo mirarte, que ese perro inmundo me ha arrancado una buena parte de mi cuerpo y que mi espíritu ya ha empezado a marcharse por ese agujero poco a poco. No sé el tiempo que aguantaré, espero que cómo mínimo un día. Tengo *pinyin* y las flechas que me traerás. Con eso me basta. Con eso y con saber que habéis escapado con el secreto de Seres. Pero…, no me seas afeminado. No me llores. Déjate de carantoñas y pucheros y corre. Tráeme las flechas.

Sin contestar Armonio se levantó y se acercó hasta los caballos. Cogió las tres aljabas y regresó. Varios proyectiles lo buscaron en su carrera pero ninguno acertó. Se tumbó otra vez al lado del herido.

—Aquí están. Todas las flechas que tenemos.

—Bueno, Armonio. Ahora vete. Marcha con Eudocia. Cuídala. Es una buena mujer. Hazte merecedor de ella.

—No sé... no sé qué decir... —susurró lloroso el médico.

Zunsú sonrió. Lo miró a lo más profundo de sus ojos y agarrándolo por las orejas acercó su boca a la de él. Le dio un beso en los labios. Fue un beso largo, profundo.

—Ahora corre con tu amada —le musitó cerca del oído al deshacer el beso—. Corre y cuídala. Vete. Marchaos. Ya me las apañaré que a estos los entretengo por lo menos un día entero

Armonio, sorprendido por el beso, salió corriendo agachado.

—¡Y límpiate los labios —oyó cómo se reía a sus espaldas—, que te los he manchado de sangre!

Cuando llegó hasta sus compañeros solo pudo negar con la cabeza. Cogió entonces la punta de la cuerda y tiró con fuerza ayudado por Paulo y Eudocia. Al cuarto intento la tierra, las piedras y dos enormes pinos cayeron sobre el camino y el torrente, a pocos pasos por detrás de Zunsú. Ahora ya era imposible salvar al moribundo. Estaba solo frente a los soldados *han*. Montaron los tres a caballo y comenzaron una loca carrera por la senda de aquella larga grieta de la montaña.

Las voces de Zunsú resonaban por el desfiladero.

«¡Soy *Erastís*! ¡*Erastís Emobizi*! Yo os voy a hacer sufrir. ¡Soy *Erastís*! ¡*Erastís Emobizi* y os voy a hacer sufrir!».

Poco a poco, aquellos gritos fueron sonando cada vez más lejanos, hasta que sus ecos se perdieron entre las inhóspitas montañas de Tuskurgán. Durante muchos días, en sus corazones, sintieron aquellas últimas frases de su amigo.

«¡Soy *Erastís*! ¡*Erastís Emobizi*!».

Una espléndida luna llena

Se detuvo en lo alto de la colina. Desde allí lo veía todo. Sonrió un momento y aspiró fuerte. «Bizancio te huelo. Bizancio ya hemos regresado». Ante ella, a un par de millas, el puente del Calínico se le presentaba tal y como lo recordaba. Hasta sus oídos llegaba el rumor de la marabunta de gentes y animales que lo cruzaban de uno a otro lado. El sol del ocaso la obligó a entrecerrar un poco los ojos. Nada había cambiado. Incluso le parecía que los mismos olores de las frituras del bazar llegaban hasta sus narices llenándola de remembranzas olvidadas. Bajó de su caballo y se sentó en la hierba. El animal le acercó la cabezota relinchando tranquilo.

«Hemos vuelto *Negrito*. Nos ha pasado de todo, ¿verdad amigo? ¿Quién iba a saber el día que partimos de aquí lo que nos sucedería? ¡Señor Jesucristo! Yo, que hasta me convencí de ser la mano justiciera del mismo infierno. Pero creo que ahora he purgado mis pecados. ¡Sí, he sido una asesina! ¡Sí, soy una asesina! Pero en tu divinidad sé que me has perdonado la vida. Que dejarás por fin que mi alma y mi cuerpo vivan tranquilos hasta que decidas llevarme. Ahora quiero vivir. Me siento viva y a gusto. Tan a gusto como cuando nos bañamos con Teodora en su piscina. Sí, eso fue el comienzo de toda esta locura.

»¡Qué risa contigo Leturio cuando quisiste enseñarnos a manejar las armas! ¡Vaya golpetazo que recibiste de Albdal! Hasta caíste de espaldas. Pero eres buen hombre Leturio. ¿Y el día en que partimos? ¡Qué barbaridad de gentes, animales, gritos, polvo...! ¡Ay! Cuando te presentaste Armonio, no te vi con buenos ojos. Tan sabio y prepotente. Que si las setas, que si las hierbas, que si soy médico... Encima se te notaba que habías yacido con hombres pero no con mujer. No, no te cogí cariño al principio.

»Y Pulqueria, amiga mía. ¡Cuánto dolor siento todavía! ¡Quién creo ser yo como para decidir sobre la vida o la muerte! Y yo te la quité. Yo te asesiné. ¡Cuánto dolor llevo conmigo! Eras mi amiga. Pero ese negro mudo... ¡Qué tristes fueron esos celos tan absurdos! El castigo al que me sometió Zensán fue mínimo si lo comparo con lo que hice. Sí, me profanaron por todos los lugares y no solo el bárbaro del caravanero. Toda la noche, una y otra vez. ¡Qué dolor! ¡Qué sufrimiento! También me marcaron a fuego, pero todo ello no es nada comparado con el mal que te hice amiga Pulqueria. Me merecía cosas

mucho más terribles que las que sufrí. Quizá Jesucristo mismo empezó a perdonarme entonces. Padecí mucho, sí. Ya no tenía ni lágrimas en los ojos de tantas como había soltado. Me vendieron como si fuera un animal. Pero yo entonces ya no sentía. Ni tan siquiera recuerdo aquella carrera hacia Cesifonte. Solo queda de todo eso en mi corazón el cariño con el que me curaste, querido Armonio. ¡Pero por la muerte del inmundo Zensán no purgaré nada! Sí Jesucristo, sí. Tengo la seguridad de que el demonio más terrible del infierno lo ha acogido contento. A él y a su acólito e indeseable Ohsm que también me violentó y después hizo la puja. Bien merecido se lo tenían los dos. Por eso no pagaré Jesucristo. Por eso no. Lo mismo que por hacer el favor a este mundo de que Albdal los acompañara al Averno. Por esas muertes yo no debo nada, pero por la de Pulqueria sí. Por la de mi amiga sí.

»Solo tú, médico mío, fuiste capaz de devolver algo de tranquilidad a mi espíritu. Creo que cuando recobré un poco la lucidez y la salud fue cuando comencé a enamorarme de ti. ¡Qué risa cuando volviste con Zunsú! ¡Vaya personaje! Le gustaban más las hembras a ese hombre que a un moribundo de sed el agua. ¡Ay Zunsú! Siempre supiste sacar una sonrisa de mí. ¡Cuánto hemos pasado desde que partimos de aquí! "Una aventura atrayente y acaso peligrosa" dijo Teodora en aquella reunión. Y vaya aventura. Demasiado peligrosa. Pero hemos vuelto. Recuerdo el día en que partimos y miré hacia atrás. Ahí estabas Bizancio. Tú que me habías acogido. Entonces lloré en silencio mientras me hacía el propósito de regresar. No iba a ser fácil el viaje, no. Sería largo y difícil. Recuerdo muy bien cuando te juré, Bizancio, que yo volvería, y aquí estoy.

»Tantos lugares y gentes como he conocido. Paulo, el monje solitario. Quién te lo iba a decir a ti. Tenías el secreto a tu alcance y lo desconocías. Ay, las buenas esposas de Sinlao, Ghianian y Shusienan. Cómo nos aprovechamos de vuestra confianza. Y vaya huida. ¡Qué forma tan alocada de cabalgar! Pero tú siempre siéndome fiel, amigo *Negrito*. ¡Ay cuando nos alcanzaron los soldados del señor de Yarkanda en aquel desfiladero! Te debemos la vida Zunsú. Aunque aquel perro te desgarró las entrañas fuiste valiente hasta el final. "Marchaos. Derribad la montaña y dejadme, que ya me las apañaré. A estos los entretengo por lo menos un día entero". Y así debió de ser porque tuvimos tiempo suficiente como para llegar a las tierras de la Persia. Gracias a ti, amigo Zunsú. Gracias. Jesucristo, sé que has hecho que Zunsú se siente a tu lado en el Paraíso Celestial.

»¡Qué curioso! Aguantaste con el arco y las flechas aun moribundo como estabas. "¡Soy *Erastís*! ¡*Erastís Emobizi*!", gritabas, y durante muchas millas lo oímos. "¡Soy *Erastís*! ¡*Erastís Emobizi*!", y demasiadas noches nos tronaron en los oídos aquellas frases. ¡Ay!

Zunsú, amigo mío. Y yo, que de todas las armas que llevábamos al partir solo utilicé la espada. Ni escudo ni arco ni nada. Solo la espada contra aquellos bandidos. Pero tú aguantaste en solitario, viendo llegar a la muerte. Solo espero que no te cogieran vivo. Mi amigo Zunsú, siempre tendré tu recuerdo. Esa imagen de hombre feliz, risueño, y osado con las mujeres. Mi amigo *Erastís*.

Una voz la sacó de sus pensamientos. Se levantó y subió sobre *Negrito* que agitó la cabeza de lado a lado.

— *¡Nikά¡*—gritó Paulo con lágrimas en los ojos—. ¡*Nikά¡* Aquí estoy Bizancio. He tardado muchos años en regresar pero aquí estoy otra vez. Me lo había prometido y lo he cumplido. ¡*Nikά¡*

La monja lo miraba contenta. Ella también lloraba.

—Esposa mía —sonrió Armonio acercándose—. Mañana celebraremos nuestro matrimonio.

Ella se le arrimó y juntó sus labios a los de él. El canto de una solitaria cigarra acompañó el beso.

—Sí mi amor. Mañana Leturio nos unirá ante los ojos de Jesucristo.

Los tres enfilaron, al trote de sus caballos, hacia el puente del Calínico. Atadas a cada una de las sillas, unas cañas de bambú huecas se mecían al compás del andar de las cabalgaduras. En su interior el secreto de la seda pugnaba por salir.

Entonces, el sol dejó paso a una espléndida luna llena en el cielo de Bizancio.